HISTORIA DE LA IGLESIA EN BRASIL

Arlindo Rubert

COLECCIONES
MAPFRE
1492

La implantación de la Iglesia en Brasil en en siglo XVI tuvo un carácter jerarquizado. La instrucción religiosa primero y la evangelización de los numerosos indígenas de las colonias después fueron sus primeros pasos. Se crearon parroquias, capellanías y curias en todos los núcleos de población. El establecimiento del colegio de los jesuitas permitió la formación de un clero local. Se elaboraron normas y ordenamientos jurídicos, se defendió a los indios y se hizo más llevadera la vida de los esclavos negros. Tras este primer siglo de intensa actividad, en el siglo XVII se produce la expansión por gran parte del territorio. Desde el siglo XVIII a la independencia de Brasil, en 1822, la Iglesia vivió un período de tensiones, pues se oponía al absolutismo estatal. La fundación de seminarios favoreció la formación de un clero nacional mejor preparado, que contribuyó decisivamente a la independencia del país. Arlindo Rubert ofrece al lector un documentado trabajo sobre la historia de la Iglesia en Brasil.

Arlindo Rubert (Cachoeira do Sul-Brasil, 1922). Licenciado en Historia de la Iglesia. Párroco de la Iglesia Catedral San Antonio de Federico Westphalen. Ha sido profesor de Historia de la Iglesia y Patrología en el Seminario Mayor de Viamão y en el Instituto de Teología y Pastoral en P. Fundo.

Colección Iglesia Católica en el Nuevo Mundo

HISTORIA DE LA IGLESIA EN BRASIL

Director coordinador: José Andrés-Gallego
Director de Colección: Alberto de la Hera
Traducción: José Luis Moreno Ruiz
Diseño de cubierta: José Crespo

Paseo de Recoletos, 25 - 28004 Madrid
ISBN: 84-7100-377-5
Depósito legal:M. 27.285-1992
Compuesto por Composiciones RALI, S. A.
Particular de Costa, 12-14 - Bilbao
Impreso en los talleres de Mateu Cromo Artes Gráficas, S. A.
Carretera de Pinto a Fuenlabrada, s/n, Km. 20,800 (Madrid)
Impreso en España-Printed in Spain

ARLINDO RUBERT

HISTORIA DE LA IGLESIA EN BRASIL



ÍNDICE

SEGUNDA PARTE

TERCERA PARTE

SIGLAS Y ABREVIATURAS

1. De archivos

ACC	Archivos de la Casa de Cadaval (Lisboa).
AC.cur. B.	Archivo de la Curia Metropolitana de Bahía.
ACur. RJ	Archivo de la Curia Metropolitana de Río de Janeiro.
AI	Archivo de Indias (Sevilla).
AIHGB	Archivo del Instituto Histórico y Geográfico de Brasil (Río).
AN	Archivo Nacional de Río de Janeiro.
AP	Archivo de Propaganda de la Fe (Roma).
APB	Archivo Público de Bahía.
ATT	Archivo Nacional de Torre de Tombo (Lisboa).
AU	Archivo Histórico Ultramarino (Lisboa).
AUC	Archivo de la Universidad de Coimbra.
AV	Archivo Secreto Vaticano.
BA	Biblioteca de Ajuda (Lisboa).
BE	Biblioteca del Distrito de Évora.
BN	Biblioteca Nacional de Río de Janeiro.
BNL	Biblioteca Nacional de Lisboa.

2. Subdivisiones

Acta Camer	Acta Camerarii= Actas del Camerlengo (AV).
Acta Vicecanc.	Acta Vicecancellarii= Actas de la Vicecancillería (AV).
Acta Miscel.	Acta Miscelánea (AV).

Cm.	Consultas menores (AU).
Chanc. O. Cr.	Cancillería de la Orden de Cristo (ATT).
CP	Cinsulta de las Partes (AU).
Dat. ap.	Data Apostólica (AV).
FConf.	Fondo Confalonieri (AV).
FCons.	Fondo Consistorial (AV).
Gav.	Gavetas (ATT).
Hab. S. Of.	Habilitaciones del Santo Oficio (Inquisición) (ATT).
Man. Livr.	Manuscritos de Livraria (ATT).
MCO.	Mesa de Conciencia y Órdenes (ATT).
Munz. Port.	Nunciatura de Portogallo= Nunciatura de Portugal (AV).
Proces.	Processus= Proceso.
PBA	Colección Pombaliana (BNL).
Prov. Ecl.	Provisiones Eclesiásticas (APB).
Prov. Reg.	Provisiones Regias (ATT).
SC.	Escritura referida en el Congreso (AP).
SCC.	Sagrada Congregación del Concilio (AV).
SOCG.	Escritura original referida en la Congregación General (AP).
SCR.	Sagrada Congregación de los Ritos (AV).
SS.	Secretaría de Estado (AV).

3. De las Colecciones

BL.	Biblioteca Lusitana.
Bul. Rom.	Bullarium Romanum= Bulario Romano.
Bul. Patr.	Bullarium Patronatus= Bulario del Empadronamiento.
HCJB.	Historia de la Compañía de Jesús en Brasil (Serafim Leite).
MHSJ.	Monumenta Historica Societatis Iesu= Documentos Históricos de la Compañía de Jesús (Madrid).
REB.	Revista Eclesiástica Brasileña (Petrópolis).
RIHGB.	Revista del Instituto Histórico y Geográfico de Brasil.

4. Otras abreviaturas

Arm.	Armario.
Cod.	Codex= Códice.
Conc. Trid.	Concilio de Trento
Dc.	Documento.
Dr.	Doctor en Teología, en Derecho o en Filosofía.
f.	Folha; ff.: Foiltas (hoja, hojas; folio, folios).
ib.	*ibidem*= en el mismo lugar.
id.	*idem*= lo mismo.
in.	en.
L.	Libro.
Lic.	Licenciado en Teología, en Derecho o en Filosofía.
o. c.	obra citada
p.	página; pp.: páginas.
P.	Parte.
T.	Tomo.
Sess.	Secciones.
Vol.	Volumen.

5. Siglas de Órdenes religiosas

C.R.	Canónigo Regular (canónigos regulares de San Agustín).
O.C.	Orden de los carmelitas de la Antigua Observancia.
O.C.D.	Orden de los Carmelitas Descalzaos de la Reforma de Santa Terersa.
O. Cist.	Orden del Císter= cisterciense.
O. de M.	Orden de los Mercedarios.
O.E.S.A.	Orden de los Eremitas de San Agustín.
O.E.S.P.	Orden de los Eremitas de San Pablo Eremita.
O.F.M.	Orden de los Frailes Menores (franciscanos).
O.F.M.Cap.	Orden de los Frailes Menores Capuchinos.
O.P.	Orden de los Predicadores (dominicos).
O.S.B.	Orden de San Benito (benedictinos).
O.S.J.	Orden de San Jerónimo (jerónimos).

O.S.A.	Orden de San Agustín (agustinos).
O.SS.T.	Orden de la Santísima Trinidad (trinitarios).
S.J.	Compañía de Jesús (jesuitas).
T.O.R.	Tercera Orden Regular de la Penitencia de San Francisco.

PRESENTACIÓN

Invitado gentilmente por MAPFRE para elaborar un trabajo sobre la Historia de la Iglesia en Brasil, estuve, en un primer momento, tentado a declinar tan honrosa petición a causa de mis ocupaciones en el ministerio pastoral. No obstante, y reflexionando seriamente a propósito de la gran responsabilidad que incumbe a todo historiador, a fin de presentar una imagen fiel y objetiva de la trayectoria y raigambre de la Iglesia católica en Brasil durante los últimos cinco siglos, me sentí en la obligación de aceptar la propuesta, tanto como el consejo de ilustres personalidades, a fin de no continuar sufriendo la vejación de ver publicadas versiones distorsionadas e injustas invectivas sobre el origen y adoctrinamiento de los pueblos cristianos de América.

No vamos a entonar loas ni a lanzar anatemas condenatorios. Vamos a atenernos estrictamente a la documentación existente. Hubo, sin lugar a dudas, muchas cosas buenas y positivas, como hubo errores y omisiones. Hubo también, ciertamente, mucha buena intención y muchos y grandes esfuerzos por acertar. No siempre los tiempos y las personas favorecen lo mejor. Además, muchos aspectos fuéronse esclareciendo con el correr de los tiempos y con la evolución natural de las ideas. Los 500 años de Historia eclesiástica de Brasil y de América, dadas las circunstancias en que se verificaron los acontecimientos históricos, deben congratularnos tanto como a los muchos cristianos que nos precedieron; debemos serles gratos, igualmente, por el mucho bien que hicieron y por habernos dejado tan preciosa herencia en el testimonio de su fe y de su celo en pos del bien. Si otros, según nuestro parecer, no estuvieron a la altura requerida por su misión, sabremos disculparles y relevarles, para que los historiadores venideros tampoco

tengan en cuenta nuestros errores y sepan, en consecuencia, disculpar con bondad nuestras omisiones.

Sólo en el propósito de servir a la Iglesia de Dios, también en su vertiente histórica, me dispuse, pues, a desentrañar nuestro pasado y a darlo al público conocimiento, sin rubor alguno, poniendo a su disposición los fastos eclesiásticos de tres siglos de Historia de la Iglesia en Brasil. Espero que todos los hijos de la Iglesia se alegren de tener ante sí un trabajo de conjunto, que da cuenta de cuanto se hizo en bien de nuestros antepasados, y que, a la par, puedan obtener provecho para un mayor equilibrio de sus juicios y para lograr el mejor fruto de sus esfuerzos en aras del perfeccionamiento propio.

Finalmente, el autor, sin querer por ello ofrecer una justificación ni mendigar indulgencia, se permite observar que no hizo el presente trabajo en la paz propia a un ambiente de estudio; lo hizo en medio de una intensa actividad pastoral entre los blancos y entre los indios. Tampoco puede contar el autor con los entusiasmos juveniles, sino acaso con el reposo propio a la idea madura. Cuenta, sin embargo, tal y como lo espera, con la benevolencia de los atentos lectores.

Frederico Westphalen, 12 de octubre de 1990, aniversario del Descubrimiento de América y fiesta de Nuestra Señora Aparecida, patrona de Brasil.

El autor

PRIMERA PARTE

INTRODUCCIÓN A LA PRIMERA PARTE

Esta primera parte, que abarca el siglo XVI, ofrece un amplio panorama de los inicios y desarrollo de la Iglesia en el Nuevo Mundo, especialmente en lo que es Brasil. No resultó tarea sencilla delimitar los exordios de la historia religiosa del pueblo brasileño, por falta de documentación suficiente. No obstante, y buscando aquí y allá entre los documentos disponibles, fue posible, al cabo, trazar las líneas maestras del hecho religioso que da inicio a la verdadera Historia de la Iglesia en Brasil: procuramos presentar las características fundamentales que se contienen en los principales eventos del primer siglo de vida cristiana en la América portuguesa, mas hubo que hacer denodados esfuerzos por situar y referir los inicios, las etapas de la implantación de la Iglesia entre nosotros, así como de la regularización de su desarrollo, de sus misiones y de los frutos obtenidos en este primer período.

Bien se puede comprobar, empero, que aquellos afanes no resultaron en vano. La implantación de la Iglesia mediante una clara jerarquización y con sus dinámicos pastores, caracterizó la instrucción religiosa primera, completada posteriormente por el trabajo misionero entre los numerosos indígenas de la colonia. Se crearon parroquias, capellanías y curias en todos los núcleos de población. Se auspició la formación de un clero local, merced al establecimiento de los colegios de los jesuitas así como de su seminario. Aumentó el número de los religiosos con la llegada de los franciscanos, de los carmelitas y de los benedictinos. Se construyeron iglesias, colegios y conventos. Se elaboraron normas y ordenamientos jurídicos propios, más en consonancia con la realidad de la tierra descubierta. Se defendió a los indios de la avaricia de los blancos y se hizo más llevadera la existencia de los es-

clavos negros... Encontraron los blancos, en fin, mayores dificultades y frenos ante el atropello de las leyes que hasta entonces hacían.

Un siglo de Historia apretada e intensa marcó, pues, los inicios de la Iglesia en Brasil y preparó a las generaciones venideras en la fidelidad a la fe católica, dando frutos perceptibles en muchas y muy buenas obras. No faltaron personajes dignos de veneración y de ejemplar conducta a ser imitada. Nadie puede estudiar este tiempo sin admirar las figuras del beato José de Anchieta, del beato Ignacio de Azevedo, del padre Manuel de Nábrega, del padre Gonçalo Monteiro, de don Pedro Fernández, de don Pedro Leitão, del padre doctor Bartolomeu Simõens Pereira y de otros... Son la prueba más evidente de que en el siglo XVI, y junto a sus numerosas sombras, o entre ellas, hubo esfuerzos gigantescos por implantar y desarrollar la Iglesia, así como para extenderla a todos los rincones a la sazón habitados, alcanzándose resultados duraderos y generadores, por ello, de impulsos sucesivos.

I

PANORAMA GENERAL

Presupuestos

Desde siempre, y hasta hace poco, ha sido común la tentación de publicar un trabajo de conjunto sobre la Historia de la Iglesia en Brasil. Lo que en ese sentido se trata, si exceptuamos algunos aspectos que se ven por separado, adolece de la falta de documentación de algunas fuentes, por un lado, y de interpretaciones ideológicas por otro. Así las cosas, más difícil se hace para el historiador inexperto situar en el tiempo de los aconteceres históricos los hechos y los juicios, escudriñar en el pasado y proyectar hacia el presente el nexo de unión histórica común a los acontecimientos, a fin de ofrecer una conclusión científica. El influjo de las ideas contemporáneas lleva, muchas veces, a la serenidad del espíritu para interpretar debidamente nuestro pasado religioso. De ahí, sin embargo, el peligro de manipular los eventos históricos, de explicarlos de manera poco conveniente o de teñirlos con ideologías nada compatibles con su legítima interpretación.

Algunos autores, preocupados con la actualización, se vuelven anacrónicos, pues descolocan hechos e ideas haciendo abstracción de ese encuadre que les sería propio. Si la gente se entrega al trabajo de escrutar, de analizar ciertas obras de la Historia de la Iglesia, así como de algunos autores, los estudios se verán preñados de severas anotaciones... Pero ello no significa que se haya logrado aprenhender auténticamente la realidad del hecho histórico, ni el contexto en que se produjera, ya que se ha dado una seducción por parte de las ideas dominantes. Cuando falta la presencia de ánimo y el afán de fidelidad a la documentación genuina, no cabe sino lanzar arriesgadas hipótesis

e interpretaciones arbitrarias. Sería preferible, en tal caso, abstenerse de lanzar al público conclusiones sin una base seria y sin provecho alguno para los lectores.

Desde que se decidió presentar, en un trabajo de conjunto, un panorama histórico de la peripecia propia a la Iglesia en Brasil y en la América Latina, con ocasión de celebrarse el quinto centenario de su descubrimiento, aparecieron inexactitudes e incluso dificultades grandes, cuya superación ha quedado pendiente, en exclusiva, del esfuerzo de cada autor, de su tiempo disponible, del coraje necesario para afrontar lagunas y omisiones, para así poder establecer conclusiones científicas y aceptables.

Enfrascándome con este propósito en el período colonial, que por más lejano aumenta la dificultad de hallar documentación válida, acepté de buen grado, sin embargo, ya que eran muchos mis años de investigación sobre el asunto a tratar, de pesquisas verificadas en los archivos tanto de Brasil como del extranjero. Además, había publicado ya tres volúmenes [1] sobre el objeto de mi estudio, que abarcan, precisamente, todo el espacio de tiempo referido. El esfuerzo resultó grande, tanto más en la medida en que se hizo necesario el acopio de documentación procedente de fuentes diversas, así como la revisión, o la reinterpretación, de lo que ya estaba publicado. Mas hay, ciertamente, aspectos nuevos en la presentación del tema de estudio; aspectos que se refieren a la organización primera de la Iglesia y de su actividad pastoral.

Algunos autores, empeñados en escribir y publicar especulaciones sobre aspectos parciales de la Historia de la Iglesia en Brasil, no han llegado, siquiera, a una síntesis globalizadora, dejándose impresionar de manera exacerbada por las diferentes etapas, aisladas, que llevaron al desarrollo de la Iglesia en la América portuguesa. Por ello se hace necesario trazar una línea que lleve a perspectivas nuevas, si bien susceptibles, tal vez, de provocar perplejidad entre los menos versados en asuntos históricos. La verdad y la objetividad de los hechos debe ser premisa de todo historiador. De ahí, pues, la necesidad de poseer, para

[1] A. Rubert, *A Igreja no Brasil, I Origem a desenvolvimento*, séc. XVI, p. 385, Santa María, 1981; *II Expansão Missionária e Hierárquica*, séc. XVII, p. 412, Santa María, 1983; *III Expansão territorial e Absolutismo estatal (1700-1822)*, p. 449, Santa María, 1937.

la elaboración del estudio, la mejor documentación posible, recopilada en distintos puntos; y la necesidad de averiguar los posibles nexos de unión entre las documentaciones tomadas de aquí y de allá, para proceder a un análisis presidido siempre por un espíritu claramente crítico. Las conclusiones, en suma, deben ser fruto del equilibrio, de la serenidad y de la presencia de ánimo del autor.

Investigaciones necesarias

Para escribir algo verdaderamente útil sobre la Historia de la Iglesia en Brasil, se hacen necesarias largas y prolijas investigaciones, en intinerarios a veces penosos, en pos de un archivo a otro. Las propias fuentes ya publicadas fueron revisadas para, al cabo, establecer la necesidad de una reinterpretación de las mismas. En lo que al período colonial se refiere, la documentación más segura y preciosa, por tratarse de aspectos ciertamente originales, se encuentra en archivos europeos. Un periplo, en definitiva, que duró más de un lustro por las siguientes fuentes:

Archivo Secreto Vaticano [2]

Con muchos fondos y repartidos en secciones: Secretaría de Estado (Nunciatura de Portugal, Nunciatura de España); S.C. Consistorial (procesos, actas); S.C. del Concilio (relaciones *ad limina*); Dataria Apostólica (bulas, breves); Miscelánea (varios); Fondo Confalonieri (cartas de obispos, etc.).

Archivo de la Torre de Tombo

En Lisboa (Portugal), con estas secciones principales: Cancillería de la Orden de Cristo, Cancillería de los Reyes de Portugal, Mesa de

[2] H. L. Ambrosini, *L'Archivio Segreto del Vaticano*, con el subtítulo: *Storia ed origini di una roccolta di documenti unica al mondo*, Mondadori Editore, 1971; L. Paztor, *Guida delle fonti per la Storia della America Latina*, Ciudad del Vaticano, 1970.

Conciencia y Órdenes, Manuscritos de la biblioteca (Livraria), Inquisición, Gavetas, Brasil, etc.

Archivo de la Propaganda de la Fe

En Roma, con secciones varias: Escritos originales, actas, decretos e intervenciones, reunidos en volúmenes que tratan de la América meridional, cartas, actas misceláneas, etc.

Archivo Histórico Ultramarino [3]

En Lisboa, con abundante documentación referida a los territorios portugueses de ultramar, como cartas de reyes, provisiones, decretos, etc. También correspondencia de los gobernadores, con secciones varias: consultas de las partes, consultas mayores, consultas menores, inventarios, etc.

Biblioteca de Ajuda [4]

En Lisboa, con muy valiosos documentos además de muchos manuscritos, originales y copias (Sigmicta Lusitana).

Biblioteca Nacional de Lisboa [5]

Con impresos y documentación de gran valor, destacando, para nosotros, la colección Pombaliana.

[3] E. Almeida e Castro, *Inventário dos Documentos Relativos ao Brasil existentes no Arquivo da Marinha e Ultramar*, y vol., Río de Janeiro, 1914-1934; *Documentos ultramarinos portugueses*, Lisboa, 1960; *Catálogo de documentos sobre a História de São Paulo existentes no Arquivo Histórico Ultramarino de Lisboa*, Rev. IHGB, 1956.

[4] C. A. Ferreira, *Inventário dos manuscritos da Biblioteca de Ajuda referentes à América do Sul*, Coimbra, 1946, obra a ser corregida; P. Muniz de Aragão, *Indice dos documentos relativos à América do Sul existentes na Biblioteca de Ajuda*, Río de Janeiro, 1968.

[5] En la sección ultramarina de la Biblioteca Nacional, Lisboa, 1928.

Archivo de Indias [6]

En Sevilla (España), con muchos fondos y secciones, siendo del mayor interés para nuestro trabajo las siguientes: Justicia, Contratación, Patronatos, Informaciones generales, etc.

Biblioteca de Évora [7]

En Évora (Portugal), con manuscritos referidos a la Historia de la Iglesia en Brasil.

Archivo de la Universidad de Coimbra (Portugal)

Con sus secciones Autos y pruebas, Autos y grados, Matrículas, etc.

Archivo del Distrito de Angra

En las Azores, con interesantes manuscritos y fondos documentales.

Archivo Nacional de Río de Janeiro

Bien provisto de documentación, como la colección Eclesiástica, que interesa grandemente por referirse al fin de la época colonial y a los tiempos que la siguieron.

Archivo Público de Bahía

Con rica documentación del Brasil colonial, tanto en origianles como en copias, de gran interés para la Historia de la Iglesia en Brasil.

[6] J. Cabral de Melo Neto, *O Arquivo das Indias e o Brasil*, séc. I, 1966.

[7] Libros impresos en el siglo XVI, existentes en la Biblioteca Pública del Archivo del Distrito de Évora, ciudad de Évora, 1952-1953.

Archivo del Instituto Histórico y Geográfico de Brasil

En Río de Janeiro. Hay allí manuscritos útiles para nuestros propósitos, contando con el Fondo Macedo Soares [8], que contiene copias y traducciones de documentos del Archivo Vaticano, así como transcripciones del archivo de Torre de Tombo y otros, referida toda la documentación a la Historia de la Iglesia en Brasil.

Biblioteca Nacional de Río de Janeiro

Con sus Anales de la Biblioteca, en gran parte editados ya, así como otros documentos y legajos raros.

Archivo Histórico de Río Grande do Sul

Rico en material manuscrito, aún no investigado en buena parte.

Archivos de las Curias Metropolitanas de Lisboa

De Luanda (Angola), de Río de Janeiro, de Bahía, de Mariana y de otros archivos de menos importancia, tanto del extranjero como de Brasil.

Con tal documentación, recopilada directamente de los archivos y de las colecciones de documentos ya publicadas, fue posible elaborar esta síntesis de la Historia eclesiástica de Brasil antes de su independencia. El limitado espacio de la publicación y la falta de tiempo, por otra parte, han hecho imposible un desarrollo más en profundidad del tema a estudiar, tanto en el plano de los hechos como en el de las ideas. Para quienes deseen conocer más a fondo cuanto aquí se expone, pueden consultar los tres volúmenes de *La Iglesia en Brasil*, anteriormente citados, que tratan, precisamente, de la época colonial.

[8] J. Macedo Soares, *Pontes da História da Igreja Católica no Brasil*, São Paulo, 1954.

La Iglesia en el tiempo

Para situar mejor el asunto que nos ocupa, es menester ofrecer una síntesis de la situación en que se hallaba la Iglesia universal en el tiempo del descubrimiento y colonización de Brasil. Ciertamente, no era un período especialmente luminoso. Todo lo contrario. Era el Renacimiento, época de una cierta reivindicación del mundo clásico, de un desbordado amor por lo bello, que llevaba tanto a la Iglesia como a la sociedad a participar de ese febril estado de cosas, que impregnaba, incluso, el Evangelio. Los intelectuales se apartaban de la Iglesia. La formidable estructura medieval que antes tuviera la Iglesia, parecía derrumbarse. La unidad de la Iglesia, por otra parte, parecía amenazada. Los gérmenes de ese malestar se propagaban por doquier. Se daba una clara decadencia en las costumbres del clero y del pueblo, provocando en las gentes violentas reacciones... Mas el fermento de una Reforma, «en la cabeza y en los miembros», como se decía entonces, ya despuntaba en diversas partes.

En Portugal, durante los tiempos de la secular lucha por la expulsión de los moros y por la consolidación de la Monarquía, tuvo la Iglesia sus mejores días. Posteriormente, y cuando el descubrimiento de América, se produjo un despertar del brío misionero de la Iglesia portuguesa. El pueblo, además, conservaba la fe, si bien sus costumbres —mal de todos los tiempos— no iban en consonancia con ella. Bien es cierto, empero, que por los caminos de Oriente, de África y de América, nunca faltaron los mensajeros del Evangelio [9], apoyados por la Corte y ayudados, las más de las veces, por las autoridades civiles y por los simples legos. Incluso cuando Europa sufría el reto del cisma de Inglaterra, y las secesiones provocadas por Lutero, Calvino y Zwinglio, Portugal se mantuvo siempre fiel a la Iglesia católica, favoreciendo las conquistas espirituales en el Nuevo Mundo.

[9] En la flota de Vasco de Gama, que partió hacia las Indias el 8 de julio de 1497, iban dos padres trinitarios y un sacerdote secular, el padre João Figueira; en la expedición de Alfonso de Alburquerque a Malaca, iban ocho padres entre sacerdotes y frailes trinitarios, siendo acaso los más conocidos de entre ellos fray Domingos de Sousa, dominico, y el padre Álvaro Mergulhão, sacerdote secular, que murió en 1521; en Cantón (China), en la escuadra de Cabral iban nueve padres secularizados y ocho franciscanos; igualmente, tanto hacia el Congo como hacia las Indias, iban misioneros de ambos cleros.

No obstante, los pontificados de Alejandro VI, favorable al bien y al mal, de Julio II, ora de espíritu belicoso, ora reformador, de León X, mecenas de las artes y pusilánime durante el cisma provocado por Lutero, no obstante todo ello, los reyes de Portugal, unidos en la fe apostólica, dieron inicio a un período de relativa prosperidad, llevando mayores esperanzas a la Iglesia tanto del continente como de ultramar. A partir del concilio de Trento, mediante la fundación de las nuevas órdenes religiosas y la reforma de las antiguas, merced al establecimiento de los seminarios diocesanos, y con la aparición de grandes reformadores como san Caetano, Mateus Giberti, san João de Avila, san Ignacio de Loyola, san Pío V y san Carlos Borromeu, la Iglesia comenzó a hacer penitencia reformadora y propósito de la enmienda.

En Portugal, la acción reformadora de don fray Bartolomeu de los Mártires, del cardenal don Henrique, del arzobispo don Miguel de Castro, de don João III y de don Sebastião, con la ayuda inestimable de los jesuitas y otros religiosos de órdenes varias, así como del clero secular, influyó de manera determinante en la mejora de la organización de la Iglesia, así como de su espiritualidad, lo que supuso gran beneficio, igualmente, para la Iglesia asentada en las tierras de ultramar.

Cuidaron bien los monarcas portugueses, como grandes maestros que eran de las órdenes militares, de procurar a las iglesias de ultramar gentes aptas, así como de enviar a los más capaces de entre sus misioneros. Mucho se mezclaban, con ello, intereses espirituales y terrenales, políticos y religiosos, caritativos y egoistas; mas no por ello faltó el celo necesario para llevar a término la tarea de evangelizar a los nativos y de preservar y aumentar la fe en las tierras descubiertas. Habida cuenta de la mentalidad de aquel tiempo, se tenía por imprescindible proporcionar algún matiz de la civilización europea en la tarea cristianizadora. Sin embargo, los cristianos de la época no poseían mayores experiencias que las de su fe. Son defectos de un tiempo que, no obstante, no sirven para desacreditar la gran empresa de la evagelización del Nuevo Mundo.

Las condiciones de Brasil

En los inicios de la colonización, las condiciones que ofrecía Brasil eran difíciles, sufridas. Entre la metrópoli y la nueva tierra descu-

bierta se interponía la inmensidad del océano. Los viajes estaban llenos de peligros y peripecias sin cuento. El ambiente primitivo, tan contrario a los usos civilizados, resultaba duro para los recién llegados. En el mar sufrían el terror de los piratas; en las impenetrables selvas, el pavor de los indios. El elemento humano era heterogéneo. No siempre se daba un ambiente cordial y solidario. Sólo el temor a los habitantes de la selva, a la distancia de la patria y a las necesidades más perentorias, llevaba a los colonos a unirse para superar los obstáculos que presentaba ante ellos la nueva tierra. Pocas eran las personas de carácter noble, de fe honda y de buenas costumbres; abundaban, por el contrario, elementos indeseables, peligrosos aventureros, desterrados y fugitivos de la patria por sus crímenes... Suponían un riesgo continuo por sus provocaciones y por sus depravados hábitos. Además, el clima arruinaba la salud de muchos colonos, minando sus energías. Sólo unos pocos lograban recobrarse allí.

En los primeros tiempos, principalmente la vida familiar, por referirnos a ella, era más bien promiscua. Muchos hombres casados, y otros hombres jóvenes en edad de contraer matrimonio, dejaban la patria en busca de fortuna en Brasil. Aquí llegados, los casados, que habían dejado a sus mujeres en el reino, y los solteros, que no encontraban fácilmente mozas a las que desposar, se amancebaban con indias, con mamelucas * y con esclavas, haciendo dejación de los preceptos cristianos. Algunos, remordidos en sus conciencias, dejaban posteriormente esas malas costumbres, otros, sin embargo, no hallaban freno que poner a su mal proceder. Los más, animados por la promisión de riquezas fáciles, se adentraban en las selvas en busca de oro, desapareciendo muchos de ellos misteriosamente; otros esclavizaban a los indios para explotarlos en el corte de la caña de azúcar y en la cría de ganado. Se dieron, así, situaciones morales que desafiaban, claramente, a la Iglesia de Brasil durante siglos.

La mezcla de razas

El elemento humano que al poco conformó la raza brasileña, estaba compuesto por una mezcla de europeos, de africanos y de indios.

* Mestiza de blanco y de india. (N. del T.).

Con el paso del tiempo fue dándose, lógicamente, un elemento más homogéneo, merced a la contribución de las tres razas. El portugués, colonizador, fue el elemento más culto y activo y, por ello, más criticado e inculpado por los historiadores, que lo tienen por un explotador. Sin embargo, y al unirse a mujeres negras e indias, creó la nueva raza. El africano, generalmente robusto y prolífico, contribuyó grandemente al progreso económico de la colonia, al enriquecimiento de la lengua, y también a la creación de la raza, mediante su unión con indios y blancos. El elemento indígena, más pasivo y menos habituado al trabajo, fue el que llevó la peor parte, aunque sin dejar de influir positivamente en la conformación de Brasil. Ello se debió, en buena parte, al trabajo de la Iglesia en pos del acercamiento entre las diferentes razas, en la mejora de su nivel cultural y en la enseñanza de una viviencia humana pacífica. Ello a pesar de que, sin duda por cohabitar razas tan distintas, se produjeran choques inevitables tanto con los hábitos civilizados como con los preceptos religiosos, de donde brotaría el fenómeno religioso brasileño: una suerte de sincretismo en el que el cristianismo no ha quedado del todo ajeno a elementos religiosos extraños a su esencia.

Dificultades para la evangelización

Dado el diferente grado de civilización y cultura existente entre las tres razas, hubo de procederse, en principio, a una evangelización más de forma que de fondo. Para ello se usó, las más de las veces, una lengua ininteligible, pues se propuso al indio y al africano la fe católica sin un verdadero diálogo que la hiciera asimilable, en tanto faltaban instrumentos capaces de facilitar esa asimilación. Sólo mediante la catequesis pacífica y perseverante, preñada de amor y de caridad, fueron lográndose los objetivos, de modo y manera que grupos de indígenas y de africanos adquiriesen los verdaderos fundamentos de la fe católica. La mayor parte de entre esas poblaciones, sin embargo, no llegó a hacer la necesaria asimilación del cristianismo porque a los misioneros les faltaban las condiciones necesarias para ello. Y si, tanto indios como africanos, aceptaban algunos presupuestos de la Iglesia, no es menos cierto que, en el fondo de sus corazones, en lo más íntimo, seguían manteniéndose fieles a las creencias propias. A eso hay que añadir la

vastedad del territorio, el aislamiento de las poblaciones, las dificultades presentadas por las diversas lenguas, y el pequeño contingente de «obreros evangélicos», incapaz de llegar a todos los puntos del país. Todo ello impidió el pleno establecimiento de la fe católica... Es fácil hacer una crítica a tal estado de cosas desde el presente; pero si pudiéramos situarnos en aquel tiempo y en aquellas circunstancias, a buen seguro que no seríamos capaces de levantar la voz.

Hay que hacer mención, sin embargo, a las muchas muestras de solidaridad y de ejemplos edificantes que se dieron en las luchas contra los invasores de distinta laya, en las desgracias colectivas, en las horas difíciles... Situaciones que pudieron superarse con bien gracias a la fe cristiana, que vivifica y ensalza a los desposeídos. Hasta el día de hoy, las poblaciones de Brasil, con mayor o menor intensidad, viven en el espíritu de tolerancia, de simpatía común, de solidaridad humana y cristiana. No hay duda de que pervive, pues, en el inmenso territorio euro-afro-brasileño, en estado latente, o en realidad clara, el fermento evangélico recibido a lo largo de la Historia a través de curas y de misioneros.

Método seguido

En cuanto al método que guía el presente trabajo, poco hay que añadir. Hemos preferido dividir la Historia de la Iglesia en el Brasil colonial en tres períodos. El primero va desde el Descubrimiento a la consolidación de la Iglesia mendiante la fundación de las parroquias y de los primeros obispados, así como mediante el inicial trabajo misionero llevado a término entre los indios; el segundo tratará del desarrollo de la Iglesia durante el siglo XVII, merced a la expansión de sus instituciones y a la multiplicación de las circunscripciones eclesiásticas; el tercero abarcará el tiempo que va desde los albores del siglo XVIII hasta la independencia del país, proclamada en 1822.

II

EL PATRONAZGO REGIO Y EL DERECHO ECLESIÁSTICO DE LA IGLESIA DE BRASIL

El patronazgo regio

Origen remoto

No se podrá escribir la Historia de la Iglesia en Brasil sin tener claramente establecidas algunas nociones, al menos, sobre el patronazgo regio, y sin aludir a su origen más remoto, que se halla en las órdenes militares y en las conquistas portuguesas de algunas tierras musulmanas (o de infieles).

El patronazgo, como tal, resulta muy antiguo en la praxis canónica, pues arranca del feudalismo, cuando se multiplicaron los patronazgos de las iglesias erigidas en los feudos. Pero fue a raíz, fundamentalmente, de los siglos IX y X cuando tal praxis se hizo habitual. En el tiempo de las cruzadas aparecieron órdenes religiosas y militares, a la par, cuyos miembros profesaban votos religiosos y aceptaban algunas de las normas impuestas por la Santa Sede. Las más conocidas fueron las órdenes de los templarios, de los caballeros teutónicos y de la caballería de Malta.

Suprimida la orden de los templarios por Clemente V (bula *Ad providam*, del 2 de mayo de 1312) [1], merced a las presiones ejercidas por el rey Felipe I, *el Hermoso*, el rey Dionis de Portugal se apresuró a establecer la orden de la caballería de Nuestro Señor Jesucristo, a fin de aprovechar lo mejor de la orden ya extinta, cual acontecería al cabo

[1] Bull. Rom., ed. romana, 1841, IV, P. II, pp. 138-140.

de un año (bula *Milita Iesu Christi*), y definitivamente el 14 de marzo de 1319, por la bula *Ad ea*, del papa Juan XXII [2]. Fue también gracias al auxilio de esos caballeros con lo que el rey de Portugal contó, para la conquista de las tierras de los infieles, abriendo nuevos caminos que servirían, de paso, para la propagación de la fe.

En la península Ibérica, además de la orden de Cristo, surgieron otras como las órdenes militares de San Bento de Avis, bajo la férula cisterciense, y la de Santiago, regida por los agustinos. Con la toma de Ceuta, en 1415, después de siete siglos de dominio musulmán, se dio inicio a una nueva era del mundo occidental, pues a la conquista de las tierras del norte de África hubo que añadir el desembarco en las islas próximas al continente, el descubrimiento de la vía marítima hacia la India y otras navegaciones, que alteraron la brújula del mundo europeo ampliando sus horizontes. Los ideales del muy piadoso infante don Henrique, pues, comenzaban a tomar cuerpo. Fue, sin duda, ocasión más que propicia para poner freno a la expansión árabe y al cisma luterano, así como para abrir nuevas fuentes para que manase el Evangelio, llegando a otros pueblos.

Origen próximo y concesión plena

Los sumos pontífices, contentos con los nuevos descubrimientos y con las conquistas hechas, concedieron indulgencias y privilegios a los monarcas lusitanos, en premio al celo con que se disponían a salvaguardar y a extender la fe, junto a sus legítimos intereses políticos y económicos. Así, al poco tiempo, fue creándose el patronazgo regio. Los papas del Renacimiento procuraron legitimar con su autoridad las nuevas posesiones territoriales portuguesas, según la teoría a la sazón defendida por los teólogos y por los juristas. Como la Iglesia de ese tiempo se hallaba impregnada del espíritu de la época, tampoco faltaron apoyos necesarios y hasta expresas recomendaciones de propagar la fe en las nuevas tierras.

El papa Nicolás V, mediante dos bulas (*Dum diversas*, del 13 de junio de 1452, y *Romanus Pontifex*, del 8 de enero de 1855), confirma la

[2] Hon. Henricina, Coimbra, 1960, pp. 97 ss.

posesión de Portugal sobre los territorios conquistados, el derecho a su comercio y a otras regalías, llamando a tener en cuenta, sobre todo, la enseñanza de la fe católica y concediendo al reino la potestad de erigir iglesias y otros lugares de culto, así como a enviar misioneros, seglares o no, previo consentimiento de los obispos y de sus superiores religiosos. Calisto III (bula *Inter coetera*, del 13 de marzo de 1546), concede a la orden de Cristo la jurisdición espiritual de las conquistas portuguesas, a ejercerse por el vicario del convento de Tomar, que era *nullius diocesais*, tocando así, de manera indirecta, lo que ya era atribución del patronazgo. León X, mediante bula *Dum fidei*, del 7 de junio de 1514, hace expresa mención al patronazgo, otorgando al Rey el derecho de representación sobre todos los beneficios eclesiásticos sobre las tierras descubiertas por la Corona de Portugal, en el futuro y desde los dos últimos años. Igualmente, mediante la bula de creación del obispado de Funchal (*Pro excellenti*, del 12 de junio de 1514), se concedería al Rey el derecho a nombrar al obispo; el mismo pontífice (*Dudum pro parte*, del 31 de marzo de 1516), otorgaría al monarca lusitano el derecho universal del patronazgo sobre todas las tierras sujetas a sus dominios [3]. Finalmente, Pablo III (bula *Aequum reputamus*, del 3 de noviembre de 1534), confirmaría lo que ya dispusiera su antecesor Clemente VII, según lo cual se creó la mayor diócesis del mundo, la de Goa, en la India, y la mayor de las provincias eclesiásticas hasta entonces conocidas, que fue la de Funchal, en la isla de Madeira, resumiendo así todas las concesiones anteriormente hechas y explicitando los deberes y derechos de la Corona, estableciendo con ello fundamentos jurídicos y seguridades plenas para la pervivencia del patronazgo portugués.

Unión del maestrazgo de las órdenes a la Corona

Las tres órdenes militares de Cristo, Santiago y Avis, en Portugal, eran del patronazgo de diversas iglesias y poseedoras de muchos y grandes bienes. En 1532 quedó instituida la Mesa de Conciencia y Órdenes, que trataba, en sus deliberaciones, de asuntos concernientes a

[3] Las bulas referidas al patronazgo regio se encuentran en la colección *Bullarium Patronatus Portugalliae*, I, Lisboa, 1868.

las iglesias bajo el patronazgo de las mentadas órdenes. Pablo III volvió a separar del arzobispado de Funchal algunos territorios del norte de África y del continente, restitituyéndolos a la jurisdicción del vicario de la orden de Cristo de Tomar, cuya escuela quedaba al arbitrio del Rey (bula *Gregis dominici*, del 25 de agosto de 1536). Don Manuel I, y Don João III ya habían alcanzado, respectivamente, y de los papas Julio II y León X, el maestrazgo de la orden de Cristo. Mas faltándoles la unión de las tres órdenes, detentadoras de grandes bienes y propiedades, Don João III, que ansiaba disponer libremente de los mismos, y apoyado por los miembros de la Casa Real en ellas introducidos, obtuvo de Julio III la unión perpetua de las órdenes a la Corona (bula *Praeclara*, del 30 de diciembre de 1551) [4].

Derechos y deberes del patronazgo

Mediante sucesivas concesiones pontificias, incluyéndose en ellas la concesión de los décimos eclesiásticos, era de la incumbencia del patronazgo presentar para los oficios eclesiásticos, y también a los cargos del episcopado, a las personas que tenía por las más aptas, debiendo procurar los clérigos necesarios para el buen orden y desarrollo del culto divino y de la vida pastoral, además de correr con el sustento del clero y con el mantenimiento de las iglesias. Mas, a diferencia de lo que acontecía con el patronazgo español, no se hacía expresa la obligación de enviar misioneros y de darles el debido sustento. Ello se explica por el hecho, acaso, de que Portugal levantaba fortalezas que tenían su capellán, su párroco y un número suficiente de iglesias y de ministros del culto para erigir una diócesis o una prelatura. El trabajo evangelizador, en un primer momento, quedaba a cargo de los respectivos párrocos.

Sólo más adelante se creyó que el método no era el más idóneo, debiéndose desplazar a los territorios de ultramar a misioneros, a fin de cristianizar a los indígenas paganos. A ellos fue destinada la renta de los décimos. Baste recordar la llegada de los jesuitas a Brasil, con dotaciones económicas para alzar, incluso, sus colegios.

[4] Bull. Patron., I, pp. 180-185.

El patronazgo, cuando era interpretado de acuerdo con los cánones y ejercido con moderación, más que un privilegio resultaba todo un compromiso con la fe; una especie de contrato oneroso. El Rey, mediante esa concesión de los décimos, erigía diócesis y parroquias debidamente dotadas; también presentaba los candidatos al episcopado, al igual que para los cargos en los cabildos y las parroquias menores, si bien siempre sujeta la elección a las confirmaciones eclesiásticas. Se obligaba, igualmente, a pagar los gastos de los religiosos entregados a su ministerio.

El ambiguo ejercicio del patronazgo

El patronazgo, institución asaz benéfica en sus inicios, con el tiempo, y por las ambiciones de la Corte, fue perdiendo utilidad y libertad para la Iglesia. Algunos juristas y teólogos exageraron las prerrogativas de la Corona y llevaron muy lejos las consecuencias de la praxis pastoral en las nuevas tierras, a que la concesión les facultaba. Llegó a concederse al Rey, incluso, una vicaría regia. Es por lo que, según diversos autores, llegó el monarca a ser tenido por vicario apostólico, legado pontificial nato, prelado y pastor espiritual [5]. Por el tiempo del absolutismo estatal y del realismo exacerbado, los soberanos se arrogaron el derecho de exigir los *Placet* y los *Exequatur* a las propias bulas pontificias y a otros breviarios, a excepción de los del *Forum conscientae*. Es fácil, por lo tanto, comprender por qué nunca pasó el Brasil colonial a tener

[5] J. B. Viseo, *Advertencia para los confessores de los naturales*, 2 vols., México, 1600, defiende en su obra la teoría del *Vicario regio*, censurada por la S. C. de la Propaganda de la Fe el 9 de febrero de 1634 (Cf. Ting Pong Lee, «La actitud de la Sagrada Congregación frente al Regio Patronato», en *Memoria Rerum*, Roma, 1972, I, pp. 153-438); Pe. Miguel Torres, provincial de los jesuitas en Portugal, escribe el general de la orden diciéndole: «No sólo como Rey, sino también como prelado, por ser tanto él y sus parientes descendientes y maestros de Cristo, Santiago y Avis es el pastor espiritual de todas las Indias y tierras de su conquista...» (Lus. 60, p. 99). H. Wetzel, Hem. de Sá, Río de Janeiro, 1972, p. 156; Don Tomás da Encarnaçõ Lima, obispo de Olinda, tenía una opinión singular: «Él (el Rey), como gran maestro de la orden de Cristo y pastor nuestro y prelado... Nosotros somos sus vicarios y coadjutores...» (Carta Pastoral, AP, Am. Merid., IV (1767-1808); J. Solórzano Pereira publicó *De indiarum Iure*, Lião, 1672, cuyas teorías extremistas sobre el patronazgo fueron censuradas por la S. C. de Propaganda de la Fe el 2 de marzo de 1642 (Cf. P. de Leturia, en *Hispania Sacra*, I, 1948, pp. 351-385).

siquiera un visitador pontificio, no ya un nuncio... Los propios obispos de ultramar, cuando en determinados casos y circunstancias pretendían acudir directamente al Papa, resultaban disuadidos e incluso amenazados con sanciones por los ministros regios o por el propio Rey.

La Mesa de Conciencia y Órdenes

Fue un instrumento poderoso del patronazgo. Establecida la Mesa en 1532, eran afectos a la misma los asuntos que concernían a la Iglesia en los territorios de ultramar regidos por el patronazgo de las órdenes militares. La Mesa, empero, no siempre se distinguió por la moderación de sus presupuestos y pareceres referidos al ámbito de la justificia y de la jurisdicción eclesiástica. En muchos casos, los diputados de la Mesa exageraron las humillaciones ya comunes para con los obispos, principalmente a raíz del *Definitorio de la Orden de Cristo*, de 1619 [6], merced al cual se reclamaba para la orden la jurisdicción de *pleno iure*. Pero luego de las reclamaciones de los obispos y de los cabildos, don João IV ordenó el examen del mentado *Definitorio*, declarando, en 1646, que con la creación de los obispados de ultramar quedaba sin valor la jurisdicción espiritual de la orden en esas tierras, permaneciendo, apenas el patronazgo regio como simbólica representación del Gran Maestro de la orden de Cristo, para lo cual era menester presentar candidatos. No obstante, la famosa Mesa provocó pleitos políticos y jurídicos, embargando de tristeza el corazón de muchos obispos.

A pesar de los pesares, el patronazgo regio tuvo también sus bondades. En los inicios de la colonización, las limitadas rentas de los décimos obligaban al patrón a mantener las iglesias y a sustentar a los religiosos y a los misioneros, a costa de los presupuestos de la Corona. Además, mediante su poder moderador, favoreció las misiones, eliminó tensiones, profundizó en la disciplina obligada entre los obispos y los religiosos, limitó la llegada de misioneros extranjeros, y favoreció la unidad de la lengua y del territorio español... Podríamos añadir otros muchos aspectos positivos.

[6] Publicado por el procurador de las órdenes militares, muchos de sus puntos, sin embargo, fueron refutados por el corrector João Pereira de Ramos en su *Representação*, del 2 de diciembre de 1778 (AV, Nunz. Bras., 1824, f. 1).

En conclusión, cabe decir que el ejercicio del patronazgo por parte de algunos soberanos más piadosos y esclarecidos, resultó benéfico para la Iglesia de Brasil, coadyuvando a su implantación y a su extensión. Sin embargo, la institución se tornó nociva desde el momento en que no sirvió a los intereses de los más necesitados; desde el momento en que pasó a servir los menos nobles intereses políticos de la Corona. No faltaron, por ello, voces de protesta contra los atentados cometidos para con la jurisdición espiritual por parte de los servidores del Rey.

El Derecho Eclesiástico de la Iglesia de Brasil

A pesar de mantenerse en régimen de patronazgo, con sus indebidas ingerencias e intromisiones varias en aras del beneficio, la Iglesia de Brasil resurgió por regirse merced al Derecho Eclesiástico inherente a su misión específica. Mas hemos de distinguir, llegados a este punto, las diferentes etapas:

Vicaría de Tomar

Conforme a la concesión pontificia, el Brasil, desde el Descubrimiento, en 1500, hasta 1514, quedó bajo la jurisdicción del prior de la orden de Cristo de Tomar. Pero difícilmente, en ese primer período, se dio la ocasión o la necesidad, al menos, de aplicar las leyes eclesiásticas en el país, ya que el Brasil, por aquel entonces, se encontraba prácticamente despoblado. Acaso algún capellán de las naves que arribaran a sus costas, como Gonçalo Coelho en 1503, podría haber ostentado la representación del vicariato. Se sabe que bautizó indios. Pero sólo después de que se fundaran las primeras parroquias y curias menores fue cuando tuvo lugar la aplicación de las respectivas constituciones, no tanto en lo que a la salvación de almas se refiere, como en la administración del culto sacro y de la justicia eclesiástica.

Constituciones de Funchal

Con la creación del obispado de Funchal, un 12 de junio de 1514, Brasil pasó a depender de esa jurisdición. No hay duda de que fueron

aplicadas las constituciones del obispado de Funchal, redactadas y hechas públicas por su primer obispo, don Diogo Pinheiro, que era doctor tanto en Teología como en Derecho. Por el tiempo en que dichas disposiciones comenzaron a aplicarse, a través de los sacerdotes de Porto Seguro, Igaraçu e Itamaracá, se dio inicio, históricamente hablando, a los primeros ordenamientos canónicos. Habiendo adquirido Funchal categoría de metrópoli eclesiástica en 1534, su único arzobispo, don Martinho de Portugal (1534-1547), hizo algunas reformas y publicó las constituciones del arzobispado de Funchal, las cuales pasaron a observarse y cumplirse en todas las parroquias y en todas las capallanías a la sazón existentes, hasta que se creara el obispado de Bahía en 1551 [7].

Constituciones de Lisboa

La diócesis de Bahía, creada en 1551, fue consecuencia de un desmembramiento del obispado de Funchal, ya reducido a simple diócesis y quedando bajo la jurisdicción de la metrópoli eclesiástica de Lisboa. A partir de ese momento se observaron y cumplieron en Brasil las llamadas *Constituciones diocesanas del arzobispado de Lisboa*, promulgadas en 1536 por el arzobispo cardenal infante don Alfonso, y posteriormente ampliadas y mejoradas por los arzobispos don Henrique y don Miguel de Castro [8].

[7] El obispo de Funchal, en 1590, afirma, en relación con la Santa Sede, que el primer obispo... editó leyes eclesiásticas especiales que aún posesían valor (AV, SCC, De Eccls. Funchal. Relatione). Pedro de Campo Tourinho, que se oponía a la introducción de la fiesta de San Martinho, en 1547, párroco de Porto Seguro, señala que «no puede hacerse lo que el arzobispo don Martinho nos manda guardar» (Hist. da Colon. Portuguesa, III, 280).

[8] El cardenal don Henrique, cuando fue arzobispo de Lisboa (1564-1574), elaboró varias enmiendas a las constituciones de Lisboa, reclamadas por los recientes decrtos del concilio de Trento. Don Miguel de Castro, en 1588, hizo otros añadidos y volvió a publicarlas. Más aún, este digno arzobispo hizo que se publicaran obras de índole jurídica y legal, además de litúrgico-pastorales, que estuvieron en vigor en el Brasil de 1500: *Instrução dos Curas* de fray Pedro Martir, Lisboa, 1588, reed. 1591; *Sacrum Provinciale Concilium secundum*, Lisboa, 1589; *Ordo Missae secundum ritum Sanctae Romanae Ecclesiae*, de J. Burcardo, Lisboa, 1589; *Ceremonial dos Sacramentos de Santa Madre Igreja de Roma conforme ao Catecismo Romano*, Lisboa, 1589; *Catecismo Romano do Papa Pio Quinto*, traducción del Pe. Cristovão de Matos, Lisboa, 1590.

Regímenes diocesanos

Sin embardo, la columna vertebral jurídica de la Iglesia de Brasil, y aunque pasara por la observancia de las constituciones de Lisboa, sufrió ciertas modificaciones merced al influjo de algunos de nuestros primeros obispos, que sintieron la necesidad de adaptar el ordenamiento a la realidad de la tierra nueva, donde se presentaban casos y formas muy distintas a las de la metrópoli. Por ello, establecieron algunos regímenes de ordenanza para que entraran en vigor en las diócesis brasileñas. Desgraciadamente, no se conserva ninguno de tales códices por la incuria que es común al paso de los tiempos. Sí tenemos noticias, empero, de los siguientes regímenes y constituciones: don Pedro Fernandes, primer obispo de Bahía, ya estableció un régimen, al cual hace referencia de su propio puño y letra en una carta dirigida al Rey [9]. Incluso tuvo la intención, confesada en la misiva, de publicarlo. Su sucesor en la púrpura bahiana, don Pedro Leitão, convocó un sínodo y elaboró un nuevo régimen e incluso unas nuevas constituciones [10]. Don Constantino Barradas (1603-1618) reunió igualmente un sínodo e hizo la redacción de un régimen diocesano al que también otorgó categoría de Constitución [11]. Por otra parte, el primer prelado de Río de Janeiro, padre doctor Bartolomeu Simões Pereira, promulgó las *Constituciones del prelado*, ampliadas posteriormente por el purpurado padre doctor Mateus da Costa Aborim [12].

Constituciones de Bahía

En junio de 1707, mediante convocatoria hecha por el ilustre arzobispo de Bahía don Sebastião Monteiro da Vide, se urgía a la reunión del primer concilio provincial del Brasil. Lamentablemente, por falta de *quorum*, quedó reducido a un mero sínodo diocesano, del cual

[9] La propia bula de creación del obispado recibiría del obispo facultades especiales para legislar en sus iglesias (AV, Acta Cens., 1551-1558, f. 22-23, Doc. Histo., 35, 288; MB, I, 454).

[10] *Informação do Brasil*, del Pe. Anchieta (Manuscr. de Evora, f. 47).

[11] BA, 52 X-2, f. 76.

[12] *Denunciações da Bahia*, p. 445, nota 88.

dimanaron, no obstante, las célebres *Constituciones primeras del Arzobispado de Bahía*, promulgadas el 21 de julio de 1707, y luego aceptadas y oficializadas por los obispados de otras diócesis, incluidas las de Santo Tomé y Angola. Por estas constituciones se regiría la Iglesia de Brasil hasta la proclamación de su independencia.

III

LA IGLESIA Y EL DESCUBRIMIENTO DE BRASIL

Intenciones cristianas

Cuanto más se estudian los documentos de la época del Descubrimiento, más salta a la vista el empeño que hubo en aras de la evangelización de los nativos y de la conservación de la fe entre los cristianos emigrados. Por eso, desde que se iniciaron los descubrimientos de las islas y del continente, los intereses de la expansión de la fe corrían parejos con otros intereses, igual de legítimos, de los protagonistas de la epopeya. No es de recibo olvidar, sin embargo, que ello fue así porque el cristianismo todo lo impregnaba en aquel entonces. Los reyes, generalmente, eran los primeros en procurar la expansión de la fe católica entre los colonos y la enseñanza del Evangelio entre las gentes de los nuevos territorios descubiertos. Como ya ha quedado claro, merced a la documentación aportada, ante todo se dio el intento de expandir la fe mediante las pacíficas armas del Evangelio. Viene a confirmar esta voluntad el muy amplio privilegio que los papas otorgaron a los monarcas católicos de España y de Portugal. La propia convicción que todos tenían de que era la Iglesia católica la depositaria de la salvación para el mundo, ayudó sobremanera a que se compenetraran y trabajasen seriamente en la catequesis y en el adoctrinamiento de los indígenas. Podría objetarse que la vivencia cristiana de muchos católicos de aquel tiempo no iba en armonía con la fe profesada por los mismos... Ciertamente, es un mal de aquel tiempo como lo es del nuestro... No obstante, los portugueses se tomaron muy en serio, en la mayoría de los casos, el compromiso de hacer de los nuevos pueblos, nuevos territorios cristianos, si bien, en verdad, con bastante ingenui-

dad. Pero ello no debe restar méritos a la muy pía iniciativa, que dio al cabo, buenos frutos para la fe.

Partida cristiana de la Armada

Descubierta América por Cristóbal Colón, el 12 de octubre de 1492, y abierto un nuevo camino hacia las Indias por Vasco de Gama en 1497, reservaba la Providencia un nuevo y sensacional descubrimiento a Occidente para el año jubilar del 1500. Con sumo cuidado y larga preparación, se reunió una escuadra de 12 navíos, al mando del capitán Pedro Alvares Cabral, natural de Belmonte, con destino a las Indias. Don Manuel, en las instrucciones dadas a Cabral, no olvidó en momento alguno hablar del sentido cristiano que debería presidir la empresa. Como le llegaron noticias de que los indios serían cristianizados, extremó al máximo el empeño diciendo que deberían ser instruidos en nuestra fe y proporcionarles la salvación de sus almas con el más grande celo de que fueran capaces los súbditos portugueses que atravesaran el océano [1].

Hubo, pues, gran seriedad en el propósito. Era un pedazo de Portugal lo que se hacía a la mar. Además de las muchas despensas materiales y del considerable contingente humano que partía, compuesto por capitanes, hidalgos, caballeros, jóvenes, misioneros, en total más de 1.000 personas, había también provisiones espirituales en un empeño mucho más esforzado que el de la contemporánea conquista de la luna.

El 3 de marzo de 1500, un domingo, en Nuestra Señora de Belém, en el Restelo, en la margen derecha del río Tajo, se produjo la despedida cristiana de la flota. El rey don Manuel, su corte en pleno, los familiares de quienes se hacían a la mar, y grandes masas del pueblo, participaron en el solemne acto. Celebró la misa don Diogo Ortiz de Vilhegas, obispo de Ceuta, matemático, cosmógrafo y consejero real, que dio un sermón docto en el que declaraba el convencimiento propio del gran celo con que el Rey pretendía llegar con su Armada a

[1] Los siete documentos únicos, de 1500, referidos al viaje de Pedro Alvares Cabral. Lisboa, 1968, de. III, p. 24.

puntos extremos para extender la fe de Cristo por ellos [2]. Junto al altar mayor tremolaba la bandera de la orden de Cristo, con su característica cruz. Después de la misa, el obispo bendijo solmnemente la bandera y el Rey puso en la cabeza de Cabral un birrete bendecido por el papa Alejandro VI, entregándole el bastón de mando y la bandera. Al instante se hizo una hermosa procesión, en dirección a donde se hallaba anclada la flota, procesión en la que tomara parte el clero en pleno, el Rey y su séquito, además de los familiares de los marinos, llevando cruces, reliquias... Cabral encabezaba la procesión enarbolando la bandera que don Manuel le entregara, bandera que suponía «el fin de nuestra espiritualidad y la llamada a las victorias» [3].

Llegados junto a la margen del estuario del Tajo, se produjo la despedida. Pedro Alvares Cabral y otros capitanes besaron la mano del Rey y subieron a las naves, seguidos por la tripulación y por los misioneros. Al día siguiente la flota puso rumbo a las Indias adentrándose en la inmensidad del océano.

Los misioneros

La visión cristiana que impregnaba ese tiempo hacía que, en toda expedición, fueran capellanes y misioneros. Habían sido cuidadosamente seleccionados, pues se trataba de instruir al propio Rey de Calcuta y a su pueblo. Don Manuel, en las instrucciones dadas a Cabral, y refiriéndose a ese Rey, le recomendaba también su amistad y hacer la paz con él; pero, sobre todas las cosas, insistía en el adoctrinamiento en la fe de Cristo, «que es lo que más que todo debe estimarse» [4]. Por ello, añadía, «os otorgo clérigos y padres capaces de mostrar el recto camino de la salvación a que llega todo cristiano fiel» [5]. El Rey, merced a las informaciones que poseía, sabía cómo defenderse de los cris-

[2] Documentación Ultramarina Portuguesa, Lisboa, 1961, I, p. 275.

[3] J. de Barros, *Décadas*, Lisboa, 1778, I, L. V., cap. I, p. 382.

[4] Los siete documentos únicos de 1500... III, p. 25.

[5] *Idem, ib.*, p. 36. Los clérigos que cita el documento en primer lugar, son los padres seglares que llegaron a Brasil con la Armada de Cabral como misioneros; los frailes son, por otra parte, los franciscanos de la misma Armada, que tenían como director espiritual a fray Henrique Alvares de Coimbra.

tianos cismáticos y de los monofisistas. Enviaba además, junto a los misioneros, todo lo necesario para que pudieran celebrarse misas con gran boato y otras celebraciones sacramentales.

Dicen las crónicas: «Mandó el Rey en esta armada ocho apóstoles misioneros de la orden Seráfica, y otros ocho clérigos capellanes con su vicario, para así dar feliz principio, con las armas del Evangelio, a la conquista espiritual de aquellos grandes imperios» [6]. Los misioneros eran por lo tanto 17, siendo ocho de entre ellos franciscanos y nueve padres. Los franciscanos, cuyos nombres fueron dados a conocer más tarde [7], eran cuatro sacerdotes: fray Gaspar (¿acaso fray Gastão?), fray Francisco da Cruz, fray Luis do Salvador y fray Simão de Guimarães, además de fray Maseu, o Mafeu, también sacerdote, músico y organista, junto al sochantre fray Pedro Neto y el hermano lego João da Vitória, teniendo como guía espiritual, todos ellos, a fray Henrique Alvares de Coimbra, antiguo corrector, prior del convento de Alenquer, quien, en 1505, después de su regreso, sería obispo de Ceuta, falleciendo en Olivença el 1 de septiembre de 1532. Los otros padres tenían a su frente al vicario que lo fuera de Calcuta, pero, aunque no constan sus nombres en documento alguno, es más que probable que fuesen el padre João Fernandes [8], que sería el primer párroco de Cochim, sacerdote honesto y celoso de su ministerio que posteriormente llegaría a ser primer vicario general de la India; iban también, con toda proba-

[6] Docum. Ultram. Port., I, p. 275.

[7] Fray Francisco de Soledade, *História Seráfica e Cronológica da Orden de San Francisco da Província de Portugal*, Lisboa, 1705 ss., pp. 489-490.

[8] Los padres iban destinados a Calcuta, mas no pudiendo arribar allí quedaron en Cochim. No es lícito identificar al primer párroco de Cochim, padre João Fernandes, con el vicario de Calcuta, que tuvo diversos coadjutores. En un documento de 1506 se habla del progreso de la fe y de las conversiones hechas en esa parroquia, al tiempo que se afirma que los indígenas cristianizados, en artículo de muerte y enterramiento «son visitados y agasajados por el vicario de esta iglesia y por sus sacerdotes, y hechos los oficios divinos y las honras tal y como a nosotros se nos ofrecen». El padre João Fernandes fue tenido por prelado de honestísima trayectoria y defendido ante el Rey contra las arbitrariedades cometidas por Alfonso de Alburquerque, siendo tal el pretexto para que se enviara allí a un vicario general. «Y digo, Señor, esto lo presente por Juan Fernandes, vicario que hasa aquí mandásteis, que fuera deshonrado y maltratado por guardar a la Iglesia y sus privilegios» (A. da Silva Rego, *Documentação para a História das Missões do Padroado Portugués do Oriente*, Lisboa, 1947, I, pp. 52-53, donde podemos encontrar la carta de Gonçalo Fernandes al Rey, del 17-XI-1506; *idem* la de Antônio Real a don Manuel, del 15-II-1512).

bilidad, además de sus capellanes y coadjutores, el padre João da Silva y el padre Álvaro Cabral.

Descubrimiento y permanencia en el Brasil

La escuadra de Cabral, probablemente ya con un rumbo más cierto y navegando más al occidente, avistó tierra el 22 de abril, se aproximó a la costa y fondeó al abrigo del mar, en un lugar que recibiera el nombre de Porto Seguro, hoy bahía de Cabrália. El día 26 de abril, Domingo de Pascua, o *in albis*, se celebró la primera misa en un islote, probablemente el de Corona Vermelha, por fray Henrique de Coimbra, ayudado por los frailes y los sacerdotes de la expedición. La bandera de la orden de Cristo se enarboló junto al Evangelio. Terminada la misa, el celebrante «hizo un sermón harto provechoso sobre los bienes espirituales que se contienen en el Evangelio».

Después y, como colofón, «trató de nuestra llegada y descubrimiento de esta nueva tierra, llamándonos a hacer la señal de la cruz» [9]. Ya en tierra firme, los portugueses pudieron ver a los nativos, habitantes extraños y desnudos, armados con arcos y con flechas, en medio de la exhuberante naturaleza, inciándose así, tímidamente, la aproximación entre los dos mundos.

En el día 1 de mayo, fiesta de los apóstoles San Felipe y Santiago el Menor, se celebró la primera misa ya en el continente, como acto de posesión de la tierra recién descubierta. Todo se preparó debidamente. De un árbol cortado se hizo una gran cruz, que todos los presentes besaron incluidos algunos indios, cruz que fue llevada luego en procesión por los sacerdotes oficiantes, escoltados por los hombres de la escuadra, cantando, muy probablemente, ese hermoso himno a la cruz que es el *Vexilla Regis*: «Avanzan los estandartes del Rey, brilla el misterio de la cruz». Algo que cuadraba maravillosamente bien con el histórico momento. Celebró la solemne misa, al pie de la cruz, fray Henrique de Coimbra, con el auxilio en el oficio de los otros religiosos allí presentes. Comulgaronn todos los frailes y sacerdotes, así como Pedro Alvares Cabral y un nutrido grupo de quienes formaban su es-

[9] Carta de Pero Vaz de Caminha, en Los siete documentos únicos... de. VI, p. 96.

cuadra. Al final de la misa, fray Henrique, despojándose de la casulla y de las demás vestimentas ornamentales, habló sobre el Evangelio de la fiesta de los apóstoles y al final de su prédica, «de esta nuestra empresa tan santa y virtuosa, que nos obliga a la mayor devoción» [10] (Pero Vaz de Caminha). Así se tomó posesión de la nueva tierra descubierta y quedó cristianamente bautizado Brasil.

El nombre de la nueva tierra

El primer nombre, tal vez ya otorgado en aquel día de la primera misa, y que consta en la carta de Pero Vaz de Caminha, fue el de Tierra de Vera Cruz [11]. En un principio pensaron los recién llegados que aquello era otra isla. Mas a buen seguro influyeron, al otorgar el nombre a la tierra, otras cosas: la fe de los descubridores, la cruz de la bandera de la orden de Cristo, la gran cruz que se plantara junto al altar de la primera celebración hecha en tierra firme, la sexta semana de la celebración de la Cruz del Sur, ya estudiado por el cosmógrafo Mestre João, que acompañaba a Cabral. Y con tal nombre se designó en la cartografía de aquel tiempo; por ejemplo, en los mapas de Cantino (1502) y de Canéiro (1504). Pero no tardaría mucho en recibir el nombre de Tierra de Santa Cruz, como puede comprobarse en los mapas de Kunmann (1505), Hamy (1506), Lenox (1510), Egerton (1510) y Silvano (1511). Menos común es que, en la cartografía de la época, aparezca el país con los nombres de Mundo Nuevo, América y Tierra de los Papagayos. Muy pronto, sin embargo, comenzaría a ser llamada Tierra del Brasil... El intenso y pronto comercio que se dio con el codiciado pau-brasil, una madera preciosa, dura y con el color de las brasas, muy apreciada por los constructores de barcos y por los tintoreros de Europa, dado que de ella se extraía una especie de añil, influyó decisivamente en el cambio de la denominación.

Oficialmente aparece el nombre de Brasil en 1507, si bien ya desde 1502 constaba en algunos documentos. En 1512 y en 1513, el rey don Manuel, al escribir a su colega español, habla ya claramente de

[10] *Idem, ib.* p. 102.
[11] *Idem, ib.* p. 93.

«nuestra tierra de Brasil» [12]. Y en lo que se refiere a la cartografía, data la primera aparición del nombre del planisferio de Marini de 1512. En 1534 ya se observa el nombre en los documentos pontificios de la bula *Aequum reputamus*.

Toponimia religiosa

El influjo de lo católico, merced a la fe de los primeros descubridores y colonos, queda patente, de igual manera, en la toponimia primitiva del Brasil. La costa atlántica fue bordada, por así decirlo, con topónimos religiosos desde los inicios del descubrimiento [13]. La religiosidad era atributo del portugués de aquel tiempo. El calendario litúrgico influyó de manera determinante para que ciertos eventos se produjeran, tales como un feliz descubrimiento, la salvación de algún peligro, la consecución de alguna victoria, el cumplimiento de cualquier promesa, cosas que se celebraban con el nombre del santo del día. Influyeron también los nombres religiosos de las naves que hicieron la travesía, el patrón de la tierra natal de algunos descubridores y la particular devoción de otros. Esos nombres, sin embargo, no pueden atribuirse a un primer viaje, sino a los sucesivos contactos que con la nueva tierra fueron teniendo los navegantes europeos. Ya en el año de 1502 se daban los siguientes nombres: cabo de San Jorge, bahía de Todos los Santos, río de San Francisco, río de San Miguel, cabo de Santa María, isla de Cuaresma... Entre 1502 y 1506, y según los mapas de la época, aparecen: cabo de San Roque, río de San Jerónimo, río de San João, río de San Antonio, río de San Cosme y río de San Damián... Parece claro que muchos de esos nombres fueron puestos al dictado del santoral de cada día. Por ejemplo: cabo de San Roque, el 16 de agosto; San Cosme y San Damián, el 26 de septiembre; río de las Vír-

[12] J. Cortesão, *História do Brasil nos velhos mapas*, Inst. Río Branco, Río, 1966; P. Garcia, «O Brasil na cartografía do descubrimento», en *Cultura*, 1954, pp. 163-181; algunos documentos del Archivo Nacional de Torre de Tombo, Lisboa, 1892, pp. 261, 292.

[13] P. Varnagen, *História Geral do Brasil*, 3.ª edic. pp. 128-129, defiende el calendario litúrgico como origen de los nombres, cosa que no resulta siempre exacta; Duarte Leite, «O mais antiguo mapa do Brasil», en *História da Colonização Portuguesa*, ed. 1923, cap. 9, pp. 225-314.

genes (Santa Úrsula y las 11.000 Vírgenes), el 21 de octubre; bahía de Todos los Santos, el 1 de noviembre; Río de Janeiro, el 1 de enero; bahía de los Reyes (Adoración de los Reyes Magos), el 6 de enero, etc.

Con el paso de los tiempos fueron dándose otros nombres de inspiración religiosa, hoy denominados Estados como el de São Paulo o como el de Santa Catarina; o de importantes ciudades como Belém, Salvador, Vitória, Natal, Santos y muchas más... Quedaron esos nombres, pues, como testimonio de la fe y de la religiosidad del pueblo que llevara a término la empresa del descubrimiento, de la colonización y de la civilización de Brasil.

Rivalidad hispano-lusitana

España y Portugal, dos naciones católicas, fueron las protagonistas del descubrimiento, produciéndose algunas gestas y eventos de forma casi simultánea. Ello generó enfrentamientos y rivalidad entre las dos coronas. Como fueran naves de los dos países las que se aventurasen a la navegación a lo largo y ancho del Atlántico, prontamente quedaron reconocidas las costas africanas y las islas adyacentes. Ya en tiempos de don Alfonso IV, de 1325 a 1357, los portugueses llegaron a las Canarias, produciéndose una pugna entre España y Portugal por la pertenencia de esas islas, pues poco después naves castellanas arribaron a ellas. Hubo que recurrir, pues, a la Santa Sede, y el papa Eugenio IV, en 1436, se inclinó por España a pesar de que Portugal no desistía de sus pretensiones. Mas mediante el tratado de Alcáçavas, don Juan II reconoció la soberanía de Castilla, la cual, en compensación, renunció a su derecho sobre las tierras que se descubrieran al sur del archipiélago, y a la isla de Madeira, a donde llegaran los castellanos en 1417. Portugal se apresuró a tomar posesión de Madeira (en 1420) y de Porto Santo (1419), para evitar mayores problemas. Poblada la isla de Madeira por agricultores del reino, pronto fue tierra próspera y determinante en la evolución de la economía portuguesa por su producción de trigo y de azúcar, influyendo igualmente en la economía de Brasil, posteriormente, por la caña de azúcar llevada para su siembra al continente, y en lo religioso pues su primer obispo lo fue antes de la importante colonia portuguesa.

El archipiélago de las Azores, conocido ya en las primeras décadas del siglo xv, fue prontamente colonizado por los portugueses, que allí

se dieron al cultivo del trigo y a la crianza de ganado ovino. Sin embargo, la toma de Ceuta (el 21 de agosto de 1415), fue el punto de arranque para posteriores descubrimientos. Así y todo, fue el infante don Henrique (1460), quien diera inicio a la gran expansión económica de Portugal y a su despliegue por los mares. Parecía un soñador, pero en verdad poseyó don Henrique una gran visión de futuro. A partir de 1416 se habían iniciado las expediciones al litoral africano, que culminaron con el descubrimiento de la costa hasta Sierra Leona, en una extensión total de 4.000 kilómetros. Paulatinamente y por iniciativa de particulares varios, fueron conociéndose otras tierras del África atlántica, llegándose hasta las islas de Santo Tomé, Príncipe y Fernando Pó. La leyenda del preste Juan, rey de Etiopía, agudizó sin duda la curiosidad de los navegantes y su deseo de descubrir el misterioso reino. Con la navegación del cabo Bojador, en 1436, por Gil Eanes y, más tarde, del cabo de Buena Esperanza, en 1437, por Bartolomé Díaz, quedaba abierto por el mar el camino hacia el Oriente.

Con el descubrimiento de América por parte de Cristóbal Colón, que en un principio se había puesto a las órdenes de don Juan II, rey de Portugal, quien juzgó una locura sus propósitos, quedó abierto un mundo nuevo a la civilización occidental y cristiana. Reclamando posteriormente don Juan II derechos sobre las nuevas tierras, el papa Alejandro VI, a solicitud de los Reyes Católicos, mediante la bula *Inter coetera*, del 3 y del 4 de mayo de 1493 y, conforme a la concepción de poder pontificio medieval, confirmó los derechos de España sobre las nuevas tierras descubiertas, tal y como Portugal los tenía sobre sus descubrimientos. Llegóse así al trazo de un paralelo imaginario, que concedía a los portugueses las tierras de 100 leguas al occidente del archipiélago de las Azores. Pero eso no satisfizo al monarca lusitano y el 7 de junio de 1494 se firmaba el tratado de Tordesillas, entre España y Portugal, que otorgaba a Portugal 370 leguas. Con el descubrimiento de Brasil se produjo alguna violación del tratado, sobre todo por la parte meridional, pero tendieron los portugueses a extenderse más hacia el occidente para no transgredirlo.

Durante varias décadas, navegantes portugueses y castellanos llegaron a territorios diversos y se disputaron los derechos sobre ellos [14].

[14] España protestó contra la colonización de San Vicente por los portugueses (AI, Part., 1531, 28 R 17 y 41 R 8).

Ello, evidentemente, habría de alterar, o de modificar al menos, algunos aspectos de la economía y de las decisiones eclesiásticas. Muchos saldrían ganando. En primer lugar, el Estado que obtuviera el monopolio de las nuevas fuentes de riqueza. Y obtuvo ventajas innegables la Iglesia, merced a su expansión misionera, ya que atrajo para su fe a nuevos pueblos.

Los habitantes del Nuevo Mundo

Los hombres de la Armada de Cabral, que pisaron la nueva tierra en 1500, encontraron un tipo humano hasta entonces desconocido; habitantes de la selva, tenían los cabellos muy negros y lisos, eran de tez oscura, de estatura media y de cuerpo esbelto y desnudo, luciendo tatuajes extraños y pinturas multicolores, tocándose con plumas igualmente multicolores, de aves, así como de otros pertrechos, amén de armados con arcos y con flechas. De entrada, poco o nada pudieron saber de su carácter y hábitos, de su cultura y creencias. Sólo más adelante conprenderían los colonizadores que no se trataba aquel grupo humano de una sola raza o nación, pues había gran variedad de tribus, lenguas y costumbres.

Los salvajes fueron llamados «indios» por los colonos. La denominación tuvo origen en el confusionismo que inicialmente se diera, toda vez que las nuevas tierras descubiertas eran en un principio, para los europeos, la India. A fin de corregir posteriormente el equívoco, los aborígenes recibieron el nombre de «amerindios» y las nuevas tierras descubiertas el de «Indias Occidentales».

A diferencia de otros indios de América, como los aztecas, los incas y los mayas, por ejemplo, los indios de Brasil no tenían una cultura desarrollada. Siglos de vida llevaban en la selva –algunos grupos de entre ellos por más de 10.000 años–, sin mantener comunicación alguna con otras civilizaciones más aventajadas y evolucionadas. Tenían, pues, un claro embrutecimiento intelectual y moral y eran víctimas de crueles y aberrantes supersticiones [15]. No conocían la escritura. Poseían nociones rudimentarias de cerámica y de otras manufacturas

[15] H. V. Valois, *Les Races Humaines*, 9.ª edic., París, 1976, pp. 104 y ss.

artesanales, de entre las cuales, sin embargo, hay signos de un cierto afán de perfección. Eran, además, antropófagos y se alimentaban sobre todo de la carne de sus enemigos muertos en combate. Vivían de la caza y de la pesca, así como de productos agrícolas tales como la mandioca. Del mijo fermentado extraían una bebida espirituosa llamada *caulim*, con la que solían acompañar sus festines antropófagos.

Caracteres y costumbres de los indios

Las investigaciones hechas por muchos autores, con respecto a nuestros indios, merecen más que serios reparos ya que, de común, asumen posiciones francamente opuestas entre sí e inexactas. Para algunos, el indio es, por naturaleza, inocente, pacífico, hombre de bien... Según esa teoría, fueron los blancos quienes los pervirtieron e hicieron de ellos gente cruel y vengativa. Otros, por el contrario, dicen de entrada que el indio era cruel, vengativo y peligroso, obligando a los blancos a empujarles hacia lo más hondo de la selva a fin de garantizar su supervivencia. Ciertamente, son harto incorrectas ambas posturas. Como todos los hombres, también los indios de Brasil eran adornados por buenas costumbres y hermosas cualidades, así como por notables defectos. Viviendo como lo hacían en estado primitivo, «sin Dios, sin ley y sin Rey», como se decía en tiempos de la conquista, embrutecidos por tan secular aislamiento, ya antes de la llegada de los blancos eran comunes las guerras entre diferentes tribus; se odiaban, se destruían, no faltaban las venganzas, que finalizaban con los ya señalados banquetes antropófagos. Practicaban la poligamia, relegando así a la mujer a una ignominiosa posición, consecuencia de la discriminación que sobre ella se ejercía. Había, evidentemente, tribus menos dañinas y de carácter pacífico, si bien en el fondo de sus costumbres eran muy semejantes. Faltó, sobre todo, preparación y tacto para que se diera una razonable aproximación entre ellos y los colonos. Ni los unos ni los otros estaban dispuestos a ese contacto, prácticamente casual y fortuito entre razas y pueblos tan distintos. Debido a la improvisación y a la natural perplejidad, se dieron situaciones de mucha desconfianza, inseguridades y felonías. El afán de ganancia de los blancos, su desmedida ambición, exacerbaron los instintos de los aborígenes desatándose con ello, como no podía ser menos, casos de franca hostilidad. El in-

dio creyó entonces, con razón, que sufría una usurpación violenta de sus tierras. Era obligado, además, a la realización de trabajos forzados y al abandono de sus hábitos. Los colonizadores, por su parte, creían necesario proceder de tal modo para que prosperase la nueva tierra y garantizar, con esa prosperidad, su futuro.

Llevados de la necesidad, los indios de una tribu expulsaban de sus lares a los de otra tribu, aprovechándose, los más fuertes, de los sitios en donde abundaban la caza y la pesca. Eran, por lo general, nómadas. Amaban a sus hijos aunque los criaban sin educación alguna. Únicamente se preocupaban de prepararlos para la guerra. Les faltaba, en suma, una autoridad que ofreciera orientación, pues los caciques eran, en realidad, más cabos furrieles, o guerreros, que auténticos jefes de su pueblo. Los mayores miraban, casi exclusivamente, por sus intereses. Eran inconstantes y poco dados al trabajo. Las mujeres llevaban el mayor peso, en lo que a la subsistencia se refiere.

Población indígena y variedad de razas

En lo que a la población indígena del Brasil se refiere y por el tiempo en que se produjo el descubrimiento, la estimación de muchos autores es bastante exagerada. Llega a hablarse hasta de 9 y 10.000.000 de indios, cosa que, en verdad, a cualquiera de ellos le resultaría más que difícil probar. Lo más plausible es que, como mucho, fueran 3.000.000 de individuos los que habitaban Brasil. Grande era, sin embargo, la variedad de tribus y de naciones, cerca de 400, en tanto las lenguas y dialectos llegaban a un total, siempre aproximado, de 100.

No es este libro el lugar más apropiado para tratar de los diferentes grupos lingüísticos ni de las numerosas tribus. Dejemos esa tarea a los especialistas. Para nosotros es de mayor interés presentar un breve muestrario de las principales tribus y naciones. Así pues, dividimos a los indios de Brasil en dos grupos principales: tupis y papuias. Los últimos eran tenidos por «bárbaros» por los primeros, que procedieron a expulsarlos de diferentes regiones, pues los tupis, llegados de las zonas andinas, se expandieron por el centro y el sur de Brasil hasta llegar al litoral, y de ahí, posteriormente, hasta el norte y el nordeste, acosando siempre a los tapuias hacia el interior. Merced a su fusión con los guaraníes, que habitaban las regiones del sur, se formó el grupo lingüístico

tupi-guaraní o lengua general, que llenó de nombres indígenas el centro y el sur del país. Nombres que aún hoy día se conservan. Las principales ramificaciones de este grupo son las siguientes: los tupinambás, que habitaban parte del litoral de Río de Janeiro, Bahía y Maranhão; los tabajaras, cuyo hábitat principal era el ofrecido por Ceará; los potiguares ocupaban, por su parte, las regiones del extremo nordeste; los tupiniquins vivían al sur de Bahía, en Espíritu Santo y en el litoral de São Paulo, así como en Río Grande do Sul; los quiriri y los carari ocupaban la región del río San Francisco; los mariquitos se expandieron por el norte de la colonia; los guaicurús, por último, y en pequeños grupos, llegaron del actual Paraguay, hasta asentarse en el sur de Brasil.

La religión de los indios

Es difícil establecer un denominador común para referir la religiosidad de todos los indios de Brasil. Las fuentes son escasas e incluso francamente oscuras. En un principio, sin embargo, podemos establecer algunas líneas generales. Todos los grupos señalados poseían unas creencias; fundamentalmente, la creencia en un ser superior, que algunas tribus denominaban Tupã, señor de los relámpagos y de los truenos, lo cual no debe confundirse, sin embargo, y tal y como han hecho algunos autores, con la manifestación de esos fenómenos atmosféricos. Creían, igualmente, en el espíritu del bien y del mal, llamado Anhangá, una especie de demonio, muy temido por los indios, el cual, según ellos, se manifestaba a través de algunos fenómenos de la naturaleza. Varias tribus alimentaban cierta cosmogonía de carácter religioso, pues prestaban culto al Sol, por ejemplo, al que llamaban Guaraci; también a la luz, que recibía el nombre de Jaci. Como descubrirían los misioneros, en algunas zonas se rendía culto a animales como el jacaré * y otros.

Los indios no tenían ídolos, ni templos ni sacerdotes... Sí tenían hechiceros, que les metían más miedo que amor hacia las cosas extratemporales. Aceptaban la supervivencia del alma y una especie de premio para los guerreros valientes, y de castigo para los cobardes. En re-

* Caimán (N. del T.).

sumidas cuentas, poseían una religiosidad primitiva restringida al mundo de lo mágico, pidiendo en sus súplicas sólo la venganza contra los enemigos, su mal, la satisfacción de las necesidades de cada instante. Más tarde, ya en contacto con los blancos y con los esclavos africanos, muchos fueron los indios que asimilaron algunas deformaciones del cristianismo y del fetichismo africano.

Primeros contactos con la Iglesia

La inestabilidad inicial de la colonia no favoreció el trabajo de los misioneros de la Iglesia entre los indios. Sólo unos pocos fueron capaces de hacerles llegar el fermento del Evangelio, gracias a lo cual algunos aborígenes alcanzaron a descubrir la fe y aceptaron el bautismo. Pocas noticias ciertas, sin embargo, tenemos de los primeros bautizos que se verificaron en Brasil. Hay autores que señalan a fray Enrique de Coimbra como el primer misionero y propagador del Evangelio. Tal afirmación carece de fundamento, pues fray Enrique predicó para los blancos, para los hombres de la Armada de Cabral; y si bien algunos indios participaron en aquellos oficios a distancia, es imposible que entendieran cosa alguna. Autores franciscanos hablan de la llegada de seis frailes a Porto Seguro, que darían inicio a la catequesis de los indios ya en 1503. Pero no se ha podido probar históricamente. Es verdad, empero, que el capellán de la nave de Gonçalo Coelho, que tocó varios puntos de la costa de Brasil entre 1502 y 1503, bautizó a grupos de indios [16]. Acaso estuvieran ya predispuestos al bautismo gracias al trabajo hecho, entre ellos, por dos marinos degradados y dos grumetes huidos de entre las huestes de Cabral... Pero el capellán no era fraile, ya que hablan las crónicas de un clérigo, lo que significa, en el lenguaje de la época, un seglar. Sí está relativamente probado que dos franciscanos portugueses, entre 1515 y casi hasta el 1520, residieron en Porto Seguro con la intención de catequizar a los indios. Se cuenta que uno de ellos, abriendo su Biblia escrita en latín, les leía pasajes. Observaban los colonos, entonces, que los indios ni una palabra entendían. E inmutable replicaba el fraile: «Es la palabra de Dios lo que

[16] Fontura da Costa, *Cartas de Valentim Fernandes*, Lisboa, 1939, pp. 91-93.

obra en ellos». Habría, además, muy probablemente, un capellán, padre también seglar. Cierto día los indios se revolucionaron, mataron a los colonos y a los frailes, y vistieron las ropas de los religiosos para atraer hacia sí a las naves que se aproximaran a la costa. El eco de la matanza se encuentra en la correspondencia del padre Manoel de Nóbrega, que hablando de crueldad por parte de los indios, dice que «matan hombres, mujeres, frailes y clérigos».

Otros indios se acercarían a la Iglesia merced al ministerio de los curas de las factorías y haciendas que se levantaron en Brasil, antes de que se produjese la extensión colonizadora, ya en 1532. Sólo en Igaraçu había, en esa fecha, 400 indios bautizados, acaso con un mínimo de instrucción religiosa.

Otros contactos

El caso de la nave de Gonçalo Coelho no fue una excepción. No tardaron mucho en llegarse hasta las costas de Brasil tanto más portugueses como españoles. También franceses, en ocasiones, para hacer acopio del preciado pau-brasil. Es sabido que algunas naves llevaban capellán, principalmente cuando transportaban futuros colonos. Así, tenemos noticias comprobadas de dos barcos, uno portugués, castellano el otro, y ambos con capellán a bordo, que tocaron diversos puntos de la costa de Brasil y hasta permanecieron en alguno de ellos durante un tiempo considerable. Los capellanes, uno español, portugués el otro, eran padres seglares. Sus nombres, padre Francisco García y padre Francisco de Lemos.

El primero llegó con la escuadra de Sebastião Caboto, veneciano, encargado por Carlos V de completar el viaje de Juan Díaz Solís a las Molucas. El 3 de junio de 1526, dobló el cabo de San Agustín y entró en Igaraçu, celebrando los oficios religiosos en la iglesia de la factoría allí levantada. Había ya en el lugar indios bautizados por el cura. En septiembre, la escuadra partió con rumbo sur, llegando hasta las costas de Santa Catarina el 19 de octubre, donde permaneció algunos meses. Se construyó una iglesia [17], en la cual el padre García celebró misas y

[17] AI, Contratación 4919; Patron. 41 R 4; Buenos Aires 1.

dio el bautismo a varios indios carijós [18]. Al regresar la escuadra a Santa Catarina, pasando por el Río de la Plata, en la región de los Patos, se encontró allí con una flota al mando de Diogo García Monguer, portugués, que tenía como capellán al padre Francisco de Lemos. El padre García [19] disgustado con la actitud de Caboto, y de acuerdo con su congénere el padre Lemos, y con el capitán Monguer, siguió el periplo con éstos hasta San Vicente, donde estuvo durante seis meses ejerciendo su ministerio y bautizando a los hijos de algunos blancos, mamelucos ellos. A finales de julio de 1530, la escuadra partió de regreso a España... Tales fueron los dos primeros padres de cuya obra tenemos noticia cierta y que ejercieron su sagrado ministerio en Brasil.

[18] *Idem*, Carta de fray Bernardo de Armenta (10-XII-1544), donde dice haber encontrado indios cristianizados «del tiempo de Caboto».

[19] E. de Gandia, *El primer clérigo y el primer obispo del Río de la Plata*, Buenos Aires, 1934.

IV

CONSTITUCIÓN JERÁRQUICA DE LA IGLESIA DE BRASIL

En muchas regiones, el cristianismo penetró merced al trabajo de los misioneros propiamente dicho, generalmente un trabajo hecho por religiosos de órdenes distintas. En Brasil, aunque jamás faltara dicho trabajo, la implantación de la Iglesia se hizo mediante una constitución claramente jerarquizada, según el método seguido por Portugal, y a la manera de los tiempos apostólicos. Las misiones propiamente dichas seguirían posteriormente con sus actividades, por libre; en paralelo a la constitución de la Iglesia ya jerarquizada. Cuanto más se estudian los documentos de la época colonial, más se evidencia la importancia de la organización de la Iglesia a través de las parroquias, ya desde los inicios de la colonización. Algo que se reafirmaría con la creación del primer obispado y de la primera prelatura aún en el XVI [1]. Obispos, prelados, párrocos, capellanes y otros sacerdotes auxiliares, fueron los principales protagonistas de la fundación aludida, fijando y desarrollando las norms mediante las cuales habría de crecer la Iglesia en Brasil. Si el trabajo misionero fue de importancia capital en lo que a la conversión de los indios se refiere, llevando a la Iglesia nuevos rebaños de fieles, fue gracias a la implantación jerárquica por lo que la Iglesia en Brasil pasó a convertirse en institución primordial. Tanto más en la medida en que muchas parroquias se forjaron sobre antiguas mi-

[1] La historia de las misiones enseña, y la experiencia confirma por el ejemplo de España y de Porgual, que donde se intentara fundar desde cero parroquias y obispados, así como formar un clero indígena, la Iglesia perduró a través de los tiempos, mientras que en los lugares en donde los misioneros se sucedían sin una organización jerárquica, los resultados fueron mínimos, cuando no se dio el más absoluto de los fracasos.

siones, contribuyendo a la mayor participación de fieles en las mismas, los grupos de indios ya cristianizados por la catequesis previa. Dos polos de la Iglesia en Brasil, pues, que no sólo no se opusieron sino que se complementaron.

Así y todo, hay que reconocer que en ciertos territorios, extensos por lo demás, y muy poco poblados, la organización jerárquica de la Iglesia, por falta de clero y de parroquias, no pudo hacerse tal y como estaba previsto. Sin embargo, en los territorios de mayor peso, por su mucha población e influencia, siempre tuvo la Iglesia su mayor fuerza apostólica dentro del mentado sistema jeráquico. Se sabe históricamente que en un principio fueron fundadas y organizadas las primeras parroquias con sus párrocos y capellanes; que después aparecerían las diócesis y las prelaturas, con sus respectivos cabildos, con vicarios llegados de la metrópoli. No poca importancia tuvieron las visitas hechas por obispos y prelados...

Ahora bien, todo ese trabajo ayudó eficazmente al pastoreo de las almas, mejorando la asistencia religiosa, corrigiendo abusos e implantando normas benéficas para la instrucción religiosa del pueblo. La continuidad sin pausas del trabajo pastoral fue siempre, pues, la mejor garantía para el mantenimiento y progreso de la fe entre el pueblo católico. Ello se hizo posible merced a la constitución jerárquica y primera de la Iglesia. Alguna excepción que pudiera apuntarse en sentido contario no haría sino confirmar la regla.

La implantación de la Iglesia en Brasil

Del descubrimiento hasta 1532, por la inestabilidad y por la precariedad de la vida en la incipiente colonia, apenas hubo una base firma para que sobre ella se implantara la Iglesia en Brasil. Por eso, aunque en las factorías se crearan núcleos iniciales de colonización, más por su propia naturaleza, no se daba la enseñanza de la fe salvo en casos muy concretos. Ello no quiere decir que no hubiese religiosos que hicieran su trabajo pastoral, sobre todo entre los años que van del 1516 al 1530. Pero ignoramos sus nombres. Sí sabemos, con absoluta certeza, que había curas en Igaraçu y en Itamaracá, como también los había en Porto Seguro, llamado por aquel tiempo Puerto de los Esclavos, en San Vicente o en Santos.

Fue a raíz del establecimiento de las capitanías hereditarias cuando la Iglesia pudo regirse mediante el sistema de parroquias, fundado en 1532, con sus párrocos, coadjutores y los capellanes de otros núcleos de población menos importantes, crecidos por lo general en torno a los ingenios para la explotación de la caña de azúcar. Hasta la creación del primer obispado de Brasil, en 1551, había por lo menos 10 parroquias. De ellas nacerían otras iglesias y devociones, se establecerían cofradías y se organizarían, en fin, todas las funciones litúrgicas.

Cabe señalar, para información de los historiadores tanto de fuera como de casa, así como para los lectores en general, que la llegada de los primeros jesuitas, en 1549, se produjo cuando la Iglesia ya estaba bien arraigada en Brasil merced al trabajo pionero del clero seglar y merced al sistema jeráquico, dependeiente del arzobispado de Funchal. Éstas fueron las 10 parroquias antes citadas:

Parroquia de Nuestra Señora de la Asunción, de San Vicente, erigida en 1532, cuyo primer párroco fue el padre Gonçalo Monteiro [2], uno de los primeros sacerdotes que fijaron residencia en Brasil. Un decreto real, del 30 de junio de 1535, le confirmó oficialmente en el cargo, poniendo a su servicio cuatro beneficiados, o capellanes [3]. En 1544, cuando el padre Gonçalo regresó a Portugal, entró de párroco el padre Simão de Lucena, que estuvo al frente de la parroquia durante más de 20 años.

Parroquia de Salvador de Olinda, fundada por real decreto del 5 de octubre de 1534, con un párroco y cuatro capellanes [4], dando inicio a sus funciones en 1535 y a cuyo frente se hallaba el padre Mestre Pedro de Figueira, a quien más tarde sustituyese el padre Pedro Manso. Fue una de las más prósperas de la colonia.

Parroquia de San Cosme y San Damián, de Igaraçu, capitanía de Pernambuco, fundada en 1535, cuyo primer titular fue el padre Pedro da Mosquita, quien se hizo célebre por la devoción que mostraba para con sus santos patrones.

[2] Probablemente hijo del hidalgo Gonçalo Monteiro y condiscípulo de Martín Afonso de Sousa, en Salamanca, según el historiador de la capitanía de San Vicente, era un «muy noble clérigo» (G. da Mãe de Deus, *Memorias*, 1920, p. 366). Además de párroco, fue procurador y administrador de dicha capitanía durante la ausencia de Martim Afonso de Sousa. Fue llamado entonces «vicario y lugarteniente», P. Teques, *Historia da Capitania de S. Vicente*, São Paulo, s/d, p. 84.

[3] Anais de Bibl. Hac., Doc., vol. 35, p. 73.

[4] *Idem, ib.*, pp. 42 ss.

Parroquia erigida en honor de Nuestra Señora de la Concepción, de Itamaracá, en 1536, y de la capitanía homónima. Se desconocen los nombres de sus primeros pastores, si bien hay constancia de su mucha actividad.

Parroquia de Nuestra Señora de Porto Seguro, levantada a comienzos de 1535, con un párroco y varios capellanes, siendo su primer titular el padre Mestre Marcos, a quien relevase posteriormente el padre Bernardo d'Aurejac, un sacerdote francés que se hizo célebre al presidir un proceso inquisitorial contra el hacendado Pedro Tourinho. Entre sus capellanes figuran el padre João Camelo Pereira, el padre Pedro Rico y el padre Manuel Colaço. En 1549 llegó un nuevo párroco en la persona del muy celoso guardián de las esencias religiosas que fue el padre Diogo de Oliveira, que estuvo al frente de la parroquia más de 30 años. Además de la parroquia en sí, había por ese tiempo dos iglesias más: la de Porto de Santa Cruz, a cuyo frente se hallaba el sacerdote Manuel Polaçao, y la de Porto de San Amaro, que tuvo por algún tiempo como responsable al sacerdote franciscano fray Jorge, que fuera expulsado del reino de Portugal y desterrado a la colonia.

Parroquia de Nuestra Señora de Vitória, de la capitanía de Espíritu Santo, fundada en 1538 y ratificada mediante real decreto del 13 de enero de 1541 [5], cuyo primer párroco fue el padre Francisco da Luz, llamado «virtuoso» por los jesuitas y nombrado posteriormente vicario general de la diócesis de Bahía.

Parroquia de San Jorge dos Ilhéus, de la capitanía homónima, cuya existencia consta, como poco, del 1545, teniendo como primer párroco al padre João Afonso de Azevedo, que la rigió por muchos años siendo sus fieles, según el testimonio de los jesuitas, gentes bien instruidas en la fe.

Parroquia de Nuestra Señora de la Gracia, de la capitanía de Bahía, hoy Vila Velha, erigida probablemente en 1534, pero que cesó con el fracaso del hacendado Pereira Countinho, teniendo por vicario al padre João Bezerra, un clérigo inquieto y aventurero [6].

[5] *Idem, ib.*, pp. 64 ss. El Rey había presentado en un principio como párroco al padre João Dormundo, que fue prontamente sustituido por el hermano padre Francisco da Luz.

[6] Después del fracaso de la capitanía se refugió en Porto Seguro. No parece haber dudas a propósito de si la ermita de Nuestra Señora de la Gracia, de Paraguaçu, no era sino un vestigio de Vila Velha o Vila Pereira.

Parroquia de Salvador de Bahía, creada por real decreto del 13 de febrero de 1549, que tuvo por párroco al padre licenciado Manuel Lourenço [7], convirtiéndose posteriormente en sede del primer obispado de Brasil.

Parroquia de Nuestra Señora de la Misericordia de Santos, erigida mediante decreto real del 22 de junio de 1549, de la cual fuera párroco el padre Gonçalo Monteiro, pionero de la Iglesia en Brasil. No pasó mucho tiempo, sin embargo, antes de que fuera regida por el padre Luiz Fernão. El padre Gonçalo sería, posteriormente, vicario, falleciendo ya anciano y venerado como santo en 1566.

Parroquia de San Amaro, de la capitanía homónima, en el litoral de São Paulo, levantada el 18 de julio de 1550 sobre una vieja iglesia ya existente. Fue su primer párroco el padre Jerónimo Vaz, oriundo, probablemente, de la isla de Madeira [8]. Más tarde, despoblada la capitanía, fue derruida.

De estas parroquias pioneras, fundadas antes de la creación de los obispados, surgieron las sedes episcopales de Bahía, Vitória, Santos Ilhéus y Olinda, lo que viene a confirmar las tesis sobre la temprana implantación de la Iglesia en Brasil.

Erección de diócesis y prelaturas

No puede compararse la fundación eclesiástica en Brasil con la que hicieran los españoles en sus colonias, o con la que hicieran los propios portugueses en otras tierras por ellos conquistadas. Las circunstancias de Brasil eran harto diferentes. Y sólo por ello fue por lo que no puede hablarse de una regularización, a este respecto, sino hasta el año 1532, fecha en la que, por otra parte, puede decirse que comenzó la colonización de Brasil realmente, la cual culminaría con el nombramiento de un gobernador general de la colonia en 1549. Fue entonces cuando se dio un ambiente propicio para erigir las primeras diócesis

[7] ATT, Chanc. don Juan III, L. 70, ff. 118-119v.

[8] *Idem.*, Funchal, L. Matric. Odr., f. 17 n.° 85. Ahí se lee: «Jerônimo, hijo de Manuel Vaz y de Joana Camargo, confirmado el 15-VI-1538, por don Ambrósio Brandão, obispo titular de Rusiona (¿Rufiniana?), enviado a la isla de Madeira por el señor don Martinho de Portugal y por intercesión divina del arzobispo de Funchal y primado de las Indias y de todas las tierras descubiertas y por descubrir».


Super specula militantis ecclesie meritis licet imp
pulsum reflectimus et ut loca ipsius dignioribus t
incremento ornem et ornatum libenter intendimus
de Brasil a barbaris et gentilibus ac aliys fe
illius magnitudinem et incolarum numerum in
pleraque alia loca sacra in quibus misse et alia
Omnium sanctorum nuncupatum unum oppidum
Salvatoris ecclesia ceteris nobis existentibus
quod merito Civitatis nomine et titulo decor
habitant in eo ampliari pio affectu desidere
cum venerabilibus fratribus nostris sancte R
Insula de Madeira Metropolitico iure subie
cum omnibus et singulis illius terminis te
assignandis consistentibus a dioc funcha
Capli funchalen corumque vicarior et offic
Metropolitani duntaxat debitorum solutio
ritatem exercere aut in illis de bonis que ad e
predictam in Cathedralem ecclesiam sub eadem
prebendis aliisque beneficiis ecclesiasticis cum cu
les ecclesie nobis constructe fuerint in tota ip
conversos in eadem fide instruat et confir
libere et licite possit et debeat et non funch
privilegiis et facultatibus quibus alie Cathed
ad omnipotentis dei laudem et divine sanct
Cathedralis necnon incolas et habitatores

Ilustración 1. Principio de la bula *Super Specula.*

de la América portuguesa, si bien, como se ha visto, había ya parroquias en plena actividad pastoral, así como un buen número de religiosos, entre ellos los jesuitas, llegados para catequizar también a los indios. El obispado de Funchal, sin embargo, quedaba muy lejos... Urgía, pues, la creación de una diócesis de Brasil. Es más, don Juan III había obtenido de la Santa Sede la concesión de la mayor provincia eclesiástica del orbe católico, que fue precisamente la de Funchal, mediante la creación de las diócesis de Goa, Angra, Santo Tomé y Cabo Verde, mediante real decreto del 3 de noviembre de 1534. Había llegado la hora de Brasil y se cursó a Roma la solicitud de su primer obispado [9]. Se dispuso el Rey, así las cosas, y merced a las atribuciones del patronazgo, a dotar de nuevas diócesis a su reino, mediante el cumplimiento de lo que exigía para ello la Sede Apostólica.

La creación de la diócesis de San Salvador de Bahía

Tras el obligado proceso canónico, el papa Julio III aceptó la petición del rey de Portugal. Por bula *Super specula*, el 25 de febrero de 1551, se dio paso a la erección de la diócesis de San Salvador de Bahía, desmembrándola del obispado de Funchal y sometiéndola a la metrópoli eclesiástica de Lisboa [10].

La nueva diócesis se extendía a lo largo de más de 300 kilómetros de costa y 120 kilómetros de tierra adentro, albergando la región más poblada de la colonia. Las tierras restantes de Brasil quedaban bajo el gobierno eclesiástico, igualmente, del obispo de Bahía en su condición de comisario apostólico hasta que hubiese nuevas circunscripciones. La villa de Salvador, fundada apenas dos años antes, según se dijo en aquel tiempo, «fue elevada a la dignidad de ciudad». La iglesia parroquial de Salvador convirtióse en catedral. Ello fijó la dicotomía existente entre el nombre de la ciudad, que es Salvador, y el del obispado, que es el de San Salvador.

[9] *Idem.*, Chan. don Juan III, L. 66, ff. 262-267: *Carta de Instituição do Bispado da Bahia.*

[10] ATT, Bulas, I, M. 31, n.º 1, donde se encuentra el texto original aún con su *plumbum* y el sello pontificio. En el Archivo Vaticano se registró el evento en los siguientes fondos: Acta Consis. (1551-1559) ff. 19-23, PCons., Acta Vicecancell. (1549-1556) cod. 7, ff. 91-92v; Acta Miscell., cod. 33, ff. 94-96v.

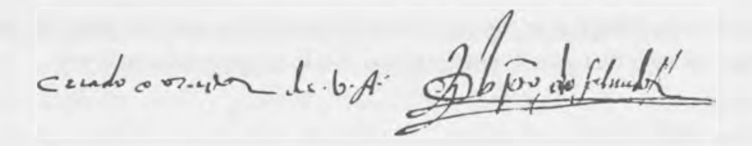


Ilustración 2. Rúbrica original del primer obispo de Brasil: «Criado e orador de V(ossa) A(lteza) P(edro), obispo do Salvador».

EL PRIMER OBISPO DE BRASIL

Mediante la misma bula de la diócesis se nombraba también a su primer obispo, en la persona de don Pedro Fernandes, a quien le fuera remitido, con la misma data, un breve *Apostolatus officium* [11]. Era natural de Évora; se había ordenado presbítero secular de dicha diócesis, estudiando durante más de 10 años en París, donde se doctoró en Teología. De vuelta a la patria, se dedicó a la prédica y a la enseñanza, siendo nombrado confesor real. Enseñó también en el colegio de la Fe, de Goa, ayudando a la formación de sacerdotes. Nombrado vicario general, fue un celoso visitador de las diócesis, enviando al Rey un *memorandum* sobre el buen orden del gobierno espiritual de la India. De regreso a Portugal, no tardó en ser presentado por don Juan III como candidato al primer obispado de Bahía.

Su nombre verdadero fue el de don Pedro Fernandes, y así se le llama en todos los documentos de la época, siendo *Sardinha* su apodo. Era hombre dotado de una vasta cultura, orador ejemplar, enérgico y firme, de espíritu tridentino, pero poco maleable y muy independiente. Naturalmente, en una tierra nueva y distinta, con diferentes perspectivas pastorales y debiendo vérselas con las autoridades civiles, no siempre bien dispuestas, así como los misioneros jesuitas, extremadamente rígidos en sus planteamientos, y con un clero no siempre dócil, las directrices del prelado tuvieron que sufrir la afrenta, muchas veces, de no ser obedecidas por fieles metidos en escabrosos asuntos que concernían a la moral. Hubo, pues, de solventar contratiempos indecibles y muchas incompresiones. No obstante, actuó con decisión y celo, tomó

[11] El título es el de *Apostolatus officium* por ser sus primeras palabras esas y no *Sane eclesia*. Está traducido al portugués en la obra *A Igreja no Brasil*, I, pp. 87-88 (A. Rubert).

medidas saludables y se opuso denodadamente a ciertas exageraciones puestas en práctica por los miembros de la Compañía de Jesús.

La erección del cabildo de Bahía

De acuerdo con la praxis jurídica de la época, no podía faltar un cabildo catedralicio. Por eso, el obispo, y por las facultades que tenía, trató de erigirlo. Algunos miembros del nuevo cabildo ya habían sido presentados en el reino por don Juan III, el 23 de febrero de 1552, siendo, entre ellos, dos dignidades y cuatro canónigos, confirmados por don Pedro en el mes de marzo siguiente, antes de que embarcaran. El Rey concedió al obispo la prerrogativa de presentar al resto de los candidatos. Pero cuando se dio cuenta, eran ya muchos los que había, todos ellos con cartas de presentación fechadas en el reino el 4 de marzo de 1552, lo que no dejó de contrariar al enérgico prelado. El 6 de julio fueron todos confirmados, al fin, y erigido el cabildo, que por serlo en una nueva tierra y haber en consecuencia poco clero, tuvo inicialmente cuatro dignidades, seis canónigos y dos sochantres.

Así quedó constituido el cabildo catedralicio de Bahía: el maestro de la escuela, padre Silvestre Lourenço, natural de la isla de San Miguel (en las Azores) y más tarde vicario general de la diócesis y párroco de Olinda; tesorero mayor, padre Filipe Estácio de Cintra, natural de Vidigueira (en Évora), que sirvió en el mismo cargo durante más de 40 años, bajo el mandato de tres obispos; el padre Fernão Pires de Nóbrega, simple canónigo primero, después deán del cabildo, y muerto siendo ya obispo por los indios caetés; el padre Afonso Pires, el cual, más adelante, se ausentaría algún tiempo para residir en Portugal, regresando al cabildo posteriormente, pero ya sin cargo alguno en 1587; el padre Diogo Gonçalves, sacrificado como obispo en 1556; el clérigo Antonio Juzarte, natural de la villa de Melo, egresado de la Compañía de Jesús y posteriormente ordenado sacerdote; el clérigo Diogo Marques, probablemente ordenado sacerdote poco tiempo después, que ejerció como escribiente de la cámara eclesiástica del obispado, y que fallecería antes de 1559; el clérigo Luis Barreiros, luego ordenado sacerdote, a cuya canongía renunció más tarde.

Pero mucho más difícil resultó al obispo encontar candidatos para las dignidades de deán y de sochantre. Para la primera dignidad del

cabildo nombró, interinamente, al padre licenciado Gomes Ribeiro, confesor, antiguo dominico, y llegado a Brasil con el obispo, el cual fuera también vicario general y visitador y procurador; como sochantre escogió, también de forma interina, al padre licenciado Manuel Lourenço, párroco de Salvador. Pero hubo algún que otro asunto embarazoso, pues el primero, como ex religioso, no tenía aún dispensa de la Santa Sede; el segundo se hallaba igualmente impedido para el ejercicio ministerial por tener dos cargos, esto es, párroco de una ciudad, probablemente de Vila Velha, además del recibido. Finalmente, el 21 de febrero de 1554, fue presentado al cargo de deán y confirmado por el obispo el padre Fernão Pires de Nóbrega. El 22 de junio de ese mismo año es presentado como sochantre el diácono Francisco das Vacas, ordenado por el obispo que le llamó «grandísimo músico», quien, en efecto, pasó a dirigir el coro. No pocas dificultades presentó la elección de capellanes entre los candidatos presentados, así como la de los componentes del coro. Tuvo que echar mano el obispo de algunos clérigos de corta trayectoria.

Organización de la diócesis

Don Pedro Fernándes [12] trató luego de organizar la incipiente diócesis. Levantadas ya las sedes del cabildo y depués de agradecer la hospitalidad dispensada por los jesuitas, fue a morar en casas propias, compradas por el Rey, con sus clérigos, a los que personalmente instruía en los asuntos del culto. Estableció, así, una especie de seminario interno, en donde los clérigos aprendían latín y cantos religiosos, del sochantre, y Teología y otras materias del obispo y de los demás canónigos, comiendo todos en la misma mesa. Procuró los oficios divinos en la catedral y al poco se inició la construcción de la que sería catedral definitiva. Visitó las capitanías de Bahía, Ilhéus, Pernambuco, Itamaracá, Porto Seguro y Espíritu Santo. En Pernambuco estuvo dos veces de visita. Era su intención, también, la de visitar la capitanía de San Vicente. Creó la parroquia de Santiago de Bertioga, en el litoral

[12] Sobre la figura de don Pedro Fernandes véase, de A. Rubert, *A Igreja no Brasil, Origen e Desenvolvimento*, Séc. XVI, I, pp. 95-128.

de São Paulo, potenció la de San Jorge de Ilhéus, construyó la ermita de San Pedro y procuró capellanes, con toda seguridad, a las ermitas de Nuestra Señora de Gracia, de Praia, y de Nuestra Señora de la Concepción, de San Pedro.

Don Pedro mantuvo muy serias diferencias con los jesuitas, sobre todo en lo que se refiere a la instrucción y adoctrinamiento religioso de los indios. Se opuso el obispo a que los indios entraran desnudos en las iglesias, a la confesión mediante intérprete y a la penitencia pública, además de negarse a reconocer los privilegios de la Compañía de Jesús.

Tuvo diferencias, igualmente, con el segundo gobernador general, don Duarte da Costa, debido, especialmente, al comportamiento moral, o inmoral, mejor dicho, de su hijo don Álvaro. A la vez hubo de enfrentarse a la rebelión de algunos canónigos, viéndose obligado a deponer al sochantre Francisco das Vacas, al que sustituyó por João Lopes. Lo mismo tuvo que hacer con otros.

La firmeza del obispo, la desconfianza de los jesuitas y la animosidad del gobernador, crearon un ambiete de pugna continuada en la pequeña capitanía de la colonia, por lo que don Pedro, mediando para ello la autorización del Rey, y acompañado de tres canónigos y más de 100 ciudadanos, embarcó en junio de 1556 con rumbo a Portugal en la nave *Nuestra Señora de la Ayuda*, que batida por los vientos naufragó en las costas de Alagoas, salvándose los náufragos a nado mas sólo para caer en manos de los feroces indios caetés. Recibidos inicialmente con muestras de amistad, el día 16 de junio de 1556, el obispo, los tres canónigos y otros compañeros de infortunio, fueron muertos a traición y devorados por los indios antropófagos, salvándose de la barbarie no más de tres personas que conocían su lengua, las cuales, después de varias semanas de tormentoso periplo, arribaron a Bahía para dar las malas nuevas, llenándose la ciudad de luto y de lágrimas. El pionero en el episcopado de Brasil dejó fama de orador ardiente, de erudito, de virtuoso y de hombre auténticamente apostólico. Su epitafio, escrito en latín, dice así en su traducción: «Yo, primer pastor de Brasil, alimenté a las ovejas y a los lobos carnívoros».

Mientras la sede estuvo vacante, gobernó la Iglesia de Brasil (1556-1559) el vicario general padre doctor Francisco Fernandes, seleccionado por el Rey y elegido por el cabildo, quien desempeñó con acierto el cargo hasta la llegada del nuevo obispo.

LOS DOS SUCESORES DE DON PEDRO FERNANDES EN EL SIGLO XVI [13]

El segundo obispo de Brasil fue don Pedro Leitão, natural de Beja, más, como el primer obispo, presbítero secular de Évora, doctor en Teología por la Universidad de Coimbra y profesor ayudante, orador, confesor y confirmado por el papa Pablo IV el 23 de marzo de 1557 y con birrete cardenalicio en febrero de 1559. Arribó a Brasil el 4 de diciembre de 1559, tomando posesión de su cargo, muy probablemente, el 8 de diciembre. Dotado de gran espíritu apostólico, supo estar a la altura de la misión a él encomendada. En sus 14 años de cargo, desarrolló una gran actividad. Amigo de los jesuitas, favoreció las misiones, ayudó y visitó personalmente las aldeas, administró los sacramentos y se mostró como valiente defensor de los indios contra los abusos de los colonos. La diócesis tuvo sus mayores desvelos. Nada más llegar trató de cubrir las bajas del cabildo, habidas por la muerte de cuatro miembros y por la renuncia de otros. Confirmó y nombró deán al padre Marcos Pires, y cubrió las bajas con los canónigos Domingos Martins Monteiro y Boaventura García, Pedro da Fonseca, Antonio Gonçalves, y con los clérigos Rui Pimenta y João Fernandes Coutinho, todo ellos ordenados sacerdotes posteriormente. Durante un año mantuvo en su puesto de vicario general al padre doctor Francisco Fernandes, después sustituido, respectivamente, por el padre Silvestre Lourenço y por el padre Francisco da Luz. Fue un promotor del clero indígena, llegando a ordenar incluso padres mamelucos. Creó nuevas parroquias, entre ellas la de Vila Velha y la de Río de Janeiro, así como otras en Bahía y hasta en Pernambuco. Estableció las vicarías de Olinda, Ilhéus, Porto Seguro, Espíritu Santo, Río de Janeiro y Santos. Cursó frecuentes visitas pastorales a diversos puntos del país. Como eximio orador que era, no cejaba en su empeño de hacer uso de la palabra para instruir a sus diocesanos. Cuidó siempre de que las funciones religiosas fueran dignamente celebradas y promovió las artes del canto sacro. Un cronista jesuita resume su actividad apostólica con esta frase: «Ayudó más que nadie a la cristiandad». Falleció en un día sin precisar del mes de octubre de 1573, a los 60 años.

[13] De la obra citada, véase lo referido a don Pedro Leitão (*Idem.*, *ib.*, pp. 161-167), así como lo que dice de don Antônio Barreiros (*idem.*, *ib.*, pp. 223-238).

Mientras estuvo vacante la sede (1573-1576), gobernó la diócesis por delegación del cabildo, el sochantre padre licenciado Sebastião da Luz. El tercer obispo de Brasil fue fray Antonio Barreiros, fraile de la orden militar de Avis, licenciado en Teología por la Universidad de Coimbra. Había nacido en Avis alrededor del año de 1530, fue prior del convento de la localidad y muy estimado orador sacro. Presentado como candidato al obispado de Bahía, fue confirmado por el papa Gregorio XIII el 20 de junio de 1575. Llegó a Brasil en mayo de 1576. Su episcopado fue, en términos generales, feliz y provechoso. Con los jesuitas, entre los que tenía un hermano, las relaciones fueron malas en un principio, si bien con el paso del tiempo acabarían siendo correctas. Tuvo también diferencias notables con el gobernador general de la colonia y él mismo se vio envuelto en las tareas de gobierno. Visitó la diócesis por todos sus rincones, creó numerosas parroquias, favoreció los estudios, hizo nuevas ordenaciones y protegió las misiones evangélicas entre los indios.

Durante su episcopado, y con su favor, arribaron nuevas órdenes: franciscanos, benedictinos, carmelitas... En varias ocasiones escribió al Papa pidiendo indulgencia y favores para sus diocesanos. Le sirvieron como vicarios generales el deán del cabildo, Sebastião da Luz, fallecido poco después, siendo sustituido por el padre Vicente Rodrigues Palha, futuro fray Vicente do Salvador, en un principio, y después, y finalmente, por el padre licenciado Pedro de Campos Tourinho, deán del cabildo, visitador y gobernador de la diócesis durante una nueva vacantía (1600-1603). Con fama de gran rigidez, fray Antonio Barreiros, religioso de la orden cisterciense, falleció el 8 de mayo de 1600, a los 70 años de edad. Fue durante su episcopado cuando se dio la incorporación de Portugal a la Corona española, cosa que hizo morir de un disgusto al gobernador de Bahía.

Creación de la prelatura de Río de Janeiro

La parte del sur de Brasil que el obispo de Bahía gobernaba como comisionado apostólico, teniendo ya población considerable y diversas parroquias en las principales villas, así como misiones entre los indígenas, a petición del rey don Sebastián, alegando la mucha distancia hasta el obispado de Bahía, el papa Gregorio XIII, mediante la bula *In*

supereminenti, del 19 de julio de 1575 [14], creó la nueva circunscripción eclesiástica, con jurisdición propia y sede en la ciudad de Río de Janeiro, donde residía el Gobierno de las capitanías del sur. Entiéndase ello desde el territorio que va de la capitanía de Porto Seguro hasta la del Río de la Plata, dentro de los límites del gobierno temporal de la colonia. No obstante hablan los documentos de vicaría, o de administración espiritual, como su titular fuera llamado prelado, la nueva jurisdición eclesiástica pasó a denominarse, al poco tiempo, prelatura. Al prelado le era conferida toda la jurisdición ejercida hasta ese momento por el obispo de Bahía, con derecho a cursar visitas, a la corrección y a la apropiación de los beneficios eclesiásticos, salvaguardando siempre los derechos comunes desde antiguo al patronazgo. En lo que a su persona toca, estaba el prelado sujeto a la visita y a las órdenes del obispo de Bahía, que era, además, juez de apelación. El Rey tenía la facultad de presentar candidato para la nueva circunscripción, bien padre seglar, o padre regular, que debería ser examinado por la Mesa de Conciencia y Órdenes. El prelado, como rango distintivo de su cargo, lucía hábito prelaticio con manteletes y roquete. Podía celebrar en nombre de pontífice, conferir órdenes menores, consagrar iglesias y altares, así como expedir cartas conminatorias, de cualquier especie, a las órdenes sacras.

El primer prelado de Río de Janeiro

El único prelado en la era del 1500 fue el padre Bartolemeu Simões Pereira, graduado en Derecho y en Teología, y nombrado por real decreto del 11 de mayo de 1577 [15]. Tomó posesión de su cargo en febrero del año siguiente. Dotado también de gran celo y de mucha energía, después de organizar la prelatura, visitó asiduamente las parroquias de la diócesis, creó otras nuevas, entre ellas las de São Paulo y Angra de los Reyes. Amigo de los jesuitas, especialmente del beato José de Anchieta, participó en las exequias fúnebres de éste, en Espíritu Santo, en 1597, llamándolo «santo misionero y apóstol de Brasil». Favoreció a las misiones, vigiló la actividad de algunos heterodoxos y se

[14] Bull. Rom., VIII, Taurin pp. 124-128; Corpo Dipl. Port., XI, pp. 606 ss.
[15] ATT, Chanc. O. Cr., L. 4, f. 71v., y ff. 72-73.

opuso tenazmente a la esclavitud de los indios, siendo, por ello, perseguido y calumniado por los colonos. Daba sermores sin cesar. Anchieta le había dedicado un verso que dice: «¿A dónde vas tan deprisa, periquito parlanchín?».

Después de 25 años de buen gobierno, falleció en Espíritu Santo en 1603, en el colegio de los jesuitas, a los cuales legó su biblioteca, además de mandar que se distribuyeran 250 cruzados entre los pobres. Gobernó la prelatura vacante el vicario general de la misma, padre Martim Fernandes, párroco de Río de Janeiro.

V

LAS MISIONES INDÍGENAS EN EL SIGLO XVI

INTRODUCCIÓN

Una de las grandes epopeyas de la Iglesia en Brasil fue, sin lugar a la más mínima duda, el trabajo misionero hecho entre los indios. Fue un desafío constante que provocó luchas y sufrimientos. Se realizaron esfuerzos denonados y constantes para llevar la luz del Evangelio a los amerindios. Y eso cuando aún el sistema colonial, genéricamente hablando, en nada favorecía la extensión de la fe. No faltaron las intervenciones de la Corte, las protestas de los obispos y de los misioneros, la ayuda de los gobernantes y de los funcionarios públicos... Mas, el afán de ganancia fácil de los blancos, el poco amor hacia los habitantes de la tierra recién descubierta, la ambición por el enriquecimiento a corto plazo, pusieron a los cristianos obstáculos más que serios para la aceptación de la fe por parte de los indígenas. También hubo prelados, de parte de los misioneros, que no poseían la formación necesaria para llevar a término su tarea evangelizadora; el escaso o nulo conocimiento de las lenguas indígenas, de las costumbres autóctonas y de las religiones de aquellas gentes, fue uno de los problemas que con mayor intensidad se manifestaron en los primeros tiempos.

Como protagonistas de la obra misionera indígena, en el siglo XVI, cabe destacar, sin duda y por encima de otras órdenes, la de los jesuitas; una orden nueva y disciplinada, que llegó a casi todos los rincones del vasto territorio brasileño. Antes de que concluyera el siglo también efectuarían su labor evangelizadora los franciscanos, llegados en 1585. Otros religiosos, esto es, los carmelitas y los benedictinos, no tuvieron misiones —al menos no hay constancia de ello— durante el siglo XVI.

Algunos autores extranjeros, mal informados, sitúan también en ese período a los dominicos, los cuales, sin embargo, nada tuvieron que ver con la enseñanza del Evangelio en Brasil durante toda la época colonial. Sólo algunos de entre ellos había en aldeas dispersas, y estaban allí en calidad de padres seglares.

Método misionero

En lo que se refiere al método misionero, fueron muchas las variantes, por así decirlo, que se dieron en la época, según los lugares y según las experiencias ya acumuladas. En un principio se trató de hacer un trabajo constructivo. La distorsión de los acontecimientos históricos, sin embargo, habla de coacciones, de la imposición del cristianismo mediante la represión; incluso de la propagación de la fe mediante el uso de las armas... ya el papa Julio III, mediante diversos breves, por ejemplo el titulado *Sublimis Deus*, del 29 de mayo de 1537, defiende abiertamente a los amerindios, a los que declara seres racionales como los demás hombres y condena toda suerte de violencia y de privación de libertad a que sean sometidos. Más aún, también los patronazgos legislaron en favor de los indígenas, dictando leyes, las cuales, por desgracia, y en muchas ocasiones, eran burladas por la astucia de los colonos y su connivencia con las autoridades, tanto locales como distantes, de la Corte.

Las primeras tentativas

Como ya se ha dicho, entre 1500 y 1538 hubo ya contactos con los indios y buen número de entre ellos recibió el bautismo a manos de los capellanes de las naves que arribaran a la nueva tierra, así como de los curas de las factorías e ingenios, pues eran muchos ya los religiosos que vivían entre las poblaciones de blancos. El padre Francisco García, verbi gracia, que permaneció durante varias semanas en las costas de Santa Catarina, llegando a levantar allí una iglesia, bautizó a varios indios carijós, que después encontrarían los hombres de la escuadra de Caboto. Fundadas las capitanías, con sus respectivas parroquias, se produjeron nuevas conversiones. Algunos vicarios sabían ya la len-

gua indígena. Una paraguaçu, mujer de Diogo Alvares, o Caramaru, se bautizó en 1528 en Francia y de vuelta a Brasil cuidó de instruir a sus hijas y a sus nietos en la fe católica, allá en la capilla de Nuestra Señora de Gracia. Uno de sus nietos, además, llegó a ser ordenado sacerdote. Y cuando algún religioso ignoraba la lengua de los indios, solía hacer uso de un intérprete, de común un mameluco, que la conocía.

Naturalmente, no puede pretenderse que en esos primeros contactos se diera una profundización, pues aunque los indios recibieran el bautismo, y una instrucción religiosa generalizada, sin una asistencia organizada y continua no podían brillar las virtudes cristianas. Faltaba ambiente, asistencia cotidiana, además de darse factores adversos. Hubo, así y todo, esfuerzos enormes por integrar a los indígenas en la vida de las parroquias. Muchas criaturas morían ya bautizadas. Pero se hacía precisa una organización permanente y estable.

La misión de Mbiaça

La primera misión organizada entre los indios de Brasil fue la de Imbiaça (Mbiaça), en el actual Estado de Santa Caterina, bien que bajo la jurisdicción de España a la sazón, llevada a cabo por dos franciscanos de aquel país, fray Bernardo de Armenta, andaluz, y fray Alonso Lebrón, de las Canarias. Contestó Portugal a ese inicio con la fundación de una misión nueva en la villa de San Vicente, pues por el tratado de Tordesillas correspondía a los lusos la parte más meridional de Brasil [1]. Las escuadras españolas, sin embargo, anclaban con total normalidad tanto en el puerto de San Francisco como en el de Patos. Los indios carijós de la región ya tenían contactos con los españoles y con los capellanes de la Armada. En 1537, cinco franciscanos, bajo la dirección de fray Bernardo de Armenta, partieron en la escuadra de Alonso Cabrera en dirección al Río de la Plata [2]. Circunstancias adversas, sin embargo, les hicieron desistir del proyectado desembarco en el estuario rioplatense. Dos de los misioneros desembarcaron entonces en Santa Catarina y se adentraron algunas laguas, fundando, en 1538, una gran

[1] AI, Part. (1531), 28 R 17 y 41 R 8.
[2] *Idem*, Just. 1131; Carta de fray Bernardo de Armenta (10-X-1544).

aldea en la que los carijós se mostraron receptivos y bien dispuestos a recibir la luz del Evangelio [3]. Ya estaban preparados para ello, por así decirlo, gracias a los contactos mantenidos hasta entonces con los blancos, mas, sobre todo, merced de las pláticas del indio Etiguara, que cuatro años atrás comenzara a predecir la llegada de los apóstoles cristianos. Auxiliados en su tarea por intérpretes varios, los dos misioneros bautizaron un buen montón de niños y de adultos. Los indios, en muy poco espacio de tiempo, dejaron de comer carne humana y se contentaron con tener una sola mujer. Cada día llegaban nuevos indígenas hasta los misioneros para ser catequizados y recibir el bautismo. Los misioneros, entusiasmados por su éxito, fundaron un colegio para niños y otro para niñas. La región entera recibió el nombre de Jesús.

En 1541 ancló en el puerto de Patos la escuadra de Álvaro Núñez Cabeza de Vaca, con 400 colonos, de camino hacia el Paraguay. Pero a causa de las dificultades encontradas, fray Bernardo de Armenta aconsejó al navegante dirigirse a Paraguay por tierra, pues era aquélla la única nación de indios. El gobernador aceptó la sugerencia pero con la condición de que dos misioneros acompañaran a los expedicionarios. No sin desagrado, los misioneros emprendieron la larga marcha, después de prometer a sus pupilos que volverían cuanto antes. Una gran caravana, compuesta por colonos y soldados, con seis padres seglares, pusieron rumbo al Paraguay guiados por los carijós y por los dos frailes. Los religiosos, cumplida su misión, y luego de tener una discusión con Cabeza de Vaca, a causa de los dineros que habrían de recibir en pago a sus servicios, volvían a su misión brasileña en 1545. Floreció a extremos insospechados esa misión, pero, desgraciadamente, en 1547, falleció entre los indios el benemérito y celoso fraile de la fe Bernardo de Armenta, dejando solo a su compañero, quien, un año después, y cuando se produjo el ataque de los habitantes de San Vicente contra los carijós, se marchó de allí... Tiempo después los jesuitas encontrarían aún indios cristianizados en aquella misión; la primera que se organizara entre los aborígenes.

[3] En su carta al emperador dice fray Bernardo: «...en breve tiempo obró Dios grandes cosas en sus corazones, segundo lo mostraron sus obras, por lo que con dificultad y con gran decurso de tiempo apenas pueden ser quitadas de los infieles, estos en pocos meses las quitarán de sí...». Especialmente satisfecho se muestra de que hayan dejado la antropofagia y la poligamia.

Fray Bernardo, en una carta dirigida al emperador Carlos V, con fecha del 10 de noviembre de 1544, sugiere el envío de más misioneros, que arriben junto a pacíficos colonos, sin soldados y sin conquistadores, a fin de perpetuar el cristinismo entre los carijós, a los que tenían por gente de buena disposición. Los jesuitas, posteriormente, trataron con poco éxito de atraerlos a la Iglesia.

LAS MISIONES DE LOS JESUITAS [4]

Fundada la Compañía de Jesús por San Ignacio de Loyola, y aprobada por Pablo III el 27 de septiembre de 1540, cupo a Brasil la primicia de su apostolado misonero en América. A petición de don Juan III, en 1549, en la escuadra de Tomé de Sousa, primer gobernador general de la colonia, embarcaron los primeros jesuitas, cuatro padres y dos hermanos. El responsable era el padre Manuel de Nóbrega, padre seglar, como también lo era su compañero padre Leonardo Nunes; los otros eran el padre João de Azpilicueta Navarro, sobrino del célebre canónigo de Coimbra padre doctor Martín Navarro, y el padre Antônio Pires, hombre de poca cultura mas de gran ardor en defensa de la fe. Iban con ellos los hermanos Diogo Jácome y Vicente Rodrigues, posteriormente ordenados sacerdotes. Tan pequeño número de obreros de la fe emprenderían una vasta labor evangelizadora. En 1550 llegarían más miembros de la Compañía, otros cuatro padres. En julio de 1553 llegaron tres más y cuatro estudiantes, bajo la dirección del padre Luiz de Grã; iba entre ellos el gran escolástico José de Anchieta. Ellos, y otros que nacieran ya en Brasil, fundaron las primeras misiones jesuitas entre los indígenas; las primeras residencias y los primeros colegios.

Desde luego, conviene advertir que no siempre los jesuitas son sinónimo de misioneros, como piensan algunos. Pocos, relativamente, se dedicaron a las misiones en sí... Un buen número de entre los ignacianos se dedicó, con gran éxito, a la enseñanza en sus colegios y a la

[4] *Monumenta Brasiliae*, 5 vols., Roma, 1956 ss.; *Monumenta Historica Societatis Iesu*, 100 vol, Madrid, 1894 ss.; S. de Vasconcelos, *Crônica da Companhia de Jesus do Estado do Brasil*, 2 t., Lisboa, 1662, reed. Río de Janeiro, 1864; F. Rodrigues, *História da Companhia de Jesus na Asistência de Portugal*, 4 vols., Porto, 1931-1950; S. Leite, *História da Companhia de Jesus no Brasil*, 10 vols., Río-Lisboa, 1938-1950.

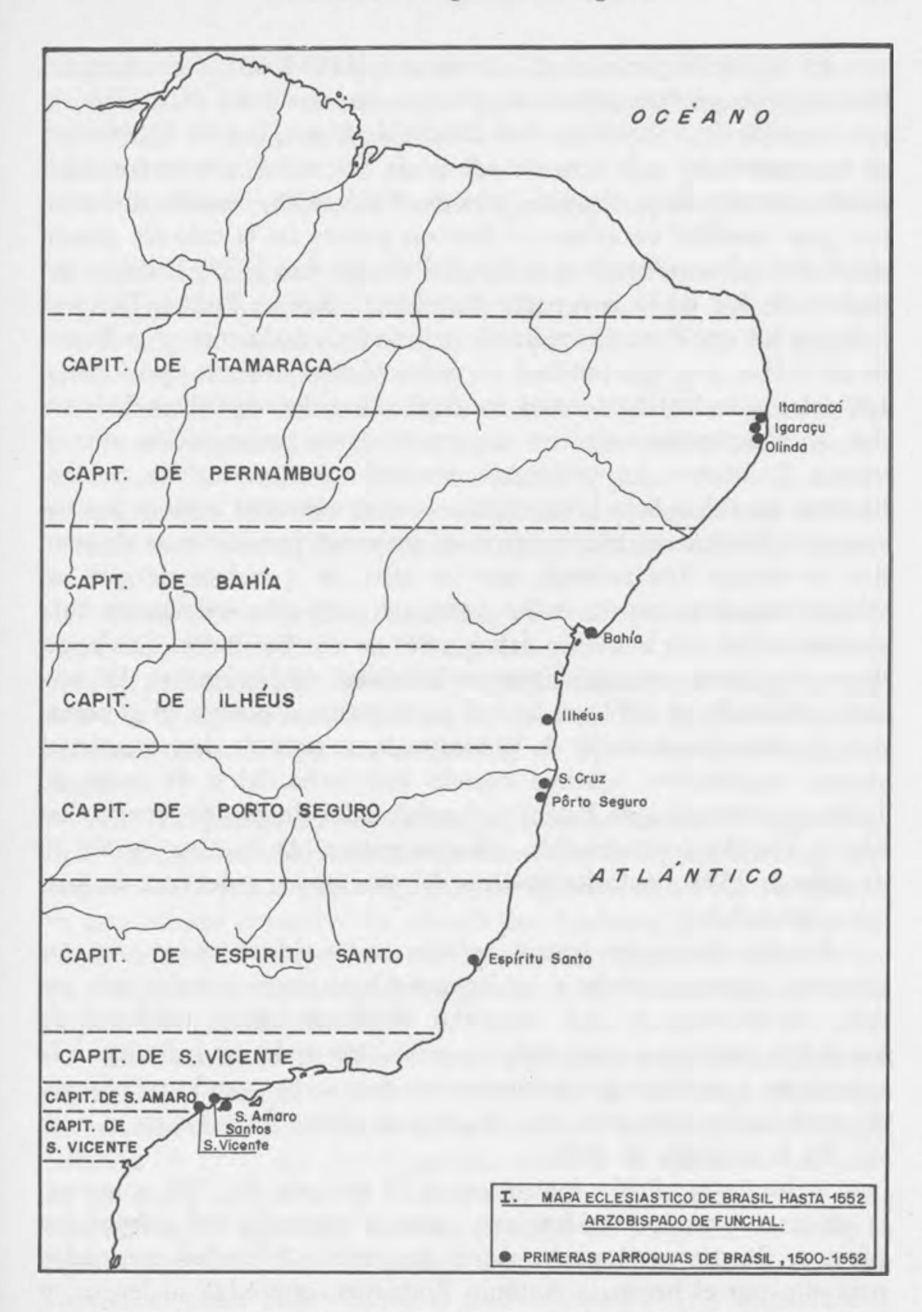
actividad parroquial. No todos estaban dotados para la misión, además de ser urgidos a otros menesteres.

En los primeros 10 años de catequesis llevaron a término los jesuitas algunas experiencias de poca importancia, fundamentalmente en los alrededores de la ciudad de São Paulo, en donde se habían establecido. Comprobado el escaso fruto de sus sudores, en parte por la vida nómada de los selvícolas, y para liberarlos de la explotación a que eran sometidos por los blancos, crearon las aldeas, las reducciones. Así, al poco brotaron en las cercanías de Bahía las aldeas de Río Vermelho, de São Paulo, de San Lorenzo, de San Sebastián y de San Simón, todas de duración efímera. Además muchos jesuitas empeñados en la tarea fallecieron pronto.

En la capitanía de San Vicente, el esforzado y corajudo padre Leonardo Nunes, en 1550, fundó su escuela de catequesis, para desde ella mejor proyectar las misiones. Se dirigió también a la altiplanicie de Piratininga y a los territorios de los carijós, en el sur, ayudado por el hermano Pedro Correia, que conocía la lengua y las costumbres de los indios. Mérito especial tuvo el padre Leonardo en el empeño de conseguir vocaciones entre los nativos, sin excluir a los mamelucos. Pero su muerte, también pronta, dio al traste con su iniciativa, abandonada por el resto de los jesuitas.

En la altiplanicie se alzaba la villa de São André da Borda do Campo, habitada por João Ramalho y su clan, que ya fuera visitada por el vicario de San Vicente. En 1555 el padre Nóbrega, luego de pedir refuerzos a Bahía, reunió un cierto número de catecúmenos en Pirateninga, donde el escolástico José de Anchieta permenecería muchos años, enseñando latín en el primer colegio que allí fundara la orden, al tiempo que se entregaba al aprendizaje de la lengua indígena para mejor llevar a término su afán misionero. Con fecha del 25 de enero de 1554, fiesta de la conversión de San Pablo, considerada simbólicamente como la de fundación de la ciudad de São Paulo, el padre Manuel de Pavía celebró allí la primera misa.

En el resto de las capitanías fue bien poco el trabajo misionero de los jesuitas. En Porto Seguro y en Espíritu Santo, con los vaivenes inherentes a los inicios de la colonización, resultó escaso el fruto obtenido. Nada se recolectó en Ilhéus y en Pernambuco. Tal vez los jesuitas, en esta primera etapa, se condujeran desordenadamente, malgastando energías, con pocos resultados prácticos.


OCÉANO
CAPIT. DE ITAMARACA
CAPIT. DE PERNAMBUCO
CAPIT. DE BAHÍA
CAPIT. DE ILHÉUS
CAPIT. DE PORTO SEGURO
CAPIT. DE ESPIRITU SANTO
CAPIT. DE S. VICENTE
CAPIT. DE S. AMARO
CAPIT. DE S. VICENTE
Itamaracá
Igaraçu
Olinda
Bahía
Ilhéus
S. Cruz
Pôrto Seguro
ATLÁNTICO
Espíritu Santo
S. Amaro
Santos
S. Vicente
I. MAPA ECLESIASTICO DE BRASIL HASTA 1552
ARZOBISPADO DE FUNCHAL.
● PRIMERAS PARROQUIAS DE BRASIL, 1500-1552

En el primer período de la catequesis (1549-1558), varios factores hicieron que no floreciese la experiencia de las aldeas; entre ellos, la poca energía del gobernador don Duarte da Costa, la poca experiencia de los misioneros y la falta de hábito de los indios. De mayor éxito puede considerarse el segundo período (1558-1600), cuando se fundaron gran cantidad de aldeas en diversos puntos de la colonia, con la ayuda del gobernador Mem de Sá, del obispo don Pedro Leitão y del prelado de Río de Janeiro padre Bartolomeu Simões Pereira. Tiempos hubo en los que fuera concedido a los jesuitas, igualmente, el gobierno de las aldeas, cosa que provocó no pocos pleitos y fuertes oposiciones. Los colonos reclamaban contra esa concesión y los superiores de la orden no hicieron sino mostrar su extrañeza y su preocupación ante la misma. Resistieron los misioneros, sin embargo, pues sabían que hallándose las aldeas bajo la jurisdicción de los capitanes blancos (los capataces), difícilmente encontrarían un ambiente propicio para desarrollar su trabajo. Los colonos, por su parte, se quejaban de que los jesuitas impedían que los indios trabajasen para ellos, ni siquiera bajo remuneración, con lo que se daban casos de muchos indios que huían de sus haciendas para refugiarse en las aldeas de los jesuitas. En una junta celebrada en 1593, en la cual parcitiparan el obispo, el gobernador, el visitador provincial de la compañía, se trató de dar solución al asunto, regulándolo. Máxime cuando con fecha del 6 de enero de 1574, el gobernador de Bahía, y el gobernador de Río de Janeiro, habían publicado una resolución sobre lo mismo. Al fin, una ley del 20 de julio de 1596 reguló los poderes del procurador y del juez destinados a los indios.

Los misioneros, en general, residían en las aldeas; en los primeros tiempos, apenas un padre y un hermano lego; después hubo más padres, con la ayuda de algún hermano. Había allí iglesia, residencia de los padres, ranchos o casas para los indios, los cuales se dedicaban a la agricultura y andaban generalmente vestidos, salvo cuando trabajaban. A continuación ofrecemos una relación de aldeas fundadas en el siglo XVI. En la capitanía de Bahía:

Aldea de San Pablo: inaugurada el 29 de junio de 1558, compuesta de cuatro grupos residenciales, ante la presencia del gobernador Mem de Sá, día en el que se dio el bautismo a 84 indios preparados para ello por el hermano Antônio Rodrigues, que sabía su lengua, y bautizados por el padre Nóbrega. Don Pedro Leitão visitó esa aldea y

confirmó a los indios. Llegó a contar allí hasta 2.000 almas. Pero en los inicios de 1563 una epidemia de viruela diezmó su población.

Aldea de San Juan Apóstol: Fundada en 1559, llegó a tener 1.000 almas. Era su misionero el padre Raul Pereira, que pudo bautizar, en una celebración del apóstol, hasta 130 indios. Después perdería importancia.

Aldea del Espíritu Santo: fundada en 1559, compuesta de siete grupos, por iniciativa del padre João Gonçalves y del hermano Antônio Rodrigues, contaba en el año 1561 con 4.000 almas. Fue próspera y sobrevivió a los tiempos.

Aldea de San Antonio: erigida en Erembê, a nueve leguas de Salvador, por el padre Luiz da Grã, entre los indios tupinambás. Llegó a contar con una población próxima a las 2.000 personas. Poseía una excelente iglesia. El padre Brás Lourenço fue uno de sus más notables misioneros. Y a pesar de múltiples avatares, también sobrevivió al paso de los tiempos.

Hubo aldeas, también, en Bahía, en Santiago, en Santa Cruz de Itaparica y en San Pedro de Saboig, así como en San Andrés de Anhem-bi, pero todas ellas de vida efímera. La capitanía de Ilhéus no tuvo más que la de Nuestra Señora de la Asunción de Camamu, fundada en 1560, donde los jesuitas recibieron, de Mem de Sá, 10 leguas de tierra.

En la capitanía de Río de Janeiro tuvieron los jesuitas algunas aldeas importantes, sobresaliendo de entre ellas la de San Lorenzo, fundada en 1570 por el padre Gonçalo de Oliveira, aldea que fue próspera, tuvo aliento popular y fue visitada por Anchieta; la de San Bernabé, establecida en 1580, tuvo una cierta actividad y desarrollo, sobreviviendo a la posterior expulsión de los jesuitas, como la anterior, en lo que hoy es la ciudad de Niterói.

En la capitanía de Espíritu Santo podemos enumerar las siguientes aldeas: la de Nuestra Señora de la Asunción de Reritiba, célebre por los trabajos que allí hiciera, hasta su muerte, el beato José de Anchieta, fallecido en 1597, que dejó impronta; también las aldeas de San Juan, de los Reyes Magos, de la Concepción y de Guaraparim, todas ellas fundadas en el siglo XVI. Por ellas pasaron, en sus primeros tiempos, figuras misioneras como el padre Diogo Jácome, el padre Fabiano de Lucena, el padre Pedro Costa, el padre Manuel Dias y el padre Domingos Garcia.

En São Paulo sólo se registran, en el siglo XVI, las aldeas jesuitas de San Miguel, la de Nuestra Señora de la Escada y la de los Pinheiros.

Las misiones de los franciscanos [5]

Con el establecimiento de los franciscanos en Brasil, en 1585, su primer custodio fray Melquior de Santa Catarina, se interesó grandemente por las misiones indígenas, dándose a la tarea de la evangelización del vasto territorio. Pero no fue sin la oposición de los jesuitas como se llevó a efecto la empresa. Al parecer, a los ignacianos molestaba la presencia de los franciscanos en Paraíba. Mas superadas las primeras dificultades, los franciscanos se harían cargo, en un principio, de las aldeas que dejaran los jesuitas. Luego, sin embargo, fundaron nuevas misiones entre los potiguaras, siendo las principales las de Guaragibe, Almagra, Joane y Mangue. En 1593 levantaron otras aldeas en Piragibe, Jococa, Assunção y San Agustín. La proverbial pobreza franciscana resultó benéfica para los indios, que recibieron, merced a ella, una nueva dimensión cristiana del valor de la misma.

También fundaron los franciscanos misiones entre los feroces caetés de Alagoas, como la aldeas de San Miguel de Una (en 1593) y de Porto das Pedras (en 1597). Igualmente, en la capitanía de Pernambuco establecieron algunas más. En Olinda llegaron a tener un internado semejante al de los colegios de los jesuitas.

Entre los principales misioneros de esta primera etapa, encontramos al propio fundador, el custodio fray Melquior de Santa Catarina, que aprendió la lengua indígena y fundó un total de 18 centros misioneros; fray Antônio de Campo Maior, por su parte, se mostró siempre dispuesto a catequizar a los indios de su aldea de Porto das Pedras; fray Francisco de São Boaventura y fray Leonardo de Jesús, ambos celosos de la conversión de los indios, trabajaron en diversas aldeas; fray Bernardino das Neves, nacido en Brasil, conocedor de la lengua indígena, rigió la aldea de Nuestra Señora de la Asunción, de Paraíba. Éste

[5] A. de S. María Jaboatão, *Novo Orbe Seráfico*, 2 vols., Río de Janeiro, 1858-1862; B. Roewer, *Páginas de História franciscana no Brasil*, Petrópolis, 1941. *Idem*, *A ordem Franciscana no Brasil*, Petrópolis, 2.ª edic., 1947; V. Willeke, *Missões Franciscanas no Brasil*, Petrópolis, 1975.

fue, en resumen, el primer trabajo misionero de los hijos de San Francisco, en Brasil.

Conclusión

En el siglo xvi, además de las misiones aquí reseñadas, hubo otras que desarrollaron su trabajo entre los indios, principalmente las regidas por padres seglares, pero cuyos datos concretos ofreceremos en otros capítulos. Diferentes religiosos, esto es, carmelitas y benedictinos, por ejemplo, también hicieron apostolado en el xvi, lo que consta documentalmente. Como hemos podido comprobar, en cualquier caso, fue grande el esfuerzo misionero en favor de los indígenas, si bien los resultados, por causas diversas, no siempre se correspondieron con el empeño puesto en la tarea. Mas no por eso resultó vano el afán, el adoctrinamiento y la salvación espiritual de los nativos; un afán que, como lo testimonian Anchieta y otros cronistas de la época, dio buenos ejemplares de cristiano.

VI

EL CRECIMIENTO PARROQUIAL EN EL SIGLO XVI

Fue tan importante el sistema parroquial desde los inicios de la Iglesia en Brasil, que lícito resulta afirmar que ello supuso la espina dorsal de toda la organización eclesiástica. La presencia diaria del pastor entre sus ovejas, en la iglesia parroquial, la administración de los sacramentos, el sermón y la misa, la catequesis y, en fin, otros actos cristianos, crearon en el pueblo buenos hábitos, lo que ayudó a que se mantuvieran las gentes fieles a la fe de Cristo. La influencia de los párrocos en Brasil fue tan importante que cualquier padre pasó a ser llamado, simplemente, vicario; y así se conoce a nuestros párrocos desde entonces. Procuraremos, sin embargo, focalizar los diferentes aspectos que conciernen al desarrollo parroquial, tanto en lo jurídico como en lo sociológico. Sabemos ya que la erección de las parroquias, erecciones en favor de la Virgen, muchas de ellas, bajo el régimen del patronazgo, dependía del beneplácito real. No obstante, y merced a lo dispuesto por el concilio de Trento, tenían los obispos y los prelados facultad para erigir parroquias, si bien, y a fin de evitarse problemas, se abstenían de adoptar decisiones a ese respecto. Las más de las veces vivían angustiados por la morosidad del titular del patronazgo y por las necesidades acuciantes del pueblo de Dios. De una parte, los privilegios del soberano, como gran maestre de la orden de Cristo; de otro, los fieles, que reclamaban en vano las providencias oficiales. La Corona, por lo general, se mostraba reticente ante la erección de nuevas parroquias, pues ello acarreaba dispendios económicos al erario público. Evidentemente, los acopios de décimos debían canalizarse hacia los menesteres del culto. Pero se dieron, en este particular, muchos abusos y ocultaciones. Sólo una parte de los décimos se destinaba a su finalidad verdadera.

En vista de las dificultades creadas por la burocracia de la Corte, que se aumentaban por culpa de las dificultades en la comunicación, y acuciados por los fieles, los obispos, no sin que ello en ocasiones les molestara, procuraban remediar la situación creando parroquias que apenas contenían su naturaleza eclesiástica, y estableciendo algún tipo de acuerdo con los moradores de las localidades respectivas, para que garantizasen el sustento del párroco y las necesidades de la Iglesia. Se dice, de común, que los obispos hacían esto con repugnancia, no porque les faltara el celo necesario para velar por las almas de sus fieles, sino porque sabían bien, que, en la hora del entusiasmo, sobraban las promesas, las cuales, más adelante, eran cosa fácil de olvidar, quedando vicarios y parroquias sumidos en la miseria. Además consideraban injusto que el pueblo, después de haber pagado su tributo, se viera obligado a sustentar a los ministros de la Iglesia.

Otro problema era el de encontrar padres que aceptaran servir provisionalmente en esas parroquias, pues sin destino cierto y definitivo, muchas veces, hecho el gasto en el largo viaje y sin dinero, vivían en la incertidumbre del mañana. Tales párrocos recibieron el nombre de «vicarios encomendados», por ejercer su ministerio a solicitud de la comunidad, que los mantenía.

A pesar de esa anomalía jurídico-canónica, los obispos del Brasil colonial, a lo que parece, nunca fueron presionados por la Santa Sede, que comprendía su especial situación, derivada del patronazgo regio, que muchas veces no funcionaba correctamente aunque tal fuera concedido, precisamente, por la Sede Apostólica de Roma. Tan sólo las parroquias levantadas por orden del patronazgo recibían su párroco, elegido luego de una suerte de concurso, y se mantenían mediante el pago de los décimos a la hacienda real. Pero desde sus inicios, muchas parroquias de Brasil se erigieron gracias a los esfuerzos y el empeño, únicamente, de sus fieles, y gracias al celo apostólico de los sacerdotes.

Los obispos crearon una buena cantidad de esas parroquias canónico-eclesiásticas, consideradas, o toleradas, al menos, por la Corte como simples curatos, con la esperanza de que el Rey llegara a reconocerlas algún día y proveyera lo necesario para la construcción de iglesias y residencias para los párracos. A veces, si bien por poco tiempo, lo conseguían. Mas de común tenían que pasar largos años, y hasta decenios, para obtener sus fines, dándose casos de espera de hasta 90 años para que el Rey de turno asumiera las responsabilidades contraí-

das por la Corona, como titular del patronazgo y detentador de los bienes conferidos por el décimo eclesiástico.

Relación de las parroquias anteriores a la creación del obispado

En primer lugar, conviene referirse a las 10 parroquias existentes antes de la creación del obispado de Bahía, continuando con la relación de sus párrocos, hasta hacerla lo más exacta posible, pues nos será útil establecer desde ahora los términos del esfuerzo descomunal, de la presencia de espíritu y de los intentos varios, así como de diversas pesquisas, hechos para localizar algún raro documento y, de manera indirecta fijar el nombre de esos párrocos. Así, y después de estudiar los más diversos documentos, nos fue posible establecer algunos datos biográficos de ellos. En ocasiones, las fechas son exactas y han sido probadas; otras veces son aproximadas. Hay lagunas, lógicamente, por falta de nombres y de datos, que hasta el presente no nos ha sido posible fijar.

Parrroquia de Nuestra Señora de la Asunción de San Vicente

Sede de la capitanía de Martim Alfonso de Sousa, primera parroquia de Brasil, erigida en 1532 y confirmada por el Rey en 1535. Después de ser regida por el padre Gonçalo Monteiro (1532-1544) tuvo como pastor al padre Simão de Lucena (1544-1566). Perdiendo su importancia tras la fundación de Santos, accedió a ella un nuevo párroco en 1585, que fue el padre Sebastião de Pavia. En 1593 servía de vicario interino el carmelita fray Luis Dias do Vale [1].

Parroquia del Santísimo Salvador de Olinda

Sede de la capitanía, tuvo la ciudad también gran importancia por ser sede eclesiástica. Su párroco era, a la vez, vicario general de la re-

[1] Sobre algunos de los párrocos de las primeras parroquias de las capitanías de San Vicente, tenemos un artículo excelente de don Paulo de Tarso Campos, titulado «Antigos vigários do litoral de São Paulo», en *Anuário da Diocese de Santos*, 1942.

gión, con facultades delegadas por el obispo de Bahía. Después de su primer párroco el padre Mestre Pedro da Figueira, tenemos la siguiente relación de párrocos:

Padre Pedro Manso (15...-1562), quien intervino contra el heterodoxo João de Bolés [2]. Falleció en el ejercicio de su cargo. El clérigo Bartolomeu Aires ejercía como tesorero.

El padre Silvestre Lourenço (1563-1571), ex maestro de la escuela del cabildo y ex vicario general de la diócesis, presentado por Mem de Sá el 9 de febrero de 1563, y confirmado por don Pedro Leitão [3]. Uno de sus capellanes, presentado en ese mismo año, fue el diácono Pedro Barbosa. El padre Manuel Fernandes Cortiçado era el vicario de la capitanía [4]. Como consecuencia de las intrigas del alquimista padre doctor Antônio da Gouveia, que andaba por Pernambuco, el padre Silvestre Lorenço fue depuesto de su cargo.

El padre licenciado Diogo Vaz de Freitas, natural de Porto, presentado por el rey don Sebastián el 20 de octubre de 1571, antes capellán y confesor de la infanta doña María, «mi muy amada y apreciada tía» [5], fue examinado por los jesuitas. Mas parece que no llegó a poner pies en Brasil, pues renunció con fecha del 6 de marzo de 1572 [6].

El padre licenciado Antônio Pires, natural de obispado de Oporto y notario de la Inquisición en Coimbra. En 1575 aparece como capellán de don Henrique. Su presentación por el rey don Sebastián data del 22 de mayo de 1572 [7]. En ese mismo año recibió fondos para su iglesia. No se sabe si llegó a venir y, si lo hizo, hasta cuándo rigió su parroquia. Por aquel tiempo falleció el padre Gaspar de Figueira, ca-

[2] MB, III, p. 194.

[3] Anais Bibl. Nac., Doc. Hist., vol. 36, p. 180.

[4] El padre Cortiçado era canónigo de la catedral de Santiago de Cabo Verde, así como oidor eclesiástico de Pernambuco y de la isla de Itamaracá, así como de la Villa de Igaraçu y sus términos muncipales (Barata, *Historia eclesiástica de Pernambuco*, Recife, 1922, p. 9). Probablemente regresó a Cabo Verde, a donde también irían a parar los canónigos de Bahía: el padre Bartolemeu Garcia, que llegó a canónigo de la sede de Cabo Verde, falleciendo en 1577; el padre Rui Pimenta, que con fecha del 21 de enero de 1579 fue nombrado párroco de la catedral de Santiago y tesorero del cabildo, durante el tiempo del obispo don Bartolomeu Leitão, a buen seguro pariente de don Pedro Leitão.

[5] ATT, Chanc. O. Cr., L. 2, f. 42.

[6] *Idem, ib.*, f. 147 v.

[7] *Idem, ib.*, f. 147 v.

pellán de la misma, entrando en su lugar el padre Roque Escobar [8]. En 1576 aparece como vicario general y, acaso, párroco interino, el padre Henrique Nunes Lobo, después párroco de Itamaracá.

El padre Antônio Muniz, del cual se dice que renunció a su parroquia en 1584. Nada más. El clérigo Manuel Dias era capellán de la misma. Sirvió entonces como párroco interino el padre João Vaz Salen, natural del Algarve, que fue el primer párroco de Paraíba.

El padre Antônio de Sá, capellán del Rey, presentado el 19 de septiembre de 1584 [9], año de su llegada a Brasil.

El padre licenciado Diogo de Couto (1589-1618), natural de Bahía, que contaba a la sazón con poco más de 30 años. Tenía fama de ser cristiano nuevo [10]. Fue también vicario general y visitador de las capitanías de Pernambuco e Ttamaracá. A pesar de ser hombre hábil y de grandes cualidades, sufrió oposición exacerbada y llegó a ser acusado por el Santo Oficio, pero logró defenderse y siguió en su cargo hasta edad avanzada. Fue su coadjutor, el padre Rodrigo Soares [11] y tuvo entre sus capellanes al padre Tomás da Rosa y también al padre Diogo de Barbuda Vasconcelos.

Parroquia de Nuestra Señora de la Peña de Porto Seguro

Fundada junto a la factoría tuvo, a lo largo del siglo XVI, tiempos buenos y malos. Asaltada por los aimorés, sufrió además otras peripecias. Después de sus dos primeros párrocos éstos son los que aparecen registrados:

El padre Diogo de Oliveira (1549-1576), llegado del reino con Tomé da Costa, fue buen párroco y vicario general. Tuvo como coad-

[8] *Idem, ib.*, L. 10, f. 24.

[9] *Idem, ib.*, L. 6, f. 97 v. Con ocasión de la llegada del padre Antônio de Sá hubo un altercado entre el vicario padre João Vaz Salem y el capellán Manuel Dias (cf. *Denunciações e Confissões de Pernambuco*, pp. 416-418).

[10] *Denunciaçoes de Bahía*, p. 520.

[11] Natural de Pernambuco, estudió en Bahía y sirvió de coadjutor en Olinda, durante varios decenios. Fue él quien leyó los edictos de la Fe y de la Gracia, en el púlpito de Itamaracá el 8 de diciembre de 1594, con motivo de visita del Santo Oficio (*Denunciações e Confissões de Pernambuco*, p. 358). En 1628, testificó en el proceso de beatificación del padre Anchieta, a quien conociera personalmente.

jutor al padre Gaspar Tourinho. Fundó la cofradía de la Piedad, para combatir a los perjuros y a los blasfemos [12]. Pidió a los jesuitas que celebraran la misa en su parroquia. Era muy bien intencionado.

El padre Simão de Proença (1576-1586), oriundo de Oporto, fue también vicario general, acusador y acusado del Santo Oficio y por el Santo Oficio [13]. Las acusaciones que le hicieron resultan pintorescas. Perdió una de sus manos, según se dice durante un asalto de los indios. Fue transferido posteriormente a Itamaracá.

El padre Gaspar Dias (1586-159...), nacido en 1550 en Porto Seguro. Sacerdote correcto y fiel, tuvo que enfrentarse a las provocaciones de Gaspar Curado, capitán local, que lo llegó a amenazar de muerte ya que por él fuera excomulgado [14]. Conoció al beato Inácio de Azevedo y con él tuvo frecuente trato [15]. Consta que este vicario, en 1632, a los 82 años, se hizo novicio benedictino, con el nombre de fray Gaspar da Assunção.

Parroquia de San Cosme y San Damián de Igaraçu

Capitanía de Pernambuco, la parroquia se considera la más antigua de Brasil, acaso por ser la primera erigida con las factorías. Tuvo interrupciones, sin embargo, como aconteciera con las de Porto Seguro e Itamaracá. Debido a los patrones de la villa, llamados Cosme los dos, tuvo gran devoación y hasta se dijo que en ella hubo prodigios y milagros diversos [16]. La matriz de la misma se deshizo pero pasó la parroquia al servicio de la iglesia de la Misericordia en 1593, hasta la construcción de un nuevo y hermoso templo. Después del primer párroco que tuviera, el padre Pedro de Mesquita, sólo nos ha sido posible encontrar estos nombres de sus sucesores: padre Pedro Anes do Vale, ex capellán de Olinda, que fue confirmado por don Pedro Leitão el 22 de agosto de 1559 [17]; padre Tomás Leitão, que rigió la parroquia, aproxi-

[12] MB, IV, p. 313.

[13] *Denunciaçoes da Bahía*, pp. 454, 456, 534.

[14] *Idem*, p. 445.

[15] AV, SCR, cód. 330, ff. 27-27v.: depone en el proceso del beato mártir.

[16] El beato Anchieta habla en sus *Informaciones* de los muchos milagros que se obraban por interseción de los patrones de Igaraçu.

[17] Anais Bibl. Nac., vo. 36, p. 137.

madamente, entre 1580 y 1591, convirtiéndose posteriormente en canónigo de Bahía; finalmente, el padre Miguel Alfar, que estuvo al frente de la parroquia muchos años, desde finales del siglo XVI hasta pasado, como poco, el 1608. Con él tuvo Igaraçu sus mejores días.

Parroquia de Nuestra Señora de Vitória de Espíritu Santo

Pocas noticias hay sobre ella. Desúes de que la rigiese el padre Francisco da Luz, nombrado vicario general de la diócesis por don Pedro Leitão, y de que hiciera lo mismo el padre Pedro de Souto, tenemos al padre Domingos Pinto, que supo estar a la altura de su cargo de párroco y de vicario. Fue en su templo donde falleciera, en olor de santidad, fray Pedro Palácios, hermano lego franciscano, aproximadamente en el 1570. Posteriormente, en 1590, los franciscanos montarían ahí un convento.

Nuestra Señora de la Concepción de Itamaracá

Según parece, fue restaurada en 1549. Su primer párroco conocido fue el padre Domingos Martins Monteiro, a la sazón clérigo y diácono de la sede de Bahía, ordenado por don Pedro Leitão, canónigo de Bahía, y confirmado en su canongía de Itamaracá el 2 de junio de 1563 [18]. Después de él rigió la parroquia el padre João Gonçalves Bravo, que a su vez sería sustituido por el padre Simão de Proença a partir de 1586, recibiendo la visita canónica de fray Antônio Barreiros. A comienzos de 1593 ya era párroco el padre Henrique Nunes Lobo.

Parroquia de Santa Cruz de San Jorge de Ilhéus

Situada en la capitanía que frecuentemente era asolada por los indios aimorés, después del padre João Alfonso de Azevedo, que para el 1554 ya llevaba nueve años en la parroquia, a cuyo frente parece ser que siguió hasta su fallecimiento, luego de ser presentado por el Rey

[18] *Idem, ib.*, pp. 70 y 189.

el 18 de febrero de 1557, llegó el padre João Dias, confirmado por el gobernador de la diócesis padre doctor Francisco Fernandes, el 12 de enero de 1558 [19]. No debió de permanecer en el cargo mucho tiempo, sin embargo, pues con fecha del 22 de noviembre de 1562 se ordenó pagar las costas del padre Gaspar Mendes, nuevo párroco de Ilhéus [20]. En lo que se refiere a la situación de la parroquia, unas veces es bendecida por la piedad del pueblo y otras maldecida por sus vicios, conforme lo expresa la documentación que al respecto ofrecen los jesuitas.

Parroquia de Nuestra Señora de la Misericordia de Santos

Tuvo gran importancia, siendo sede de la vicaría. Fue su primer párroco el padre Gonçalo Monteiro, presentado el 22 de junio de 1549 y confirmado por el cabildo de Funchal en sede vacante [21]. Sin embargo, no acudió a su toma de posesión, siendo así sustituido por el padre doctor Fernão Luiz Carapeto, de grandes fundamentos y buen conocedor de la lengua de los indios, el cual se hizo, posteriormente, jesuita [22].

El padre Gonçalo Monteiro (1555-1556), pionero de la Iglesia en Brasil, fue un sacerdote honesto y de carácter bondadoso. Daba cobijo al padre Nóbrega y a otros jesuitas. Como vicario actuó en el proceso contra João de Bolés. De ideas avanzadas, «y dando grande ejemplo a sus ovejas», falleció en Santos a mediados de 1566 [23].

El padre Simão de Lucena (1566-1588), ex párroco de San Vicente, confirmado por don Pedro Leitão, que también lo nombró vicario, fue muy estimado por sus feligreses y murió pobre y viejo después de 44 años de ministerio.

El padre Jorge Rodrigues Moreira (1589-1609), párroco activo y emparentado con las principales familias de la capitanía, fue nombrado vicario y visitador por el prelado de Río de Janeiro [24]. A él se debe la

[19] *Idem, ib.*, vol. 35, pp. 42 ss.

[20] *Idem, ib.*, vol. 36, p. 179.

[21] ATT, Chanc. don Juan III, L. 62, f. 51.

[22] MB, II, p. 309, nota 2. Falleció en Río de Janeiro en 1583.

[23] Falleció antes del 26 de septiembre de 1566.

[24] P. F. da Silveira Camargo, *A Igreja na História de São Paulo* (1530-1624), São Paulo, 1952, I, p. 111.

parroquia de São Paulo. Escribió *Memórias históricas*, libro que se perdería con el paso de los tiempos, no llegándonos sino el título.

Parroquia de Salvador de Bahía

Se convertiría en sede catedralicia. Erigida en 1549, tuvo como primer párroco al padre licenciado Manuel Lourenço (1549-1553), que fuera también sochantre del cabildo, pues era músico, y que se retiraría al reino, con licencia temporal. Pero jamás regresó a Brasil. Parece que renunció a su cargo en 1559.

El padre Luis Dias (1553-1556), nombrado por don Pedro Fernandes, rigió la parroquia durante la ausencia, hasta su renuncia, del titular.

El padre João Lourenço (1556-1563), oriundo de Elvas, comenzó a servir el 21 de mayo de 1556, por nombramiento de don Pedro Fernandes[25]. En 1559, y después de hecha la renuncia del padre Manuel Lourenço, fue confirmado como párroco. Celebró las exequias y abrió el testamento del legandario Diogo Alvares Correa, *el Caramaru*, fallecido en 1557. Por desgracia, fue suspendido por don Pedro Leitão a causa del «crimen de adulterio»[26]. La acusación no debió ser probada, o se regeneró, pues en 1576 fue nombrado arcediano de la catedral de Bahía, cargo recién creado.

El padre Simão Gonçalves (1563-157...) antiguo tesorero de la sede, nombrado por don Pedro Leitão el 13 de febrero de 1563, parece que fue cura por muchos años y de gran estimación entre las gentes. Fue él quien bautizó al que sería el primer obispo nacido en Brasil y padre de la Historia Patria, fray Vicente do Salvador.

El padre licenciado Manuel Rodrigues, que dirigió la parroquia durante largos y fructíferos años, pues consta su nombre en los anales del siglo siguiente, redactó el atestado subsiguiente al óbito del tercer obispo de Brasil, fray Antônio Barreiros.

[25] Anais da Bibl. Nac., Doc. Histo. vol. 35, p. 350.

[26] *Idem, ibd.*, vol. 36, p. 192. Durante la visita del Santo Oficio, en 1591, cierto André Fernandes, de 56 años, de Elvas declara ser hijo natural de João Lourenço, «que después se hizo clérigo, que fue arcediano de la Sede de esta ciudad», de Leonor Sutil, una mulata.

Parroquia de San Amaro

Sita en el litoral de São Paulo, poseía una excelente iglesia cuyo párroco más conocido fue el padre Jerônimo Vaz... Acaso fuera su único párroco pues al producirse el despoblamiento de la villa cesó la parroquia en sus funciones.

PARROQUIAS ERIGIDAS DESPUÉS DE INSTITUIDO EL OBISPADO DE BAHÍA

Aún en el presente no se sabe con exactitud cuántas fueron las parroquias creadas durante el siglo XVI, a partir de 1552. Probablemente, serían una media centena... Vayan a continuación los datos que hemos logrado recopilar:

Parroquia de Santiago de Bertioga

Sita en el litoral de São Paulo, erigida a finales del 1555 por don Pedro Fernandes, tuvo como primer párroco al padre Luis Fernão, llamado *Carapeto*, presentado por el proveedor mayor del reino y confirmado posteriormente por el obispo de la diócesis el 28 de diciembre de 1555 [27]. Era natural de Feira, en Portugal, contaba 43 años cuando se produjo su confirmación, y se hizo jesuita al año siguiente de la misma. No se conocen otros párrocos, pues la población fue menguando a causa de los asaltos de los indios y consecuencias de la fundación de Santos.

Parroquia de Nuestra Señora de Gracia de Vila Velha

Erigida mediante real decreto de fecha 26 de agosto de 1561, quedó desmembrada de la feligresía de San Salvador [28]. Al principio se llamó Nuestra Señora de Gracia, sirviendo de germen a la ermita de Ca-

[27] *Idem, ib.*, vol. 36, p. 312.
[28] *Idem, ib.*, p. 165.

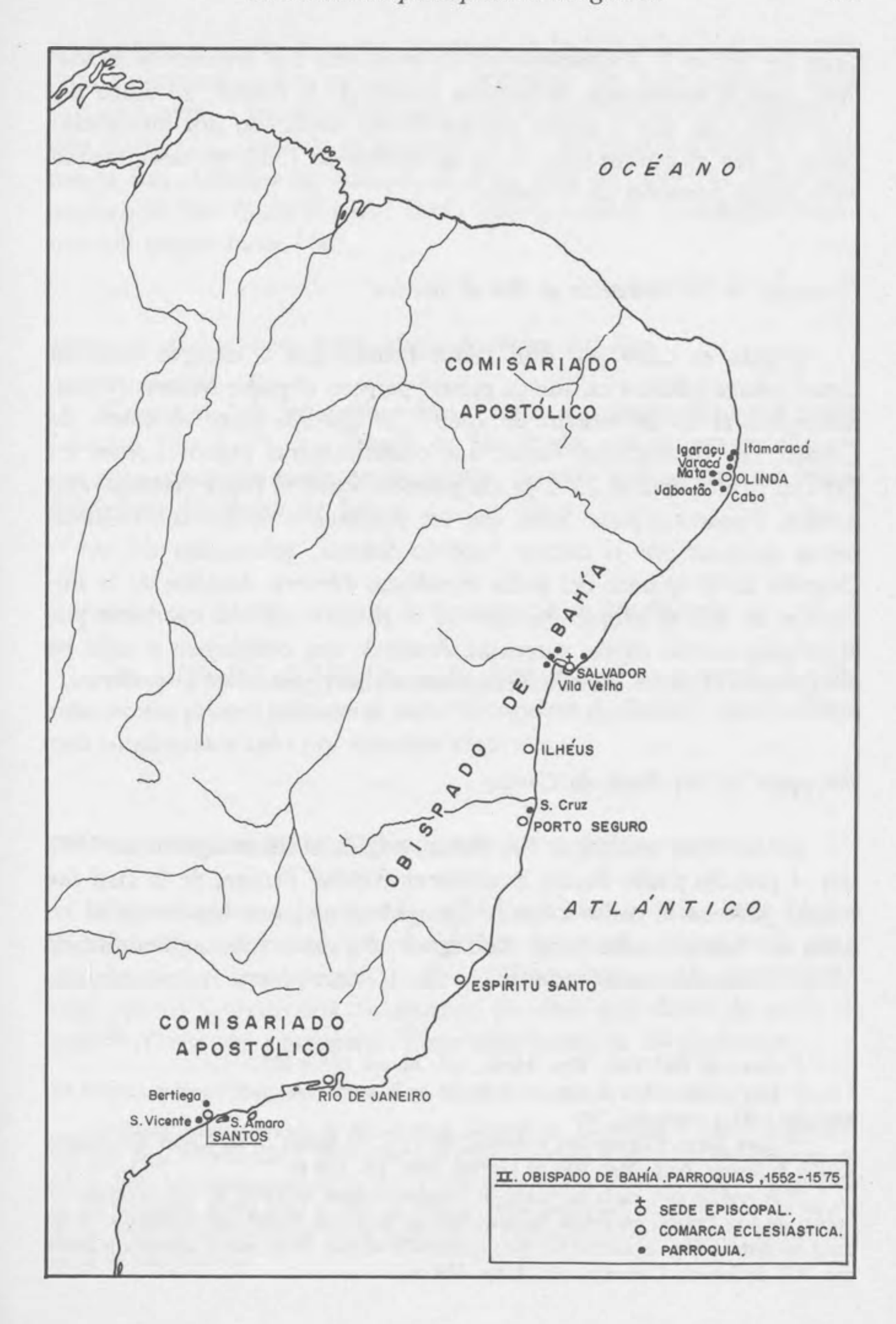
tarina Alvares, una paraguaçu, que vivía en la villa Pereira o Vila Velha, sede de la antigua capitanía de Pereira Coutinho. Después de la batalla de Lepanto, en 1571, se construyó otra iglesia, llamada de Nuestra Señora de la Victoria. El Rey, no teniendo párroco para ella, pidió al obispo de la diócesis que cubriese la vacante con alguno de los padres por él ordenados en Brasil. Conocemos los nombres de los siguientes párrocos:

El padre da Fonseca (1562-1565), nombrado por su obispo el 20 de febrero de 1562. Tomó posesión el día 28 y la dirigió hasta el 4 de abril de 1565, cuando renunció a su cargo. Llegado del reino junto a don Pedro Leitão, era músico, organista de la sede y canónigo del cabildo desde 1559. El segundo párroco fue el padre João Amarante, ya canónigo de media prebenda por aquel entonces y escribano de la cámara eclesiástica. Presentado por Mem de Sá, fue confirmado canónicamente el 30 de abril de 1565, con toma de posesión el 15 de mayo. No se sabe cuánto tiempo estuvo al frente de la parroquia. Después sería nombrado, en su lugar, un clérigo mameluco, el padre Marçal Rodrigues, hijo de Custódio Rodrigues Correa y de Filipa Alvares, la hija mayor de Caramaru [29]. Naturalmente, conocía bien la lengua indígena. Durante algún tiempo fue párroco del clan familiar... Pero sin duda el párroco más importante no sería otro que el padre Nicolau Gonçalves, que estuvo durante muchos años al frente de su ministerio, promotor de la nueva iglesia de Nuestra Señora de la Victoria... Colaboró en la fundación del monasterio de San Bento y fue testigo, el 22 de julio de 1586, del acto de posesión de la ermita de Nuestra Señora de Gracia, donada a los benedictinos por Paraguaçu.

Parroquia de Santa Cruz de Torres

Levantada por real decreto de 26 de agosto de 1561, lo fue en las mismas condiciones, por ello, que la de Vila Velha. Parece que se levantó la antigua tierra concedida al colono Afonso Torres, siendo el benefactor don Francisco Pereira Coutinho, junto al ingenio de Santa

[29] P. Calmon, *História da Fundação da Bahía*, Bahía, 1949, p. 220. En las *Denunciaçoes da Bahía*, p. 281, se dice que «un clérigo mameluco, sobrino de Filipa Alvares, viuda de Paulo Dias (Adorno), moradora de Paraguaçu».



II. OBISPADO DE BAHÍA. PARROQUIAS, 1552-1575

Cruz de Torres [30]. Probablemente la parroquia fue transferida a Matuim, bajo la invocación de Nuestra Señora de la Piedad. Su único párroco conocido fue el padre Vicente Rolão, ordenado por don Pedro Leitão y por él confirmado el 12 de marzo de 1562, en cuya misma fecha tomó posesión de su cargo.

Parroquia de San Sebastián de Río de Janeiro

Erigida en 1569 por don Pedro Leitão, que la designó también como cabeza eclesiástica, fue su primer párroco el padre Mateus Nunes, nombrado el 23 de febrero de 1569 [31], residiendo junto al morro de Castelo, en construcción. Parece que posteriormente buscó el retiro en Espíritu Santo. Pero el 1575 ya era párroco titular el padre Antônio Fernandes, llamado *el padre Salsa*, que era propietario de tierras en Olaria, tierras donadas por el doctor Antônio Salema, gobernador del sur [32]. Después de él aparece del padre Inocêncio Ferreira. Aunque da la impresión de que el propio prelado era el párroco, siendo sustituido por el referido vicario en sus ausencias. Antes de que concluyera el siglo ya era párroco el padre Martim Fernandes, vicario general de la prelatura.

Parroquia de São Paulo do Campo

En la actual ciudad de São Paulo, erigida el 26 de agosto de 1591 por el prelado padre doctor Bartolemeu Simões Pereira, de la cual fue primer párroco el padre Lòrenço Dias Machado, nombrado por el vicario de Santos padre Jorge Rodríguez el primero de septiembre de 1591 [33]. Intervino en la vida de la villa, se interesó por la construcción

[30] Anais da Bibl. Nac., Doc. Histo., vol. 36, pp. 165 y 185.

[31] Hay dudas sobre el año de creación de la parroquia, pues algunos autores hablan del 1567 y otros del 1569.

[32] Silva Nigra, *Constructores e Artistas*, dc. 7, p. 21; tomos de las *Cartas de Sesmarias do Río de Janeiro*, Arch. Nac. Río de Janeiro, 1967, pp. 139 ss.

[33] A reseñar que, en la provisión de nombramientos, se habla de «un sacerdote del hábito de San Pedro», expresión bastante rara en la época. Seguro que estudió o se ordenó en Bahía. Fue, al mismo tiempo, nombrado vicario de la nueva comarca eclesiástica. P.F. da Silveira Camargo, o.c., I, pp. 129 ss.

de la primera iglesia, pero sus pareceres en lo que a los indios se referían, disgustaron a los jesuitas. A comienzos del 1594 marchó hacia Río de Janeiro a fin de encontrarse con el prelado, que lo transfirió a otra parroquia. Durante su ausencia sirvió de vicario interino el carmelita fray Antônio do Amaral. El 3 de abril de 1599 fue nombrado párroco de São Paulo el padre Paulo Lopes, oriundo de Espíritu Santo, que allí estuvo hasta 1605.

Parroquia de los Santos Reyes Magos de Angra dos Reis

Creada el 7 de septiembre de 1593, fue su primer párroco el padre Lõrenço Dias Machado, llegado de São Paulo, que estuvo en ella pocos años, pues más tarde, según consta, marchó como párroco a Nuestra Señora do Monte de Bahía.

Parroquia de Nuestra Señora de la Presentación de Río Grande

Futura ciudad de Natal, erigida antes de que concluyese el siglo, tuvo como primer párroco al padre Gonçalves da Rocha, que la dirigió con prudencia y celo por muchos años.

PARROQUIAS DEL SIGLO XVI SIN FECHA DE CREACIÓN CONOCIDA

Existen aún muchas parroquias del siglo XVI, creadas entre 1565 y 1600, de las cuales se ignoran las fechas de erección; ni siquiera sabemos las fechas aproximadas. Gabriel Soares, historiador contemporáneo, apunta la existencia de muchas de ellas, que datan de antes de 1587 [34]. Otras son posteriores. Entre ellas enumera las siguientes:

[34] Sólo en la capitanía de Bahía, «son dieciséis las parroquias y curias: nueve vicarías que paga Su Majestad y otras siete que pagan los curas y los feligreses» (Roteiro, op. 32, p. 300). Las iglesias eran 62 y, «todas ellas muy bien construidas, limpias y provistas de ornamentos». Entre 1587 y 1600 se crearon otras parroquias en la capitanía, a las que deben añadirse las levantadas en la capitanía de Pernambuco, en la de Río de Janeiro y en la de San Vicente.

Parroquia de Nuestra Señora de la Concepción de Porto de Santa Cruz

En la capitanía de Porto Seguro, erigida antes de 1580. Antes de 1550 era capilla de la piedad del padre Manuel Colaço. Destruida por los indios fue luego elevada a la categoría de parroquia. En 1587 figura como su párroco el padre Francisco da Silva, hombre valeroso, que se enfrentó al capitán Gaspar Curado.

Parroquia de Nuestra Señora de la Encarnación de Passé

En la herradura bahiana. En 1591 era su párroco el padre Bartolemeu Gonçalves.

Parroquia de Nuestra Señora del Socorro

En Taçupina, en la herradura bahiana, erigida con toda probabilidad antes de 1570. En 1591 era su párroco el padre João Fernandes, natural de Bahía, con 32 años de edad, posteriormente sustituido por el ex capellán de Gabriel Soares, de nombre padre Manuel Alvares, fallecido en 1610.

Parroquia de San Antonio do Cabo

Una de las más antiguas del interior de Pernambuco, que tuvo como párroco, seguramente a partir de 1580, al padre Francisco Pinto Doutel, que en 1591 tenía 52 años y que era natural de Bragança, Portugal. En 1592 aparece como párroco el padre Duarte Pereira, en tanto era titular de la capilla filial el padre Baltazar Camelo, y de la Nuestra Señora de la Asunción, el padre Jorge Fernandes. En 1595 fue nombrado nuevo párroco el padre Gonçalo de Oliveira.

Parroquia de Nuestra Señora del Rosario de Várzea

Muy antigua, consta como párroco antes de 1590 el padre Ambrósio Guarde (¿Duarte?). En 1594 es su titular el padre Domingos Madeira. Quedaba próxima a Olinda.

Parroquia de São Lourenço de Moribara o da Mata

Se originó en el ingenio de Moribara, una población de indios y de blancos, considerado la puerta al gran *sertão*. Desde 1585 aparece como su párroco el padre Francisco Pinto Doutel, llegado de Cabo. En la capilla filial de Santiago de Camaragibe regía el padre Gaspar Manuel de Almeida, que era coadjutor, natural de la isla Terceira (en las Azores), un sacerdote joven con menos de 30 años, que llegaría posteriormente a párroco.

Parroquia do Corpo Santo de Recife

O, lo que viene a ser igual, parroquia de San Telmo, que es San Pedro Gonçalves. Consta ya en 1593 bajo la dirección del párroco padre Jácome Ribeiro Qeixada.

Parroquia de San Pedro Mártir de Olinda

En la villa del mismo nombre, de la que era párroco, ya en 1593, el padre Francisco Teixeira, durante algún tiempo vicario de la capitanía, que parece haber tenido parroquia, al menos, hasta el 1610.

Parroquia de Nuestra Señora de las Nieves de Paraíba

Erigida a finales de 1585, después de la restauración de la fortaleza arrasada por los indios. Con la fundación de esta parroquia, la Iglesia se adentraba más hacia el norte, instituyendo allí su sistema parroquial. El primer párroco y el que por muchos años la rigiese, fue el padre João Salem, natural de Loulé, en el Algarve, hijo de Francisco Gonçalves Neto y de Mécia Alvares Salem, que al tomar posesión de su cargo tenía 36 años de edad [35]. Todo parece indicar que fue persona capacitada y afectuosa. Antes había sido vicario encomendado de Olinda.

[35] ATT., Chanc., O. Cr., L. 7, ff. 37 y 38, con orden de pagar en dinero y no en azúcar. Los datos fueron ofrecidos por él mismo (*Denunciações e Confissoẽs de Pernambuco*, p. 416).

Parroquia de San Amaro de Jaboatão

Enclavada en Pernambuco, tuvo como párroco al padre Antônio André, natural de Aveiro, Portugal, quien, en 1591, tenía 46 años de edad. Se quedó ciego en 1594. Tuvo por coadjutor al padre Domingos Madeira, de 33 años, que le ayudaba y suplía en todas las tareas. En la capilla filial de Nuestra Señora del Rosario, a la que algunos llamaban Nuestra Señora de las Candelas, figuraba como director el padre Jerônimo Braz; y en la de Nuestra Señora de la Guía, el padre Gaspar Soares y Figueiroa, ex beneficiado de Olinda, también víctima de acusaciones varias durante una visita del Santo Oficio; el padre João Gonçalves era capellán de Simão Falcão [36].

Parroquia de San Miguel de Ipojuca

Erigida antes de 1589, pues en ese año ya consta como párroco el padre Gaspar Neto, allí fallecido posteriormente. En 1594 aparece ya el nombre de otro párroco, el padre Paulo Rodrigues de Távora [37]. En la capilla filial de Santa Luzia, levantada en el ingenio de Pedro Dias da Fontoura, en Iraibagi, figuraba como responsable el padre Cosmo Neto.

Parroquia de Nuestra Señora de la Piedad de Matuim

En uno de los recodos bahianos, «tiene una famosa iglesia, llamada de Nuestra Señora de la Piedad, que es la parroquia de estos límites» [38]. Son conocidos los nombres de dos párrocos de ese tiempo. Antes de 1588 ya consta como párroco el padre Fructuoso Alvares, que se autoacusó y fue acusado durante una visita del Santo Oficio, en 1589. Con fecha del 5 de noviembre de 1599 se presenta como párroco el padre Mateus Pereira [39].

[36] *Idem, ib.*, pp. 160, 220, 314. Todos los padres acusan al padre Gaspar Soares, quien, a pesar de su mucha corrección, imprecara a Jesucristo por haber nacido de judíos.

[37] *Confissões de Pernambuco*, p. 120.

[38] Roteiro, cp. 23, p. 275.

[39] AN, L. I, prov. Ecl., cód. 539, f. 33.

Parroquia de Nuestra Señora de la O de Paripe

Parroquia que, según Gabriel Soares, «es de muchas calles y poblada, que es la más antigua población del juzgado de Bahía»[40].

Parroquia de San Bartolomé de Pirajá

También llamada Praia, era localidad en la que había ingenios con buenas capillas y con «una iglesia de San Bartolomé, templo de aquellos límites»[41].

Parroquia de San Gonzalo de Sergipe do Conde

Localidad enclavada en lo que fueran tierras concedidas al conde de Linhares en tiempos de Mem de Sá, que fue «la primera villa del recodo bahiano»[42]. Efectivamente, ya en 1587 aparece en ella como párroco el padre Antônio Fernandes, también acusado durante una visita del Santo Oficio, en 1591. A finales de siglo figuraba como párroco el padre Inácio Dias.

Parroquia de Santa Cruz de Itaparica

Fundada, seguramente, con posterioridad al 1587, pues Gabriel Soares dice que en el ingenio de Gaspar Pacheco se alza la iglesia de Santa Cruz, sin especificar si es parroquia. Tal vez tuvo su origen en la aldea de Vera Cruz, fundada en 1560 por el padre Antônio Pires.

Parroquia de Nuestra Señora del Monte Tamarari, o Tamararia

En Bahía, «la cual tierra se llama Tamarari, y en medio de la que hay una iglesia de Nuestra Señora, que es parroquia de ese límite»[43].

[40] Roteiro, cp. 23, p. 275.
[41] *Idem,* cp. 20, p. 274.
[42] APB, cód. 609: *Relaçao das Freguesias.*
[43] Roteiro, cp. 20, p. 282.

Parroquia de San Miguel de Cotegipe

Donde se hallaba el ingenio de Sebastião da Ponte. A finales de siglo figuraba como párroco el padre Pedro do Vale.

Parroquia de Nuestra Señora del Rosario de Cairu

En el recodo bahiano, a la que se refiere Gabriel Soares cuando dice: «...tiene otra iglesia de Nuestra Señora del Rosario, que es parroquia de esos límites» [44].

OTRAS PARROQUIAS Y CURIAS DEL SIGLO XVI

Nuestra Señora de la Asunción de Camamu, en Ilhéus; Santiago de Paraguaçu, situada en un brazo del río homónimo, que tenía «una famosa iglesia»; San Amaro do Pitanga, parroquia extensa y de gentes trabajadoras; Nuestra Señora de la Concepción de Serinhaém, en Pernambuco; San Lorenço de Tejucupapo, también en Pernambuco; Santa Ana de Ilha da Maré, donde tenía un ingenio el maestro de capilla Bartolomeu Pires, cuyos moradores, según lo atestigua Gabriel Soares en 1587, «tienen aquí una iglesia de Nuestra Señora de las Nieves, muy bien cuidada, con su cura, que administra los Sacramentos a estos sus moradores» [45]; según el mismo autor, en su propio ingenio, «que es excelente», «hay una hermosa y grande iglesia de San Lourenço, de una población con muchos vecinos que se dice Graciosa» [46], por lo que debemos suponer que se trata de San Lourençoo de Caipe, donde era cura, en 1591, el padre Luis de Couto; en el ingenio de Fernão Cabral, de Ataíde, entre los ríos Paraguaçu y Jaguaripe, había una iglesia de San Bento, en la cual servía de cura, en 1592, el padre Lucas de Figueiredo; también de la Iglesia de Nuestra Señora de la Concepción,

[44] *Idem, ib.*, p. 279. Se encuentra en una isla del río Cairu para defenderse de los ataques de los indios.
[45] *Idem,* cp. 18, p. 270.
[46] *Idem,* cp. 19, p. 293.

de Tatuarapa, en la ensenada del río homónimo, después llamado Açu, tenemos lo que escribiera Gabriel Soares:

> Aquí tiene García de Ávila, que es hombre principal y de los más ricos moradores de Salvador, una villa con grandes edificios y una iglesia de Nuestra Señora muy adornada, en la cual hay una capilla en donde se administran los Sacramentos [47].

...Podríamos seguir reseñando otras parroquias y curias de diversas capitanías, que se dieron en el siglo XVI...

CONCLUSIÓN

Después de las primeras 10 parroquias fundadas antes de la creación del obispado, fueron casi 40 las parroquias y las curias levantadas antes de que concluyera el siglo, de entre las cuales varias llegaron a alcanzar la categoría de obispado o de arzobispado; entre ellas, las de Río de Janeiro, São Paulo, Recife, Paraíba, Natal y alguna más. La vida social giraba prácticamente en torno a la iglesia, siendo el párroco una de las figuras más importantes de cada lugar, bien fuese por su liderazgo espiritual, bien por su cultura, o por su espíritu de iniciativa social. La figura del párroco, así, fue haciéndose familiar y necesaria entre las abigarradas poblaciones de las parroquias, compuestas por blancos, por negros y por indios; no en vano en esa figura del párroco se personificaba la seguridad de las familias, el amparo en los momentos difíciles, la orientación en los más intrincados problemas de la vida. Muchos párrocos gozaron de gran prestigio por sus dotes personales y por virtudes claras. Hubo, indudablemente, faltas y deficiencias; mas hubo también mucha bondad. El sacerdote, cura de almas, fue llamado por el pueblo vicario, «padre vicario». Formaba, necesariamente, parte de la comunidad. Era miembro vivo y activo de toda la estructura social. Vivía entre su pueblo.

[47] *Idem, ib.*, I, p. 131. García de Ávila se hizo célebre también gracias a su esposa, descendientes y otras matronas de la familia, que gobernaban grandes extensiones por él dejadas, especialmente dedicadas a la cría de ganado, y que provocaron no pocos conflictos con los misioneros a causa de la libertad de los indios.

Finalizado este capítulo, bien podemos afirmar que el clero seglar, si bien a pesar de los problemas propios a una nueva orientación geográfica, étnica y social, supo hacer amalgama, con simplicidad y maestría, de las más diversas poblaciones que en torno suyo se arracimaran, levantando la iglesia parroquial a la categoría de símbolo de unidad y de animación espiritual, perpetuando con ello la savia evangélica a través de las generaciones.

VII

LOS RELIGIOSOS

Una gran ayuda para la implantación de la Iglesia en Brasil fue, evidentemente, la prestada por las órdenes religiosas que a nuestra tierra llegaron con los inicios de la colonización. Fueron tales órdenes, las de los jesuitas, la de los carmelitas observantes, la de los benedictinos y la de los franciscanos, los únicos en arribar a nuestra tierra en el siglo XVI. Mas no todas esas órdenes, bien sea por el número de sus miembros, bien sea por las cualidades de los mismos, prestaron igual colaboración. En primer lugar, y sin discriminar a nadie, deben ser considerados los jesuitas, religiosos de los que más se esforzaron en el trabajo con los indios y los primeros en llegar a Brasil, como orden, así como los pioneros en la fundación de colegios. También debemos recordar a los franciscanos, como grupo de relevante importancia por sus ministerios y también por su proceder misionero entre los indios. Desde otro punto de vista, y respecto al especial carisma de la orden, hay que referirse a los benedictinos, haciendo acaso mención especial de ellos, que con su presencia silenciosa, sembraron la espiritualidad entre el clero y entre el pueblo. Finalmente, decir que también los carmelitas de la antigua observancia, prestaron buenos servicios en las iglesias de sus conventos y en la ayuda que dieron a las parroquias.

Damos a continuación unos datos sobre el establecimiento y desarrollo de estas cuatro órdenes pioneras.

Los jesuitas [1]

Orden reciente, fundada por san Ignacio de Loyola y aprobada por la Iglesia en 1540, con el fervor que caracteriza a las nuevas fundaciones, llegó a Brasil en 1549. Representando a la Contrarreforma, arribaron los primeros jesuitas con la firme voluntad de mejorar el comportamiento de los blancos y convertir a los indígenas. A pesar de ser las misiones el objetivo principal de su llegada a Brasil, también se dedicaron a otros ministerios, siendo el primero de entre ellos el de la enseñanza en sus eficientes colegios, pues la Corte, desde el principio, ordenó que ellos, los jesuitas, dirigieran los colegios. Así, pues, tuvieron en cierta manera el monopolio de la enseñanza en el Brasil colonial, sin excluir, naturalmente, otros menesteres en los conventos y en los monasterios, actuando como padres seglares en los cabildos, en las parroquias y en los ingenios. Respaldados por la Corte fueron fundando muchas casas en los principales centros de colonización. Con los religiosos llegados del reino, y con otros que nacieran ya en esta tierra, consiguieron un potencial humano suficiente para sustentar las obras y formar la primera provincia de la colonia, de la cual fuese primer titular el responsable de la expedición inicial, padre Manuel de Nóbrega. Después de él fueron columnas de la Compañía de Jesús en Brasil, durante el período que se contempla, el padre Luis de Grã y el beato José de Anchieta, ambos provinciales. Ya conocemos los nombres de sus principales misioneros. Otros nombres habrán de tratarse en lo que se refiera a la enseñanza.

Hay que hacer algunas observaciones, sin embargo, que demuestran, junto a los muchos méritos de la Compañía, algunas lagunas. Todo historiador tiene frente a sí la voluminosa documentación escrita a propósito de la actuación de los jesuitas en Brasil. Son relatorias, cartas, referencias y así, que, efectivamente, acaban por conformar muy gruesos volúmenes. Lo que muchos parecen ignorar es que buena parte de la correspondencia que se conserva tuvo lugar merced a una serie de especialísimos condicionamientos. Como los obreros de la fe de la

[1] S. de Vasconcelos, *Crónica da Companhia de Jesus do Estado do Brasil*, 2 t., Lisboa, 1662, Río de Janeiro, 1864; S. Leite, *História da Companhia de Jesus no Brasil*, 10 vols., Río-Lisboa, 1938-1950; A. Cardoso *Os jesuitas*, en DHIP, vol. 3, pp. 273-302; A. Rubert, o.c., I, pp. 145-148.

primera hora eran pocos, e ingente la tarea encomendada, muchas de las cartas remitidas desde Brasil a los hermanos de la orden en Roma, no tenían por objeto sino atraer más miembros a la tarea evangelizadora en la nueva tierra. Por eso, en dicha correspondencia, donde hay mucho de verdadero y de útil, hay también generalizaciones menos justas, exageraciones evidentes, entusiasmos a veces ingenuos, fácil credulidad en supuestos fenómenos sobrenaturales y milagros, cosas, todas ellas, que ciertamente empequeñecieron el valor intrínseco de los religiosos, como fuentes impolutas en las que basar el trabajo histórico. Aquellas cartas eran leídas en las comunidades, traducidas y editadas en otras lenguas; eran, pues, una especie de *Fioretti* que podían llamar a nuevos bríos, nuevas vocaciones, aunque también poner, no siempre en su debida proporción, y por encima de todo, el mérito de sus protagonistas.

Otro aspecto poco edificante fue el de los bienes que, desde los primeros tiempos, tuvieron los jesuitas en Brasil. Con el legítimo pretexto de mantener las misiones para indígenas, los colegios y otras instituciones de la orden, con legados, donaciones y adquisiciones, hicieron acopio los religiosos de grandes propiedades, ganaderías, ingenios para la explotación de la caña de azúcar, comercio de pau-brasil, de gengibre y de otras especies. Ello fue en detrimento del espíritu de pobreza que, en su fundación, dio carácter a la respetable orden. Y aunque tales bienes tuvieran un fin social último, no parecían justificados siempre, pues los ignacianos recibían ya dotes reales para el mantenimiento de sus colegios, para su vestido y para su alimentación. Además y, debiendo gestionar todas esas propiedades, llegaron a tener, también, naves propias, puertos privados y otros privilegios, ocupando a mucha gente en su servicio y no diferenciándose, ante los ojos del pueblo, de otros mercaderes. Sus muy extensas propiedades causaron innumerables pleitos y privaron a las tierras próximas a ellas de un desarrollo conveniente. Así y todo, no puede negarse que los jesuitas, además de con sus innegables méritos en el aspecto religioso, contribuyeron también al crecimiento económico de la colonia.

Otro equívoco, común a muchos autores, es el que se contiene en la afirmación de que los jesuitas fundaron la Iglesia en Brasil. Por eso conviene señalar que la llegada de los jesuitas a nuestra tierra se produjo cuando había ya villas y poblaciones, cuando la Iglesia ha sido establecida como institución mediante el sistema parroquial, cuando estaban

en funcionamiento pleno 10 parroquias... Parroquias que tenían su clero, sus iglesias y sus cofradías; a cargo, todas ellas, del clero seglar, dependiente del arzobispo de Funchal, y con cerca de 25 padres seglares dedicados a sus diversos ministerios. Encontraron los ignacianos, de igual manera, buena cantidad de indios ya bautizados y en ocasiones instruidos, aunque a grandes rasgos, en la fe. Por eso, además de las pláticas entre los cristianos portugueses, pusieron especial empeño en la creación de sus misiones, en cuyo ministerio nunca cesaron de luchar. Igualmente, y en los colegios que abrían, tutelados por el Rey, enseñaban a mucha gente, preparaban a los candidatos al sacerdocio y creaban el clima necesario para la expansión cultural. Se concentraron, fundamentalmente, en Bahía. Pero también en Río de Janeiro, en San Vicente y en la altiplanicie de Piratininga, donde fue decisiva su presencia para la fundación de São Paulo. Por el norte fueron expandiéndose también, si bien de manera paulatina.

Los franciscanos [2]

Después de los jesuitas, aunque llegados 36 años más tarde, fueron los franciscanos quienes más logros obtuvieron en el Brasil colonial. Desde que fray Henrique de Coimbra celebró aquí la primera misa, los franciscanos demostraron una gran simpatía por la nueva tierra y aparecieron en ella esporádicamente hasta conseguir establecerse aquí definitivamente. A petición de Jorge de Alburquerque, dignatario de Pernambuco, el general de la orden, en 1584, dio facultades a fray Melquior de Santa Catarina, de la provincia de San Antonio de Portugal, para que se trasladase a Brasil y fundara nuevos conventos de la orden, entregándose a la tarea misionera. En efecto, fray Melquior, seguido de otros congéneres, llegó a Olinda en 12 de abril de 1585 y fundó allí el primer convento de Brasil, bajo la invocación de Nuestra Señora de las Nieves. Después, a solicitud del obispo de Bahía, fundó en Salvador el convento de San Antonio (1587), al que siguió la fun-

[2] D. Romag, *História dos franciscanos no Brasil*, Curitiba, 1940; B. Roewer, *A Ordem Franciscana no Brasil*, Petrópolis, 1942, 2.ª edic., 1947; A. Jaboatão Santa María, *Novo Orbe Seráfico do Brasil*, 3 vols., Río de Janeiro, 1858-1862; H. Pinto Rema, «Os Franciscanos», en DHIP, vol. 3, pp. 266-273.

dación del convento de Igaraçu al año siguiente. De nuevo, y a petición de las autoridades y del pueblo, el 1589 se funda otro convento, el de Nuestra Señora de las Nieves, de Paraíba, más dedicado a la misión entre los indios. En Espíritu Santo, donde se hiciera célebre el hermano lego fray Palácios, adquirió la orden el Morro da Penha, en el que levantaron los frailes otro convento. Así les fue posbile crear la custodia de San Antonio de Brasil, bajo la muy competente dirección de fray Melquior de Santa Catarina Vasconcelos (1585-1594). La llegada a Brasil de los franciscanos fue providencial, pues apareció con ellos otra forma de vida religiosa y ofrecieron otros métodos para la evangelización de los indios.

Los benedictinos [3]

Ya reformada en Portugal, y también en buena hora, arribó a Brasil la orden de San Bento, a petición de fray Antônio Barreiros y de otros. En 1581 fray Antônio Ventura do Latrão, autorizado por sus superiores en el reino, se estableció en Salvador recibiendo donaciones del obispo y de particulares. Así pudo darse inicio a la construcción del monasterio de San Sebastián, que en 1584 ya fue elevado a la categoría de abadía, siendo su primer abad fray Antônio Ventura. En 1586 recibieron los benedictinos la donación de la ermita de Nuestra Señora de la Gracia, donación hecha por Catarina Alvares, una paraguaçu, viuda de Caramuru. Las fundaciones se fueron multiplicando gracias a las muchas peticiones. Con la erección del monasterio de Río de Janeiro (1585), y la de Olinda (1590), así como con la fundación del de Paraíba (1596), se hizo posible la creación de una provincia independiente, de la cual fuera primer superior fray Clemente das Chagas [*]. Merced a la rápida expansión de la orden y gracias a las donaciones de tierras, también los benedictinos tuvieron sus problemas y

[3] J. G. de Luna, *Os Monges Beneditinos no Brasil*, Río de Janeiro, 1947; C. de Silva Nigra, *Livro Velho do Tombo do Monteiro de San Bento da Cidade do Salvador*, Bahía, 1945; L. Endres, *Católogo dos Bispos, Gerais, Provinciais, Abades e mais cargos da Orden de San Bento do Brasil (1582-1875)*, Salvador-Bahía, 1976; A. Wheling, «Beneditinos», en DHIP, vol. 3, 302-312.

[*] Fray Clemente de las Llagas (N. del T.).

percances... Mas en sus monasterios, bien construidos y bien poblados, se respiraba la paz, se saboreaba el canto y se hacía aprecio de las celebraciones litúrgicas. No les faltaron nuevas vocaciones en esta tierra.

Los carmelitas de la Observancia [4]

Después de los jesuitas fueron los carmelitas observantes quienes primero llegaran a Brasil, pues lo hicieron, ya como orden, en 1580. Inicialmente llegaron con destino a Paríba, para verificar la catequesis entre los indios. Mas no pudiendo, por diversas razones, establecerse allí, lo hicieron en Olinda, donde, gracias a una importante donación, construyeron el convento del Carmen, inaugurado en 1584. Un año antes había arribado fray Pedro Ventura con nuevos refuerzos. En el sur, fray Pedro Viana, el 1 de septiembre de 1582, recibió otra importante donación en predios, tierras y ganado, fundando así el convento de Santos. En 1549 se establecieron en la villa de São Paulo, después en Río de Janeiro y, al fin, en Paraíba. Con estas fundaciones fue posible, en 1595, constituir la vicaría de la orden en Brasil.

Los carmelitas dejaron, en muchas partes, una impronta notable y una clara tradición, gracias a la devoción del escapulario de las órdenes Terceras que fundaron. Así y todo, poca dedicación mostraron hacia la misión entre los indios. Desgraciadamente, al poco tiempo, y merced a las muchas donaciones recibidas en tierra y en ganado, así como a las adquisiciones que les fuera posible realizar, se vieron obligados los frailes, en contra de lo que su mendicante orden preconizaba, a tomar para su servicio gran cantidad de esclavos e incluso a vivir fuera de los conventos, produciéndose con ello una quiebra de la disciplina religiosa y una merma en el celo apostólico debido.

[4] «Primordia Carmeli Brasiliensis», en *Analecta Ordinis Carmelitarum*, I, 1909, pp. 263-271; C. Vloon y J. Trindade, «Carmelitas Calçados», en DHIP, vol. 2, pp. 312-318; J. Pereira de Santana, *Crónica dos Carmelitas da Antiga e regular Observância nestes Reinos de Portugal, Algarve e Domínios*, Lisboa, 1745.

VIII

LA INQUISICIÓN

Con origen en la Edad Media, la Inquisición, o Santo Oficio, cuya función principal era la de velar por la integridad de la fe de los católicos en sí misma, no puede ser puesta en entredicho, pues el combate contra la herejía se contempla ya en el Nuevo Testamento. En lo que a sus funciones como tribunal eclesiástico, ocupándose de la vigilancia de las cosas que atañían a la fe, no dio motivos para lamentar su existencia, a no ser por el celo exagerado y los procedimientos desorbitados de algunos inquisidores, cosas corregidas, sin embargo, por la Iglesia. Pero cuando este tribunal fue instrumento del poder civil, defendiendo intereses que no eran los de la fe, se hizo digno, con demasiada frecuencia, de censura, ya que dio en transformarse en instrumento de intereses políticos y hasta de venganzas personales. En este particular merece justa censura. Pero no hay que hacer olvido de cuál era la mentalidad de su época.

Sin embargo, y en comparación con otros tribunales de su tiempo, no fue peor; no condenó a la muerte, a la prisión o al exilio a más gentes que aquéllos. Con la intromisión del poder estatal en la Inquisición, además de los crímenes en parangón con la herejía, como la blasfemia, los sortilegios, los fetichismos, las adivinaciones, los encantamientos y demás, pasó el Santo Oficio a juzgar también otros como la magia, la poligamia, la bigamia, la homosexualidad, el adulterio, la violación de Iglesias y de monjas, la sodomía, el bestialismo, la falsificación de moneda, etc... También los sacerdotes solicitantes caían bajo la férula de la Inquisición, que debía darles su visto bueno. Los bienes de los reos eran confiscados por la Corona. Los reos padecían tortura, conforme a los usos de aquel tiempo, para que confesaran sus faltas,

verdaderas o supuestas. Las penas iban desde las más leves, a la condena a perpetuidad en cárceles o galeras, al destierro, pasando por la pena de muerte o por la pena en la hoguera. El Santo Oficio daba sentencia, más la ejecución final corría a cargo del poder civil. La pena capital era relativamente rara. Más frecuente se hacía la confiscación de bienes. Y es por eso por lo que, los de la etnia hebráica, generalmente comerciantes, eran tan vigilados. A la hoguera iban los convictos de herejía, de sodomía, de bestialismo y los que hacían moneda falsa, etc.

La Inquisición en Portugal [1]

Fue introducida por don Juan III, con el desagrado de la Sede Apostólica, pues en un principio los papas Clemente VII y Pablo III se opusieron. Pero repitiéndose las instancias, Pablo III, presionado igualmente por Carlos V, instituyó el Santo Oficio de la Inquisición en Portugal (bula *Cum ad nihil magis*, del 23 de mayo de 1536), nombrando tres inquisidores, que eran los obispos de Coimbra, de Lamego y de Cueta. Los términos de la bula eran benevolentes, reservando a los obispos el derecho sobre las cosas de la fe, y concediendo a los acusados el derecho a la defensa, así como prohibiendo la confiscación de sus bienes durante, al menos 10 años... Bien sabía el Papa, pues tenía el ejemplo de la Inquisición española, que los más vigilados y acosados eran los comerciantes de sangre judía. Ya en 1539 dimitó el inquisidor mayor. Al año siguiente tuvo lugar el primer auto de fe. Las atribuciones del cardenal don Henrique, hermano del Rey, para ejercer como inquisidor mayor, supusieron la protesta del nuncio de su santidad [2]. En 1544, Pablo III llegó a suspender las actividades de la

[1] A. J. Saraiva, *A Inquisiçao Portuguesa*, Lisboa, 1956; A. Baião, *Episódios dramáticos da Inquisição Portuguesa*, 3 vols., Lisboa, 1936-1938; J.L. de Azevedo, *História dos Cristãos Novos Portugueses*, Lisboa, 1921; *A Inquisição no Século XVI*, Archivo Histórico Portugués, vol. V; F. de Almeida, *História da Igreja em Portugal*, 1968-1970, II, pp. 382-422; A. Rubert, *A Igreja no Brasil*, I, pp. 271-284. Bien conocida es la obra, por otra parte, de Alexandre Herculano, *História da origen e establecimento da Inquisiçao em Portugal*, Lisboa, 1879. Sin embargo, le falta objetividad y serenidad.

[2] AV, SS, Nunz. Portu., Cad. I A f. 14v. El nuncio Capodiferro se quejó de que no se le permitiera intervenir en la Inquisición; pero de otra parte afirmaba que no le sería de una institución «quo tradi sanguinem innocentum». En 1539 abandonó Portugal.

Inquisición, justificando así su actitud ante el Rey: «...para que Dios no reciba de nuestras manos la sangre de tantas víctimas, ni tenga en cuenta a Vuestra Alteza tantas vidas». Finalmente, en 1547, el Papa aprobaba, sin embargo, a don Henrique como inquisidor mayor del reino, si bien recomendándole moderación y bondad.

El Tribunal de la Inquisición en Portugal se hallaba dividido en tres distritos Évora (1536), Lisboa (1537) y Coimbra (1541). Brasil pasó a depender del tribunal de Lisboa.

Características de la Inquisición en Brasil

Nunca fue establecida la Inquisición, como tal, en Brasil. Sólo se dieron visitas esporádicas y se enviaron remesas de acusados al tribunal de Lisboa. Los obispos eran, en sus diócesis, inquisidores de la fe. Pero en Brasil, además de cristianos viejos, había una gran cantidad de los llamados cristianos nuevos; esto es, judíos, indios y negros convertidos al cristianismo. Por ello, el inquisidor mayor del reino delega en don Antônio Barreiros, obispo de Bahía, otorgándole facultades de inquisidor apostólico, para que

> proceda a conocer las cosas que en la dicha parte del Brasil acontezcan, tocantes a la Santa Inquisición, siendo las personas culpadas de entre las nuevamente convertidas, y para determinarlas acuda a cualesquiera padres de la Compañía de Jesús, que en las dichas partes del Brasil se hallaren, especialmente al padre Luis de Grã [3].

Interesante es el dato que señala como informador al padre Luis de Grã, pues fue él quien provocara el proceso contra João de Bolés, y fue también él quien obtuvo prisión para el padre doctor Antônio de Gouveia. Sin embargo, en lo que se refiere a los nuevos cristianos, el texto aconsejaba a los obispos y a los jesuitas, refiriéndose a los negros y a los indios:

> que usen en ello prudencia cristiana y moderación y el respeto que se debe tener con la gente nuevamente convertida, para que no se

[3] Arq. Hist. Port., V, de. 52, p. 423.

> intimiden los otros, viendo que se usa de todo el rigor del Derecho con los ya convertidos...

Dedúcese de esto que el Santo Oficio no era tal y como lo pintan muchas veces los adversarios de la Iglesia, y tal y como repiten muchos hijos de la propia Iglesia.

En lo que a los otros cristianos se refiere, dice el texto:

> Cuanta más gente haya, así de cristianos viejos como de cristianos nuevos, se guardará lo que el Derecho dispone y no tendrá el dicho obispo más jurisdición que la del prelado. Y remitirá los casos que de allí sucedieren a la Inquisición de esta ciudad de Lisboa, como hasta ahora se hace.

En este primer período tuvieron lugar en Brasil tres procesos, todos remitidos a Lisboa, donde hubieron de comparecer los reos para purgar por las acusaciones que se les formularon.

Proceso de Porto Seguro [4]

El 17 de septiembre de 1543, Pedro de Campo Tourinho, dignatario de la capitanía de Porto Seguro, fue acusado ante el Tribunal de la Inquisición de Lisboa «por decirse Papa y Rey y hacer trabajar los domingos». La acusación era más propia del carácter del dignatario que de la herejía, pues él, a despecho de que fuese hombre dinámico, enérgico y ambicioso, no dejaba de ser voluntarioso, mas también de tener la lengua muy larga y suelta, provocando con sus decires muchos resentimientos. Vivía, también, en permanente disputa con el párroco, a consecuencia de sus críticas a la introducción de nuevos días feriados, como los de San Jorge y San Martín, mandados observar por don Martinho de Portugal, arzobispo de Funchal, a cuya jurisdición pertenecía la Iglesia en Brasil. Como se viviera en aquel entonces el clima creado por el cisma luterano y calvinista, que condenaba el culto a los santos,

[4] ATT, Inq. Lisboa n.° 8821; *História da Colonização Portuguesa*, III, pp. 171-283; A. Baibão, «A Inquisição em Portugal e no Brasil no século XVI», en Arq. Hist. Port., I, Lisboa, 1907, p. 169.

el dignatario se volvió, así, sospechoso de herejía, tanto más en la medida que solía repetir que era necesario, en una tierra nueva, trabajar más y festejar menos.

Cierto día, los súbditos prendieron al dignatario y terrateniente, pidiendo después al párroco padre Bernardo de Aurejac, que procedise contra él pues las acusaciones que podían hacérsele eran de carácter religioso. Fue aceptada la solicitud y democráticamente fueron elegidos los componentes del tribunal local. Como presidente actuó el mentado padre Bernardo de Aurejac, francés de origen; como inquisidor, el padre Manuel Colaço, cura del Puerto de Santa Cruz; como secretario, el padre João Camelo Pereira, sacerdote beneficiado; como juez, Pedro Anes Vicente. Hecho el juramento sobre los Evangelios, el 24 de noviembre de 1546, pues según el párroco iba a verse una causa «por ser de cosas tocantes al servicio de Dios y propia de la Santa Inquisición», se pasó a la deposición de testimonios, que fueron numerosos. De las acusaciones que se le hicieron, bien se puede colegir que el terrateniente no era sino víctima de ataques coléricos, por lo que decía disparates, también en cosas referidas a la Iglesia y a la religión. La causa fue vista y cerrada el 7 de febrero de 1547, y remitidos los autos, junto al reo, a la Inquisición de Lisboa. Por orden del inquisidor don João de Melo, no debería Pedro de Campo Tourinho alejarse de la ciudad sin autorización del Santo Oficio, además de pagar una fianza de 1.000 cruzados. El 17 de septiembre de 1547, se le comunicó que podía apelar a los autos. Hizo, pues, un requerimiento contra los mismos, que según su decir habían sido forzados por falsos testimonios «para destruirme». El día 8 de octubre compareció ante el Tribunal, siendo interrogado por seis doctores de la Iglesia. Se defendió del reo con bastante habilidad, refutó algunas acusacions que se le hicieran y se mostró dispuesto a proceder según lo exigiese el mayor bien para la religión en su capitanía. No sabemos, sin embargo, cuál fue la solución final... Es probable que, tras alguna reprimenda, fuese absuelto.

El proceso contra João de Bolés [5]

Sin duda alguna, el proceso más nombrado de Brasil, en el siglo XVI, fue el seguido contra el francés heterodoxo João de Bolés, cuyo verdadero nombre era el de Jean Cointha, señor des Boulez. Había llegado con Villegagnon y estaba en la fortaleza de Coligny, de Río de Janeiro, donde se producían muchas disputas religiosas, de moda en la época, tanto más en la medida en que había allí predicadores de Ginebra enviados por el propio Calvino, como lo eran los antiguos frailes carmelitas Pierre Richier, Guillauame Chartier y, sobre todo, Jean de Lery. Entre la tropa de Villegagnon, que era católico, se formaron tres partidos religiosos, que mantenían ardorosas disputas. Llegaron a ser amenazados de expulsión, en 1557. Entonces João de Bolés dejó la fortaleza y se refugió en San Vicente. Era persona instruida, antiguo alumno de la Sorbona de París, quizás antiguo clérigo también, locuaz, de fe más que dudosa y con resabios luteranos... Más tarde comenzaría a predicar sus ideas, provocando con ellas grandes discusiones. A comienzos de 1559, por iniciativa del provincial de los jesuitas padre Luiz de Grã, le fue hecha una requisitoria, por orden del padre Gonçalo Monteiro, vicario general de las capitanías de San Vicente y de San Amaro, la cual fue igualmente remitida al obispo de Bahía, que la archivó... Pero los jesuitas volvieron a la carga, pidiendo, con fecha del 22 de abril de 1560, y al mismo vicario, providencias contra las doctrinas del forastero. Abierto el proceso según los cauces regulares, fueron tomados los testimonios, entre ellos los dados por el padre Manuel de Nóbrega y por el padre José de Anchieta.

Los principales capítulos de la acusación contra João de Bolés fueron los siguientes: Había dicho que el Papa no era el sucesor de San Pedro y que redactaba bulas sólo para sacar el dinero a los fieles; aseguraba que únicamente había que conceder crédito a la Biblia; que el Purgatorio no existía; que las almas estaban predestinadas, etc. Eran, claramente, ideas luteranas y calvinistas. No obstante, en opinión del padre Gonçalo Monteiro, ello no constituía prueba convincente y, por lo mismo, dio la absolución al acusado y apeló al señor obispo... Trató

[5] ATT, Inq. de Lisboa n.° 1580; *Processo de João Bolés e justificação requerida pelo mesmo (1560-1564)*, Río de Janeiro, 1904, 92 pp.; MB, III, pp. 176-196; Ramiz Galvão identificó a João Bolés como João Cointha (Rev. IHGB, 1884, vol. 69, pp. 39 ss.).

de huir el reo, mas, llegando a Bahía, fue hecho preso nuevamente por orden de don Pedro Leitão, que le abrió un proceso ante el vicario general, tomando de nuevo testimonios. El 9 de enero de 1561 fue oído el propio acusado. Dio a conocer algunos libros y manuscritos a él debidos, contra la doctrina calvinista, mas no se defendió de las principales acusaciones que se le hacían. Cerrados los autos el 25 de agosto de 1561, fueron remitidos a Lisboa, y en 1563 llegó la orden, desde la metrópoli, de que fuera enviado, también, el acusado.

En Lisboa se sucedieron las audiencias, retractándose el reo, pero su abjuración no fue considerada sincera, merced a su anterior comportameinto, por lo que fue desterrado a Goa, en la India, donde, el 12 de octubre de 1572, fue condenado a muerte como hereje luterano, siendo asistido, en sus últimos momentos por un jesuita.

El caso del padre nigromante [6]

La trayectoria del padre Antônio de Gouveia tiene mucho, a partes iguales, de pintoresco y de trágico. Nacido en Portugal, fue soldado en Italia, jesuita en 1555 y luego se doctoró en Teología por la Universidad de Coimbra, desempeñándose posteriormente como sacerdote seglar. Era hombre dotado de elocuencia más que notable así como de extrañas habilidades y mañas. Pasaba por alquimista, prestidigitador y nigromante. Por ello, precisamente, fue puesto preso por la Inquisición. Transcurridos algunos años de su condena, consiguió huir en 1564. Vuelto a ser capturado, fue condenado a galeras. Mediante una apelación que hiciera ante el propio cardenal don Henrique, obtuvo la conmutación de la pena, siendo confinado, en 1567, a Pernambuco. Aquí gozó de la amistad del gobernador y obtuvo secretamente, de don Pedro Leitão, el uso de las órdenes. Pero entró en conflicto con los jesuitas, quizás porque preconizaba el trabajo de los indios. El superior local, padre Amaro Gonçalves, lo tachó entonces de hereje. Intervino el padre Luiz Grã, que lo acusó formalmente ante el obispo. Don Pedro Leitão mandó que fuera prendido, por medio del vicario perma-

[6] *Idem., ib.,* n.º 5.158; Art. Hist. Port., III, pp. 179-208; S. Leite, *Historia da Compañía de Jesus*, II, pp. 480-484.

nente de Pernambuco, padre Manuel Fernandes Cortiçao. Protestó el reo diciendo que todo no pasaba de ser «maniobra de los padres de Jesús». El 4 de mayo de 1571 fue enviado a la Inquisición de Lisboa. En 1575 se vio su proceso ante el Consejo General del Santo Oficio. Parece ser que falleció por esos mismos días.

La primera visita del Santo Oficio (1591-1595) [7]

En 1580 Portugal pasaba a la Corona de España, cuyo monarca era más rígido en los asuntos tocantes a los cristianos nuevos. Como era fama en Brasil había mucha gente de raza hebraica, así como se originaban denuncias varias en lo que a la pureza de la fe se refiere, se produjo una de las más importantes visitas que el Santo Oficio hiciera a la colonia portuguesa.

Ciertamente, había entre los comerciantes y propietarios de ingenios muchos que tenían parte de sangre judía, al igual que entre los componentes del clero. Por razones de comercio, y no de religión, se mantenían relaciones con países protestantes como Inglaterra y los Países Bajos, así como con ciertas corrientes reformadoras de Francia. Además, indios y africanos mal evangelizados influían en los cristianos de la tierra con sus supersticiones y hechicerías. También el estado de las buenas costumbres dejaba mucho que desear. Por ello, el inquisidor mayor del reino, cardenal Alberto de Austria, el 26 de marzo de 1591, pasó provisión al visitador del Santo Oficio. El día 29 se iniciaban las audiencias en el colegio de los jesuitas.

En esta visita hubo un elevado número de denuncias, principalmente hechas por los jesuitas, aunque también por buena cantidad de padres seglares. Las acusaciones iban de las sospechas de herejía, las prácticas del judaísmo y los casos de bigamia, a la esclavización de los indios, etc. El inquisidor procedía también a tomar declaración a personas sospechosas y denunciadas.

[7] H. Furtado de Mendoça, *Denunciações da Bahía (1591-1593),* São Paulo, 1925, Río, 1935; *Confissões de Pernambuco* (1594-1595), São Paulo, 1929, Recife, 1970; *Denunciações e Cinfissões de Pernambuco (1593-1595),* Recife, 1984, publicaciones con notas de Capristano de Abreu, Rodolfo García y João Antônio Gonsalves de Melo; J. Gonçalves Salvador, *Cristões novos, Jesuitas e Inquisição,* São Paulo, 1968.

Terminada la visita en Bahía, en 1594, el inquisidor se dirigió a la capitanía de Pernambuco, donde publicó el edicto de gracia, en Olinda (el 21 de septiembre de 1593), abriendo el tribunal. Lo mismo hizo en Iguaraçu (el 9 de enero de 1594), en Itamaracá (el 8 de diciembre de 1594) y en Paraíba (el 8 de enero de 1595). Ordenó, sin embargo, que los casos denunciados en Igaraçu y en las parroquias vecinas, fueran vistos en Olinda. Ahora bien, además de los jesuitas, aparecen los franciscanos como predicadores y confesores de los sometidos a penitencia. Muchos fueron los denunciados entre los que había no pocos religiosos, mas lo fueron por casos leves. La actuación del visitador parece correcta, a pesar de las acusaciones que contra él hicieran algunos miembros del Consejo General de la Inquisición, de donde le llegaron reprimendas varias y, finalmente, la orden de volver al Reino, sin pasar por Cabo Verde y Angola, según lo había previsto la provisión que llevara. Otra acusación que se le hizo fue la de proceder de forma desorbitada, pues ensayó un auto de fe en Bahía, haciendo flagelar en público a un mameluco, al que luego remitió a Lisboa, ocasionando grandes gastos económicos por lo que era una causa leve... El visitador, según parece, llegó a sufrir un atentado contra su vida. Según algunos historiadores, usó de un rigor extremado y de una fuerte severidad. Pero analizando lo que se contiene en las *Confissões* y en las *Denunciações*, no parece justa dicha acusación. Por el contrario, en muchos casos usó de una gran moderación. Los libros que publicó después de su regreso al Reino son modelo de capacidad y de dedicación. Además, no debieron ser muchas las recriminaciones que sufriera, o al menos muy graves, pues en 1596 fue promovido al cargo de diputado de la Inquisición en Évora, pasando después, con ese mismo cargo, a la Inquisición de Lisboa [8].

Poco después de la visita, la actividad del Santo Oficio quedó regulada en Brasil, donde el obispo instruía los casos de su alcance. Así consta que Bento Teixeira, maestro de gramática en Pernambuco y ex seminarista en Bahía, acusado en la última visita, fue condenado posteriormente, en enero de 1599 y en Lisboa, por judaísmo; Afonso Al-

[8] P. Monteiro, *Catálogo dos Deputados do Conselho Geral da Santa Inquisição*, Lisboa, 1721, p. 449; A. Baião, «Correspondência Inédita... para o primeiro Visitador da Inquisição no Brasil», en *Brasilia*, I, Coimbra, 1942, pp. 543-551.

vares, cristiano nuevo residente en Brasil, fue igualmente condenado por judaísmo en 1600, sufriendo cárcel y llevando el hábito de San Benito a perpetuidad, y remitido preso a Lisboa por don Antônio Barreiros. Pero el nuevo obispo de Bahía, don Constantino Barradas, se mostró más moderado y benevolente con los cristianos nuevos de raza hebraica.

No obstante las prohibiciones obtenidas de la Santa Sede, a instancias de los monarcas españoles, para que se evitase el ejercicio ministerial a quienes tenían sangre judía, había entre el clero de la colonia no pocos sacerdotes de la etnia hebraica. Algunos llegaron a ocupar, incluso, cargos de importancia, como es el caso del padre licenciado Diogo de Couto, párroco de Olinda y vicario de Pernambuco, y el del padre Baltazar Ribeiro, secretario de don Constantino Barradas, que fueran acusados, los dos, en la visita del Santo Oficio.

IX

LA IGLESIA Y LOS ESCLAVOS

La esclavitud [1]

Es uno de los asuntos más complejos. Estuvo en vigor hasta tiempos bien próximos. Parecía hasta justificada. E incluso necesaria. Pocos mostraban inquietud ante ella. Todos parecían estar con la conciencia tranquila. ¿Cómo explicar tal fenómeno?

Hubo, en el mundo, un desarrollo desigual, que puede atribuirse a factores diversos. Siempre ocurrió, e incluso en el presente, que los pueblos más desarrollados procuraron dominar a los que se hallaban en inferiores condiciones de cultura y desarrollo socio-económico. Así aparecen diversas formas de la exclavitud, debido al abuso de poder, a la falta de respeto hacia la dignidad de los humanos y a la pretensión del vencedor de disponer a su voluntad de los vencidos. Por eso no es de extrañar que la exclavitud estuviera en uso en los pueblos más antiguos y desarrollados: egipcios, babilónicos, hebreos, griegos y romanos... A través de la Historia continuó siendo práctica común, igualmente, entre los paganos, los musulmanes y los cristianos. Éstos últimos se creían autorizados a hacer lo que practicaban los otros, acudiendo incluso a la Biblia para justificarse.

No hay dudas de que, con la propagación del Evangelio, también se alivió la situación de los esclavos. La Iglesia trató, a lo largo de la

[1] *Monumenta Brasilae*, vols. I-III; A. Brasio, *Monumenta Missionari Africana*, Lisboa, 1953, II, pp. 2, 62-64; *Ordenaçoes Manuelinas*, L. IV, tit. XCIX; J.G. Vidigal de Corvalho, *A Igreja e a Escrovidão,* Río de Janeiro, 1985; A. Rubert, *A Igreja no Brasil*, I, pp. 285-290.

Historia, de abolir en su sociedad cristiana el estigma de la esclavitud. Si no lo consiguió plenamente es cierto que aminoró los males. Así fue madurando más y más la conciencia de que la esclavitud era una flagrante injusticia.

Con el descubrimiento de nuevas tierras por parte de los españoles y de los portugueses, la colonización reclamó el trabajo de los esclavos, echando mano de los habitantes de la tierra, los indios, y de los robustos negros traídos a la fuerza después de su captura en las costas de África. En Brasil, los esclavos se convirtieron, por así decirlo, en una necesidad. Todos, prácticamente, los poseían, desde los gobernadores, autoridades civiles, señores de los ingenios, obispos, clero, colegios de jesuitas, conventos religiosos y particulares. Eran considerados propiedad de las personas físicas o morales. Las primeras víctimas fueron los indios, posteriormente sustituidos por los africanos, que pasaron a ser favoritos, con una diferencia clara: los indios eran «cazados» y los negros «comprados». Así, puede parecer extraño que, para tutelar la libertad de los indios, hubiese menos escrúpulos en comprar esclavos negros.

La actitud de la Iglesia en Brasil, con respecto a la esclavitud de los indios, fue más coherente y firme desde el principio, al tiempo que su proceder, en igual sentido, en lo que a la esclavitud de los africanos se refiere, fue más lento y tardío. No es fácil romper barreras y abrir grietas en los muros del tiempo. Lo que no se puede negar es la solicitud de la Iglesia para con los esclavos, respetándose su dignidad de personas y de cristianos.

Intervención oficial de la Iglesia en la esclavitud de los indios

Intervención de la Santa Sede

Llamó a la Iglesia a intervenir en favor de los amerindios esclavizados por los colonos. Hubo escándalos cuando algún religioso, presionado por los traficantes de esclavos de la América española, llegó a dudar a propósito de si los indios tenían o no alma... La Iglesia logró dictar normas, al fin, contra tamaño atentado. El papa Pablo III, mediante la bula *Sublimis Deus*, del 27 de mayo de 1537, a veces citada como *Veritas ipsa*, y dirigida a todos los cristianos, declaró la racionalidad de los amerindios, clamó contra la esclavización de ellos y defen-

dió su libertad de abrazar, sin que se les obligara, la fe católica. Otra breve del mismo Papa intervino, posteriormente, contra los atropellos que continuaban sufriendo los indios.

Intervención de los obispos y prelados

Centrándonos en el Brasil y en el siglo XVI, tenemos el ejemplo de que el obispo de Bahía y el prelado de Río de Janeiro, se opusieron al injusto tráfico de los autóctonos. Don Pedro Leitão, segundo obispo de Bahía, se declaró defensor de los indios. En sus sermones combatió con energía y gran firmeza a los que vejaban y esclavizaban. No menos firme se mostró el primer prelado de Río de Janeiro, padre doctor Bartolomeu Simões Pereira, defendiendo a los indios de la codicia de los colonos y condenando a quienes los capturasen, motivo por el que fue duramente perseguido y criticado por los traficantes.

Reacción de los misioneros

Los jesuitas, desde el principio, defendieron a los indios contra las arbitrariedades de los blancos y procuraron evitar su esclavitud. Enviaron representantes al Rey, a las autoridades locales y a las superiores. Se distinguieron, en el siglo XVI, por su defensa de los autóctonos, el padre Manuel de Nóbrega, el padre Luis de Grã y el beato padre José de Anchieta. No fueron los únicos, sin embargo, pues la mayoría de los misioneros ignacianos se opusieron firmemente al tráfico de indios, ganándose la enemistad de los traficantes.

INTERVENCIÓN DEL PATRONAZGO

Tampoco faltaron las intervenciones de la Corte contra ese abuso de los colonos. Muchas veces eran consecuencia de las protestas de los misioneros, que pedían justicia para salvar la catequesis indígena, la mayor parte de las veces amenazada y perjudicada por el afán de lucro de los colonos. Interpelados por la Corte, y también por iniciativa propia, algunos gobernadores demostraron gran interés en que la evangelización

de los indios no sufriera menoscabo con la acción de los portugueses. El 30 de julio de 1566, se reunió en Bahía una junta en la que tomaron parte el gobernador de Mem de Sá, el obispo don Pedro Leitão y el oidor general Brás Fragoso, junta de la cual saliera una disposición que castigaba el apresamiento de los indios y tutelaba las aldeas de los misioneros, para protegerlas así de los blancos [2]. Don Sebastián, con fecha del 20 de marzo de 1570, promulgó una ley que restringía el cautiverio de los nativos sólo a casos especiales. Una nueva intervención del Rey, el 2 de noviembre de 1575, confirmada más tarde por don Felipe III, declaraba que los indios eran libres por derecho, aconsejando que fuesen reunidos en aldeas mayores de hasta 300 casas, correspondientes a los ingenios azucareros, del corte y comercio del pau-brasil, y respetándoles la posesión de sus tierras y huertas. Hubo otras intervenciones de la Corte en favor de los indios, que, sin embargo, merecían poco respeto a los traficantes de esclavos. La llamada «guerra justa» no dejó de ser perjudicial para los indios, paradójicamente, en muchos casos.

La esclavitud de los negros

Un fenómeno extraño se dio con la esclavización de los africanos, a partir del siglo XVI, que fue universalmente aceptada. La necesidad de mano de obra para el corte de la caña y la cría de ganado en la colonización de América, aumentó de manera alarmante el tráfico con los pobres negros, traídos a la fuerza de diferentes regiones de África. A todos parecía un mercado lícito. Nadie mostraba escrúpulos por poseer un negro. Y si alguien no los tenía, era prontamente convencido, pues se juzgaba imprescindible la presencia de los africanos en cualquier empresa que se iniciara.

La situación miserable de los africanos

Facilitó el fenómeno de la esclavitud, además de la ganancia de los colonos, la ayuda de los *sobas*, o jefes de las tribus africanas, que tenían

[2] BE, XVI, 1-33, f. Gov.; H.E. Wetzel, *Mem de Sá*, Río de Janeiro, 1972, pp. 206-207.

por costumbre la de capturar a sus rivales. El comercio de esclavos negros se abastecía, principalmente, en Guinea, en el Congo, en Angola, en Benguela y en Mina (Senegal), así como en Nigeria. Muchos africanos, casi siempre los más pobres, eran arrancados de sus tierras, traídos a América en míseras condiciones, amontonados en pequeñas naves, semidesnudos, sometidos a penosas travesías por el vasto Atlántico... Apenas desembarcados, ya eran vendidos, marcados a fuego y a hierro, encadenados y distribuidos entre los colonos para trabajar luego en las labores relacionadas con la caña de azúcar de los ingenios, y en las ganaderías. Dependía su suerte del carácter del patrón que tuvieran. Mejor fortuna tenían, por lo general, los que pasaban al servicio de las instituciones eclesiásticas y religiosas. Eran tratados casi siempre con humanidad, recibían ropas y alimentación adecuada, así como instrucción. Otros, por el contrario, eran maltratados por sus propietarios, llevando una vida sufrida y triste. Algunos se aprovechaban en las labores domésticas, esto es, en la cocina y en los huertos.

La intervención de la Iglesia

No era tarea sencilla legislar contra la esclavitud. No llegaba a tanto la conciencia de aquellos tiempos. Aun así, hubo quien se preocupara por la suerte de los esclavos. Quien procuró catequizarlos, bautizarlos y defenderlos contra los malos tratos. Ya en 1514 el rey don Manuel ordenó que los señores de esclavos hicieran bautizar a las criaturas de los esclavos en los primeros seis meses de su vida; los adultos eran libres de decidir si querían o no el bautismo [3]. Lamentablemente, muchos eran bautizados sin recibir más nociones, después, de la doctrina cristiana, quedando su evangelización reducida a algunas prácticas externas, en tanto continuaban entregándose a sus cultos fetichistas.

Se formaron en favor de los esclavos las cofradías de Nuestra Señora del Rosario, llamadas posteriormente de la Hermandad de los Ne-

[3] MMAfr., II, 2.ª serie, pp. 69-70; el papa León X, medinate dos bulas (*Eximiae devotions*, del 7-VIII-1513, y *Praeclara tuae*, del 10-I-1516), concedía al párroco de Nuestra Señora de la Concepción, de Lisboa, de la iglesia de la orden de Cristo, facultades especiales en favor del bautismo a los esclavos, para que no fallecieran sin el Sacramento (MMAfr., II, 2, pp. 62-64 y 115-117).

gros. De 1518 datan las primeras noticias de una de esas cofradías, compuesta por negros en su totalidad, existente en la iglesia del convento de Santo Domingo, de Lisboa, y otra, en 1555, en la villa de Lagos, las cuales, por orden del Rey, debían procurar la liberación de los esclavos dejados allí en asilo por sus dueños [4]. Por lo tanto, no siempre negro es sinónimo de esclavo. Nunca faltaron buenos cristianos y padres de la Iglesia, que, como reconocimiento por los servicios prestados, libertaban a sus esclavos.

En Brasil, durante el siglo XVI, se fundaron varias cofradías o hermandades de negros, generalmente llamadas de Nuestra Señora del Rosario. En sus inicios, y debido al estado de gran pobreza de los negros, no tenían más que un altar para su devoción en la iglesia parroquial o en la catedral. Sólo más tarde llegarían a construir, también, iglesias propias. Los esclavos cristianizados recibían los sacramentos igual que los blancos, y, como éstos, al fallecer recibían también sepultura eclesiástica. La Iglesia logró paliar, así, muchos sufrimientos y no dejó de llamar la atención de los patrones, respecto al cuidado que debían observar para con sus esclavos, procurándoles alimentación adecuada y no sobrecargándoles.

[4] *Idem.*, *ib.*, pp. 151-152; ATT, Chanc. don Juan III, L. 22, ff. 100-100v.; *idem.*, *Privilégios*, f. 308 v.

X

TESTIMONIOS

No faltó a la Iglesia de Brasil el ejemplo de sus cristianos eminentes en el práctica de las virtudes más heroicas. Cristianos que fueron modelo y testimonio de Cristo, por su vida y por sus obras. Son ellos las letras mayúsculas de los anales de la Iglesia. Ellos, que estuvieron en todas las clases: entre el clero, entre los religiosos de las órdenes, entre los laicos... Son el fruto de la evangelización, los transmisores del idioma pastoral de la Iglesia, los héroes de nuestra cristiandad. Resultan tan numerosos que debemos restringir su relación. Tampoco faltó el testimonio dado con sangre. Los mártires son los más importantes de la Iglesia. Pero también lo son los confesores, por su acción cotidiana, en la que otorgan testimonio de caridad. El amor a Dios y al amor al prójimo son inseparables.

Testimonios de sangre

Pedro Correia (+1554) [1]

Hermano lego jesuita oriundo de Portugal, que a su llegada a Brasil se dedicase a la captura de indios. Convertido sinceramente, ingresó en la Compañía de Jesús, volviéndose celoso catequista. Murió a manos de los indios carijós en una misión de paz.

[1] S. Leite, o. c., II, pp. 236-242.

João de Sousa (+1554)

Hermano lego jesuita, oriundo de Portugal y que fuera soldado en África. Era un piadoso muchacho que fue aceptado en la Compañía de Jesús, sirviendo como cocinero. Enviado por el padre Nóbrega para acompañar al hermano Pedro Correia entre los carijós, fue muerto también por éstos mientras rezaba.

Don Pedro Fernandes (+1556)

Primer obispo de Brasil, nacido en Évora, doctor en Teología por la Universidad de París, que fuera deán y vicario general en la India, así como distinguido predicador. Elegido primer obispo de Bahía, tomó posesión de su cargo el 29 de junio de 1552. Mostró gran celo e hizo asiduas visitas pastorales. Para solucionar las graves dificultades que se presentaran, embarcó con rumbo al Reino en la nave Nuestra Señora de la Ayuda, que naufragó en las costas de Alagoas, salvándose del naufragio tanto él como sus compañeros de viaje. Acogidos, en un principio, por los crueles caetés, les fue dicho a éstos que se trataba de un jefe religioso de los cristianos. No obstante, al día siguiente, esto es, el 16 de junio de 1556, después de haber dado ánimos a sus ovejas, cayó en una emboscada de los indios, en las márgenes de un río, para después ser devorado en un festín caníbal.

Fernão Pires da Nóbrega (+1556)

Deán del cabildo de Bahía, quien, siendo ya sacerdote, llegara a obispo en 1552. Espíritu un tanto inquieto, sufrió algunos desacatos. Fue el primer deán efectivo de Bahía. Acompañante del obispo en su viaje a Portugal, también fue muerto y devorado por los caetés.

Diogo Gonçales (+1556)

Canónigo de Bahía, llegado del Reino junto al primer obispo, mereció acompañarlo en su largo viaje y alcanzar la corona de mártir el día 16 de junio de 1556.

Luis de Avada (+1556)

Canónigo de Bahía, hijo de Rodrigo de Argolo y tío de don Agostinho Ribeiro, primer obispo nacido en Brasil, natural de Bahía, clérigo menor, presentado el 10 de octubre de 1553. Marchaba a Portugal con el fin de completar allí sus estudios, cuando fue sacrificado también junto al obispo y otros viajeros por los caetés. De él se conserva un documento, dando cuenta de la fecha exacta de su muerte, además de una carta de su madrastra, Joana de Sousa, que ignoraba el suceso.

Inácio de Azevedo (+1570) [2]

Beato, provincial de los jesuitas, nacido en Oporto. Entró en la Compañía de Jesús a los 22 años y fue modelo de vida religiosa, apreciado por el general de la orden, padre Francisco de Borja. Estuvo en Brasil como visitador. Viendo la gran cantidad de indios que había, y los pocos obreros de la fe, decidió regresar a Europa para reclutar nuevas vocaciones. Debidamente autorizado, consiguió reunir en Portugal y en España a 40 religiosos más, casi todos estudiantes aún, y él mismo, nombrado ya provincial, embarcó junto a ellos con rumbo a Brasil. A la altura de las Canarias, la nave en la que iban fue asaltada por los calvinistas franceses mandados por el hugonote Jacques Soria, quien dio la orden de asesinar a los religiosos «papistas» porque «van a sembrar una doctrina falsa en el Brasil». El padre Inácio, con una estampa de María Santísima entre las manos, estampa que recibiera de Roma, arengó a sus compañeros y fue el primero en sucumbir ante un lanzazo, siendo luego arrojado al mar. Era el 15 de julio de 1570. Fue beatificado, como el resto de sus compañeros, conocidos todos ellos como «los mártires del Brasil», por el papa Pío IX y en 1854.

[2] *Idem, ib.*, pp. 243 ss.; M. G. Costa, *Inácio de Azevedo*, Río de Janeiro, 1940; AV, SCR, cod. 231-338.

Diogo de Guiso (+1583) [3]

Franciscano, oriundo de España, era sacerdote y se había establecido con algunos cofrades en São Paulo, junto a la ermita de Nuestra Señora de la Luz. El piadoso fraile salía a pedir limosna para el sustento de su comunidad. Un soldado español, imbuido de las ideas luteranas, se puso a discutir con él. Fray Diogo trató de persuadirlo de su apostasía. Siendo amenazado de muerte, el religioso se arrodilló ante el soldado pidiéndole perdón si por algún motivo le había ofendido. Y así estaba cuando el malvado le dio una puñalada, dejándole sin vida. El pueblo, conmovido, le hizo un muy solemne entierro en la iglesia del colegio de los jesuitas. El propio Anchieta lo tuvo por mártir de la fe. Y se dieron algunas tentativas de promover la causa de su beatificación.

Testimonios de caridad

José de Anchieta (+1597) [4]

Beato, misionero jesuita, llamado *Apóstol de Brasil.* Nació en San Cristóbal de la Laguna, isla de Tenerife (Canarias), el 19 de marzo de 1534. Mientras estudiaba en Coimbra ingresó en la Compañía de Jesús (en 1551). Hombre de salud más que precaria, pero de enorme fervor espiritual, incluso antes de ingresar en la Compañía había hecho voto de castidad. En 1553 embarcó hacia Brasil, donde mejoró notablemente su salud. El 25 de enero de 1554, día de la conmemoración del bautismo de San Pablo de Piratininga, se encontraba ya en la matriz de lo que sería gran colegio de los jesuitas, donde permaneció por mucho tiempo como profesor de latín, escritor y catequista. Exactamente, hasta 1563. Fue ordenado sacerdote en junio de 1566, en Bahía, por don

[3] O. van der Vat, *Princípios de Igreja no Brasil,* Petrópolis, 1952, pp. 149-154.

[4] Biografías: *Quirício Caxa,* publicada en 1946; Pedro Rodríguez, en *Anais da Biblioteca Nacional,* vol XIX (1897) y en Bahía, 1955, S. de Vasconcelos, Lisboa, 1672 y Río de Janeiro, 1943; J. da Frota Gentil, *Vida Ilustrada,* 2.ª edic., Río de Janeiro, 1933; H. Abranches Viotti, *Anchieta, Apóstolo do Brasil,* São Paulo, 1966; A. do Amaral, *Pe. José de Anchieta e a Fundação de S. Paulo,* São Paulo, 1971; AV, ACR, cód. 302-320; S. Leite, o. c., II, pp. 480-489.

Pedro Leitão. Volvió al sur, a San Vicente, desarrollando allí una benéfica actividad, luego de asistir a la derrota de los tamoios y de los franceses, en Río de Janeiro. Aprendió la lengua indígena, escribió un catecismo en esa lengua, así como una gramática y un vocabulario. Fue poeta, historiador, dramaturgo y autor de un extenso epistolario.

Elegido provincial de los jesuitas en Brasil, de 1577 a 1588, incentivó las misiones entre los indígenas, animó al perfeccionamiento de los planes de estudio en los colegios jesuitas, mostrando siempre gran celo religioso y extremada bondad. Corrió muchos peligros tanto por mar como por tierra, sufrió diversos achaques de salud y también la incomprensión, muchas veces, de sus hermanos en la orden. Pasó los últimos años de su vida en Aldea de Reritiba, en Espíritu Santo, donde falleció en olor de santidad el 9 de junio de 1597, a los 63 años de edad. Trasladado su cuerpo a Vitória, recibió exequias solemnes, con la presencia del prelado de Río de Janeiro, su buen amigo padre doctor Bartolomeu Simões Pereira, que le confieriese el honorífico título de Apóstol de Brasil. Iniciado pocos años después el proceso para su beatificación, se entregó el *memorandum* en Roma, ya en 1624. En 1736 fue declarado venerable. Mas pasó al olvido con la supresion de la Compañía de Jesús, posteriormente, hasta que el papa Juan Pablo II, el 22 de junio de 1980, lo beatificara formalmente.

Pedro Palacios (+1570) [5]

Hermano franciscano, nacido en Medina del Campo (Castilla, España), se hizo religioso capuchino como hermano lego. En Lisboa sirvió, durante algún tiempo, en el Hospital Real. Atraído por el Brasil llegó hasta Bahía, interesándose de inmediato en las misiones para la evangelización de los indios de la zona. A comienzos de 1558 se fue a vivir a un peñasco, por la parte de Vila Velha, en Espíritu Santo. Allí fundó la ermita de San Francisco del Monte, después llamada de Nuestra Señora de la Peña, merced a una pintura de la Virgen que allí tuvo, venerada tanto por él como por el pueblo. El venerable ermitaño

[5] A. da Conceião, *Penequenos na terra e grandes no Céu*, Lisboa, 1732, I, 363 ss.; B. Roewer, *A Ordem Franciscana do Brasil*, Petrópolis, 1942, pp. 109-116; J. Cardoso, *Agiológico Lusitano*, III, Lisboa, 1666, pp. 28-29.

pasaba los días en oración y penitencia. A veces bajaba a la villa para recibir los sacramentos y pedir limosna, que repartía luego con los más pobres. No perdía la ocasión de catequizar a los indios y a los colonos con los que se topaba. Después volvía a recogerse en su ermita, donde tenía por compañeros a un fiel can y a un gato. Cierto día del año 1570, o de 1571, le sorprendió la muerte, siendo encontrado de rodillas y con las manos y los ojos elevados al cielo. Aún sigue en pie la antigua ermita, hoy santuario de Nuestra Señora de la Peña, de continuo alumbrada por su piadoso fundador, que dejara fama de santo.

SEGUNDA PARTE

INTRODUCCIÓN A LA SEGUNDA PARTE

Después de haber estudiado el primer siglo de la Historia de la Iglesia en Brasil, conviene seguir ilustrando acerca de sus pasos durante el siglo XVII, tan lleno de acontecimientos que sirvieron para reforzar el edificio eclesiástico, cuyas primeras piedras con tantas dificultades se pusieran anteriormente. Se tratará, ahora, de la consolidación de las instituciones y de su expansión por gran parte del territorio colonial. La Iglesia tuvo, en estas partes, notable incremento. Se multiplicaron sus circunscripciones, aumentaron de manera clara las parroquias, florecieron hasta alcanzar su mayor esplendor las misiones, creció el número de los obreros de la fe, llegaron a Brasil más órdenes religiosas, también las dedicadas al mundo femenino, mejoró la enseñanza en general y se dieron más testimonios de auténtica vida cristiana.

No faltaron, así y todo, las penurias y los avatares. Base hablar del dominio de la Corona española, de las incursiones holandesas en nuestro territorio, en gran parte calvinistas, que vejaron y persiguieron a los católicos. Hubo otras vicisitudes, como la larga vacante del obispado en la sede de Bahía y la forzada ausencia del obispo de Río de Janeiro, el tráfico de indios y de africanos, las ordenaciones hechas por el falso obispo de Santos, etc.

No obstante, hay también muchos puntos positivos que analizar, para darlos al conocimiento de las generaciones del presente. Y es menester dar noticia del poder de la gracia, que tantas veces, y de maneras tan ocultas, impregna de savia vital el cuerpo de la Iglesia. Es lo que trataremos de hacer en las siguientes páginas.

I

VICISITUDES DE LA IGLESIA DURANTE LA INVASIÓN HOLANDESA

Exposición [1]

En el siglo xvii la Iglesia de Brasil sufrió una dura prueba, ocasión en la que se manifiesta la fidelidad del clero y del pueblo a la fe católica, así como su amor por la tierra donde habitaban. Se demuestra a través de todo lo que en aquel tiempo se hizo para preservar la fe de los católicos durante los muchos años de dominación holandesa en el nordeste de Brasil, cuando se trató de sembrar entre el pueblo la doctrina calvinista y el luteranismo. La resistencia de los católicos, sin embargo resultó ejemplar ante todos los manejos de los invasores. En lo que al clero y a los religiosos en general se refiere, hay que decir que, junto al pueblo, libraron una batalla denodada para quitarse de encima el yugo extranjero. Finalmente, hay que hacer balance, también, del heroismo de los católicos luso-brasileños durante la persecución de que fueron víctimas. Varias han sido las interpretaciones dadas al fenómeno holandés en Brasil, algunas espúreas, otras dudosas, pocas equilibradas... Debemos interpretar el episodio en el marco de su tiempo. Los cronistas de la época, generalmente fieles, también son dados, en ocasiones, a la exageración, como tampoco escasea la documentación inútil. No se trata de «catolicismo guerrero», como ha señalado gratuitamente algún autor, a pesar del clima de lucha que se diera a no ser que se desee conferir tal especie al cristianismo de los fuertes, de los corajudos mártires.

[1] A. Rubert, o. c., II, pp. 117-127.

El episodio holandés

La región ocupada por los holandeses invasores, o sea, el nordeste brasileño, era una de las más ricas y pobladas de la colonia. La razón precisa del dominio e invasión holandés de Brasil se liga fundamentalmente a una cuestión política, independiente y al margen de nuestro propio pueblo. Holanda, dominada en parte por España, estaba dispuesta a atacarla en todo lugar donde la Corona española tuviera posesiones. Como Portugal, en aquel tiempo, pertenecía a la Corona de España, es fácil comprender por qué Brasil cayó en el punto de mira holandés. Pero tampoco sería exacto reducir a ese extremo el asunto de episodio holandés en Brasil. Hubo otras razones, entre ellas la riqueza de la tierra, así como el deseo de implantar la Iglesia Cristiana Reformada, o sea, el calvinismo, para arrumbar, como decían, las «supersticiones papistas». No se trató, pues, únicamente de un hecho accidental, sino también de un hecho intencionado, querido y buscado por el propio Calvino. Hay muchas referencias en ese sentido.

La presencia de la Iglesia en la región ocupada

Casi un siglo de implantación en Brasil tenía la Iglesia cuando la región antes dicha fue tomada por los holandeses. Había numerosas parroquias, capellanías y misiones en el Río Grande del Norte y Sergipe, territorio ocupado por los invasores. La capitanía de Pernambuco pasaba por ser la más rica y estaba poblada profusamente, poseyendo una estructura religiosa perfecta y una excelente organización eclesiástica. Desde mucho tiempo atrás había un vicario general, nombrado por el obispo de Bahía, el único de Brasil. Era la región prelatura, como Paraíba, desde 1614 y hasta la supresión de la misma, en 1624, tuvo dos prelados. Fue una lástima que eso aconteciera, precisamente, en las vísperas de la invasión, pues se hubieran evitado muchas tropelías en materia eclesiástica, de las que se dieron durante el dominio holandés [2]. Había diseminados también, en diversas villas, algunos mo-

[2] Habiendo prohibido los holandeses cualquier contacto con el obispo de Bahía, se pensó en la restauración de la prelatura con el apoyo de los invasores, siendo probablemente candidato a ella fray Manuel del Salvador, aunque no llegara a cumplirse el plan.

nasterios, conventos y casas de religiosos. Los franciscanos eran los más numerosos, con sus conventos de Olinda, Paraíba, Igaraçu, Serinhaém y Sergipe. Formaban una custodia. Los carmelitas, por su parte, poseían conventos en Olinda, con 10 religiosos, y en Paraíba, con cuatro religiosos. Los benedictinos tenían su colegio de Olinda y la residencia de Paraíba, así como la de Goiana. Había varias aldeas de indígenas, desde Sergipe a Río Grande, a cargo de los jesuitas, de los franciscanos, de los benedictinos, de los carmelitas y de padres seglares.

La Iglesia Cristiana Reformada [3]

Los calvinistas trataron prontamente de organizarse en Brasil. Las autoridades, así como la mayor parte de los soldados, eran calvinistas, hugonotes y luteranos, pues el ejército invasor holandés se componía de alemanes, ingleses, algunos españoles y algunos italianos. Los pastores acompañaron a los soldados. La Iglesia Reformada comenzó a organizarse en las fortalezas, en las villas y en las poblaciones que caían bajo su dominio. Llegó a contar con 10 iglesias organizadas [4], con sus pastores, aunque alguna tuviese duración efímera. Además, tenían otras 10 comunidades, llamadas congregaciones, iglesias en formación, de menor rango [5]. Incluso entre los indios tapuias y potiguares llevaron a término trabajos misioneros, fundando tres aldeas, o misiones.

Más de 50 pastores o predicadores, procuraban mantener la fe reformada de los holandeses calvinistas y algunos alemanes luteranos, así como de los hugonotes franceses y de los heterodoxos ingleses. Otros se empeñaban en el proselitismo hecho entre los católicos de Brasil, pero sin éxito. Algunos más, predicadores, además del holandés, hablaban inglés, alemán y francés... Y no faltó un pastor español, como lo fuera el ex fraile Vicente Soler. Hubo quienes se esforzaron en aprender portugués, para mejor enseñar su catecismo.

[3] F. L. Schalkwijk, *Igreja e Estado no Brasil Holandês, 1630-1654,* Recife, 1986.

[4] Fueron las siguientes: Salvador, luego deshecha, Recife, Maurícia, Porto Calvo, Serinhaém, Cabo de San Agustín, San Antonio do Cabo, Goiana, Itamaracá, Paraíba, Cabedelo, Río Grande y Forte Maurício, en Río San Francisco.

[5] Son: Maranhão, Ceará, Alagoas del sur, Sergipe, Ipojuca, Igaraçu, Fernando Noronha y tres aldeas indígenas de Maurícia, Massurepe e Itapecerica.

Se hacía el culto calvinista en las iglesias usurpadas a los católicos. Así, la muy venerada parroquia de Olinda, y la de San Pedro Gonçalves, de Recife, después de limpiadas de sus imágenes, pinturas, altares, lámparas y recintos sagrados, fueron adaptadas al frío culto de la Iglesia Reformada. En otros lugares también se sirvieron de las iglesias que hasta entonces fueran de devoción católica. Pocas fueron las iglesias construidas expresamente para el culto calvinista. Tan sólo una en Maurícia, otra en Goiana y otra en Fuerte Orange, isla de Itamaracá, así como otra pequeña en la aldea de San Miguel, en el Río Grande del Norte. Los domingos celebraban su culto, con oraciones y sermones. Sólo cuatro veces al año celebraban al Sagrada Cena. Abrieron también escuelas, con la intención de educar a los adolescentes y a los jóvenes en el calvinismo; incluso una escuela de gramática y de latín abrieron en Recife. Pero los luso-brasileños, aconsejados por su clero, se abstenían de frecuentarla.

Vejaciones y persecuciones a los católicos [6]

Acaso parezca fuera de lugar traer a colación las vejaciones a que fueron sometidos los católicos bajo el dominio holandés de Brasil. Pero la verdadera Historia requiere proceder en justicia. Y no debemos olvidar que el calvinismo ya en Europa, y a través de sus hechos, se había distinguido por la persecución a los católicos, entre los que tantas víctimas hiciera. No vale traer a colación, para justificar tales hechos, episodios políticos de sentido opuesto, como los protagonizados por el duque de Alba en Holanda, o el de «La Noche de San Bartolomé», pues no fueron hechos estrictamente religiosos. De igual manera, tampoco puede afirmarse que acontecieron en Holanda y no en Brasil. Los católicos fueron vejados de mil formas. El clero y los religiosos fueron víctimas de grandes injusticias. Se habla de tolerancia religiosa... ¿Pero qué tolerancia había en prohibir expresamente toda comunicación con el obispo de Bahía? ¿Qué podía hacer una Iglesia acéfala? ¿Acaso fue

[6] D. L. Santiago, *Guerra de Pernambuco*, 1.ª edic. íntegra, Recife, 1984; fray M. Calado, *O Valeroso Lucideno*, dos tomos, Lisboa, 1643, reed. íntegra, Recife, 1985; fray R. de Jesus Osb, *Castrioto Lusitano*, Lisboa, 1679; fray J. J. de Santa Teresa Ocd., *Istoria delle guerre del Regno del Brasil*, 2 vols., Roma, 1698.

una muestra de tolerancia incitar a los indios aliados y, en parte calvinizados, a matar sin misericordia alguna a padres y a legos que no les hicieran mal? ¿Y qué decir de las muchas penurias impuestas al clero y a los fieles católicos?

No faltaron, ciertamente, las vejaciones. Ni una persecución en toda regla. Ni mártires de la fe. Padres legítimamente nombrados para hacerse cargo de varias parroquias, recibieron la prohibición de ejercer su ministerio. Los religiosos eran deportados, confiscados sus conventos y dilapidados sus bienes. El vicario general, nombrado por el obispo de Bahía, ejercía su cargo sometido a mil presiones. Alegar algún escrito en sentido contrario nada prueba, pues se daba una verdadera ocupación de un territorio a manos extranjeras, para expandir la doctrina calvinista. Nada pudo hacer, siquiera, el príncipe Maurício de Nassau, a pesar de su equilibrado juicio y de su liberalidad probada, puesto que las restricciones por parte holandesa se reflejaban en el hacer político de las autoridades.

Todo se intentó para que los católicos luso-brasileños abandonaran su fe y a sus legítimos pastores, siempre en la esperanza, según consejo llegado de Holanda, de que algún pastor, con todas sus ovejas, se afiliase a la Iglesia Reformada. Cuando se hacía tolerancia en materia religiosa, era más por la presión de Francia, o para evitar una revuelta del pueblo contra sus sojuzgadores. Mas todas las tentativas de hacer apóstatas a los católicos fueron en vano. De entre el clero, sólo un jesuita, el padre Manuel de Moraes, sucumbió, se casó y huyó hacia Holanda, hasta que roído por los remordimientos volvió a Brasil para convertirse en denodado defensor de su pueblo en las luchas contra los holandeses. El párroco de San Antonio do Cabo, padre Belquior Manuel Garrido, de más de 70 años de edad, amigo de los holandeses, sospechoso de colaborar con los calvinistas, fue hecho preso durante el levantamiento de Cabo en 1645 y enviado a Bahía.

Casi todos los padres diocesanos y los religiosos se portaron con valor y honestidad. De muchos hay testimonios públicos; otros, de tantos méritos como aquéllos, quedaron en la oscuridad y el anonimato... No importa. Basta saber que fueron muchos los héroes, pastores devotos que supieron dar amparo a sus ovejas en los momentos difíciles, pasando grandes necesidades y viviendo muchas veces escondidos en la selva para que a su parroquia no faltaran los sacramentos. Son hombres dignos de ser honrados por la Historia ya que dieron

muestras de gran entereza y dedicación. Sobresalen, de entre ellos, los siguientes: padre licenciado Mateus de Sousa Uchoa, primer párroco de Cabo, después de Mata, que fue perseguido por los holandeses, quienes lo expulsaron de su parroquia; padre Gaspar de Aleida Vieira, párroco de San Lourenço da Mata, sacerdote digno y prudente, a la par que ecuánime y hermoso, igualmente perseguido por los invasores, uno de los cuales se enamoró de su mucha belleza; padre Manuel Rebelo Pereira, párroco de Serinhaém, después vicario de Olinda, que mantuvo fuertes divergencias con los holandeses, el cual escribiera al obispo de Bahía mostrando su esperanza de poder seguir siéndole fiel; el padre Simão de Figueiredo, nombrado en 1641 párroco de Iguaraçu, que vio embargados sus bienes por los invasores; de la misma manera, el padre Antônio Vieira, al ir a tomar posesión de la parroquia de Ipojuca, en 1643, fue expulsado por los bárbaros. Otros tres párrocos sufrieron martirio: padre Gonçalo Ribeiro, párroco de varias feligresías y de Mata en el tiempo de los sucesos que se refieren, que fue asesinado traicioneramente, en 1643 cuando hacía el camino de Recife; padre Ambrósio Francisco Ferro, párroco de Río Grande del Norte que en 1645 fue cruelmente martirizado en el río Uruaçu, junto con unos cuantos legos; padre André de Soveral, párroco de Cunhaú, en Río Grande del Norte, que sufrió martirio durante la celebración de la misa, el 16 de julio de 1645, junto a muchos de sus parroquianos... También fueron torturados y muertos el padre Alvaro Mendes, capellán de Ubó, asesinado junto al altar; el padre Pantaleão Alvares, capellán del ingenio azucarero de Congubuçu, en el cabo de San Agustín, que fue muerto en domingo cuando se aprestaba a celebrar misa; el virtuoso padre João Dias, con más de 70 años, coadjutor de Paraíba, que fue torturado bárbaramente por los indios, enviados por los holandeses... Dos religiosos fueron muertos también: fray Manuel da Piedade, franciscano, al prestar socorro a los soldados, y el jesuita padre Antônio Bellavia, al dar el último sacramento a un agonizante.

Felizmente, la intitulada Iglesia Cristiana Reformada llegó con los invasores y se evaporó con la expulsión de los mismos. No dejó raíces. Se dieron algunas conversiones aparentes, principalmente de indios, que duraron poco tiempo. Ido el invasor, no consta la existencia de comunidades calvinistas en aquel tiempo. Algunas ideas sí quedaron: las que dimanan de la fe y del patriotismo demostrado por los luso-brasileños en la definitiva expulsión de los bárbaros. En una carta del

valiente Henrique Dias podemos leer: «El que a lo divino hace la guerra, ¿qué paz sabrá dar a los humanos?».

Invasión y expulsión de los holandeses

Ya en 1624 se dio una invasión a tener en cuenta de Bahía, capital de la colonia, donde radicaba la sede del gobernador general y el único hospital de Brasil. Los preparativos, para la misma, databan de antes. Nada menos que 23 grandes naves se preparaban al ataque, si bien vigiladas por España, que alertó al gobernador general de Brasil. El día 9 de mayo de 1624, la escuadra enemiga entró en Bahía con más de 1.200 hombres armados, que desembarcaron en Vila Velha y se fortificaron junto a la ermita de San Pedro y junto a los muros del monasterio de San Bento. El gobernador, Diogo Furtado de Mendonça, intentó la defensa. Pero como fuesen tomados por sorpresa los moradores se desbandaron, presos del pánico. El obispo don Marcos Teixeira [7], junto a su clero y a los religiosos, en un primer momento se dispuso a resistir. Viendo, sin embargo, que los ciudadanos desertaban, resolvió dejar también él la ciudad y dirigirse hasta la quinta do Tanque, propiedad de los jesuitas, desde donde trató de insuflar ánimos a su pueblo. Atacaron y tomaron la ciudad los holandeses, haciendo presos al gobernador y varios jesuitas. Y designaron a Matías de Alburquerque, que se encontraba en Pernambuco, como gobernador. La confusión reinante hizo que el pueblo y las milicias aclamaran como comandante para la guerra al obispo. Pero antes organizó en su campamento todo lo necesario para el culto, redoblando la oración y consiguiendo reunir una fuerza de 1.000 soldados. El día 13 de junio lanzó un contraataque, sin éxito, luego del cual los holandeses se dedicaron a arrasar las iglesias de la ciudad. El día 8 de octubre del mismo año de 1624, murió el piadoso obispo, dejando a su pueblo sumido en la consternación. Expulsados al año siguiente, de nuevo trataron los holandeses de tomar la ciudad [8], en 1638, con 30 naves y 18 pata-

[7] A. Rubert, «Don Marcos Teixeira», en vol. III de la colección *Freguesia da conceição da Praia*, Bahía, 1973, pp. 29-102.

[8] B. Guerreiro, *Jornada dos Vassalos da Coroa de Portugal*, Lisboa, 1629; T. de Vargas, *Restauración de la Ciudad del Salvador*, Madrid, 1628.

ches, así como con casi 5.000 hombres, bajo las órdenes de Mauricio de Nassau [9]. Mas de nuevo la resistencia fue ejemplar, gracias al empeño del gobernador, del obispo don Pedro da Silva Sampio y del conde de Bagnuolo. Los enemigos no conseguirían alcanzar sus objetivos, a despecho de que en 1640 otra vez lo intentaran, mas para llevarse una nueva decepción. Desde 1630, sin embargo, permanecían en Sergipe, alcanzando poco después de esa fecha el resto del nordeste y estableciendo en Recife la capital de su conquista. El príncipe Mauricio de Nassau (1633-1644) reforzó el poderío holandés en Brasil gracias, sobre todo, a sus dotes personales, haciéndose con la estima de muchos luso-brasileños. Fue el período más brillante de la colonia holandesa. Pero una vez se retiró el príncipe a Holanda, se cernió sobre ella la decadencia, apareciendo focos de insurrección en todo el territorio. Era el comienzo del fin. El año de 1645 supuso el inicio de las hostilidades abiertas. Hubo combates en los arrabales de Bom Jesus, de las Tabocas y de Casa-Forte, culminando todo en las memorables batallas de los Guararapes, en Pernambuco, libradas en los años de 1648 y 1649, donde portugueses y brasileños, indios y negros, se portaron valientemente, luchando denodadamente por su patria y por su religión. En las Tabocas, el gobernador João Fernandes Vieira arremetió contra el enemigo al grito de: «Valientes portugueses, ¡viva la fe en Crito!», mientras el padre Manuel de Moraes, alzando un crucifijo, llamaba a combatir por la fe y por la patria, con estas palabras: «Señor Dios, misericordia». El pueblo entonaba la Salve. A pesar del estado de guerra en que se vivía, no podemos hablar de un catolicismo guerrero; pues la fe no se improvisa sino que se encarna y se vive.

La capitulación definitiva de los holandeses se produjo en 1654, el 28 de enero, cuando se restableció el culto católico en Recife, tomando posesión de sus plazas el párroco y su coadjutor, y regresando los franciscanos a su convento de San Antonio, que había sido hecho arsenal y fortaleza. El clero demostró su generosidad y disposición en todos los momentos difíciles. Y no pueden olvidarse, a este respecto, las figuras de don Marcos Teixeira y de don Pedro da Silva Sampaio, auxiliados por sus sacerdotes. Entre los padres seglares se distinguieron el padre Si-

[9] BE, CXVI, 2-3, ff. 89-90v.: Carta de D. Pedro Sampaio da Silva, del 3 de mayo de 1638, con preciosas noticias del cerco de Bahía, en 1638.

mão de Figueiredo Guerra, párroco de Olinda, el padre João de Araujo, capellán de la Misericordia y el padre João Batista Lobo, los cuales, en la batalla de las Tabocas, confesaron incansablemente a los heridos y agonizantes y encomendaron a Dios las almas de los muertos. En la batalla de Casa-Forte resultó decisiva la actuación del corajudo padre Mateus de Sousa Uchoa, párroco de Cabo; en el asalto de los holandeses a Espíritu Santo, en 1643, mostróse como esforzado defensor de la villa el párroco de la misma, padre Francisco Gonçalves Rios; durante la invasión de Paranaíba se distinguió durante algunos años (1630-1634) el padre Melquior Pereira Barreto, vicario de San Miguel, quien, además de ofrecer a 4.000 indios para los combates, indios de los que era responsable, dio los sacramentos a los soldados en peligro, rescataba a los heridos a caballo, y ayudado por dos mujeres negras los curaba o daba sepultura, según los casos, posteriormente, corriendo por ello su vida graves riesgos [10]. En la batalla de Guararapes demostraron bravura y celo el vicario general de la capitanía, padre licenciado Domingos Vieira de Lima y el capellán mayor, padre Alexandre de Couto.

Los religiosos prestaron, igualmente, gran socorro en la atención a los católicos y mucha ayuda en la batalla contra los enemigos. Los jesuitas deben ser tenidos por los más celosos, empezando por el padre Antônio Vieira, mediante sus famosos sermonres, así como por otros colegas que demostraron gran valor durante la invasión de Bahía en 1624, resultando algunos religiosos deportados a Holanda, entre ellos el provincial de la Compañía, padre Domingos Coelho; figuraron entre los defensores de Itamaracá los padres João de Mendonça y Francisco de Avelar, participante este último, también, en la batalla de los Guararapes, en 1649. De entre los franciscanos merecen especial mención fray Gerardo dos Santos, defensor de Espíritu Santo; fray Cosme de San Damián, caritativo custodio de Pernambuco; fray Mateus de San Francisco, que se distinguió por el valor mostrado en la batalla de los Guararapes. Entre los benedictinos sobresale por su valor fray João da Ressurreiçao. Los capuchinos colaboraron igualmente atendiendo a los soldados y al pueblo en general. Fray Manuel del Salvador, de la

[10] No hablan los autores contemporáneos de este padre, mas, felizmente, tenemos un opúsculo titulado *Servitti fatti alla Sede Apostolica et alla Maestà Regia nell'America-Regno del Brasile*, con noticias sobre Matías de Alburquerque, conde de Bagnuolo, etc. (AP, SOGG, cod. 259, f. 158).

orden de los Eremitas de San Pablo, prestó, durante la ocupación holandesa, estupendísimos servicios a la Iglesia aceptando primero las medidas de los holandeses, llamando después a la rebelión a los católicos. Había recibido, vía Roma, ciertas facultades y el título de predicador apostólico, a lo que se opusiera el obispo de Bahía, enviando al vicario general a que lo suspendiera de sus funciones. Pero también el vicario general de Paraíba, padre Gaspar Ferreira Dias, entre 1635 y 1645, se esforzó en la administración espiritual de la región, manteniendo comunicación secreta con el obispo de Bahía... Así podían los padres ejercer, jurídicamente, sus cargos con la conciencia tranquila.

Tampoco deben silenciarse los méritos de los capellanes militares de ambos cleros. Citemos, por ejemplo, al capellán de la escuadra, padre licenciado Gabriel Galán de Rodrigo, español, que falleció en Brasil; su sustituto, padre licenciado Manuel Ferreira, capellán del mariscal de campo don Cristóbal Mexia Bocanegra; el padre Amador Antunes de Carvalho, capellán de las fortalezas de Río de Janeiro, nombrado en 1637 capellán mayor por orden del mariscal de campo don Vasco Mascarenhas. El padre Afonso Pereira, capellán de don Urbano de Almada, fue nombrado, en premio a su comportamiento ejemplar, capellán del capitán mayor de los indios Antônio Filipe Camarão. Durante las dos batallas que se libraron en los Guararapes, fue capellán mayor el padre Alexandre de Couto, natural de Lisboa, hombre de muchas cualidades [11]. El franciscano fray Mateus de San Francisco era capellán de la escuadra que combatió a los holandeses en 1640... Algunos otros religiosos, fundamentalmente jesuitas, sirvieron también como capellanes durante los combates de los últimos años de la dominación holandesa.

Finiquitado el episodio holandés, la Iglesia del nordeste fue restaurada con mayor pujanza, a pesar de las pérdidas sufridas en los años de la humillanción. Fue una lástima, sin embargo, que la única sede episcopal de Brasil permaneciera vacante desde 1649 hasta 1672. El cabildo de Bahía, como podía, enviaba vicarios generales a Pará, Maranhão y Pernambuco. Los religiosos retomaron sus misiones y se multiplicaron. El pueblo seguía fiel a su fe.

[11] Era natural de Lisboa, donde falleció con más de 80 años. Fue matemático, poeta, teólogo escolástico y místico, autor de diversas obras: *Observaçãoes matemáticas e reduções astronômicas* (1681); *Teología Mística, conforme a Doutrina dos Santos Padres* (1692), etc.

II

LA ACCIÓN PASTORAL DE LOS OBISPOS Y PRELADOS HASTA 1676

Exposición

A partir de 1580, Portugal y sus colonias pasaron a los dominios de la Corona española. Hasta 1640 las órdenes llegaron de Madrid. La Iglesia no dejó de resentirse de ello, de la nueva férula. Así, percibióse un antisemitismo más acentuado, la Inquisición se hizo más presente y la intromisión de los ministros del Rey en los asuntos de la Iglesia se tornó más clara. Fue durante ese período, por lo demás, cuando se diera la invasión holandesa de Brasil. La única circunscripción eclesiástica creada fue la prelatura de Paraíba; también la de Pernambuco, aunque esta última no tardaría en ser suprimida. Después de la Restauración del Reino de Portugal, se dieron algunas dificultades para la confirmación de los obispos. La sede de Bahía llevaba muchos años de vacancia. Como los prelados de Río de Janeiro no tuvieran carácter episcopal, se interrumpieron las ordenaciones y escasearon los padres en Brasil. También lo notaron las misiones. No obstante, hubo buenos tiempos, con mucho trabajo y esfuerzos coronados con éxito.

Los obispos de Bahía

Tras una vacancia de tres años, llegó a Brasil quien sería su cuarto obispo, en la persona de don Constantino Barradas [1], presbítero seglar

[1] A. Rubert, *A Igreja no Brasil*, II, pp. 13-24; *Idem.*, *Dic. Hist. Igreja de Portugal*, II, pp. 180-181; ATT, Bulas, M. 18, n.º 25; AV, Cons., Acta Vicecanc, cod. 13, f. 17 1v.

lisboeta, doctor en Teología, quien gobernó su rebaño con celo apostólico, haciendo prolongadas visitas pastorales, favoreciendo las misiones entre los indígenas y ordenando muchos sacerdotes. Reunió un sínodo diocesano, se opuso a la usurpación que pretendían algunos legos en materia de justicia eclesiástica, defendió a los conversos y, por todo ello, hubo de sufrir muchos sinsabores. De él se tiene la primera relación *ad limina* de la Iglesia en Brasil... Llegó a pedir la renuncia al obispado, mas falleció antes de que se efectuase, el 1 de septiembre de 1618 [2]. La sede vacante fue gobernada por el deán padre licenciado Luis Pinto Carneiro, sirviéndole de provisor el vicario general padre licenciado Vasco Negulhão.

Siguieron años duros y difíciles para la cristiandad de Brasil, debido a las sucesivas invasiones de los holandeses heterodoxos. La gestión pastoral de don Marcos Teixeira de Mendonça (1622-1624) [3] coincidió con la invasión holandesa y con la toma de la ciudad episcopal. Doctor en Derecho, canónigo de Évora e inquisidor, de vida modélica, no viviría más allá de los 50 años de edad. Cursó visitas a la ciudad y a toda la zona bahiana.

Creó la parroquia de Nuestra Señora de la Concepción de Praia, rezaba con mucha energía y fervor, hizo diversas ordenaciones, entre ellas la de su hermano, el padre Simão Teixeira, que luego sería tesorero mayor de la sede. Tuvo por vicario general al canónigo, licenciado Pedro Gonçalves. Retirándose de la ciudad con la invasión enemiga, organizó la vida religiosa en los arrabales. Se sometía a durísimas penitencias, mientras rezaba con ardor. El pueblo lo tuvo por jefe de sus milicias. Mas el 8 de octubre de 1624 falleció santamente en su campamento, no sin antes decir a sus fieles «más os castiga Dios con la muerte de vuestro prelado que con la toma de la ciudad». La diócesis vacante (1624-1628), fue nuevamente gobernada por el deán licenciado Luiz Pinto Carneiro, sirviéndole de vicario general el canónigo, licenciado Pedro Velho.

[2] Se equivocaron los autores al señalar la muerte de don Constantino, indicando el día primero de noviembre, cuando lo cierto es que murió el día primero de septiembre (Cf. *A Igreja no Brasil*, II, p. 24, nota 34).

[3] A. Rubert, «Dom Marcos Teixeira, 5° Bispo do Brasil», en *Freguesia da Conceição da Praia*, Salvador-Bahía, 1973, pp. 29-101; AV Acta Vicecancel., cod. 16, f. 22; Acta Cameraii, cod. 15, ff. 178-178v.

El nuevo obispo, don Miguel Pereira (1628-1630)[4], presbítero secular de Braga y prelado de Tomar, no llegó a gobernar personalmente a su rebaño por motivos de salud, pero así y todo tomo posesión mediante el insigne canónigo padre doctor Manuel Temudo de Fonseca. Falleció en Lisboa, el 16 de agosto de 1630. Vacante por tercera vez la sede (1630-1634), gobernó en ella el licenciado Luiz Pinto Carneiro, siendo vicario general y canónigo el licenciado Diogo Lopes.

Por fin, el 19 de mayo de 1634, tomó posesión de la diócesis don Pedro da Silva Sampaio[5], presbítero secular, deán de Leiria, inquisidor de Lisboa. Sufrió las consecuencias de la larga invasión holandesa calvinista; sufrió por ello hostilidad de muchas maneras, incluso por parte de su jefe Mauricio Nassau. También las autoridades locales le achacaron falsedades varias. Celoso de su ministerio, visitó, sin embargo, las zonas de su diócesis no ocupadas por el enemigo y confirmó, hasta el año 1640, a más de 9.000 personas. Creó, a la par, diversas parroquias, aunque sin el beneplácito del Rey, entre ellas la de San Antonio de Carmo (1642) y la de San Amaro de Itaparica (1643). Nombró a tres vicarios generales en las capitanías de Maranhão, Paraíba y Pernambuco. Alentó, tomándolas a su cargo, las obras de la catedral. Había en su tiempo tres parroquias en la ciudad, 20 de ellas en el recodo bahiano y en el interior, así como 18 en la capitanía de Pernambuco, además de otras en Pará, Maranhão, Paraíba, y Ceará. Restablecido el Reino de Portugal en 1640, mediante la aclamación en su trono de don Juan IV, fue don Pedro da Silva Sampaio uno de los pocos obispos que sobrevivió a las vicisitudes de las sedes episcopales del continente y de ultramar, pues la Santa Sede, presionada por España, se negaba a confirmar a los candidatos presentados por el rey de Portugal... Falleció en Bahía, al cabo, el 15 de abril de 1646, a la edad de 77 años.

La larga vacancia de la sede episcopal y el último obispo [6]

Desgraciadamente, y merced a lo anteriormente apuntado, hubo una larga vacancia (de 1649 a 1672) en la sede bahiana, tiempo en el

[4] AV, FCons, Porc., cod. 24, ff. 399-422; Miscel., Arm. VI, cod. 42, f 40v.

[5] *Idem, Ib.*, cod. 31, ff. 203-233; A. Rubert, o. c., II, pp. 33-42.

[6] A. Rubert, o. c., II, 67-71; A. Antunes Borges, «Provisão dos Bispos e Concílio Nacional no reinado de don João IV», en *Lusitania Sacra*, II (1957), pp. 111-119; III

que sucedieron una serie de acontecimientos desagradables. Hubo pugnas y divisiones en el cabildo, intromisión de las autoridades legas en asuntos del culto, y paralización de muchas obras, como las del seminario y la catedral. Se sucedieron cuatro gobernadores y cuatro vicarios capitulares en la diócesis. Primero, y por cuarta vez ya, la gobernó el viejo deán Luiz Pinto Carneiro, que moriría en el ejercicio de su cargo. Le sucedió el canónigo doctor Nicolau Viegas, quien, igualmente, moriría en el desempeño de su ministerio en 1664. El tercero fue el nuevo deán del cabildo, padre doctor Pedro Cordeiro Espinosa, elegido el 27 de noviembre de 1664, que fue un ilustre canonista. Finalmente accedió al cargo el padre doctor José Pinto de Freitas, protonotorio apostólico, que entregó el gobierno al nuevo antístide don Estevão dos Santos [7], el 15 de abril de 1672. Poco tiempo sobrevivió a su nombramiento, sin embargo, pues murió el 6 de julio siguiente. La nueva presentación del obispo, en la persona del cisterciense fray Constantino de Sampaio [8], en 1664, no surtió efecto por la muerte del candidato y por estar trantándose la elevación de Bahía a metrópoli esclesiástica.

Prelados de Río de Janeiro [9]

El segundo prelado de Río de Jeneiro fue el padre doctor João da Costa, vicario general de Angola, nombrado antes de que concluyera el año de 1603, quien sufrió la clara oposición, haciéndosele graves acusaciones. Parece, sin embargo, que se trató todo de una trama urdida por los traficantes de esclavos y por los mercaderes judíos, así como por otras gentes interesadas en la explotación de los indios. Uno de sus sucesores dijo «no se puede creer ni referir lo que se le hizo». Fue destituido por real decreto del 24 de enero de 1606.

El nuevo prelado, padre doctor Mateus da Costa Aborim, oriundo de Braga, se mostró activo y celoso de la fe. Visitó más veces la prelatura que ningún otro, creó diversas parroquias y se opuso al tráfico de

(1958), pp. 95-164; AV, Nunz., Port., cod. 24, f. 114; Miscel., Arm. I, cod. 74, ff. 13-93; APF, SO, cod. 244, f. 73; E. Brazão, *A Missão a Roma do Bispo de Lamego*, Coimbra, 1974.

[7] AV, FCons., Proc., Cod., 70, ff. 130-142.

[8] *Idem*, Nunz., Port., cod. 29, ff. 236 y 331; *Idem.*, cod. 30, f. 83v.

[9] A. Rubert, o. c., II, pp. 43-56.

indígenas. Tuvo como vicario general al padre Martim Fernandes, párroco de la ciudad y gran amigo suyo, siendo sustituido después de su muerte en 1625 por el padre licenciado Francisco da Silveira Villalobos. El obispo, por haberse negado a confirmar al padre licenciado Manuel de Nóbrega, de raza hebraica, como párroco de Río de Janeiro, sufrió una bien urdida persecución, sucumbiendo envenenado el 8 de febrero de 1629. No se descarta que fuese asesinado por los traficantes de esclavos indios, contra los cuales pidiera penas eclesiásticas. Construyó muchas iglesias, como la de San Sebastián, donde fue enterrado. A raíz de su muerte gobernó la prelatura el vicario general Francisco da Silveira Villalobos, pero después, el 13 de julio de 1629 fue nombrado interinamente fray Máximo de São João Pereira, abad de San Bento, que poco después renunciaría. Reunióse entonces el clero y eligió como prelado interino al padre Pedro Homem Albernaz, que fue ratificado por el Rey.

Por real decreto del 22 de julio de 1631, fue nombrado prelado el padre doctor Lourenço de Mendonça, que antes perteneciera a la Compañía de Jesús, y que llegaba precedido por su fama de acérrimo defensor de los indios, entre los cuales trabajara como misionero en Bolivia. También se dio contra él la sistemática oposición de los grupos antes mentados, oposición que concluyera con un atentado contra su vida, del cual salió «milagrosamente ileso». Visitó toda la circunscripción, creó la parroquia de Nuestra Señora de la Candelaria (en 1634) así como otras más en el interior de su prelatura: luchó, igualmente y con mucho denuedo, contra la indisciplina de algunos clérigos y se mostró corajudo ante sus perseguidores. Acusado injustamente ante el obispo de Bahía, mas descubierta la falsedad, fueron sus acusadores gravemente castigados. Pero no sabiendo qué más hacer para buscar su descrédito, le acusaron sus enemigos de un delito que caía bajo la jurisdicción inquisitorial. Dejando el gobierno en manos del vicario general padre Martim Carvalho, en 1637 partió hacia el Reino, donde la Mesa del Santo Oficio declaró, luego del proceso, su clara inocencia. El Rey quería hacerlo prior de la orden de Avis, pero después, el 7 de octubre de 1639, lo presentó como candidato al obispado de Río de Janeiro [10], cuya confirmación y toma de posesión no se lle-

[10] *Idem*, «O 1º bispo eleito do Río de Janeiro: padre doctor Lourenço de Mendonça», en rev. IHGB, vol. 311 (1976), pp. 13-33.

varon a cabo merced a la restauración del trono portugués. La prelatura, mediante una orden de don Juan IV, quedó gobernada así, interinamente, por el padre Pedro Homem Albernaz.

Un real decreto del 8 de octubre de 1643 nombraba al quinto prelado en la persona del padre doctor Antonio de Mariz Loureiro, natural de Oporto, que tomó posesión de su cargo el 8 de julio de 1644. Visitó todas las capitanías de su jurisdicción, creó parroquias y curatos, se defendió con bríos de las injustas acusaciones que se le hicieron también a él, elaborando un decálogo para el clero que pasaría a la Historia. Como sus antecesores, sufrió persecución por defender a los indios. También fue envenenado durante una visita que cursara a Espíritu Santo, veneno que atacó su mente, por lo que hubo de ponerse al frente de la prelatura el vicario general padre licenciado Manuel de Araujo. Agravándose el mal, acabó retirándose al Reino. El cabildo de Bahía nombró interinamente al padre José de Castro.

El nuevo titular, padre doctor Manuel de Sousa e Almada, nombrado por real decreto del 12 de diciembre de 1658, gobernó la prelatura hasta 1669, visitando sin cesar y creando parroquias en la zona más meridional del país, entre ellas las de San Francisco, en Santa Catarina. Siguiendo la misma línea de sus antecesores, sufrió igualmente persecución y atentados contra su vida por oponerse tenazmente al tráfico de indios. Al cabo regresó a Portugal. La prelatura quedó bajo la administración interina del vicario general padre licenciado Francisco da Silveira Dias, párroco de San Sebastián.

El regente, mediante decreto del 15 de febrero de 1673, nombró prelado al padre doctor Manuel de Figueiredo [11], quien apenas embarcó con dirección a Brasil para morir en Olinda el 29 de agosto de 1673. El octavo y último prelado fue el carioca, padre doctor Francisco da Silva Dias, nombrado en 1673, quien gobernó la prelatura y el nuevo obispado hasta el 14 de diciembre de 1681. En 1685 ocupó el cargo de primer deán del cabildo recién establecido, falleciendo, luego de hacer muchas y buenas obras, el 16 de marzo de 1690.

[11] ATT, Chanc. O. Cr., L. 63, f. 177; BA, cod. 5-VI-8, ff. 154-155v. El nombre de este prelado fue descubierto por el autor, pues quedó omitido en todas las listas de prelados fluminenses.

Creación de las prelaturas de Paraíba y Pernambuco [12]

A petición del Rey de España, y por sugerencia del obispo de Bahía, fue solicitada a Roma la creación de una prelatura para las capitanías del norte. Pablo V, mediante un breve, el *In supereminenti*, del 12 de agosto de 1611, creó la prelatura de Pernambuco. Pero había imprecisiones en lo que a su radio de acción se refiere, pues sólo se verificaba en Pernambuco y sin que cayera bajo la jurisdicción del obispo de Bahía. Hubo que arbitrar, pues, nuevas disposiciones. El Papa, mediante otro breve, del 15 de julio de 1614 [13], incluía en la referida prelatura las capitanías de Itamaracá, Paraíbo, Río Grande y Maranhão, «hasta la línea equinoccial con todo cuanto de nuevo se conquistará y se construirá». Mas la sede de la prelatura debía radicar en Paraíbo y no en Olinda. La nueva circunscripción eclesiástica tenía muchas parroquias, principalmente en la capitanía de Pernambuco, administradas todas ellas por el clero seglar. Las misiones para los indígenas eran numerosas y estaban a cargo de los jesuitas, de los franciscanos, de los benedictinos y de padres seglares.

El primer prelado, nombrado por real decreto de 19 de febrero de 1616, fue el padre licenciado Antônio Teixeira Cabral, que al llegar a Brasil, y por razones de comodidad, prefirió residir en Olinda. No tardó, sin embargo, en recibir órdenes de trasladarse a Paraíba, lo que hizo. Visitó luego las capitanías más próximas y más probables, creó parroquias y curatos, transfirió al clero seglar varias misiones de los jesuitas y de los franciscanos, provocando con ello no pocos resentimientos y, en fin, se mostró siempre muy activo. Tuvo como vicario general al padre licenciado Baltazar de Miranda y después al padre licenciado Luiz Alvares Pinto. En el desempeño de su cargo se topó también con la oposición de la curia de Bahía, que se quejaba de la expropiación de una parte considerable del territorio que antes tuviera; esa parte era, por cierto, la más rica; y recibió el prelado la amonestación de la Corte, por no regirse «por el estilo y las costumbres de que se hace uso en la ciudad de Bahía». Falleció el prelado en mayo de 1620. A su muerte siguió una gran confusión en lo que al gobierno de

[12] A. Rubert, o. c., II, pp. 57-65.
[13] Bull. Rom., ed. Taur., t. XII, pp. 9-14.

la prelatura vacante se refiere. El clero de Paraíba se reunió y eligió como párroco al padre licenciado Salvador Tavares. El vicario general pretendía continuar en sus funciones. Por si ello no bastaba, fray Cirilo da Ressurreição, prior de Carmo, en Paraíba, presentó unos papeles atribuidos al prelado ya muerto, mediante los cuales se le daban atribuciones para gobernar la prelatura. Pero el cabildo de Bahía, con su sede vacante, intervino y envió un canónigo para dirigir interinamente la prelatura, lo que más tarde aprobó el Rey.

En mayo de 1622 fue nombrado el segundo prelado de Paraíba, el padre doctor Bartolomeu Ferreira Lagartón, experto en cánones, que ejerció simultáneamente como párroco de Paraíba. Habiendo sido acusado de cristiano nuevo, esto es, de pertenecer a la etnia judía, encontró fuerte oposición en la Corte y también en el obispo de Bahía, que mandó se hiciera una protesta por medio del vicario general. Creó, sin embargo, diversas parroquias y curatos. Quiso restituir a los jesuitas algunas misiones, también a los franciscanos. Ejerció sus funciones hasta 1626, siendo nombrado al año siguiente vicario general por el cabildo de Bahía, que tuvo la sede vacante. No tardó mucho en poner rumbo a la Corte, acompañado del gobernador Matías de Alburquerque, para hacer las exequias de éste, al poco, y defenderse de los cargos que se le imputaban. Murió en 1631.

Supresión de la prelatura

No era fácil convencer a la Santa Sede de la supresión de una circunscripción eclesiástica, sin presentar para ello razones poderosas, y sin la creación de una circunscripción nueva. Pero el Rey católico, que tanto influjo tuviera en la curia de Roma, y llevado de lo que sucediese merced a la reciente invasión holandesa, dio instrucciones a su embajador en Roma para que solicitase la supresión de la prelatura de Paraíba y de las otras capitanías. La gestión dio sus frutos. El papa Urbano VIII, el 6 de julio de 1624, mediante el breve *Romanus Pontifex*[14] suprimió la prelatura, alegando los disturbios que en la circunscripción se producían. De nuevo, la diócesis de Bahía pasó a ca-

[14] *Idem*, t. 13, pp. 184-185.

beza de la Iglesia de Brasil. La ejecución de las órdenes papales, sin embargo, tardó dos años en llevarse a término por culpa de la situación creada con la invasión holandesa. La región del nordeste, por el tiempo de 10 años, de 1616 a 1626, había tenido gran autonomía eclesiástica, con lo que ello supuso para la consolidación y posterior expansión de la Iglesia en las regiones más septentrionales de la colonia.

III

EL SISTEMA PARROQUIAL

Exposición

Como en el siglo anterior, también en el xvii siguieron los obispos creando parroquias de carácter eclesiástico, que la Corte, empero, consideraba nada más que curatos; lo hacían con la esperanza de que el Rey, mediante el patronazgo, acabara erigiéndolas oficialmente con toda suerte de parabienes destinados a sus párrocos. Desgraciadamente, la mayor parte de ellas tuvieron que esperar muchos años para ser formalmente reconocidas según los términos del patronazgo regio. Muchas de las nuevas parroquias del interior se extendieron ampliamente. La población era, así y todo, escasa y no había lugares suficientes en donde erigir iglesias parroquiales. Los caminos, por lo demás, eran malos y más que insuficientes los medios de transporte y de comunicación. Muchos párrocos y sus coadjuntores se veían obligados a recorrer a pie distancias enormes. Sólo más tarde les fueron dados caballos y canoas para que así les resultara más cómodo desplazarse. No obstante, y gracias a los esfuerzos de los obispos y de los prelados, y gracias al clamor del pueblo, pudieron ser erigidas en este período que se contempla muchas parroquias en todos los puntos de la colonia, algunas en sitios tan estratégicos para la expansión de la Iglesia como Bélem, Fortaleza, San Luis, San Francisco do Sul, Itapicuru de Cima, Penedo, Curitiba, Colonia de Sacramento, San Juan del Rey, etc. Muchas se alzaron gracias al esfuerzo de párrocos ejemplares. Las villas más desarrolladas quedaron divididas en más parroquias, como Nuestra Señora de la Concepción, de Praia, en Salvador, y Nuestra Señora de la Candelaria, en Río de Janeiro. Las parroquias del 1500 siguieron en pie,

algunas con mayor pujanza, si cabe, y otras con menor influjo debido a la decadencia del lugar en donde se alzaran. Las parroquias fueron, sin duda, las mayores fuerzas que tuvo la Iglesia en Brasil para penetrar con bien en el siglo XVII, principalmente a partir de multiplicarse las circunscripciones ecleciásticas en 1676. Damos acto seguido una breve relación de muchas parroquias del 1500 y las que se crearon durante el período que nos ocupa [1].

Las parroquias del 1500

Sede catedralicia de Bahía

Como sede del obispado y del cabildo, la antigua parroquia de San Salvador se revistió de importancia evidente, si bien sus párrocos tuviesen que ceder, en muchas cosas, ante el obispo y sus canónigos. De igual manera hubo algunas que merecieron mención especial. Desde los tiempos de don Constantino Barradas, hasta el año de 1642, fue párroco el padre licenciado Antônio Viegas, sacerdote guardián y de buenos fundamentos, a pesar de su fama de «sebastianista». Tuvo excelentes coadjutores, atendiendo con celo su vasta parroquia. Otro párroco capaz y bien preparado fue el padre licenciado Antônio de Brito Góis (1686-1702), apreciado como experto canonista y que fuera senador de la Relación Eclesiástica.

San Salvador de Olinda

Por su privilegiado enclave, la parroquia de Olinda disfrutó de una creciente importancia hasta que en 1767 fuera elegida sede catedralicia. Tres de sus párrocos merecen, ciertamente, ser citados: el padre licenciado Diogo de Couto, que la dirigió desde 1589, el cual se mantuvo hábilmente en su cargo hasta 1618, auxiliado por el muy dedicado coadjutor padre Rodrigo Soares [2], natural de Pernambuco; el padre li-

[1] A. Rubert, o. c., II, pp. 79-115 y 191-222.

[2] Durante la visita del Santo Oficio en 1594 fue él quien leyó en la iglesia de Olinda el Edicto de la Fe. Sirvió de testigo en el proceso para la beatificación de An-

cenciado Antônio Pereira Botelho (1620-1625), que luego de obrar mucho bien renunció a su cargo, siendo sustituido por el antiguo párroco de Paraíba, padre licenciado de Salvador Tavares, protonotorio apostólico, presentado el 19 de marzo de 1626, y que por muchos años se mantuvo al frente de su parroquia. Ya a finales del siglo XVII [3], la parroquia de Olinda contaba con 660 casas, cinco iglesias, algunas como la Misericordia, Nuestra Señora de Guadalupe y Nuestra Señora del Amparo, así como con siete capillas, atendidas por el párroco, su coadjutor y 28 sacerdotes, además de ocho subdiáconos y cinco clérigos. Había también un hospital, el de la Misericordia, otro llamado de Nuestra Señora de la Concepción, destinado a las mujeres, un colegio de los jesuitas, con escuela pública de latín y de filosofía, y los conventos de los franciscanos, de los carmelitas observantes, de los carmelitas descalzos y de la Casa de los oratorianos.

San Vicente

La primera parroquia de Brasil no tuvo gran prosperidad, precisamente, a causa de la propia decadencia de la villa que la albergase. Entre sus párrocos merece especial mención el padre Antônio Raposo, sujeto muy hábil y dúctil, además de corajudo, que la dirigió por cerca de 40 años, a partir de 1656 y casi hasta el final de 1696, quien además prestó servicios públicos, viajando por la Amazonía y Lisboa, siendo apresado por los piratas y llevado a Argel, teniendo que pagar el Rey por su rescate la suma de 200.000 cruceiros [4].

Porto Seguro

Esta antiquísima parroquia de Nuestra Señora de la Peña tuvo sus días buenos y sus días no tanto, siendo en más de una ocasión asaltada

chieta, iniciado en 1628, ya que conoció personalmente al beato. Contaba entonces 68 años de edad.

[3] Consta en la relación *ad limina* del obispo de Olinda, elaborada en 1699 y entregada en Roma en 1701. Esta fuente nos vale para establecer estadísticas en lo que a otras parroquias del nordeste se refiere.

[4] ATT, MCO, L. I, Port. 101, f. 41v.

por los indios aimorés. Tuvo ocho párrocos en ese período, sobresaliendo de entre ellos el padre Francisco Borges de Oliveira, quien, en 1621, insistió en la vuelta de los jesuitas para que allí enseñaran y se hicieran cargo de la misión; el padre Gregório Caldeira de Melo, presentado el 22 de diciembre de 1676, que rigió la parroquia hasta 1685, fue nombrado posteriormente canónigo del cabildo de Río de Janeiro.

Espíritu Santo

Por su situación tuvo importancia la parroquia de Nuestra Señora de Vitória, que influyó grandemente en toda la región, abriendo caminos a nuevas parroquias y curatos. Entre sus párrocos sobresale la figura del padre Franciscano Gonçalves Rios, celoso del bien espiritual de su pueblo y valiente en su defensa contra los invasores holandeses de 1643 [5]. Fue párroco durante casi 30 años.

Igaraçu

La célebre parroquia de San Cosme y San Damián siguió en importancia a la anterior, también como centro de devoción. Sufrió la invasión holandesa, siéndole impedido tomar posesión de su cargo al padre Simão de Figueiredo en 1641. Mas quien le sucediera, el padre licenciado João Pinto, presentado el 8 de noviembre de 1647, conoció tiempos mejores mediante la oposición que presentara a los extranjeros. A finales de siglo la parroquia contaba con 600 casas, 12 capillas y cuatro cofradías o hermandades, al cuidado espiritual del párroco, del coadjutor y de ocho sacerdotes, además de un convento de franciscanos con 14 miembros.

Itamaracá

Esta antigua feligresía de Nuestra Señora de la Concepción tuvo, también, días buenos y días malos, dándose un muy lento crecer de su

[5] Su prelado dijo de él que era «sacerdote de muy buena y virtuosa vida».

población, pastoreada en los inicios del siglo por el padre Antônio da Costa Simões de Proença, de quien quedan algunas noticias. Otro de sus párrocos beneméritos fue el padre Luiz de Figueiredo Miranda, presentado el 15 de abril de 1682 y transferido en 1693. A finales del siglo tenía Itamaracá 280 casas, 10 capillas, cuatro cofradías y se extendía a lo largo de cuatro leguas. Ejercían su ministerio el párroco, su coadjuntor y ocho sacerdotes.

Santos

Esta antigua feligresía, merced a su situación geográfica, tuvo capital importancia, también en su condición de comarca eclesiástica. Había en ella una residencia de los jesuitas, conventos de franciscanos y de carmelitas y un monasterio de los benedictinos. Tuvo varios párrocos, pero acaso sea el más célebre el corajudo Fernão Rodrigues de Córdova (1639-1660), hombre de mucho influjo. Otro párroco importante fue el padre doctor Gaspar Gonçalves de Araujo, canonista, visitador diocesano, posteriormente deán del cabildo de Río de Janeiro y vicario general.

Ilhéus

Asaltada por los aimorés y saqueada por los franceses, contaba con 250 moradores blancos y con algunos indios, atendidos por dos jesuitas; la villa era guiada por el párroco y su coadjutor.

Villa Velha

La feligresía de Nuestra Señora de Vitória, en Salvador, Bahía, con su población de 400 casas, fue siempre en ascenso. Tuvo varios párrocos, hombres de buenos conceptos todos ellos, entre los que cabe destacar al padre Manuel Botelho de Figueiredo, nombrado antes del 1608, que después fuera ascendido al cargo de arceniago del cabildo de Bahía; el padre Tomé de Fonseca fue un hombre celoso y capaz que estuvo al frente de la parroquia durante muchos años, hasta 1655,

falleciendo en el ejercicio de su ministerio con cerca de 70 años de edad; destacan el padre Simão Ferreira de Camara (1655-1689) y el padre João Nunes da Cunha, presentado el 25 de febrero de 1694, con fama de excelente orador.

Río de Janeiro

La vieja parroquia de San Sebastián tuvo notable popularidad y fue regida por párrocos de buenos fundamentos, siendo también sede de la prelatura. Desde los comienzos del siglo hasta 1625, estuvo bajo la dirección del padre Martim Fernandes, siendo su primer párroco que ejerció, a la vez, como vicario del prelado, mereciendo la estima de sus superiores y de sus fieles; después de él es digno de mención el padre licenciado Manuel de Nóbrega (1630-1662) [6], que tuvo, en sus inicios, muchas dificultades por llevar sangre judía, pero que después conquistó la anuencia de todos, falleciendo en el ejercicio de su cargo el 4 de mayo de 1662 con casi 80 años de edad [7]; y el padre licenciado Francisco da Silveira Dias (1666-1685), carioca, de muchas cualidades, que rigió la parroquia hasta su toma de posesión como deán del cabildo de Río.

São Paulo

La villa de la altiplanicie de Piratininga tuvo siempre gran efervescencia, siendo benéfica la actuación de la Iglesia en ella para evitar tropelías. Había un colegio de los jesuitas, conventos de franciscanos y de carmelitas, un monasterio de los benedictinos... La cura de las almas estaba a cargo del clero seglar, con un párroco al frente, un coadjutor y varios capellanes. Entre los pastores de tan tumultuoso como era el rebaño paulista, son dignos de mención el padre Manuel Nunes (1629-1644), antiguo jesuita, hombre capaz y observante de las normas canónicas, que falleció en su puesto con la estima de todos; el padre Domingos Gomes Albernaz (1655-1696), carioca, presentado el 20 de

[6] AV, SCC, Doc. Olinda, relación *ad limina* de 1699, aceptada en 1701.

[7] Era carioca y fue llamado «grandísimo clérigo» por su prelado, si bien su confirmación causó desavenencias con el prelado anterior.

octubre de 1654, fue, por su parte, un párroco como hecho a la medida de su tiempo, pues siempre se mantuvo fuerte y valeroso en todos los debates que se suscitaran, trayendo de nuevo a los jesuitas que fueran expulsados por su oposición al comercio de indios, y dedicándose a la visitación diocesana y a su cargo, en el que estuvo largos años a pesar de la tenaz oposición que sufriera [8].

Recife

La pequeña villa de pescadores creció deprisa y se hizo villa respetable bajo el patronazgo de San Telmo, o del Cuerpo Santo, que es San Pedro Gonçalves, patrón de los marineros. Entre sus párrocos más beneméritos cabe citar al padre licenciado Antônio da Silva, presentado el 17 de diciembre de 1658, quien, como graduado en cánones por Coimbra, fue un gran orador sacro y restauró la Iglesia matriz; el padre doctor Francisco de Fonseca Rego (1698-1715), que ya fuera sochantre y maestro de la escuela del cabildo de Olinda, así como vicario general, hombre de hondos fundamentos teológicos y muy querido por el pueblo. La parroquia estaba dividida por el río Jaguaribe y poseía una bella iglesia, bien ornamentada, además de otra, la de Nuestra Señora del Rosario y de Nuestra Señora de la Soledad. Había 2.450 casas. El clero, naturalmente, era numeroso: párroco, coadjutor, 24 sacerdotes, un diácono, ocho subdiáconos, colegio de los jesuitas, conventos de los franciscanos y de los carmelitas descalzos, hospicio de los capuchinos franceses y un oratorio.

Paraíba

Creció la población de la parroquia con bastante rapidez, a despecho de que fuera asolada por la invasión holandesa. En 1612 contaba con 700 casas de blancos, además de numerosos indígenas. De 1616

[8] São Paulo tuvo también como párroco, en 1644, al padre doctor Francisco Pais Ferreira, hombre ambicioso, que fue apartado del cargo por intervención del prelado doctor Mariz Loureiro, a pesar del apoyo de algunos paulistas en connivencia con sus pocos escrúpulos.

a 1626 fue sede de la prelatura. Tuvo gran influencia en la fundación de las misiones nuevas, de las parroquias y de los curatos. Merecen nombrarse los siguientes párrocos: padre licenciado Salvador Tavares, muy estimado por el clero y por el pueblo [9]; el padre doctor Bartolomeu Ferreira Lagarto, ya prelado, que sufrió sinsabores por su celo evangélico; el padre licenciado Antônio de Viveiros, presentado el 20 de agosto de 1677, de vida ejemplar, llamado «hombre de Dios», de todos estimado, que fue también vicario de la capitanía y cuidó mucho de las aldeas destinadas a los indios, junto a su buen coadjutor el padre Antônio de Sousa Ferraz, prefecto del colegio de los jesuitas. La iglesia de Nuestra Señora de las Nieves era grande y hermosa. A finales de siglo, la parroquia, que se extendía por más de 15 leguas a lo largo de la costa y 120 hacia el interior, tenía 21 capillas y era atendida por el párroco, por el coadjutor y por más de 21 sacerdotes. Había también en la villa un convento franciscano con 15 religiosos, una residencia de jesuitas, con cuatro religiosos, una de carmelitas, también con cuatro frailes, y una de benedictinos, igualmente con cuatro miembros.

Río Grande

La parroquia, posteriormente llamada Natal por desarrollarse en torno a la fortaleza de Presépio, era de una extensión enorme, con 90 leguas a lo largo de la costa y 300 en el interior. Tuvo tamaña importancia para la expansión de la Iglesia en toda la capitanía. En 1612 había no más de 25 casas de blancos y 16 aldeas de indios, que mostraban enorme inquietud. La guerra holandesa produjo grandes estragos. Después de su primer párroco, el padre Gaspar Gonçalves da Rocha, estuvieron al frente de ella los siguientes: padre Ambrósio Francisco Ferro, que fue hecho prisionero por los holandeses calvinistas y martirizado por los indios, sus aliados; el padre Simão de Figueiredo Guerra, que tanto se distinguió en la guerra contra los holandeses, presentado el 6 de julio de 1648 y que dirigió su rebaño ejemplarmente hasta el año de 1663; el padre Basilio de Abreu Andrade, presentado

[9] Por sus méritos llegó a ser elegido gobernador de la prelatura vacante después del fallecimiento del primer prelado, padre licenciado Antônio Teixeira Cabral, en mayo de 1620, con los votos de 18 clérigos, acto que, empero, fue considerado ilegal.

el 25 de enero de 1691, que también fue párroco ejemplar, de gran celo evangelizador, y que restauró la iglesia primigenia... A finales de siglo había indios en las aldeas y misioneros diseminados entre la selva próxima. Creció la población de la parroquia. Llegó a tener seis capillas, diversas aldeas de indios a cargo del clero parroquial, cinco cofradías, un párroco, su coadjutor y nueve sacerdotes ejerciendo como capellanes y como misioneros.

San Pedro Mártir

Esta feligresía se alzaba en la ciudad de Olinda, mas llegaba también al interior. Tuvo diversos párrocos que merecen ser nombrados: el padre licenciado Francisco Teixeira, que también fue vicario general nombrado por el obispo de Bahía, y que se distinguió por su gran firmeza; el padre Antônio Bezerra, natural de Pernambuco, presentado el 10 de febrero de 1612, que llevó adelante la parroquia durante casi 40 años, demostrando gran valor y decisión ante los holandeses y conquistando por ello el aprecio de las gentes. A finales de siglo la parroquia contaba con más de 200 casas, cinco capillas y siete cofradías. El clero lo componían el párroco, el coadjutor y 20 sacerdotes auxiliares. Había también un monasterio de los benedictinos.

Nuestra Señora del Socorro

Era la antigua feligresía de Tuçapina, una de las primeras del recodo bahiano. Tuvo su importancia también en el período que se contempla. Y tuvo diversos párrocos, todos ellos de gran valor, como el padre licenciado Francisco Pereira Aguilar, nombrado por don Constantino Barradas el 19 de noviembre de 1610, que estuvo al frente de la parroquia durante largos años; el padre licenciado Diogo Coelho, presentado el 20 de marzo de 1645, un sacerdote joven e inteligente, que se mantuvo al frente de la parroquia durante más de 40 años; el padre doctor Gonçalo Ribeiro de Sousa, formado en cánones por la Universidad de Coimbra, que dirigió con extremado celo su parroquia hasta los inicios del siglo siguiente, siendo nombrado comisario del Santo Oficio.

Pitanga

Esta parroquia dio origen a muchas otras del interior bahiano y tuvo durante el siglo XVII, como poco, siete párrocos conocidos de entre los que cabe destacar al padre Jerônimo de Barros, nacido en las Azores, y que ejerció a comienzos del siglo; después, el padre licenciado Rafael de Pereda, que posteriormente sería cura de la catedral; y en 1694, llegó el célebre orador sacro padre João Nunes de Cunha.

Paripe

La antigua y pequeña feligresía de Nuestra Señora de la O siguió su misión en esa parte del recodo bahiano que le pertenecía. Tuvo diversos párrocos, sobresalientes de entre ellos el padre Manuel Alvares Monteiro (1662-1671), sacerdote ilustrado y de mucho celo, después arceniago del cabildo de Bahía.

Matuim

Otra parroquia antigua del recodo bahiano, sita en un apacible lugar, a seis leguas de Salvador y dedicada a Nuestra Señora de la Piedad, que tuvo muchos párrocos en aquel tiempo, casi todos de breve duración en el cargo, mereciendo mención especial el padre licenciado Jerónimo de Lemos, que se autoacusó durante una visita del Santo Oficio en 1618 por haber proferido algunas palabras que suponían pecados leves [10]; el padre Pedro Borges Pereira, presentado el 1 de noviembre de 1642, promovido después a cura de la sede episcopal; el padre licenciado Fulgêncio de Lemos Rangel, presentado el 15 de junio de 1644, promovido postiormente al empleo de canónigo de Bahía; y el padre João Nunes da Cunha, sacerdote de mucho crédito y eximio orador sacro.

[10] Dijo que San Pedro estaba borracho cuando cortó la oreja de Malco.

Paraguaçu

Esta feligresía de Santiago, situada en un brazo del río homónimo, en el recodo bahiano, albergaba también un convento de los franciscanos. Se distinguieron, entre sus pastores, el padre Baltazar Gonçalves, cuya llegada data de 1608, y que se interesó vivamente en la reconstrucción de la iglesia matriz; el padre licenciado Luis Alvares de Sá, continuó esa restauración de la iglesia.

Cotegipe

Es otra antigua parroquia del recodo bahiano, que tuvo como mínimo ocho párrocos en aquel tiempo, mereciendo destacarse la figura del padre licenciado Manuel Canal, natural de Bahía, ayudante del obispo don Antônio Barreiros, ordenado por don Constantino Barrada, y que fuera escribiente y capellán de la Nuestra Señora de la Ayuda; el padre licenciado Cristóvão Ferreira Garcês, presentado el 7 de marzo de 1671, y el padre Pascoal da Siqueira Lima (1688-1696), oriundo de Braga, Portugal, que en 1693 recibiera la visita del arzobispo don João Franco de Oliveira.

Pirajá

Feligresía del recodo bahiano dedicada a San Bartolomé, pero que no fue especialmente significativa, sucediéndose al frente de su parroquia buen número de vicarios en un breve espacio de tiempo; a comienzos de siglo figuraba a su frente el padre Manuel Serrão y, a finales, el padre João de Aguiar, presentado el 16 de marzo de 1693.

Passé

Parroquia de Nuestra Señora de la Encarnación, en el recodo bahiano, cuyos pastores son dignos de mención, en algunos casos, como el padre Antônio Vaz Manso, que estuvo al frente de la parroquia en sus primeros decenios, y el padre Lorenço Ribeiro, presentado el 16 de

marzo de 1693, natural de Cotegipe, ilustre orador sacro y celoso en el ejercicio de su ministerio.

Vera Cruz de Itaparica

La antigua feligresía de la isla homónima, al levantarse la nueva parroquia de San Amaro perdió gran parte de su importancia. Entre sus párrocos del siglo XVII aparecen el padre Sebastião de Bulhões, en 1636, promovido luego a canónigo y arcediano de Bahía, y el padre Feliciano da Rocha Gienes, ya a finales del siglo, quien, poniendo una estola del beato José de Anchieta sobre una mestiza enferma, consiguió su curación.

Cairú

Sita en una isla de la comarca de Ilhéus, se alzaba la parroquia en homenaje a Nuestra Señora del Rosario, mereciendo destacarse de entre sus catequistas a los siguientes párrocos: el padre Tomé de Fonseca, que aparece en 1631 y que viajó a Portugal para reivindicar la ayuda a su feligresía; el padre licenciado Francisco da Silva, presentado el 2 de abril de 1641, promovido luego al empleo de canónigo y de arcediano de Bahía; el padre João Nunes de Cunha (1685-1694), conocido orador sacro y buen pastor.

Boipeba

Situada en la isla homónima, en la comarca de Ilhéus, y dedicada en principio a San Antonio, más tarde pasó la parroquia a la advocación del Espíritu Santo. No tuvo, sin embargo, mayor importancia y poco se sabe de sus párrocos.

Sergipe de Conde

La feligresía de San Gonzalo, en el recodo bahiano, es una de las más antiguas del interior. Posteriormente fue transferida a cinco kiló-

metros río arriba, dedicándose a San Amaro. Tuvo varios párrocos y coadjutores, de los cuales hay pocas noticias.

Camamu

Situada también en la comarca de Ilhéus, tres leguas arriba de la desembocadura del río Acaraí, fue por su puerto una villa de gran actividad, figurando entre sus párrocos, como uno de los más señalados, el padre Manuel de Ornelas, presentado el 4 de noviembre de 1642, que estuvo al frente de su rebaño durante casi 40 años. Tenía por patrona, la parroquia, a Nuestra Señora de la Asunción.

Nuestra Señora del Monte

Parroquia antiguamente llamada de Tamarari, de ella no nos ha quedado sino el nombre del padre Lorenço Dias Machado, que fuera primer párroco de São Paulo, y que llegó a esta parroquia en 1608.

Jaboatão

La parroquia de San Amaro de Jaboatão, en el interior de la capitanía de Pernambuco, tuvo cierta importancia, principalmente con ocasión de la invasión holandesa, cuando era su párroco el padre Pedro Cristovão de Magalhães, que la rigió durante un largo espacio de tiempo. Tenía 14 capillas y 350 casas.

Cabo

La feligresía de San Antônio do Cabo, en la capitanía de Pernambuco, tuvo gran influjo en la región y se hizo célebre por su aportación a la lucha contra los holandeses. Entre sus párrocos aparecen nombres dignos de ser recordados. Después del padre Duarte Pereira, la dirigió el padre Manuel Rebelo Pereira, presentado el 29 de agosto de 1629, quien fuera hostigado por los holandeses; el padre licenciado

Mateus de Sousa Uchoa (1645-1663), sujeto valiente y arrojado, perseguido también por los holandeses, se mantuvo firme en su puesto, colaborando a la derrota de los mismos en la batalla de Casa-Forte, en 1645; el padre João Carvalho da Rocha, presentado el 19 de julio de 1666, que estuvo mucho tiempo al frente de su feligresía, llamando a los jesuitas para que se hicieran cargo de la misión; el padre licenciado Baltazar de Faria, presentado el 15 de noviembre de 1694, cuando la parroquia contaba con 700 casas, 21 capillas, ocho hermandades, y otras congregaciones, siendo muy visitada su capilla de San Gonzalo y la ermita de Nuestra Señora de Nazaré, junto a la cual se alzaba un convento de los carmelitas observantes con cuatro religiosos. Junto al cura había un coadjutor y 18 sacerdotes.

Muribeca

Esta parroquia de la capitanía de Pernambuco estaba dedicada a Nuestra Señora del Rosario, siendo especialmente castigada durante la dominación holandesa. De sus párrocos hay que destacar al padre João de Abreu Soares, presentado el 4 de enero de 1625, que estuvo al frente de la parroquia por más de 30 años y que sufrió grandemente a consecuencia de la invasión holandesa; el padre Agostinho Cabral de Almeida (1693-1699), fue un sacerdote extremadamente pío y lleno de caridad. En ese tiempo la feligresía contaba con 400 casas, 14 capillas, ocho hermandades, un párroco, un coadjutor y 15 sacerdotes.

Várzea

Esta antigua parroquia, situada cerca de la villa de Olinda, gozaba de gran prestigio. Entre sus pastores se distinguieron el padre licenciado Francisco de Costa Falcão, pesentado el 14 de febrero de 1643, que defendió con bien su rebaño contra las armas de los bárbaros; los dos hermanos, padre José Gonçalves Florença y padre João Gonçalves Florença, presentado el primero en 1688 y el segundo en 1697, catequizaron también en su parroquia con la ayuda de los jesuitas. Había, a finales de siglo, 260 casas, 13 capillas, distinguiéndose de entre ellas la de Nuestra Señora de Rosario, así como la de Nuestra Seũra do Livra-

mento, y más de siete hermandades, con un párroco, un coadjutor y 10 sacerdotes.

Mata

Era entonces una feligresía más del interior de Pernambuco, dedicada, en este caso, a San Lorenzo. Su importancia radicaba en que suponía la puerta de entrada al *sertão*, al interior. Tuvo ilustres párrocos como el padre licenciado Antônio Simões, durante la década de 1620, que tuvo que ir a Lisboa en una ocasión para defenderse ante el Santo Oficio; el padre Gonçalo Ribeiro (1628-1643), fue traicioneramente asesinado por los holandeses en abril de 1643; el padre Mateus de Suosa Uchoa, presentado el 16 de diciembre de 1663, ya había sido párroco de Cabo y sufrió persecución por parte de los holandeses, pero se mantuvo al frente de la parroquia de Mata durante más de 30 años. La parroquia se extendía 12 leguas. A finales de siglo había en ella 450 casas, 12 capillas, siete hermandades, un párroco, un coadjutor y 10 sacerdotes.

Ipojuca

Situada en las márgenes del río homónimo, en la capitanía de Pernambuco, y dedicada a San Miguel, se extendía la parroquia tres leguas y tenía aldeas de indios. A comienzos de siglo era su párroco el padre Sebastião Rodrigues, que se mostró propicio a los franciscanos instándoles a levantar allí su convento en 1608; el padre Antônio Vieira, en 1643, fue expulsado por los holandeses. La feligresía contaba con 300 casas, 17 capillas, cinco hermandades, un párroco, un coadjutor y 20 curas. En el convento de los franciscanos había 15 frailes.

Serinhaém

Situada junto al río del mismo nombre, a dos leguas de la costa, en ella se creó, en 1627, la villa de Formosa. Fue muy castigada por los holandeses, que en 1645 hostigaron al párroco padre Manuel Re-

belo Pereira, el cual escribiera al obispo de Bahía solicitando defensa, por ser sacerdote de mucho coraje.

Tejucopaco

Sita en la antigua capitanía de Itamaracá, junto a Goiana, se dedicó a San Lorenzo y fue muy castigada, también, por los holandeses invasores. A raíz de la invasión se cernió sobre ella la decadencia, motivo por el que son pocas las noticias que tenemos de esa parroquia. Se sabe, no obstante, que a finales de siglo tenía 180 casas, cuatro capillas, cinco hermandades, un párroco, el coadjutor y 15 sacerdotes, así como que se extendía seis leguas.

Goiana

En el interior de la capitanía de Itamaracá, gozó de alguna importancia y se extendía a lo largo de ocho leguas. Dedicada a Nuestra Señora del Rosario, entre sus pastores hay que destacar al padre licenciado Domingos Vieira de Lima, presentado el 8 de febrero de 1646, oriundo de Braga, y hombre educado y ordenado en Bahía, que después llegó a vicario de las capitanías de Pernambuco y de Paraíba; el padre licenciado Estevão Ribeiro da Silveira, presentado el 7 de marzo de 1656, buen guardián de su rebaño y protector de los jesuitas. La feligresía tenía una extensión de ocho leguas, había en ella 600 casas, 15 capillas, cinco hermandades, un párroco, su coadjutor, 13 sacerdotes y un convento de los carmelitas observante con 16 miembros.

Angra dos Reis

La feligresía de Nuestra Señora de la Concepción, de Isla Grande, antes dedicada a los Reyes Magos, fue transferida una legua más arriba debido a la decadencia de la primitiva parroquia, que pasó a llamarse Vila Velha. Desde el asesinato del párroco padre Luis dos Santos Figueira, arrojado al mar con una piedra atada al cuello, comenzó a menguar misteriosamente la población. Por ello el prelado, padre doc-

tor Mateus da Costa Aborim, el 15 de febrero de 1626, bendijo la primera piedra de una nueva iglesia. Había en Angra un convento de los carmelitas, otro de los franciscanos y varias congregaciones. Entre sus párrocos más famosos figuran el padre licenciado Manuel de Araujo, ex vicario general de la prelatura, de raza hebraica y hombre muy activo; el padre Antônio Dias, presentado el 30 de octubre de 1687, antes canónigo de Río de Janeiro, se mantuvo al frente de la parroquia durante 25 años.

Parroquias del siglo XVII

Durante este período se crearon numerosas parroquias en todos los puntos de la colonia, algunas de gran alcance e importancia para la expansión de la fe en el inmenso territorio de Brasil. Imposible resulta citarlas todas. Por ello seleccionamos las que tuvieron mayor relevancia.

San Cristóbal de Sergipe del Rey

Fundada la villa por Cristovão de Barros en 1590, tuvo al poco un capellán. La parroquia en sí, llamada de Nuestra Señora de Vitória, se instituyó, probablemente, en el 1600, cuando allí se estableciera la capitanía, separada de Bahía. Era región de latifundios. Había muchos indios en sus alrededores. Los blancos, en 1612, no pasaban de 200. La aldea de Cotegipeva estaba al cuidado de los jesuitas, mientras un padre seglar se ocupaba de los tapuias en las tierras de Antônio Cardoso de Barros. Entre los párrocos de la villa mencionamos al padre licenciado Sebastião Pedroso de Góis, presentado el 29 de octubre de 1648, que permaneció al frente de su parroquia durante muchos años y con muy buenas obras, a pesar de lo cual en 1660 se alzase un motín popular contra él, sin que sepamos cuál fue la causa.

Fortaleza

La parroquia, en un principio dedicada a San Sebastián, y después de Nuestra Señora de la Asunción, se originó en el fuerte establecido

en 1611 por Martim Soares Moreno para la defensa de Maranhão y de las tierras adyacentes, contra los franceses. El obispo de Bahía mandó un capellán, o cura, que dio inicio de la institución parroquial en 1612. Había muchos indios en la región, aunque no misioneros. El primer párroco tuvo que ejercer, pues, como misionero de los indios, a los cuales enseñaba todos los días la doctrina de la fe. Como la iglesia del presidio servía igualmente a la parroquia, no faltaron los roces entre los militares y los párrocos. Durante el siglo XVII sólo aparecen, de manera documentada, ocho párrocos, mereciendo destacarse los siguientes: padre Baltazar João Correa, natural de Pernambuco, quien se convirtió posteriormente en capellán de la expedición y en párroco de Ceará, acudiendo hasta la Corte de Lisboa para solicitar mercedes que destinar a su parroquia [11]. Se retiró en 1616. El padre Manuel Pedro de Moraes, presentado el 28 de mayo de 1654, sacerdote que fuera ya misionero entre los tapuias y conocedor de la lengua indígena; el padre Francisco Ferreira de Lemos, quien, en una junta celebrada el 19 de agosto de 1671, aprobó la guerra contra los crueles indios paiacus; el padre Amaro Fernandes de Abreu, párroco presentado el 16 de noviembre de 1682, quien, después de algún tiempo, y sin licencia para ello, también sin haber renunciado a su cargo, se retiró a Portugal; y el padre João Leite de Aguiar, paulista, antiguo capellán de tropa y misionero entre los indios, que mantuvo duras pugnas con el personal militar del presidio, siendo injustamente sustituido.

Maranhão

La parroquia de San Luis de Maranhão, inicialmente llamada de la Vera Cruz, y después Nuestra Señora de Vitória, se alzó en 1616, después de la expulsion de los franceses. Tiempo después, el obispo de Bahía puso a su frente a un vicario general. Merecen ser recordados, de entre sus párrocos, los siguientes: el padre Baltazar João Correa, primer párroco, llegado de Ceará, quien se empeñó en la organización de la parroquia en 1619, partiendo hacia la Corte con el fin de hacerse

[11] Este párroco se mostró valiente durante un asalto del enemigo francés. Descubriendo que en la nave francesa había varios capuchinos bajo la obediencia de fray Ambrósio de Pembrocke, envió al fuerte una carta de protesta escrita en latín.

con todo lo que para ello ameritaba, dejando su cargo ya en 1625; el padre Mateus de Sousa, presentado el 25 de noviembre de 1639, y posteriormente confirmado por don João IV, que se entregó con ardor sumo a su ministerio; el padre Inácio de Afonseca e Silva, natural de San Luis de Maranhão, presentado el 6 de febrero de 1667 con apenas 25 años de edad, quien siguió en su cargo hasta después, incluso, de la creación de la diócesis, defendiendo la libertad de comercio contra el monopolio del Estado y convirtiéndose en visitador diocesano.

Belém

La parroquia de Nuestra Señora de Gracia, de Belém, fue fundada en 1617 en lo que se tiene por entrada a la Amazonía, siendo así la más septentrional de Brasil. Había en ella pocos blancos y numerosos indios en sus alrededores. Entre sus párrocos deben citarse los siguientes: padre Manuel Filgueira de Mendonça (1617-1636), fundador y organizador de la parroquia, hombre de gran valor y decisión, denodado defensor de los indios. Fue también vicario con facultades de vicario general. Murió en el ejercicio de su cargo en 1636. El padre Manuel Teixeira (1645-1654), fue igualmente un buen párroco, defensor también de los indios; el padre Pedro Vidal, presentado el 26 de enero de 1655, hombre de vida ejemplar, sufrió innumerables sinsabores, siendo injustamente suspendido de sus funciones, encarcelado y posteriormente obligado al destierro, hasta que al cabo se le hiciera justicia restituyéndosele en el cargo; el padre Antônio Lameira de França, presentado el 10 de febrero de 1682, por verse envuelto en una conjura contra el gobernador, fue también hecho prisionero.

Jaguaripe

La feligresía de Nuestra Señora de la Ayuda, de Jaguaripe, fue erigida por don Constantino Barradas en 1613, situándose a orillas del río de igual nombre. De entre sus pastores hay que hacer obligada mención del padre licenciado Baltazar Marinho, el segundo con idéntico nombre, presentado el 10 de mayo de 1645, quien se empeñó en la construcción de la primera iglesia matriz, hecha de piedra y de cal;

el padre Manuel Álvarez Monteiro, luego promovido al cargo de canónigo y arcediano del cabildo de Bahía; el padre Antônio Gomes, presentado el 22 de junio de 1671, quien se dedicó con gran esmero a la construcción de otra iglesia más apropiada, habida cuenta del estado de ruina en que se encontrase la anterior.

Nuestra Señora de la Concepción de Praia

Originándose en la primera ermita de Nuestra Señora de la Concepción, erguida por Tomé de Sousa en 1549, tuvo durante muchos años un capellán y después un cura párroco, hasta que en mayo de 1623 el obispo don Marcos Teixeira erigiese la parroquia como tal, dividiendo así la ciudad. Merecen especial mención los siguientes párrocos: el padre Matias de Borba, último cura y primer párroco, que falleció en el ejercicio de su cargo el 10 de mayo de 1650; el padre Nicolau Franco, natural de las Azores, ex párroco de Porto Calvo, quien falleció también en el ejercicio de su cargo el 17 de agosto de 1683; el padre Inácio de Sousa Brandão, desde 1692 comisario del Santo Oficio, presentado el 20 de octubre de 1698.

San Antonio Além do Carmo

Erigida el 3 de febrero de 1642 por don Pedro da Silva Sampaio, desmembrada de la parroquia catedralicia, se alzó su iglesia en la misma ciudad. Fue su primer párroco el padre licenciado Manuel de Ledesma, antes coadjutor de la catedral, quien se reveló como un buen pastor, activo y celoso, falleciendo en el ejercicio de su cargo.

San Amaro de Itaparica

Es otra parroquia creada por don Pedro da Silva Sampaio, con fecha del 4 de agosto de 1642, en la isla de Itaparica, teniendo como primer párroco al padre licenciado Valério de Freitas Brito (1642-1668), hombre de buena fama entre sus fieles.

Nuestra Señora de la Candelaria

El prelado padre doctor Lourenço de Mendonça, con fecha de 18 de agosto de 1634, erigió la parroquia de Nuestra Señora de la Candelaria de Río de Janeiro, desmembrándola de la iglesia matriz de San Sebastián, y produciéndose con ello la primera división de la villa [12]. Sita su iglesia en un lugar plano, era muy frecuentada por los fieles que antes demostraran su devoción en una ermita de la hermandad de igual advocación. Fue confirmada mediante real decreto de fecha 3 de abril de 1639. Después de que pasaran por ella algunos vicarios encomendados, se hicieron cargo de su actividad varios párrocos, destacándose de entre ellos los siguientes: el padre licenciado João Manuel de Melo, quien dirigió la parroquia hasta 1665, teniendo diversos coadjutores y procediendo con gran cariño y dedicación hacia los fieles; el padre licenciado Sebastião Barreto de Brito (1671-1694), sacerdote honesto, llamado a tomar posesión de la diócesis como procurador del primer obispo efectivo de la misma, que fue don José da Barros Alarcão; el padre Tomé Freitas de Fonseca, presentado el 20 de marzo de 1696, sacerdote de mucho influjo, que ya fuera vicario y visitador de la diócesis, gobernándola incluso durante la ausencia del obispo.

San Antonio de Caçarebu

Situada en el recodo bahiano fluminense, fue erigida a comienzos del 1624, siendo confirmada por el Rey el 10 de febrero de 1647. Posteriormente pasó a conocerse como Macacu. Merecen especial mención sus párrocos padre Manuel Rodrigues, primer encomendado, de buen talante, quien sirvió también como juez subdelegado en la causa de beatificación de Anchieta en el proceso de Río de Janeiro; el padre Bartolemeu Simões, nombrado el 30 de diciembre de 1644 por el prelado padre doctor Antônio de Mariz Loureiro, siendo presentado en 1647 como su primer párroco titular merced a su buen proceder.

[12] Esta división no se hizo de manera pacífica debido a la clara oposición del párroco de la iglesia de San Sebastián, padre licenciado Manuel da Nóbrega. Finalmente triunfó el buen sentido y se hizo el bien de las almas.

Cabo Frío

Ya aparece como parroquia en 1641, siendo confirmada posteriormente por el Rey en 1666, cuando se presentó el primer párroco titular de la misma, padre licenciado Bento Figueira, hombre prudente y guardián de las esencias evangélicas.

San Gonzalo de Guaxandiba

Parroquia erigida el 22 de enero de 1645 y confirmada por el Rey el 10 de febrero de 1647, situada en el recodo fluminense. Son dignos de mención los párrocos padre licenciado João de Bastos, que tomó posesión de su cargo el 20 de enero de 1648, hombre muy estimado por todos, que falleció el 16 de diciembre de 1671 en el ejercicio de su ministerio; el padre Gregório Caldeira de Melo, oriundo de Arganil (Coimbra), anteriormente párroco de Porto Seguro (1676-1685) y canónigo de Río de Janeiro (1686-1695), que inició su actividad en marzo de 1696.

Iraja

La feligresía de Nuestra Señora de la Presentación tiene su origen en una ermita fundada por el padre Gaspar de Sousa, de la cual fue párroco, fundada en 1635 y confirmada el 10 de febrero de 1647. De entre sus pastores hay que nombrar al padre licenciado Bento Pinheiro de Lemos, óptimo sacerdote, presentado el 30 de septiembre de 1674, que falleció en 1688.

Iguape

La parroquia de Nuestra Señora de las Nieves, en la capitanía de San Vicente, se hizo célebre por su santuario del Buen Jesús de Iguape, siendo levantada a comienzos de 1639, contándose entre sus párrocos al padre Mateus da Costa, a quien llamara su prelado «clérigo perfecto».

Paraíba

Erigida el año 1633 con el nombre de Santa Ana por el prelado Lourenço de Mendonça, debe su fundación al terrateniente del interior André Fernandes y a su madre Susana Dias. Perteneció, en un principio, a la capitanía de São Paulo. Después de haber tenido a un presbítero español, el padre Juan de Ocampo y Medina, ex párroco de Guairá, en Paraguay, fue su párroco, en dos etapas distintas, el padre Francisco Fernandes de Oliveira, hijo del fundador, quien fuera también primer párroco titular, presentado el 15 de diciembre de 1655.

San Francisco

La primera parroquia del actual Estado de Santa Catarina fue la de Nuestra Señora de Gracia del río San Francisco, erigida por el prelado padre doctor Manuel de Sousa e Almada en 1665, de la que fue primer párroco el padre Manuel de Faria Fialho, hombre de buenas cualidades.

Campos dos Goitacazes

La feligresía de San Salvador, hoy ciudad de Campos-RJ, creada a mediados del siglo XVII, fue confirmada en 1674. Uno de sus párrocos más conocidos fue el padre Francisco Gomes Sardinha, exonerado por el obispo de Río de Janeiro en 1685.

Paranaguá

Dedicada a Nuestra Señora del Rosario, fue erigida el 5 de abril de 1655 por el prelado padre doctor Antônio Mariz de Loureiro, siendo la primera parroquia del actual Estado de Paraná, que tuvo como primer titular al padre Dionísio de Melo Cabral, hombre muy capaz, que la rigió hasta 1665.

Itu

La célebre feligresía de Nuestra Señora de la Candelaria de Itu, capitanía de São Paulo, se originó en una capilla erigida en 1610 por la autoridad eclesiástica. A mediados de siglo fue su primer párroco el digno padre Filipe de Campos, presentado el 2 de febrero de 1693.

Parati

Desmembrada de Angra dos Reis, la feligresía de Nuestra Señora de los Remedios de Parati, debió ser erigida a comienzos del 1646, recordándose de entre sus párrocos al padre Anacleto de Oliveira, que en 1668 tomó la iniciativa de construir la iglesia matriz; el padre Manuel Brás Cordeiro, natural de Damão, en la India, padre celoso de su ministerio, que más tarde llegaría a párroco titular.

Iguaçu

La feligresía de Nuestra Señora del Pilar, muy antigua, erigida a comienzos de 1620, tuvo después de que ejerciera en ella como párroco el padre Joaquim Moreira a uno de los más activos sacerdotes de la colonia, cual lo fue el padre licenciado João Alvares de Barros, presentado el 18 de mayo de 1698, que concluyó las obras de construcción de la iglesia.

Curitiba

La parroquia de Nuestra Señora de la Luz dos Pinhais, después Curitiba, fue erigida a comienzos del año de 1668 por el prelado de Río de Janeiro, teniendo, durante mucho tiempo, sólo vicarios encomendados, hasta que acaso fuera su primer párroco titular el padre João de Souto (1684-1691).

Porto Calvo

La feligresía de Nuestra Señora de la Presentación de Porto Calvo, en Alagoas, ya consta como tal en 1617, siendo asolada por los holandeses invasores. De entre sus pastores dejó un grato recuerdo el padre André Jorge Pinto, presentado el 23 de marzo de 1645, quien ayudó a la villa en la defensa contra los invasores; el padre Nicolau Franco, de las Azores, rigió los destinos de la parroquia durante más de 20 años y con acierto. A finales de siglo contaba con 255 casas, ocho capillas, seis hermandades y otras congregaciones, ejerciendo el ministerio un párroco, su coadjutor y cinco sacerdotes. La parroquia se extendía a lo largo de 20 leguas.

Santa Lucía

Fue erigida aproximadamente en 1620 en Alagoas del Norte, teniendo gran extensión y muchos indios, haciéndose cargo de la misión en la aldea de San Amaro los franciscanos. De entre sus pastores deben ser recordados el padre Gonçalo Ribeiro, presentado el 18 de noviembre de 1623, y posteriormente martirizado por los holandeses en Pernambuco; el padre Brás Velho, nombrado el 1 de noviembre de 1628, dirigió la parroquia durante más de 40 años. La feligresía tenía 37 leguas de extensión en los difíciles tiempos de la guerra contra los holandeses. A finales de siglo contaba con 200 casas, cinco capillas, ocho hermandades, un párroco, coadjutor y seis sacerdotes.

Alagoas del Sur

Otra parroquia antigua es la de Nuestra Señora de la Concepción, de Alagoas del Sur, erigida a comienzos de 1620, y llamada antes de Santa María Magdalena. Se extendía a lo largo de 30 leguas, y fue probablemente su primer párroco el padre Felipe Vinegas, trasladado a Recife en 1625. En ella ejerció su ministerio el ya citado padre Gonçalo Ribeiro, víctima de los calvinistas; en 1643 contaba con el padre Pedro Alvares como titular de la parroquia, el cual fuera de continuo hostilizado por los holandeses.

Una

La parroquia de San Gonzalo de Una, en la capitanía de Pernambuco, se erigió a comienzos del 1619, merced a las disposiciones del primer prelado, padre licenciado Antônio Teixeira Cabral. También aquí los invasores holandeses dejaron su huella. Entre los párrocos dignos de mención aparecen el padre Baltazar João Correa, pionero de las iglesias de Ceará y de Maranhão, presentado el 3 de enero de 1625; el padre licenciado Manuel Alvares Pereira (1683-1683), sacerdote capaz y con una muy larga hoja de servicios; el padre Apolinário Moreira (1693-1698), sacerdote pío y de mucha caridad.

Penedo

Situada en las márgenes del río San Francisco, la feligresía de Nuestra Señora del Rosario de Penedo tuvo notable importancia, siendo más tarde sede de la vicaría general del obispo de Pernambuco. Erigida probablemente en 1626 fue confirmada por el Rey en 1657. Tenía una bella iglesia y se extendía a lo largo de 63 leguas. A finales de siglo contaba con 300 casas, siete capillas, siete hermandades, un párroco, un coadjutor y siete curas, además de un convento de los franciscanos con 10 religiosos.

Itapicuru de Cima

Dedicada a Nuestra Señora de Nazaré, fue erigida a comienzos de 1679 en pleno *sertão* bahiano, siendo su primer cura el padre Antônio Correa (1679-1692), al que sucedió su sobrino, el activo padre Geraldo Correa de Lima (1692-1710), presentado como primer párroco titular el 2 de diciembre de 1698, dedicándose acto seguido a la construcción de la nueva iglesia.

Nova Colonia

La parroquia del Santísimo Sacramento de Nova Colonia, hoy en la República oriental del Uruguay, fue erigida el 5 de diciembre de

1695 por el obispo de Río de Janeiro, localidad de la que distaba 300 leguas. El primer párroco fue el padre Manuel Ribeiro de Oliveira, nombrado el 26 de mayo de 1696, quien hubo de enfrentarse a la prepotencia del gobernador João Naper de Lencaster.

Rodelas

En pleno *sertão* de Rodela, el obispo de Olinda don Estevão Brioso de Figuerido erigió en 1680 la parroquia de Nuestra Señora de la Concepción, que serviría como base a la catequización de numerosos indios de la zona. Fue confirmada por el Rey el 24 de diciembre de 1698, dotándola de preciosas imágenes. Ejerció como su primer párroco el misionero padre Feliciano Gomes de Mata, al que sucediera como párroco titular el padre Inocêmcio de Carvalho, antes misionero en Canabrava, presentado el 25 de diciembre de 1698.

Vila Moxa

En el *sertão* de Piauí surgió en 1697, por iniciativa del fraile don Francisco de Lima, obispo de Olinda, la primera parroquia del actual Estado de Piauí, confirmada por el Rey el 24 de diciembre de 1698, que la dotó convenientemente. Tenía una extensión enorme. Había muchos indios sin misioneros. El fundador de la parroquia, primer misionero y primer párroco de la misma, fue el padre Tomé de Carvalho Silva, llamado «clérigo santo» por sus virtudes y gran celo apostólico, organizador de nuevos curatos y parroquias, que tomó posesión de su cargo el 2 de marzo de 1697.

San Juan del Rey

Es probablemente la primera parroquia de Minas Gerais, erigida a comienzos de 1697, o acaso antes, pues en 1699 se hizo una petición formal de ayuda a la Corte, para la construcción de la iglesia.

Otras feligresías del siglo xvii

En todos los puntos de Brasil, entonces poblados, se erigieron numerosas parroquias, aquí citadas por regiones. En la capitanía de Pernambuco: Buen Jesús de Camaragibe, San Bento de Penedo, Nuestra Señora de la Luz de Mata, Nuestra Señora de la Peña de Taquara, San Antão da Mota, San Antonio de Tracunhaém, San Francisco de las Llagas de Río Grande, Nuestra Señora dos Prazeres de Maranguape, Nuestra Señora del Buen Suceso, etc. En Maranhão aparecen las feligresías de Tapuitapera, después Alcântara y de Itapicuru. En Bahía son también numerosas: San Antônio de Jacobina, San Gonzalo dos Campos de Cachoeira, San Bartolomé de Maragogipe, Nuestra Señora del Monte Itapicuru de Praia, San Gonzalo de Itabaiaba, San José de Itapororocas, Nuestra Señora del Destierro, Nuestra Señora Madre de Dios, San Pedro, Santísimo Sacramento, Nuestra Señora de la Piedad de Lagarto, Nuestra Señora Madre de Dios de Boqueirão, San Pedro de Moritibia o de Cahoeira y San Antonio de Caravelas. En la capitanía de Río de Janeiro: San Juan de Trairaponga, San Sebastián, en la isla homónima, Nuestra Señora de Loreto y San Antonio de Jacarepaguá, San Juan do Além Paraíba, Santa Margarita de Pacobaíba, después Nuestra Señora da Guia, San Juan de Taboraí y las parroquias de Maricá, Saquarema, Sementiba, Taipu, Campo Grande, Guaratiba, Sucurubi, Paraimirim, Inhauma, San Capuio, Itacuruçu, Jacutinga, etc. En las capitanías de San Vicente y de São Paulo: Nuestra Señora de la Concepción de Itanhaém, San Juan Bautista de Cananeia, Santa Ana de Mogi-Mirim, San Salvador de Ubatuba, Nuestra Señora de la Concepción de Guarulhos, de Sorocaba, Jundiái, etc. En la capitanía de Sergipe: San Antonio da Vila Nova, Santo Domingo de Saubara, Santa Lucía de Peagui. En Alagoas: Nuestra Señora de la O de San Miguel. En Espíritu Santo: Nuestra Señora del Rosario de Vila Velha. En la capitanía de Paraíba: Nuestra Señora dos Prazeres de Guaianinha.

Conclusión

El gran número de parroquias creadas durante el siglo xvii muestra la gran solicitud de los obispos y de los prelados, que siempre se adelantaban a la tardía iniciativa de la Corte, bordando así el mapa de

Brasil con la atención espiritual más provechosa, aunque así y todo hubiera lagunas importantes por falta de clero suficiente para atender a tanto gentío. No obstante, se llegó, a finales de siglo, a la suma de 150 parroquias y curatos, además de numerosas capillas rurales en el interior de las capitanías y de las mismas parroquias, erigidas en el *sertão,* en los descampados, en los ingenios azucareros y en las ganaderías. En una palabra, donde había mayor cantidad de moradores más se precisaba el amparo de la Iglesia.

IV

LAS MISIONES INDÍGENAS

Exposición [1]

En el siglo XVII se produjo un gran desarrollo de las misiones entre los indios de todos los puntos de la colonia. El trabajo se llevó a cabo con entusiasmo. Ya no eran sólo los jesuitas quienes luchaban en el campo misionero, pues nuevas fuerzas entraron también en liza armando esfuerzos y alcanzando, al cabo, frutos notables. Entre los religiosos continuaron la evangelización de los indios, fundamentalmente, los franciscanos, que la iniciaran en los últimos años del siglo anterior. Los carmelitas, y un poco los benedictinos, abrieron igualmente misiones en diversas partes. Pero la mayor novedad fue la representada por el celo misionero demostrado por el clero seglar, que participó activamente y con éxito en las luchas en pos de las misiones. En el último cuarto de siglo hay que contar, entre los bravos misioneros de Brasil, a los oratorianos, una sociedad de padres seglares sin votos, fundada también con destino a las misiones.

Otro gran impulso fue el devenido de la intervención directa de la jerarquía eclesiástica, sobresaliendo, por su acción misionera, los arzobispos de Bahía fray Manuel da Ressurreição y don João Franco de Oliveira, los obispos de Olinda don Estevão Brioso de Figueiredo, don Matias de Figueiredo e Melo y fray Francisco de Lima. Gracias a ellos se dio una mejor coordinación de los esfuerzos, se animaron nuevas fuerzas a la misión, y con ello no se hicieron esperar los frutos apete-

[1] A. Rubert, o. c., II, pp. 129-134.

cidos. Sólo en Maranhão y en Pará las misiones eran controladas por los religiosos. También el gobierno del Reino intervino en las misiones, dictando leyes en favor de los indios y adjudicando a los misioneros tierras. Así se pudo organizar el trabajo de los padres diocesanos en las misiones. De la misma forma, las juntas de las misiones trajeron buenos frutos en el campo misionero bajo la protección del patronazgo regio. Sólo los capuchinos, y en alguna medida también los oratorianos de Pernambuco, pasaron a depender de la Sagrada congregación de la Propaganda de la Fe, aunque no tuvieran el *placet* del Rey [2].

La obra de la Iglesia en la actividad misionera indígena fue benemérita y positiva. Además del fruto espiritual de las almas, sirvió para que se consolidara la unidad del país, atemperó la codicia primera de los colonos, educó a los indios en la ética cristiana y del trabajo y propició el nacimiento de muchas villas y ciudades. Sólo la ignorancia del complejo problema de la culturización del indio puede dar pie a ciertos autores superficiales para hablar de violencia ejercida contra los aborígenes, a través de la Iglesia, que únicamente se limitó a llevarles el mensaje del Evangelio, según lo manda Cristo. Pretendiendo la defensa de los indios, dejándoles vivir en su hábitat natural y en el estadio de su rudimentaria civilización, nada se hubiera logrado sino cosas contrarias a las que se prentenden defender; pues en la medida en que el mundo crece y avanza, mayor se hubiera hecho la distancia que separase a los indios de la civilización.

Las misiones de los religiosos

Introducción [3]

Muchas fundaciones autorizadas en Brasil tenían fundamentos misioneros. Mas ningún instituto religioso, de cuantos aquí se establecieran, y en proporción a sus miembros, mantuvo un gran número de misioneros propiamente dichos. Tal vez los jesuitas fueran los que mejor atendieron a los supuestos misioneros en un principio. Poco, sin

[2] Los misioneros de la Propaganda debían prestar juramento de fidelidad al soberano de Portugal, según acuerdo con la Santa Sede.

[3] A. Rubert, o. c., II, pp. 135-142 y 227-232.

embargo, los franciscanos, a pesar de sus numerosos conventos y su elevado número de frailes. Menos aún los carmelitas observantes, los cuales poseían gran cantidad de conventos, habitados igualmente por muchos frailes. Y es que el ejercicio misionero exigía mucho de los candidatos a la acción pastoral. En primer lugar, una renuncia expresa; y buena salud además de una excelente disposición para la tarea, un esfuerzo para el aprendizaje de la lengua indígena y gran generosidad para entregar largos años a las selvas y a los desiertos. Sólo los capuchinos franceses se ocuparon en su totalidad de esfuerzos de las misiones, a pesar del reducido número de miembros de la orden que hubo en Brasil. Los otros religiosos, como los benedictinos, acaso por no juzgarlo de su incumbencia, y los mercedarios, poco se dieron a la tarea misionera. Los agustinos ni siquiera la iniciaron, probablemente por un reducido número de frailes y por tener sólo un hospicio en Bahía.

Las misiones de los jesuitas [4]

Además de conservar las muchas misiones fundadas en el siglo anterior, los jesuitas, en el siglo XVII, continuaron con ahínco su dedicación al Evangelio entre los numerosos indios de la colonia. En Ceará dieron inicio a sus incursiones apostólicas ya en 1607, culminadas con la muerte del padre Francisco Pinto a manos de los selvícolas un año después. Sólo más tarde, exactamente en 1656, los padres Pedro Pedrosa y Antônio Ribeiro fundaron la gran misión de la sierra de Ibaipaba que en 1660 recibió los fervores misioneros del padre Gonçalo Veras. No obstante, y debido a la preponderancia del gobernador de Maranhão, quedó interrumpida hasta 1691. Los padres Antônio Tibeiro y Jacó Cócleo, flamenco éste, establecieron misiones, aunque de poca duración, en las aldeas de Parangaba, Camocin y Caucaia, que posteriormente pasaron a los oratorianos y a los padres seglares. En Maranhão, con la llegada del padre Luiz Figueira en 1622, se dio inicio al trabajo misionero con la fundación de algunas aldeas en la isla. Después fundaron otros enclaves misioneros en Itapicuru, en río Pindaré,

[4] Tomado de la obra de Serafim Leite, *História da Compahia de Jesus no Brasil*, especialmente del volumen III, pp. 3ss y del vol. IV.

y entre los guajajaras (1653). En el Gran Pará y en la Amazonía los jesuitas fundaron nuevas aldeas misioneras, principalmente en la isla de Marajó y a lo largo de los ríos Tocantins, Xingu y Tapajós. Citamos las más importantes: la de Gurupatuba, junto al río Tapajós, donde se distinguió el hacer del padre Manuel da Costa; la de Jaquaquara, entre los indios aracajús, cuyo misionero fue el padre Antônio da Silva; la de San Juan Bautista, de Caeté, cuyo pastor fue el celoso padre Gonçalo Veras; la aldea de Santa Cruz de Jamundaá, entregada en 1693 a los franciscanos de la Piedad; y la de San Antonio de Maguari. A finales de siglo los ignacianos tenían también la aldea de las Bocas, la misión de los ningaíbas, donde ejercía su ministerio el padre Antônio da Silva, otra entre los tupinambaras, a cargo del padre Antônio Fonseca y otra entre los indios abacaxis y algunas más a lo largo de los ríos [5]. No faltaron mártires, como son los casos de los padres Antônio Pereira y Bernardo Gomes.

En el sur de la colonia trataron de evangelizar a los carijós los padres jesuitas João de Almeida y Francisco Gato, en Santa Catarina, así como de adentrarse en Río Grande del Sur, dominado entonces, en su mayor parte, por los españoles, manteniendo los jesuitas de esa nacionalidad misiones entre los guaraníes. Aquí fueron martirizados, en 1628, los misioneros padre Roque Gonzales, Afonso Rodrigues y João de Castillo, canonizados en 1986. En Pernambuco había cuatro misiones: la aldea de San Miguel, en la parroquia de Taquara; otra aldea también llamada de San Miguel, en Guajuru, parroquia de Río Grande, y la de San Juan Bautista, entre los indios guaraíras, en la misma capitanía. Antes de que concluyera el siglo, y a solicitud del obispo de Pernambuco, los padres João Guincel y Filipe Bourel fundaron dos nuevas misiones. El primero estableció la de Nuestra Señora de la Concepción, en el río Jaguaribe, donde levantó un gran rancho de indios tapuias. El padre Filipe fue el autor de la fundación de la aldea de San Juan Bautista, junto al lago de Apodi, en Río Grande del Norte, entre los indios paiacus.

En el arzobispado de Bahía aparecen, en 1695 [6], 10 aldeas de indios a cargo de los jesuitas: Natuba, con cerca de 600 indios cariris, con

[5] En 1695, en el río Solimões, casi junto a la frontera, en una misión española, fueron masacrados por los indios tres misioneros, dos de ellos jesuitas, y el padre seglar José Vázquez, natural de Cuzco (Perú).

[6] AV, SCC, S. Salvatoris de Bahia, relación *ad limina*, de 1695.

dos misioneros; Canabrava, con 900 almas de cariris y también con dos misioneros; Saco dos Morcegos, en la misma nación de los cariri, con 700 almas y también con dos misioneros a su cargo; Maçacará, con dos misioneros; las aldeas de Espíritu Santo, Sirinhaém y Maracú, tenían, igualmente, dos misioneros cada una; una aldea en Ilheús, estaba atendida también por dos misioneros; la aldea de Jeru, de indios cariris, igualmente, en la capitanía de Sergipe del Rey, contaba con 400 almas y dos misioneros a su cuidado. Posteriormente se fundarían las aldeas de Cural dos Bois y de Carurus.

Las misiones de los franciscanos[7]

Continuando con las misiones de Paraiba, y las de otras zonas del nordeste, una nueva acción misionera se dio con la llegada a Maranhão, en 1617, del notable misionero portugués fray Cristóvão de San José y tres congéneres más. Se estableció en Camutá, en la margen del río Tocantins, donde llevó a cabo una ardorosa actividad en la catequesis de los indios. Un mayor impulso se dio en 1624 con la llegada de fray Cristóvão de Lisboa, que llevó a Maranhão y al Grão-Pará 10 misioneros de la provincia de San Antonio de Portugal y cinco de la custodia de Olinda, iniciando con ellos la creación de una serie de misiones, que se incrementaron posteriormente con la llegada de nuevos misioneros destiandos a los enclaves amazónicos. Aquí se establecieron los franciscanos de la provincia de la Piedad, de Portugal, fundando 10 aldeas en Gurupá, en el valle del Xingu y en los ríos Trombeta y Gueribe. A comienzos del 1617, ya habiéndosele trasferido al clero seglar algunas aldeas, mediante la acción del primer prelado de Paraíba, en 1679, por disposición de las juntas de las misiones, los franciscanos retomaron las aldeas de San Miguel de Una y de San Amaro, en Alagoas. En 1685 dirigieron la aldea de Catu, de Bahía. En el *sertão* bahiano, igualmente, fundaron la aldea de San Antonio de Itapicuru de Cima (1689) y la de Nuestra Señora de las Nieves de Saí (1697).

[7] V. Willeke, *As Missões Franciscanas no Brasil*, Petrópolis, 1975; M. da Ilha, *Narrativa Custódia do Brasil*, Petrópolis, 1976; A. Jabatão, *O Novo Orbe Seráfico*, 2 vol., Río de Janeiro, 1867.

Fue a finales de ese período cuando los franciscanos aceptaron la dirección de varias aldeas, antes bajo el mandato de los capuchinos franceses, de los jesuitas y de los padres seglares amén de los carmelitas descalzos, como las de la Santísima Trinidad, de Naçacará, la de San Juan Bautista, de Rodelas, y las de Zorobabé, Caripós y Acará, en el río San Francisco. Posteriormente lo harían con la de Nuestra Señora dos Brotas de Jerenoabo, y en la capitanía de Río de Janeiro dirigieron la aldea de San Antonio dos Guarulhos, con tres misioneros. En 1692 se hicieron cargo también de la aldea de San Juan de Peruíbe, en Itanhaém, y posteriormente de la de San Miguel, en São Paulo.

A manos de los judíos murieron dos misioneros franciscanos: fray Pedro de Évora y fray Antonio da Vila Viçosa. Hay que añadir otros dos sacrificados posteriormente en la isla de Marajó, el 20 de noviembre de 1701: fray José de Santa María y fray Martinho da Conceicão.

Las misiones de los capuchinos [8]

Los capuchinos franceses llegaron a Brasil merced a la indebida intromisión de Francia en el territorio de la colina portuguesa, desembarcando en Maranhão en 1612. Eran cuatro frailes dirigidos por fray Ivo de Evreux. Después llegaría fray Arcangelo de Pebrocke, que se intitulaba comisario provincial de las misiones de las Indias Occidentales, con 11 cofrades. Uno de ellos falleció en Maranhão. Dos años después regresaron a Europa, dejando dos frailes, que también se retirarían en 1616 con el fracaso de la «Francia equinoccial». Durante el tiempo en que estuvieron en Brasil se entregaron con ardor a la evangelización de los tabajaras, consiguiendo bautizar a 650 de entre ellos, algunos sumariamente catequizados.

En 1642 llegaron a Pernambuco, apresados por los holandeses en alta mar cuando se dirigían a Guinea, algunos capuchinos igualmente

[8] AV, F. Borghese, I, 28, ff. 428-438; CL. D'Abbeville, *Historie de la mission de Pe. Capucins en l'ile de Maragnon et terres circonvoisines*, París, 1614; Y. de Evreux, *Suite de l'histoire de choses plus mèmorables advenus en Maragnon es annés 1613 et 1614*, París, 1615; M. de Nantes, *Relacion succinte et sincere de la Mission dans le Brésil*, Quimper, 1706, reed. Bahía, 1952; G. de Vaumas, *L'Eveil Missionaire de la France au* XVIIe. *Siécle*, París, 1959, pp. 53-58; M. Rezende de Taubate, *Os Missionários Capuchinos no Brasil*, São Paulo, 1929.

franceses, bajo la obediencia de fray Colombano de Nantes. Autorizados por Maurício de Nassau ejercieron su ministerio entre los moradores de la región. A comienzos de 1657 iniciaron su actividad misionera entre los indios de Brasil como representantes de la congregación para la Propaganda de la Fe. Fundaron algunas misiones entre los cariris del río San Francisco y entre los guarulhos de Río de Janeiro, como la aldea de San Antonio, cobrando gran celebridad fray Martinho de Nantes. En el río de San Francisco se levantaron, para los cariris, las aldeas de Aracapá, Cavalo, Vargem, Pambu, Pacatuba e isla de las Vacas. Fray Anastácio de Audierne fundó la aldea de San Pedro de Fõlha, o Traipu, entre los indios aramaru: fray Francisco Domfront catequizó a los indios rodela de Porto da Missão, mientras fray Teodoro de Lucé, en 1670, alzó un aldea entre los cariri de Paraíba. Tres misioneros más, fray Jacón de Redon, fray Paulo d'Auray y fray Mateus de Sables, bautizaron a casi 700 indios de la aldea de San Antonio de los Guarulhos y a los de otra aldea en Muriaé, en 1683. En la capitanía de São Paulo ejercía su ministerio, en la aldea de San Juan de Atibaia, el célebre fray Gabriel, si bien la aldea sería poco después derruida.

Como los jesuitas, también los capuchinos franceses tuvieron que superar obstáculos indecibles, e incluso persecuciones, por parte de los latifundistas; especialmente, por parte del coronel Francisco Dias de Avila, de la Casa de la Torre. Merced a las tensas relaciones que se daban entre Francia y Portugal, y alegando razones de Estado, el gobierno lusitano expulsó, al cabo, a los capuchinos franceses. Partieron en 1701.

Las misiones de los carmelitas observantes[9]

Por el número de casas y de miembros que tuvo la orden de los carmelitas en Brasil, poca fue su participación en la labor misionera entre los indígenas. Se establecieron en Maranhão, en 1616, y tuvieron a su cargo algunas aldeas indígenas en Tapuitapera (Alcântara). En el nordeste tenían la aldea de Goianinha, en Pernambuco, la de Preguiça, en Paraíba, y la de Bahía de Traição, todas de indios que hablaban la

[9] A. Prat, *Notícias Históricas sobres as Missões Carmelitanas do Extremo Norte do Brasil, Séc.* XVII *y* XVIII, Recife, 1951.

lengua general. En Bahía se dedicaban, fundamentalmente a las aldeas de Guaparatuba y de Río Real, destinándoles varios misioneros. Mayor crédito tuvieron en la evangelización de la Amazonía. En 1660 un carmelita inició las misiones entre los indios tucumã del río Negro. Otro congénere trató de acoger a los indios manaus. Por la carta regia que dividía las misiones, en 1684, entre las diversas órdenes enclavadas en la Amazonía, tocó a los carmelitas la región del río Negro y sus afluentes. En 1690 crearon la misión de Tapera, con varias aldeas. En 1695 fundaron la de Santa Rita de los Carajá, así como las de Carvoeiro, en río Negro, con las aldeas de Santa María, San Joaquín y Carmo, además de una en la margen del río Negro. Fue, el suyo, un prometedor comienzo, que daría sus frutos en el siglo siguiente.

Las misiones de otros religiosos

Los carmelitas descalzos, que eran pocos, tuvieron también algunas aldeas de indios a su cago. En 1695 dirigían la aldea de Tirre, en Bahía; en 1699 aceptaron la dirección de una aldea junto al río Cariri, en Paraíba, compuesta por 300 indios ansus. Los mercedarios, establecidos en Pará en 1640 y en Maranhão en 1664, muy poco pudieron hacer en el campo misionero. Se sabe que antes de establecerse en Brasil, el merecedario portugués fray Francisco de Andrade, durante la invasión holandesa, realizó algún trabajo entre los indios. También fue un insigne misionero entre los ríos Negro y Urubu, en el Amazonas, fray Teodosio da Veiga, que fundó varias aldeas. Los benedictinos, por su naturaleza de orden monástica, se dedicaron muy poco a las misiones. Tuvieron, eso sí, la aldea de Utinga, en Paraíba, durante mucho tiempo. En otras zonas hubo misioneros varios, como algún que otro trinitario y algún que otro agustino, de cuyos trabajos nada ha trascendido.

Las misiones de los oratorianos [10]

El Oratorio de Olinda, aprobado en 1671, era una sociedad de padres seglares cuyo fundador, el padre João Duarte, fue nombrado en

[10] A. Rubert, o. co., II, pp. 246-247; *Idem*, «A Ação Missionária do Oratorio do Brasil e a Propaganda» en S. C. de Propaganda Fide Memoria Rerum, II, pp. 1.121-1.130, Herder, Roma, 1973.

1674 prefecto de las misiones del referido Oratorio por la Propaganda de la Fe. Él mismo inició la construcción de una gran aldea para los indios chocurus de la sierra de Arorabá, en la cabecera del río Capibaribe, dedicada a Nuestra Señora de las Montañas, donde se alzó igualmente una bella iglesia y se produjeron numerosas conversiones. El padre João Alvares, natural de Pernambuco, fundó en 1679 la misión de Madre de Dios, de Tapegurama, en Ceará, entre los indios paiacus. En ella trabajaron también los misioneros padre João do Rosário y padre Manuel Bernardes. A finales de siglo contaba la aldea con 1.500 indios, del los cuales 500 ya estaban bautizados. Entre los paiacus se hizo célebre otro oratoriano, el padre João da Costa. Y también en Ceará ausmirían los oratorianos las aldeas de Parangaba y Caucaia, abandonadas por los jesuitas, donde se distinguió el padre João do Rosário. En la aldea de Queimada ejercieron su ministerio los padres Bento Corre y el ya citado João do Rosário. Pero el más grande misionero de Ceará fue el mentado padre João Alvares de Encarnação, de grandes virtudes, que se mantuvo al frente de su ministerio durante 30 años trabajando entre los peligrosos indios paiacus, construyendo más de 30 iglesias en diversas partes y soportando incomprensiones graves, como cuando negó los sacramentos a un capitán y a unos soldados que habían abusado de las indias.

Los oratorianos tuvieron además la misión de Nuestra Señora de la Presentación, de Ipojuca, en Pernambuco, fundada en 1670, entre los indios caboclos, donde trabajó con gran celo y virtud el padre João Ribeiro. En 1693 contaba la aldea con 840 familias. En 1684 se reunieron las aldeas de Ararota y de Limoeiro, con 70 casas, situadas ambas en la parroquia de San Lorenzo de Mata, en Pernambuco, donde se dio un excelente trabajo en la catequesis de los indios. A la distancia de 25 leguas de Olinda fundaron la aldea del Palmar, también entre los caboclos, obteniendo en ella un gran éxito. Como se hizo constar siempre, deben ser tenidos los oratorianos entre los mejores misioneros que viera Brasil en los últimos lustros del siglo XVII.

Las misiones del clero seglar [11]

Introducción

Aunque no fuera finalidad específica del clero seglar –aunque tampoco hubiese por qué excluirla– la dedicación a las misiones, su participación se dio en gran medida, superando incluso, y en algunas épocas, el trabajo misionero de las órdenes religiosas. Por eso, no podría hacerse una Historia completa de la Iglesia en Brasil si no se hablara de tan importante fecha de la misma.

Como ya hemos observado anteriormente, el clero seglar fue el primero en tomar contacto con los indios ya en tiempos de las primeras factorías y en consecuencia de las primeras parroquias. Es verdad, sin embargo, que no se dio un trabajo sistemático y continuado, como lo exige la naturaleza de una misión propiamente dicha. Mas en el último cuarto del siglo XVI, y con el aumento de las parroquias y de las capitanías, algunos padres diocesanos tomaron para sí varias aldeas de indios, cuando no se dedicaban exclusivamente a su adoctrinamiento, tal y como consta en documentos referidos a los inicios del siglo XVII. Con la creación de parroquias en el interior del país, aparecieron párrocos que tenían a su cuidado más indios que muchas aldeas gestionadas por los jesuitas y por los franciscanos. El obispo de Bahía, en la relación *ad limina* de 1642, dice que la catequesis entre los aborígenes se entregue a los jesuitas, pero añade expresamente: «Exceptuándose aquéllas cuya cura de almas pertenezca al obispo y a los párrocos por él nombrados» [12]. Más adelante, el obispo de Olinda, en un relatorio semejante, dice que en su diócesis hay 13 aldeas de indios, de las cuales siete están bajo el gobierno del clero diocesano.

Por sugerencia del gobernador general de Brasil, el rey Felipe III, en 1604, solicitó el parecer de la Mesa de Conciencia y Órdenes a fin de verificar un posible cambio de misioneros, entregando las aldeas a los clérigos seglares [13]. Consultado secretamente el obispo de Bahía sobre este particular, respondió así:

[11] *Idem, ib.*, pp. 143-151; 233-245.
[12] AV, SCC, S. Salvatoris de Bahia, relación *ad limima* de 1642.
[13] ATT, MCO, Cartas Regias, cód. 18, f. 60.

> Clérigos, además de haber pocos que sepan la lengua indígena, hay muchos menos que posean los fundamentos necesarios para dejar a un lado sus errores y hacer que se observen los mandamientos, ante las muchas ocasiones que de ofender a Nuestro Señor se presentan en las mentadas aldeas.

El obispo quería el aislamiento y no dejaba de intrigar a ese respecto con el propio gobernador. Aunque el peligro al que hiciera alusión don Constantino tampoco dejaba de acechar a los misioneros de las órdenes religiosas, cosa por la cual, el Rey, poco tiempo después, amonestaba a los superiores de esas órdenes instándoles a poner al frente de las misiones y aldeas a hombres maduros y de probada fe [14]. No obstante, merced a un real decreto de fecha 13 de noviembre de 1611, se daba preferencia a los clérigos seglares: «En cada una de las dichas aldeas habrá una iglesia con su cura o vicario, que sea portugués, que sepa la lengua...». Sólo ante la ausencia de padres diocesanos, pues, las iglesias quedaban bajo el amparo de los jesuitas o de los miembros de otras congregaciones [15]. Naturalmente, y por la escasez de sacerdotes, muchas aldeas continuaron bajo el régimen jesuítico y franciscano respectivamente, aunque eran muchos los obipos y los prelados que, poco a poco, iban destinando sacerdotes a esos puntos. Eso fue lo que hizo, por ejemplo, el primer prelado de Paraíba y de Pernambuco, al pasar, a comienzos del 1617 diversas aldeas de indios a cargo de los franciscanos y de los jesuitas, al clero seglar. Cuando el segundo prelado quiso devolvérselas, las órdenes rehusaron hacerse cargo de ellas nuevamente. Sólo en 1679 aceptaron gobernar otra vez unas pocas.

Parroquias misioneras y misioneros

Merced a la fundación de las primeras parroquias en el nordeste y en el norte de la colonia, se inició también el trabajo misionero entre los grandes grupos de indios de la región. En la parroquia de Río

[14] AU, CP, cód. 43, f. 110, donde dice: «...por el peligro que corren al estar en las aldeas religiosos mancebos, a los que pueden acontecer cosas que no sean del servicio a Dios y hechas por el bien de la Religión».

[15] ATT, Brasil, 26.

Grande (1599), el padre Gaspar Gonçalves da Rocha se entregaba también a la catequesis de numerosos indios de su vasta feligresía, ayudado por otros presbíteros. Uno de ellos, que vivía en una mísera cabaña, tomó a su cargo ocho aldeas indígenas, posteriormente entregadas a los jesuitas [16]. El padre Baltazar João Correa, pionero de Ceará y de Marnhão, a partir de 1611, además de dedicarse a otros menesteres, enseñaba también a los indios conforme él mismo decía, «a los cuales, todos los días, por dos veces, enseño la doctrina evangélica» [17]. El primer párroco de Belém, padre Manuel Filgueira de Mendonça, protestó contra la opresión de los indios a manos de los «conquistadores», reuniendo a una buena cantidad de ellos en al aldea de Separará y brindándoles protección y defensa si se mostraban pacíficos [18]. Y lo cumplió. El padre Melquior Pereira Barreto [19], cura de San Miguel y vicario de la región, también se ocupó de los indios con gran cariño, pasando ellos a su administración temporal. Durante los tiempos de la invasión holandesa llegó a reunir hasta 4.000 indios ya cristianizados. En la capitanía de Sergipe del Rey, antes de 1612, se había dedicado a la catequesis de los tapuias un padre seglar. En Ceará, por ese mismo tiempo, dos presbíteros, ambos conocedores de la lengua indígena, se dedicaban igualmente a la catequesis de los tapuias: eran el padre Pedro de Lara [20], quien consiguió la pacificación de los indios que se aliaran con los holandeses, y el padre Manuel Pedro de Moraes, que en 1654 fuera propuesto para párroco de Ceará, «por ser persona práctica en la lengua de los indios y de mucha virtud» [21]. Más tarde, el obispo de Olinda confirmaba, en la parroquia de Fortaleza, a ocho presbíteros seglares dedicados al ministerio evangelizador.

También en el sur de Brasil hubo misioneros diocesanos. En São Paulo, el padre Mateus Nunes da Siqueira, ya vicario y visitador, en 1655, fue al *sertão* e invitó a los indios a formar una gran «bandera», reuniéndolos en Atibaia para mejor catequizarlos y habituarlos al

[16] MHSJ, Bras., 8, 181 ss.
[17] Studart, I, n.° 16, pp. 114-115.
[18] *Idem., ib.*, n.° 55.
[19] AP, SOCG, cod. 259, f. 158, donde se halla un opúsculo del autor: *Servitti fatti alla Sede Apostólica, et alla Maestà Regia nell' America-Regno de Brasil*, Roma, 1645.
[20] Studart, IV, n.° 263, p. 100.
[21] *Idem, Ib.*, p. 83.

trabajo [22]. El padre Tomás Coutinho, aceptó hacerse cargo de la aldea de Nuestra Señora de Escada de Barueri, abandonada por los jesuitas, trabajando con el beneplácito de los indios, los cuales, cuando se produjo su marcha, le reclamaron que volviera. El padre Francisco Fernandes de Oliveira, que tenía sangre india y conocía por ello bien la lengua, fue cura de Santa Teresa (1639-1642), aldea de jesuitas españoles del actual Estado de Río Grande del Sur. En Bahía, además de los padres diocesanos, mantuvieron aldeas de indios el padre doctor Gregorio da Mota Botelho, que recurrió a la Propaganda de la Fe en petición de facultades para ejercer como puro misionero entre los indios. El padre Hilário Nunes, un joven sacerdote bahiano, llevado de su celo evangelizador entre los indios y entre los negros también, pues antes residiera varios años en Angola, alegando que «no son suficientes los jesuitas», marchó a Roma junto a tres congéneres para exponer su proyecto y haciéndose posteriormente, de vuelta ya a Brasil, miembro del Oratorio de Pernambuco.

Organización de las misiones del clero seglar

En 1696 tomó posesiópn de la diócesis de Olinda fray Francisco de Lima. Encontró allí 18 aldeas de indios, de las cuales 14 estaban dirigias por religiosos varios y cuatro por los oratorianos. Llevado de su mucho celo apostólico, hasta el año de 1700 fundó otras 33 misiones, de las cuales 25 fueron entregadas a padres seglares [23]. Hubo, por ello, que organizar el trabajo misionero desde la base. Lo exigía, además, la vastedad del obispado de Olinda, que se extendía desde río San Francisco a Piauí, habitándolo numerosos grupos de indios. Sin duda, el gran celo misionero de los padres seglares de Portugal y de Brasil favoreció tan grande empresa. Primero, se echó mano de algunos sacerdotes de espíritu misionero que ya estuvieran destinados en el *sertão*. Y para darles mayor apoyo, el arcediano del cabildo de Olinda, el canónigo João Máximo de Oliveira, fundó un hospicio junto a la iglesia de Nuestra Señora del Rosario, haciéndole donación de cuanto ameritase para pro-

[22] Mons. Camargo, *A Igreja na História de São Paulo*, II, São Paulo, 1952, pp. 326 y ss.

[23] AV, SCC, dioc. Olind., relación *ad limina* de 1701.

curarle buen patrimonio y el sustento de quienes la cuidaban [24]. Sirvió de hospedaje a los clérigos misioneros y a quienes «sean enviados en misión a estos territorios». La Corte aprobó la iniciativa y mandó, efectivamente, contribuir con cuanto fuese necesario para el sustento y manutención de los misioneros, así como de cosas de primera necesidad para repartir entre los indios.

El padre Miguel de Carvalho, benemérito misionero de Río Grande, de Ceará y de Piauí, y defensor impertérrito y acérrimo de los indios, fue enviado a Portugal como procurador del obispo en solicitud de justicia y de más misioneros que destinar a los indígenas. Regresó a Brasil junto a seis sacerdotes diocesanos. El padre Domingos Ferreira Chaves, uno de los más grandes misioneros que tuviera Brasil, fue nombrado prefecto de las misiones del clero seglar, siéndole otorgada por el obispo «buena cantidad de sacerdotes para gobernar las aldeas». Además, el obispo mandaba sacerdotes «con el título y la obligación de misioneros». Así fue posible organizar con bien las misiones de los padres diocesanos en el nordeste.

Las nuevas misiones y sus misioneros

Ofrecemos, a continuación, una relación de las nuevas misiones indígenas que se crearan en el inmenso *sertão* nordestino, las cuales se confiaron a los padres seglares. También algunas aldeas que ya existían fuero asumidas, en su gobierno, por dicho clero. Son en total 25.

— Una aldea de 60 casas de tapuias, abajo del río Cariri, de la nación de los cariri, que, según las crónicas, «son muy malignos», con su iglesia, siendo su misionero el padre Sebastião de Andrade.

— Una aldea en la vega de Penhancó, capitanía de Río Grande, a 150 leguas de Olinda, en pleno *sertão*, con 350 casas de indios pertenecientes a la nación Coremã, con iglesia, cuyo misionero era el padre Bento Pacheco.

— Una aldea en la ribera del Tiriri, capitanía del Río Grande, con indios de las naciones Canindé y Janduim, «en la cual gastó el obispo cuanto le fue posible de su pobreza, para sustentar a los indios». Era

[24] Pereira da Costa, *Anais Pernambucanos*, V. p. 31.

misionero el padre Manuel Serrão de Oliveira, injustamente acusado de abandonar a los indígenas, cuando, en verdad, muchos de ellos fueron diezmados por las epidemias, buscando refugio los demás en la selva.

–Una aldea de tapuias, a 14 leguas de Río Grande, con iglesia, de la cual fuera misionero el padre Simão da Costa.

– Aldea de Nuestra Señora dos Prazeres, en el río Açu, a 70 leguas de Paraíba, entre la nación Janduim, de la cual fue misionero el padre Pedro Fernandes.

– Aldea de Anacés, en Ceará, con 10.000 almas, dividida en otras aldeas menores, de las cuales era misionero el insigne padre Domingos Ferreira Chaves, que construyó la iglesia y bautizó a gran cantidad de moradores.

– Una aldea entre los indios jaguaribaras, con iglesia, de la cual fue misionero el padre Filipe Pais.

– La aldea de El Buen Jesús, de Parangaba, en Ceará, entre los indios anacés, fundada y dirigida durante algún tiempo por los jesuitas que al cabo la abandonaron, haciéndose cargo de ella los oratorianos, la cual fue dirigida, a partir de entonces y hasta 1741, por padres seglares, siendo en el referido año entregada de nuevo a los jesuitas.

– La aldea de Nuestra Señora dos Prazeres de Caucaia, en Ceará, que pasó por los jesuitas, por los oratorianos y por los padres seglares, hasta el año de 1741.

– Una aldea en la sierra de Barruoca, de la cual se ignora el nombre así como el de su misionero.

– Aldea de San Matías, en Ceará, fundada por el padre Domingos Ferreira Chaves, entre los indios jaguaribas, a cargo del padre João Leito de Aguiar, paulista, ex capellán de tropa, quien, en 1596, se quejó de los capitanes mayores de las aldeas, diciendo que «se oponen al servicio de Dios que se ofrece en estas misiones».

– Aldea del Sertaõ de Outeiro da Barriga, de la cual consta como misionero el padre Bernardo de Góis, capellán de la tropa paulista.

– Aldea de la isla de Canabrava, en el río San Francisco, entre los indios rodela, de la que fue misionero el padre Inocêncio de Carvalho.

– Aldea de Unhunhu, en el río San Francisco, entre los indios ansus, de la que fue misionero el padre José Gomes.

– Aldea en la confluencia del río Pajeú con el río San Francisco, entre los indios gogóis, de la que fue catequista el padre Domingos Camelo, uno de los seis misioneros llegados a propósito desde Portugal.

—Una aldea a lo largo del río Pajeú, entre los indios marcarás y los murarás, reunidos por un lego, Antônio Peres, cuyo misionero era el padre João de Sousa.

—Aldea de los Umães, a 20 leguas de las antes citadas, a cargo del padre Simão de Noronha.

—Aldea de los indios chocós, en el río Panema, a cargo del padre Leandro Barbosa, oriundo de Braga.

—Aldea de los indios corripós, a 30 leguas de la anterior, catequizados por el padre Domingos Gomes.

—Aldea de los indios tamaquirás, a cargo del padre Lourenço Borges.

—Aldea de los indios parcêncios, en pleno *sertão*, de la que era misionero el padre Manuel Gonçalves.

—Aldea a 90 leguas de Rodela, a cargo del padre João Alves Barbosa.

—Aldea de indios mucucas, en el *sertão* de Rodela, a cargo del padre Bento Ribeiro.

—Aldea de los indios anaxós, en Ceará, a 600 leguas de Olinda, a cargo del padre Sebastião Sutil.

—Aldea de los indios umás, en el río Poti, bajo la supervisión del obispado de Maranhão, a cargo del padre Pasqual da Silveira.

Por su parte, el padre Manuel de Carvalho fundó dos aldeas con cura, una en la capitanía de Río Grande, otra en el *sertão* de Paiauí, a donde fue como misionero el padre José Barreto. En los primeros tiempos de la Iglesia en Piauía aparece el virtuoso padre Tomé de Carvalho Silva, quien, «metiéndose en muchos peligros, dispendios y trabajos» entre los tapuias, fundó la aldea de Nuestra Señora de Vitória de Vila Moxa (Oeiras), de la cual fue primer cura párroco (1697-1736), creando diversas capillas. Llegó a pedir autorización para establecer un colegio para profesores y misioneros de vida ejemplar, a fin «de adoctrinar a los innumerables indios y negros que aquí viven». En la aldea de San Antonio de Jaguaripe, en Bahía, ejercía su ministerio el padre Gonçalo Rodrigues de Araujo, sustituido, en 1705, por el padre Antônio de Oliveira Evangelho Vasconcelos, nombrado también administrador temporal de los indios. En Bahía estaba también, a cargo de los padres dioceanos, la aldea de Genipapo. En la aldea de Pambu, a comienzos de 1680, estaba el padre Manuel da Costa Carrilho; la aldea fue posteriormente restituida a los capuchinos franceses. En la aldea de

Salitre había un padre diocesano, mas, en 1705, fue entregada a los franciscanos. En Paraíba dirigían los padres seglares las aldeas de Camaracuba, Campina Grande y Piranhas. Entre los indios icós y los chiceros de Ceará, ejercía el ministerio apostólico el padre doctor João de Matos Serra, nombrado en 1698 párroco de Fortaleza. En la aldea de Caeté, en Maranhão, fue párroco y misionero de los indios caetés el padre Manuel Vieira Neves, que ya aparece como tal en 1684. En la aldea de Peagui, en Sergipe, se encontraba ejerciendo su ministerio sacerdotal, desde 1690, el padre Antônio de Sousa Castelo Branco. Y en el obispado de Pernambuco aparecen como misioneros de los indios los padres Luiz Barbosa y André Pereira, ambos oriundos del arzobispado de Braga.

Dos grandes misioneros

Sin despreciar los méritos de muchos otros, fueron, sin duda, dos los grandes misioneros por antonomasia de la época que se contempla, el padre licenciado Miguel de Carvalho y el padre Domingos Ferreira Chaves, ambos en el nordeste y norte del país. Ambos eran presbíteros de la diócesis de Olinda. El padre Miguel de Carvalho, llevado de su ideal misionero, recorrió los interiores de Pernambuco, Paraíba, Río Grande, Ceará y Piauí, animando a los tapuias a que se recogieran en las aldeas y disfrutaran de los beneficios que les ofrecía la religión. Fundó dos aldeas grandísimas con iglesia, residencia para el cura y tierras para el sustento de la misión [25], siendo por ello perseguido por los latifundistas, a los culaes se enfrentó valientemente obteniendo de la Corte decretos favorables para sus proyectos misioneros. En Ceará consiguió la conversión de numerosos teremembeses. El obispo de Olinda, informado de su celo y capacidad, lo nombró vicario de toda la región, concediéndole facultades especiales. Pero hizo aún más cosas... Envió a Portugal al padre Miguel de Carvalho, como delegado del obispo, para procurar de la Corte diversas provisiones en favor de

[25] Como en 1697 el latifundista Afonso Sertão ordenara a sus capataces derrumbar la iglesia y la casa del cura de Piauí, el valiente misionero reclamó a la Corte; el Rey, por real decreto del 13 de enero de 1699, ordenó el castigo a los culpables, obligándoles a reconstruir todo y a dejarlo como antes (AU, Cons. ULTr., cód., 246, f. 86).

las misiones indígenas. El enviado tuvo éxito en su misión, pues además de obtener del Rey lo que solicitaba

> llamó a otros sacerdotes a que se dirigieran con él a Pernambuco para ocuparse de las misiones, de entre los cuales se encontraban Manuel de Andrade, Matias Leitão de Almeida, Antônio Borges, Domingos Camelo, Bento de Sousa y Manuel Forte [26].

Ocurrió en el año de 1700. Otro mérito de este valiente presbítero misionero, encargado también de la pacificación de los paiacus y de los janduins, fue el de haber escrito en 1698, una *Descripción del sertão de Pieauí*, que envió a su obispo, doctor fray Francisco de Lima, con preciosas noticias.

Figura emocionante de misionero fue también la del padre Domingos Ferreira Chaves [27], nacido en Portugal, pero ordenado ya en Brasil, que fuera antes militar, amigo y defensor de los indios. Con gran fervor espiritural y merced a su conocimiento de las tierras del interior, se entregó al ministerio de las misiones indígenas obteniendo excelentes frutos. Enviado a evangelizar a los anacés de Ceará, creó una aldea con más de 200 casas, construyó la iglesia de la misma, distribuyó herramientas para trabajar la tierra, adoctrinó y bautizó a gran número de indios, ganándose profundamente su estima, llevó hasta allí vasijas e imágenes, construyó una residencia para los misioneros y para el hospedaje de viajeros, pero, sobre todo, logró la paz entre los blancos, los indios y los negros. Y corrió el peligro de ser muerto por los anaxós, los guenóis, los icós, los terememberes y los aracoins, que en un principio desconfiaron de él creyendo que iba a engañarlos. A petición de los arirós, fue a vivir entre ellos durante un tiempo, construyéndoles una iglesia y bautizando a sus hijos. En la sierra de Urubaretama fundó la aldea de San Antonio, para los anacés, y también les levantó la iglesia, como hizo en otra tribu vecina. Visitó más aldeas que no tenían misionero, «padeciendo hambres, sed y riesgos». Siempre iba a pie. Y durante sus periplos bautizó a más de 1.500 criaturas,

[26] ATT, Brasil, cód., f. 212.

[27] Sobre este gran misionero hay mucha información documental: ATT, Chanc. D. João V, L. 29, ff. 199-200; Chanc. O. Cr., L. 59, ff. 85-86v.; AU, Pernambuco, 1 de marzo de 1696; AV, SCC, dioc. Olind., relación *ad limina* de 1701.

de entre la cuales fallecerían 200 poco después de recibir las aguas bautismales. Posteriormente fundó la misión de Nuestra Señora de la Concepción, entre los teremenbés de Aracatumirim, levantándoles igualmente la iglesia y bautizando a sus hijos. En la aldea de las Cinco Naciones edifició la iglesia de San Juan Bautista y otra próxima para los anaperiumirim y los anaperiuaçu. Llegó hasta Piauí. Y reconocieron sus grandes méritos en el campo misionero el obispo de Olinda, el gobernador y el propio rey don Juan V, que le otorgó el hábito de la orden de Cristo, con diversas mercedes. Terminó sus días en la iglesia de Nuestra Señora de la Asunción de Fortaleza, para la cual incrementara él las devociones.

Conclusión

Este capítulo sobre las misiones del siglo XVII demuestra el gran esfuerzo misionero efectuado por la Iglesia de Brasil, a fin de lograr la consersión de grandes grupos indígenas diseminados por todos los rincones del país. Si de un lado podríamos lamentar que algunas órdenes religiosas no estuvieran a la altura de las circunstancias, no hicieran lo que podían haber hecho, de otra parte es consolador comprobar el brío con que se desempeñaron muchos padres seglares dedicados a la piadosa aventura de ganar a los indios para Cristo, así como de cuidar de su desarrollo humano y de su catequización. Pues todos los buenos misioneros, además de consolidar sus aldeas y construir las iglesias en ellas, cuidaban de que los indios tuvieran trabajo, casas suficientes, caminos y hasta puentes, así como escuelas en algunas aldeas. Fue un trabajo difícil e inestable, las más de las veces, debido a las estructuras de la colonia, mas con el tiempo ofreció ventajas a las sufridas poblaciones de la selva.

V

DIVISIÓN ECLESIÁSTICA DE BRASIL

Exposición

Tuvo que transcurrir medio siglo, desde el descubrimiento de Brasil, para que se creara el primer obispado, pasando un cuarto de siglo más, a raíz de esa fecha, para que se instituyera la primera prelatura de Río de Janeiro. En 1614 se produjo un nuevo desmembramiento con la creación de las prelaturas de Paraíba y de Pernambuco, suprimida esta última 10 años después. No había dudas en lo que a la necesidad de multiplicar las circunscripciones eclesiásticas se refiere, ya que en la vasta colonia, la población crecía significativamente. Además, eran necesarias a consecuencia de las enormes distancias habidas. Si tardaron en verificarse, fue debido a los sucesivos cambios políticos ocurridos en la metrópoli. En 1640, Portugal reconquistó su soberanía. Pero la Santa Sede, no reconociendo al Reino de Portugal merced a las presiones ejercidas por España, desestimaron confirmar a los obispos así como dar el visto bueno a las nuevas diócesis. Sólo después de que se produjese la reconcialiación, se dio el clima necesario para alcanzar la división eclesiástica de Brasil, erigiéndose una provincia eclesiástica autónoma de Lisboa. Ofrecemos a continuación la relación de nuevas diócesis y de la acción pastoral de sus titulares, que no supone sino el proceso normal de expansión de la Iglesia en sus diversas regiones.

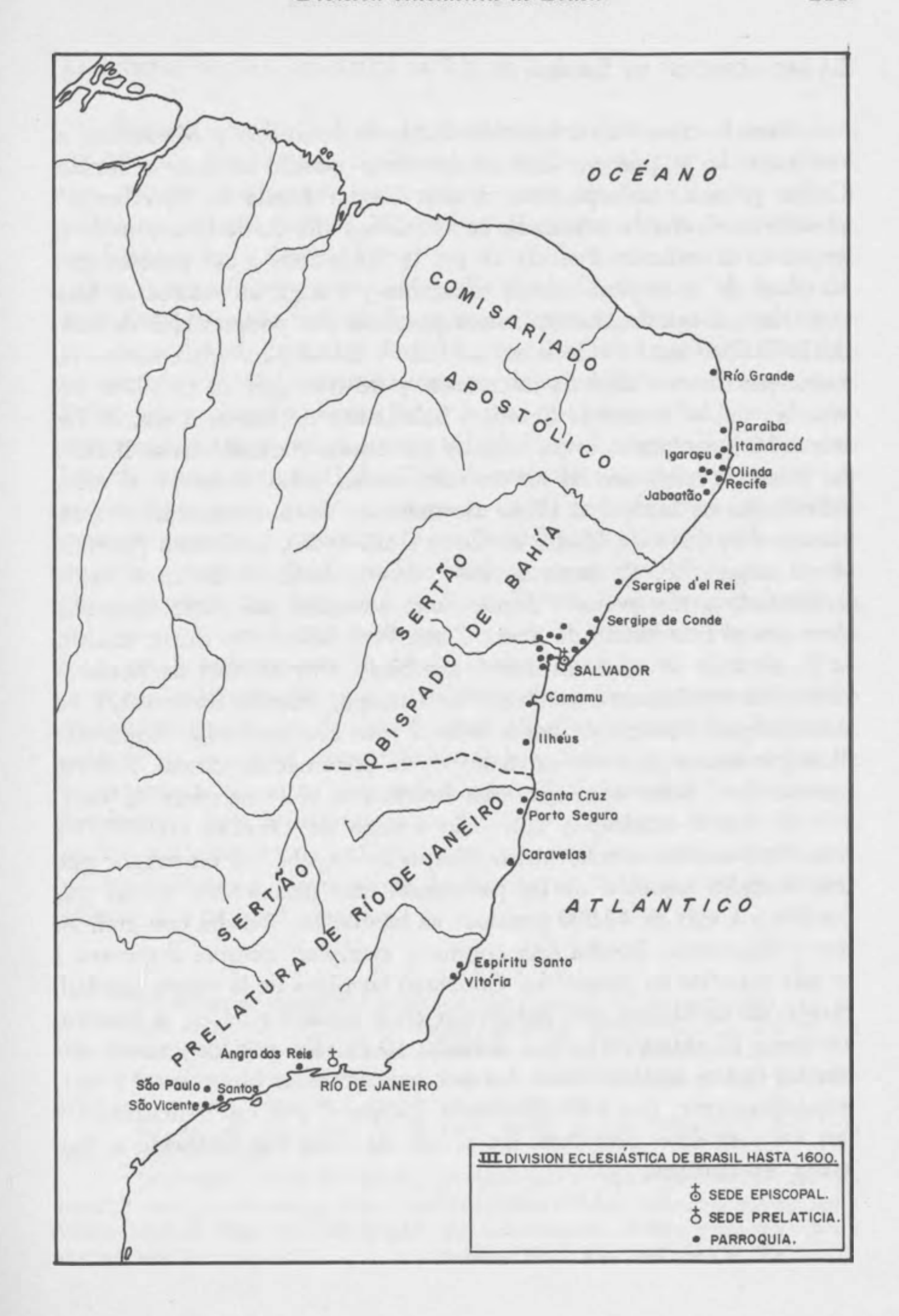
La provincia eclesiástica de Bahía [1]

Desde muchos años antes de su proclamación, venía reclamándose la división eclesiástica de Brasil. El regidor pontificio de Lisboa, don Lourenço Tramallo (1627-1634), pidió la creación de cuatro diócesis más en Brasil [2]. En 1638, ya existía la de Río de Janeiro y tenía por obispo al prelado doctor Lourenço Mendonça [3]. Si no se llevó a cabo su acción fue, únicamente, por las tensiones que entre Portugal y España se daban, siendo posible tratar el asunto a partir ya de 1669. En 1673 recibió instrucciones el embajador portugués en Roma para que se crearan las diócesis de Río de Janeiro, Olinda y Maranhão, quedando Bahía como sede metropolitana. En marzo de 1676 se alzó la propuesta de que Cabo Verde, Angola y Santo Tomé, pasaran a la jurisdicción de Bahía.

El Papa dio órdenes para que se procediera al examen, por parte de la S. C. Consistorial, a la que negó en algunas ocasiones la facultad de instituir diócesis por faltar algunos requisitos y porque en nada le agradaba someter a la jurisdicción de Bahía diócesis enclavadas en África [4]. Poco después, sin embargo, quedó solucionado el asunto merced a la presentación de nuevos argumentos, entre ellos el de ser la navegación entre Brasil y Angola más fácil que la hecha desde Portugal con África.

Finalmente, con fecha del 16 de noviembre de 1676, el papa Inocencio XI, mediante la bula *Inter Pastoralis officii curas* [5], erigió la provincia eclesiástica de Bahía otorgando a su jurisdicción las diócesis de Río de Janeiro y de Olinda, creadas con esa misma fecha, Maranhão, perteneciente a las mismas diócesis, y excluyéndose las de África. Pero volvió a insistir el Rey, por lo que, habiéndose excluido Cabo Verde, en 1679 se incorporaron a la metrópoli de San Salvador de Bahía las diócesis de Santo Tomé y Angola. Maranhão, verficada en 1677, pasó a la jurisdicción de Lisboa.

[1] A. Rubert, o. c., II, pp. 153-184.
[2] AP. Lettere, cod. 10, f. 59.
[3] AU, Río de Janeiro, doc., av., 1639, en donde el obispo electo, don Lourenço de Mendonça, pide providencias para saldar el costo de las bulas ante la curia romana.
[4] AV., Nunz., Port., cod. 157, f. 271v.
[5] Bull. Rom., ed. Roma, 1734, VIII, pp. 3-4. Aquí, la data de la bula es del 22 de noviembre, lo que no es cierto, pues todos los demás documentos aparecen el 16 de noviembre de 1676.



OCÉANO
COMISARIADO
APOSTÓLICO
Río Grande
Paraiba
Itamaracá
Igaraçu
Olinda
Recife
Jaboatão
SERTÃO
OBISPADO DE BAHÍA
Sergipe d'el Rei
Sergipe de Conde
SALVADOR
Camamu
Ilhéus
Santa Cruz
Porto Seguro
Caravelas
ATLÁNTICO
SERTÃO
PRELATURA DE RÍO DE JANEIRO
Espíritu Santo
Vitória
Angra dos Reis
São Paulo
Santos
São Vicente
RÍO DE JANEIRO
III DIVISION ECLESIÁSTICA DE BRASIL HASTA 1600.
SEDE EPISCOPAL.
SEDE PRELATICIA.
PARROQUIA.

La archidiócesis de Bahía

Con la creación de las diócesis de Pernambuco y Maranhão, el territorio de la primera diócesis brasileña quedó bastante reducido. Como primer arzobispo tuvo a don Gaspar Barata de Mendonça [6], presbítero secular, confirmado en el mismo día de la creación de la provincia eclesiástica. Fue urgido por la Santa Sede a dar conclusión a las obras de la catedral, a crear el cabildo y a erigir un seminario. Después de consagrado, mandó tomar posesión por poderes el 3 de julio de 1677. Por motivos de salud no vino a Brasil para apacentar su rebaño, pero nunca dejó de interesante y de velar por él. El 30 de noviembre de 1677 creó la Relación Eclesiástica de Bahía, o sea, el Tribunal Metropolitano. Erigió algunas parroquias y mandó hacia Brasil a las primeras religiosas. Al no restablecerse su salud, renunció al cabo, falleciendo en Sardoal al 11 de diciembre de 1686. Le sucedió el franciscano fray João da Madre de Deus (1683-1686), que tomó posesión de su cargo el 20 de mayo de 1686, demostrando ser un buen pastor y visitando a sus ovejas a donde fuera menester, así como interesándose por el monasterio de Santa Clara. Pero falleció de fiebre amarilla el 13 de julio de 1686. El nuevo arzobispo, fray Manuel da Ressureicão (1688-1691), otrora canónigo de Lamego, después franciscano, no tuvo tampoco tiempo de hacer todo el bien que pretendía. Visitó muchas parroquias y se vio envuelto en la gobernación estatal. Falleció cuando iba a hacer unos ejercicios espirituales, el 16 de enero de 1691.

El nuevo arzobispo, don João Franco de Oliveira (1692-1700), presbítero secular, anteriormente obispo de Angola, fue un insigne pastor, visitador también de las parroquias más necesitadas, en las que confirmó a más de 40.000 personas ya bautizadas. Rezaba con gran ardor y frecuencia, llevaba una conducta ejemplar, siempre dispuesto a lo que mandase su ministerio. Concluyó las obras de la nueva catedral. Había, en su tiempo, seis parroquias en la ciudad y 33 en el interior, así como 17 aldeas de indios, dirigidas 10 de ellas por los jesuitas, dos por los padres seglares, otras dos por los carmelitas observantes y una, respectivamente, por los capuchinos franceses, por los franciscanos y por los carmelitas descalzos. En el año de 1700 fue destinado a Bragança, en Portugal.

[6] AV, FCons., Pro., cod. 75, ff. 631-646.

La diócesis de San Sebastián de Río de Janeiro

Prelatura desde 1575, en 1632 se trató en Roma de su conversión en diócesis, por ser una de las regiones más pobladas de la colonia, con 200.000 habitantes, con muchas parroquias en su seno, villas y poblados [7]. Había más de 200 padres de ambos cleros. Inocencio XI, mediante la bula *Romani Pontificis* [8], de 16 de noviembre de 1676, erigió la nueva diócesis, que se extendía desde la capitanía de Porto Seguro hasta el río de la Plata. Su primer obispo, confirmado con la misma data, fue el dominico fray Manuel Pereira. Aun habiendo sido consagrado en 1677, alegando motivos de salud decidió quedarse en el Reino como canciller. Roma le instó para que partiese hacia su destino o renunciara, cosa que hizo en 1680 [9]. Fue nombrado entonces don José de Barros Alarcão (1681-1700) [10], prebístero secular, que tomó posesión de su cargo el 19 de enero de 1685, creando acto seguido numerosas parroquias y curatos, haciendo visitas pastorales a todas las capitanías y permaneciendo en São Paulo cerca de tres años, para fundar allí el recogimiento femenino de Santa Teresa. La prolongada ausencia del obispo, sin embargo, hizo que en Río de Janeiro se preparase una bien urdida conspiración. Acusado ferozmente por sus adversarios, no le quedó más remedio que partir de vuelta a Portugal, donde estuvo inexplicablemente sin destino durante 10 años, a despecho de que se probase su inocencia ante la Santa Sede y saliera limpio de culpa de las groseras acusaciones que se le hicieran [11]. Es increíble lo que sufrió. Finalmente, ante la insistencia de Roma y el clamor de los cariocas, recibió autorización de la Corte para regresar a la colonia, donde murió poco después. Llegó a Río de Janeiro el 28 de marzo de 1700 y falleció el 6 de abril siguiente.

[7] Río de Janeiro tenía 4.000 habitantes, São Paulo 10.000 y Santos 4.000.

[8] Bull. Rom., VIII, pp. 7-9. En cuanto a la fecha, vale la nota 5; A. Rubert, «La creación del obispado de Río de Janeiro», en Rev. IHGB, 314 (1977), pp. 125-135.

[9] Renunció en 1680 falleciendo en Lisboa el 6-I-1688, a los 60 años de edad. Recibió sepultura en la iglesia de Santo Domingo de Benfica.

[10] AV, FCons., Proc., cod. 79, ff. 574ss.; Cons. Secreta 1676-1680, f. 494; Acta Miscel., cod. 75, f. 264.

[11] La comisión de los Cardenales, encargada por el papa Inocencio XII para examinar la cuestión, después de haber acudido también a Bahía, determinó que las acusaciones contra el obispo eran «de ningún valor e inexistentes». El Papa pidió que volviera cuanto antes a su diócesis.

La diócesis de San Salvador de Olinda

Las capitanías de Pernambuco y Paraíba pasaron a formar parte de la extinta prelatura (1614-1624). Varias tentativas de restablecimiento quedaron frustradas por la invasión holandesa y la oposición del obispo de Bahía. Expulsados los invasores en 1654, se trató de erigir el obispado de Pernambuco, con sede en Olinda, que contaba entonces con casi 10.000 habitantes. Toda la región hallábase bien poblada, albergando numerosas parroquias, aldeas de indios y conventos de religiosos. Mediante la bula *Ad Sacram B. Petri Seden* [12], de Inocencio XI, fechada el 16 de noviembre de 1676, se erigió una nueva circunscripción en el nordeste. De la misma fecha data la confirmación de su primer obispo don Estevão Brioso de Figueiredo (1677-1683) [13], presbítero seglar, que tomó posesión de su cargo el 28 de mayo de 1677. Visitó la inmensa diócesis, haciéndose acompañar de misioneros y siendo recibido por doquier como un enviado del cielo. Incentivó las misiones entre los indios, creó parroquias y curatos, favoreció al incipiente oratorio de Olinda, por lo que recibió gran apoyo de los congregados. Destinado a Funchal, en Madeira, partió en 1683. Fue designado como sucesor el padre João Duarte do Sacramento, fundador y superior del oratorio de Olinda, varón de acrisoladas virtudes, que falleció antes de su consagración y toma de posesión. El nuevo obispo, don Matías de Figueiredo e Melo (1688-1694) [14], presbítero secular, tomó posesión de su cargo el 14 de junio de 1688. Viéndose obligado a asumir también el gobierno civil interinamente, logró durante su mandamiento que cesaran las discordias políticas. Visitó gran parte de la diócesis y envió visitadores a otras zonas. Pidió a los jesuitas que enseñaran filosofía a 50 candidatos al sacerdocio. Interesado por las misiones indígenas, hizo que a ellas fueran más misioneros. Llevaba vida ascética. Falleció santamente el 29 de julio de 1694, a los 60 años de edad.

Fue sucesor suyo fray Francisco de Lima (1696-1704) [15], carmelita, que también se mostró como un digno pastor. Pasando mil peligros y

[12] Bull. Rom., ed. Rom., VIII, pp. 5-7.

[13] AV, FCons., Proc., cod. 75, ff. 495 ss.

[14] *Idem*, Nunz., Lisboa, Div. I, Pos. 33, Sez. 1; Acta Camer., cod. 23, f. 202; Cons. Secr. (1685-1689), f. 226.

[15] *Idem*, FCons., Proc., cod. 89, ff. 376-388.

fatigas hizo largas visitas pastorales, tomando con ello profundo conocimiento de las necesidades de su rebaño. Fue un gran benefactor de las misiones entre los indios, pues hallando no más de 15 aldeas con misionero, llegó a fundar hasta un total de 33, entregando la mayoría de ellas a padres diocesanos. Por su caridad fue llamado «padre de los pobres». Padeció grandes sinsabores a raíz de un disputa entre los oratorianos. Y murió el 29 de abril de 1704.

La diócesis de San Luis de Maranhão

Desde mucho tiempo atrás se venía pidiendo la creación del obispado de Maranhão. Al fin y, con ocasión de esa división eclesiástica de Brasil, se solicitó también la erección de la diócesis con sede en la ciudad de San Luis, que tenía 2.500 habitantes. Pero la extensión de la nueva diócesis acabaría siendo enorme, abarcando desde Ceará a la Amazonía, con pocas parroquias sin embargo, y con 22 aldeas de indios. Impidió su creación, en un primer momento, la falta de clero suficiente para atender a las almas que allí había y, sobre todo, para establecer el cabildo diocesano. Pero el 30 de agosto de 1677, por la bula *Super universas* [16] de Inocencio XI, se creó al fin la diócesis de San Luis de Maranhão, que por su facilidad en las comunicaciones por vía marítima con la metrópoli, quedó bajo la jurisdicción de la diócesis de Lisboa. De la misma fecha data la confirmación de su primer obispo, don Gregorio dos Anjos (1679-1689) [17], canónigo secular de San Juan Evangelista, que tomó posesión de su cargo con fecha de 11 de junio de 1679. Se esforzó, sobre todo, en la organización de la nueva diócesis, defendiendo a los indios de los traficantes y ganándose con ello las iras de los propietarios y de las autoridades. Visitó gran parte de la diócesis y llegó hasta Pará. Por escasear el clero, no pudo erigir el cabildo, pues el pequeño número de padres seglares que había, se dedicaba a la cura de almas en la ciudad y en las villas del interior. Tuvo que padecer muchas amarguras. Después de un tumulto ocurrido en la compañía del Comercio, llamada El Estanco, los jesuitas fueron temporal-

[16] Bull. Rom., ed. Roma., VIII, pp. 32-33.
[17] ATT, Bulas, mazo 39, n.º 35.

mente expulsados de la diócesis, mas retornaron luego a San Luis, donde hicieron mucho bien en su colegio. Don Gregório dos Anjos, ya viejo y quebrantada su salud, falleció el 11 de marzo de 1689. Le sucedió fray Francisco de Lima, posteriormente destinado a Olinda.

La responsabilidad del nuevo obispo recayó sobre fray Timáteo do Sacramento (1697-1714) [18], anteriormente obispo de Santo Tomé, que tomó posesión de su cargo el 30 de mayo de 1697. Su actuación fue menos feliz. En una tierra en la que menudeaban los vicios y escaseaba la disciplina, careció del espíritu necesario para una mayor tolerancia y flexibilidad. Al visitar la diócesis, dio en adoptar medidas punitivas contra quienes vivían en concubinato y se entregaban a otros escándalos, provocando contra sí una auténtica guerra. Hubo de enfrentarse, entonces, a los mayores desafueros. Hasta religiosos hubo que se opusieron abiertamente al obispo. Debidamente autorizado, y después de providenciar el gobierno de la diócesis, embarcó hacia el Reino donde no se le prestó atención. Siguió gobernando la diócesis, pero haciéndolo entonces a través de vicarios generales, hasta el año de su muerte, ocurrida en Setúbal en 1714.

[18] AV, FCons., cod. 90, ff. 328-341.

VI

LOS RELIGIOSOS

Exposición [1]

En el siglo XVII se produjo una gran expansión de las órdenes religiosas en Brasil, principalmente entre las ya asentadas en el territorio de la colonia durante el siglo anterior. Numerosas casas, conventos y monasterios pespuntearon el mapa de Brasil. Junto a los antiguos religiosos llegaron nuevas órdenes, las cuales colaboraron para el mayor bien de la Iglesia y del pueblo. Se dio inicio también, en ese tiempo, a la vida religiosa femenina, creándose recogimientos y monasterios y evitándose así que las vocaciones religiosas de las mujeres tuvieran que perderse marchando a la metrópoli para ejercer su acción. Así, al poco tiempo, y a la par que la Iglesia jerárquica, fueron conformándose numerosos núcleos de vida consagrada, que dieron benéficos frutos cristianos. Además, hubo miembros de las órdenes religiosas que, aparte de su dedicación a las misiones y a la enseñanza, ayudaron al pastoreo parroquial con sus prédicas y atendiendo a la confesión de los fieles, cuando en algunas zonas éstos eran numerosos. También el gobierno necesitaba de los religiosos para atender a las capellanías militares o de presidios, además de para otras tareas. No tenían parroquias. En ocasiones servían como vicarios interinos o sustitutos. Ejercían en sus iglesias el ministerio en favor de muchos fieles. Cuando lo hacían con disciplina y espíritu religioso, fueron muy útiles a la Iglesia de Brasil. Dejaron de serlo cuando se relajó la observación de las reglas entre sus

[1] A. Rubert, o. c., II, pp. 263-273.

filas y en sus casas. Felizmente, en el siglo XVII, no hubo que lamentar mayores deslices. Por el contrario, hubo mucho fervor y celo.

Religiosos ya establecidos

Los religiosos establecidos durante el siglo anterior, los jesuitas, los carmelitas, los benedictinos y los franciscanos, vieron su mayor expansión precisamente en el siglo XVII. La defensa de los indios, sobre todo, fue bandera de los ignacianos [2], que por ello sufrieron no pocas persecuciones por parte de quienes pretendían apresar a los selvícolas. Dos veces expulsados de Saõ Paulo, en 1640 y en 1662, dan buena muestra de esa persecución. En otras dos ocasiones fueron expulsados de Maranhão, en 1650, y en 1684. En otras partes, igualmente, hubieron de abandonar ciertas misiones. No por ello se arredraron ni mermó su espíritu misionero. Continuaron abriendo nuevos frentes, además de desarrollando las misiones ya establecidas. Más que notable fue también la creación de sus nuevos colegios, sobresaliendo, de entre ellos, el seminario de Belém, en Cachoeira, Bahía, que alcanzó gran importancia. Y también en Paraíba, en San Luis de Maranhão y en Pará crearon colegios de gran utilidad. Con las fundaciones de los mismos, abrieron residencias, incluso en la lejana Colonia de Sacramento. Tuvieron, en ese período, hombres de gran expresión, entre los cuales hay que destacar a los siguientes: el padre Fernão Cardim, profesor y escritor; el padre Luiz Figueira, valiente y activo misionero y superior de Maranhão; el padre Antônio Vieira, orador máximo de aquel tiempo y protector de los indios; el padre Alexandre de Gusmão, fundador del seminário de Cachoeira y hombre de gran cultura; el padre Simão de Vasconcelos, provincial e insigne cronista; y el padre João Andreoni, misionero y escritor.

Los franciscanos [3] vieron una gran expansión, igualmente, destacándose en muchas partes de la colonia en las que crearon conventos,

[2] S. de Vasconcelos, *Crónica da Companhia de Jesus do Esatdo do Brasil*, 2 tomos, Lisboa, 1662, reed., Río de Janeiro, 1864; S. Leite, *História da Companhia de Jesus no Brasil*, 10 vols., Río-Lisboa, 1938-1950; A. Cardoso «Jesuitas», en DHIP, vol. 3, pp. 273-302.

[3] A. de S.M. Jabotão, *Novo Orbe Seráfico*, 2 vols., Río de Janeiro, 1858-1862; B. Roewer, *Páginas de História franciscana no Brasil*, Petrópolis, 2.ª edic., 1947; Pinto Rema, «Os franciscanos», en DHIP, vol. 3, pp. 266-273; V. Willeke, *Franciscanos na História do Brasil*, Petrópolis, 1977.

como los siguientes: San Antonio de Recife (1618); San Antonio de Ipojuca (1609) en Pernambuco; San Antonio de Río de Janeiro (1606); San Francisco de Sergipe do Conde (1629), en Bahía; San Antonio de Serinháem (c. 1636); San Antonio de Santos (1639); San Francisco de São Paulo (1640); San Buenaventura de Macacu (1649); San Francisco de Alagoas del Sur y San Francisco de Penedo, con fecha ignorada; San Bernardino de Angra dos Reis (1650); Nuestra Señora de la Concepción de Itanhaém (1654); Nuestra Señora del Amparo de isla Sebastián (1664); Santa Clara de Taubaté (1674); San Luis de Itu (1692) y Nuestra Señora de Cabo Frío (1696).

Con el incremento de frailes y de conventos fue posible la creación de una custodia en el sur de la colonia, después de establecidas las provincias de San Antonio (el 24 de agosto de 1657) y de Nuestra Señora de la Concepción (el 17 de julio de 1675). Así, la orden franciscana logró su consolidación, colaborando tanto con el clero misionero como con los ministerios ordinarios en las misiones populares y en los sermones, además de hacerlo en las misiones para los indios. Por los tiempos en que aconteciera la invasión holandesa, varios conventos fueron ocupados sufriendo vejaciones sus frailes, primero, y siendo dispersados después. Pero la reacción general contra los invasores herejes contó con los franciscanos que, despues, se desenvolverían con mayor pujanza. Fue aquél el mejor período de la orden en el Brasil colonial.

Los benedictinos [4], durante el siglo XVII, crearon nuevas fundaciones, principalmente en el sur, demostrando gran vitalidad. En 1610 tuvo lugar la fundación del monasterio de San Bento, en São Paulo, que se convertiría en abadía ya en 1635; su primer abad fue el notable y apreciado por todos fray Alvaro de Hinijosas y Carvajales, después obispo titular. En 1643, gracias a una donación del párroco de Paraíba, quedó alzada la residencia de Santa Ana de Paraíba; en 1650 se construye el monasterio de Nuestra Señora del Destierro, de Santos; en 1667 se fundan los monasterios de Santa Ana de Sorocaba y de Santa Ana de Jundiaí. En Bahía se inaugura, en 1647, el monasterio de Nuestra Señora de Gracia, elevado a abadía en 1697, para pasar de nuevo, más tarde, a monasterio; en 1670 se funda, también en Bahía, el monasterio de Nuestra Señora das Brotas, convertido en abadía ya en 1703.

[4] J. G. Luna, *Os monges Beneditinos no Brasil*, Río de Janeiro, 1947; L. Endres, *Catálogo dos Bispos, Gerais, Provinciais, Abades e mais cargos da Ordem de S. Bento do Brasil (1582-1975)*, Salvador-Bahía, 1976; Whelling, «Beneditinos», en DHIP, vol. 3, pp. 302-312.

La orden Trinitaria dejó en Brasil gran tradición. Sus monasterios tenían, por regla general, buenas bibliotecas. En sus iglesias quedaron instituidas las hermandades hechas en favor de legos y de esclavos, siendo célebres las de Nuestra Señora del Destierro en los monasterios de Bahía, Río de Janeiro, Olinda y Paraíba, a los cuales Urbano VIII, el 15 de julio de 1631, otorgó diversas indulgencias y varios privilegios. Pero a causa de tantos bienes y prebendas como recibieran, muchos monjes se vieron obligados a vivir fuera de sus monasterios para ejercer como capataces en las haciendas de la orden, haciendas que tenían muchos esclavos, cayendo bastantes religiosos en una relajación de sus hábitos. Otros monjes, sin embargo, observando la disciplina que les era consustancial, dieron edificante ejemplo de virtudes y cualidades, como fray Angelo de Azevedo, pariente próximo del beato Inácio de Azevedo; fray Máximo de San Juan Pereira, abad de distintos monasterios y prelado interino de Río de Janeiro; fray Ruperto de Jesús, varón pío, ilustre orador sacro y superior prudente; fray Mateus de Encarnação, teólogo y orador; fray José da Natividade, canonista y predicador elocuente, etc. A finales del período colonial, después de que fuera suprimida la orden de los jesuitas, eran los benedictinos quienes dieron mayores signos de vitalidad espiritual, gracias al buen clima que reinaba en sus diversos monasterios.

Los carmelitas de la antigua observancia [5], durante el siglo XVII, tuvieron una influencia notable y una considerable expansión, merced a la fundación de nuevos conventos. Cabe citar los de Maranhão (1616), Bélem (1624), donde dieron inicio también a la tarea misionera entre los indios, Mogi das Cruzes (1629), Recife (1631), Nuestra Señora de Nazaré de Cabo y Goiana, en Pernambuco, y varios más de menor importancia. Se dedicaban al ministerio de sus iglesias, ayudaban a los párrocos cuando eran solicitados a ello, y no faltaron entre sus filas escritores de talla y oradores de mucho ardor y aprecio entre las gentes. Con la rápida difusión de la orden se hizo posible la creación de dos vicarías en Brasil, la de Bahía (1686) con siete conventos, y la de Río de Janeiro, con seis. Gracias a las muchas donaciones y adquisicio-

[5] «Primordia Carmeli Brasiliensis», en Analecta Ordinis Carmelitarum, I, Roma, 1909, pp. 263-271; J. Pereira de Santana, *Crônica dos Carmelitas da Antiga Observância neste Reinos de Portugal, Algarve e seus Domínios*, Lisboa, 1745; C. Vloon y J. Trinidade, «Carmelitas Calçados», en DHIP, vol. 3, pp. 312-1.318.

nes de tierras, también muchos de estos frailes se vieron obligados a abandonar los conventos con las acostrumbradas inconveniencias que ello suponía para el orden y la disciplina religiosa. En 1684 una carta regia dividía las misiones de la Amazonía entre las diferentes órdenes religiosas radicadas en Brasil. A los carmelitas observantes correspondió la región del río Negro y sus afluentes, donde fueron misioneros y, a la vez, colonos.

Nuevos religiosos

En este período llegaron a Brasil otros religiosos. Los primeros fueron los capuchinos franceses [6], seguidos luego por los italianos. Fueron los únicos misioneros de Brasil dependientes de la *Propaganda Fide* durante el régimen del patronazgo. Dirigiéndose varios de entre ellos hacia Guinea, bajo la dirección de fray Columbano de Nantes, fueron hechos prisioneros por los holandeses y desembarcaron en Pernambudo en 1642. No recibieron mal trato de los invasores. Al principio eran pocos. Obtuvieron autorización de Maurício Nassau para ejercer sus funciones. Expulsados los holandeses y apoyados por la Corte de Portugal, pudieron levantar tres hospicios: Nuestra Señora de la Peña en Recife (1652); Nuestra Señora de la Piedad en Bahía (1655) y el de Río de Janeiro, (1659). De estos hospicios partían para engrosar las misiones indígenas, principalmente de Bahía hacia las regiones del río San Francisco. Demostraron gran interés, igualmente, por los esclavos africanos, además de por los indios, y por el desarrollo y bienestar de los más pobres. Predicaban en las misiones populares. Fueron los religiosos de Brasil que mayor ejemplo dieron de pobreza y desapego de los bienes materiales. Lástima que solicitando mayores facultades y privilegios para su orden, chocaran con algunos obispos y párrocos que no les reconocían autoridad misionera propiamente dicha. Por lo demás, gozaron en todo momento de gran simpatía y aceptación entre el clero y el pueblo de la colonia.

[6] F. de Primerio, *Os Capuchinos en Terras de Santa Cruz*, 2.ª edic., São Paulo, 1942; M. C. da Nembro, *Patronato e Propaganda nel Brasil*, en «S. C. de Propaganda Fide Memoria Rerum», Herder, 1972, vol. 1/2, pp. 676-684; J. Palazzolo, *Crónica dos Capuchinos do Rio de Janeiro*, Petrópolis, 1966.

Otra orden de las que aquí se establecieran fue la de los carmelitas descalzos de la reforma de Santa Teresa [7], que arribaron a Bahía en 1665, levantando allí convento e iglesia. Nunca fueron numerosos, pero por lo general daban buen ejemplo a los fieles y mostraron enorme dedicación a su ministerio, obteniendo por ello el calor popular. Tuvieron también conventos en Olinda y en Recife. Se dedicaron, aunque por poco tiempo, a las misiones entre los indios. Para la redención de los cautivos, los religiosos de la orden de Nuestra Señora de las Mercedes, llamados mercedarios, se establecieron en la parte septentrional del país. Eran frailes españoles que en 1637 acompañaron al capitán Pedro Teixeira en su navegación del Amazonas [8]. Llegados a Bélem, ayudados por benefactores que tuvieron, en 1640 dieron inicio a la creación del convento de Nuestra Señora de las Mercedes, recibiendo autorización del Rey de Portugal en 1646. En 1664 abrieron otro convento de San Luis de Maranhão, poblado, como el anterior, por gran cantidad de frailes. Tuvieron algunas misiones en el río Negro. De lo que al resto de su actuación se refiere, decir que no fue especialmente rica. Pero menos importantes, aún, fueron los agustinos, que en 1693, autorizados por el arzobispo de Bahía, se establecieron junto a la iglesia de Nuestra Señora de la Palma, donde abrieron un hospicio para el hospedaje y convalecencia de los misioneros de la orden que se dirigían a la isla de Santo Tomé [9]. El Rey, sin embargo, les prohibió convertir el hospicio en convento. Por lo general lo poblaban cuatro padres y dos hermanos legos.

Conventos y recogimientos femeninos

Después de largos años, la Corte, en 1669, autorizó la fundación de conventos religiosos femeninos en Brasil. El primero y único durante el siglo XVII fue el de Santa Clara, en Bahía [10], iniciado en su cons-

[7] J. de Jesús María, *Crônica dos Carmelitas Descalços da Província de S. Filipe dos Reinos de Portugal, Algarve e suas Conquistas*, Lisboa, 1753.

[8] Cf. Saavedra y Gusman, «Viaje del Capitán Pedro Teixeira aguas arriba de las Amazonas», Madrid, 1889.

[9] APB, Ord. rég., cod. 2, f. 92.

[10] ATT, Brasil, cód. e, a, f. 9.

trucción el 7 de julio de 1665 y autorizado por la Santa Sede el 13 de mayo de 1669. Merced a los afanes del primer arzobispo don Gaspar Barata de Mendonça, partieron del convento de Évora cuatro hermanas clarisas [11], bajo la dirección de la hermana Margarida da Coluna Mendonça, que con sus tres compañeras permaneció en Brasil 10 años. En 1679, el obispo de Santo Tomé, con sede vacante, acompañado del deán del cabildo padre doctor Pedro de Espinosa, puso solemnemente la primera piedra del convento. La primera superiora brasileña fue la hermana Marta de Cristo (1686). En los primeros tiempos todo fue bien, pues imperaba el fervor religioso. Al poco, sin embargo, muchas religiosas, alegando achaques y debilidad, además de las esclavas que había en el convento tomaron otras para sí, cometiéndose grandes abusos, contra los cuales tuvieron que luchar los futuros arzobispos y los buenos directores espirituales.

Hubo también, en ese tiempo, dos recogimientos para mujeres: el de Santa Teresa, en São Paulo, establecido por el obispo de Río de Janeiro, don José de Barros Alarcão en 1685 durante una larga visita pastoral a dicha villa, que fue bien aceptado y aplauido por la población local. Posteriormente se transformaría en convento de clausura. En Olinda, antes de que finalizara el siglo, apareció el recogimiento de Nuestra Señora de la Concepción, gracias a una donación de la hermandad homónima hecha a Ana Rosa, Cosma Filipe e Isabel Alburquerque. Allí se recogieron muchas mozas y mujeres que servían a Dios, separadas del siglo, con su casa y su iglesia de Nuestra Señora de la Concepción.

[11] J. do Carmo Barata, *História Eclesiástica de Pernambuco*, Recife, 1922, p. 20.

VII

LA FORMACIÓN DEL CLERO

INTRODUCCIÓN

Estudiar cómo se produjo la formación del clero de Brasil durante el XVII[1], supone hacer la comprobación de los muchos esfuerzos que se verificaron para constituir centros de formación sacerdotal, algunos más de acuerdo con su misión, otros menos, por falta de medios adecuados para ello. Ése, sin embargo, no era el único problema. En ocasiones fue más problemática la ordenación de los propios candidatos ya preparados, debido a la ausencia de obispos. Eran precisas notables maniobras para encontrar un obispo ordenante. Las distancias resultaban enormes. Hasta 1676, con una sola diócesis, en la cual se produjeron además prolongadas vacantes, resultó extremadamente difícil tener a mano un obispo ordenante. De Portugal llegaban siempre padres. Y aunque no eran acaso los mejores, el obispo de Bahía, el prelado de Río de Janeiro y los vicarios generales de Pernambuco y Maranhão, cuidaban de formarlos. Voluntad y esfuerzo no faltaron. Faltaban, sí, los medios. Así y todo, se consiguió la formación de muchos y buenos padres en Brasil durante ese período.

EL SEMINARIO

Ya hemos aludido al primer seminario tridentino de Brasil, que fue el de Bahía, y que tuvo actividad hasta los inicios del siglo XVII.

[1] A. Rubert, o. c., II, pp. 275-281.

Por faltarle casa apropiada, se levantó un clamor en aras de la construcción de un auténtico seminario. En 1608 el rey don Felipe III ordenó que «al seminario de Bahía se le pague cuanto se le debe» [2], esto es, la dote de rector, el sustento de los 12 alumnos y la provisión de 120.000 escudos al año. En 1614, en la relación *ad limina*, don Constantino Barradas se quejaba de que, por omisión de las autoridades de la colonia, el seminario aún no había sido restaurado. Después de producirse la muerte del obispo, con la sede vacante, el cabildo de Bahía, con el gobernador del obispado, el deán Luiz Pinto Carneiro, acudió a ver al gobernador de la colonia y le urgieron el cumplimiento de la orden dada por el rey para que se procediese de inmediato a la restauración, «por el grandísimio fruto que resultará de la buena crianza de los mozos que en él se recojan y estudien» [3]. En efecto, el gobernador, el 10 de marzo de 1621, ordenó se pagaran los derechos acumulados y mandó también la construcción de una nueva planta [4]. Con una dotación de 6.000 cruzados, el seminario pudo dar inicio a su reconstrucción. Mas aconteciendo por ese entonces la invasión holandesa de Bahía, todo quedó a la espera. Así fue como, durante todo el siglo XVII, hubo que aguardar a la conclusión del seminario.

Cómo se formaba el clero

Por la falta de un seminario, los obispos y los gobernadores de la diócesis se dieron a otra suerte de formación de su clero. Hubo maneras distintas de afrontar el reto. En primer lugar, se acudió a los colegios de los jesuitas en Bahía, Río de Janeiro, Olinda y Maranhão, así como algunos de Pará que poseían cátedras de Teología y de Filosofía. Los candidatos estudiaban latín, celebraciones, liturgia, teología moral... No faltaban buenos maestros. Algunos clérigos más privilegiados iban a Portugal para matricularse en la Universidad de Coimbra. Otros partían hacia la de Évora, Salamanca y Roma. Los más recibían su formación junto a los vicarios de los centros más importantes.

[2] BE, cód. CXV, 2-3, f. 302.

[3] Libro primero del Gobierno de Brasil (1607-1633), p. 311.

[4] *Idem*. Las pp. 312-313 registran planos del seminario a ser reedificado en Bahía, de dos plantas, con atrio interno, capilla, salas a modo de aulas, cocina, refectorio, dormitorio, enfermería y botica (N.º 127 a 129).

El más importante, de entre todos aquellos centros de estudios escolásticos, era el de Bahía, donde funcionaban cuatro cátedras mayores, siendo tres de ellas las destinadas a la Teología y una a la Filosofía. Además de eso, completaban su formación junto al personal de la sede, donde, conforme lo atestiguara oficialmente el obispo don Pedro da Silva Sampaio, nunca hubo falta de profesores, teniendo, en 1642, dos canónigos profesores de Teología [5]. Poseemos, igualmente, testimonios de algunos padres que se formaran junto al sochantre del cabildo de Bahía, como es el caso del padre licenciado Domingos Vieira de Lima, que fue vicario general de Pernambuco. El prelado doctor Lorenço de Mendonça dijo que en Río de Janeiro había candidatos al sacerdocio que eran «grandes teólogos y saben la lengua de los indios» [6]. En Olinda los clérigos se preparaban en el colegio de los jesuitas, junto a la iglesia de la villa. De entre ellos, muchos habían nacido en Portugal, aunque se preparaban para ordenarse sacerdotes en Brasil, como fue el caso del padre doctor José Pinto de Freitas, que llegó a canónigo del cabildo de Bahía, a vicario general de Pernambuco y a gobernador del obispado. También se daban casos en sentido contrario. Candidatos nacidos en Brasil se ordenaban sacerdotes en Portugal, como el padre Pedro Alvares Correa de Azevedo, nacido en Espíritu Santo, alumno de catecismo del beato Anchieta, que en 1626 llegó a canónigo de Évora.

En el año de 1690 el jesuita padre Alexandre de Gusmão fundó el llamado seminario de Nuestra Señora de Bélem, en Cachoeira, Bahía, que albergó a gran cantidad de alumnos, aunque no fuera un seminario en sí; de sus umbrales salieron muchas vocaciones para el clero diocesano, entre ellas la del padre Bartolomeu de Gusmão, así como otras destinadas al clero religioso.

El problema de las ordenaciones

Al faltar obispos, era frecuente que el asunto de las ordenaciones se trocara en un auténtico drama. Además del sincero deseo de muchos candidatos por abrazar el sacerdocio para así resultar más útiles a

[5] AV, SCC, Relación *ad limina*, dioc. S. Salvatoris de Bahía, 1642.
[6] AP, Lettere, cód. 10, f. 60.

la Iglesia, no faltaban quienes llamaban a la puerta con pocos escrúpulos y sin conciencia alguna. Muchos llegaban, incluso, a falsificar documentos para obtener de algún obispo la «gracia» de la ordenación sacerdotal, más interesados en los privilegios que al clero se concedían y a su promoción personal que en el servicio a la Iglesia. Las más de las veces, sin embargo, la fortuna les era adversa, pagando caro su ambición. Así, por ejemplo, algunos individuos, entre los que se contaron varios criminales, se hicieron ordenar en un navío por el falso arzobispo Grego de Samos, siendo posteriormente castigados con multas y destierro en Angola. Otros naufragaban camino de Portugal o de Angola, o eran capturados por los piratas, muriendo miserablemente o siendo presos de por vida. Algunos de los que sin mérito fueron ordenados, acabaron siendo castigados por el obispo o por el prelado de la diócesis a que correspondiera, en tanto otros servían de escarmiento por su mala conducta.

Dejando a un lado a los que no entraron en la puerta de Dios, felizmente una minoría, conviene ocuparse de los candidatos plenamente legitimados y con buenas intenciones. Como ya se ha dicho, en todos los centros principales de la inmensa colonia había jóvenes que se preparaban para el sacerdocio. Una vez admitidos, se instruían para recibir las órdenes sacras. Los alumnos de Bahía y de Olinda tenían mayores oportunidades de recibir del obispo de la diócesis las órdenes, incluso durante alguna visita patoral, salvo cuando se producían las muy largas vacantes de la sede. Mayores dificultades encontraban los candidatos de Río de Janeiro y de São Paulo. Algunos iban a Bahía con las legítimas «reverendas» de su prelado. Pero las más de las veces no encontraban obispo, bien porque hubiera muerto, bien porque se encontrara en un largo viaje al nordeste. Un candidato de Río de Janeiro tardó 18 años en ser ordenado subdiácono. Algunos se embarcaron en naves para ordenarse en la Corte o en Angola, mientras otros, fundamentalmente del sur, se adentraban en otros territorios en busca de obispos castellanos, sobre todo de Asunción, de Tucumán y de Buenos Aires. De los que iban a Angola, muchos eran los que perecían en naufragios o sucumbían en el mortífero clima de esa colonia portuguesa [7].

[7] A. Rubert, «O Prelado Lonrenço de Mendonça», en revista IHGB, vol. 311 (1976), p. 23.

En 1630, pasando por Río de Janeiro camino de Asunción, el obispo fray Cristóbal de Aresti OSB, dio órdenes al colegio de Río y a diversos clérigos habilitados por su prelado y otros superiores religiosos [8].

Mejoró la situación con la creación de las diócesis de Olinda, Río de Janeiro y Maranhão. Ello hizo, además, que se exigiera de los candidatos un pleno de aptitudes. Por eso, algunos, no hallando facilidades ante su prelado, buscaban obispos lejanos inventando pretextos varios, escondiendo sus irregularidades, bien por ser de raza hebraica, bien por otras razones o ineptitudes. Ante eso, los obispos de Brasil prevenían a sus congéneres del Reino para que no impusieran sus manos a sujetos indignos.

En resumen, los obispos cuidaban de no imponer sus manos a sujetos indignos e incapaces, debiéndose atribuir a ciertas artimañas y astucias el que algunos, sobre todo en sedes episcopales vacantes, y protegidos por personas de rango, procurasen burlar las leyes canónicas y acceder al sacerdocio para usufructar sus privilegios sin vérselas con las obligaciones inhentes al ministerio. Otros, no obstante, abrazaron con amor y entusiasmo su vocación, como lo prueba la existencia de muchos buenos sacerdotes de los cabildos, de las parroquias y de las capellanías. El nuncio papal en Portugal, en 1694, envió un memorial al Papa en el que lamentaba la falta de padres en Brasil y en Angola; ahí decía que los padres seglares partían también hacia el *sertão* como capellanes. Pedía, por ello, la facultad de dispensar del impedimento de ilegitimidad en favor de los candidatos blancos y negros [9].

La hermandad de San Pedro de los Clérigos

Gran éxito tuvo, para la formación del clero español y portugués, la hermandad de San Pedro de los Clérigos, institución antigua. En Brasil, ya desde el siglo XVI existía esa hermandad en Bahía y en Olinda. Poco después se formó también en Río de Janeiro. En ella se inscribían canónigos, párrocos, capellanes y simples clérigos y seminaristas. Aún no

[8] AI, Charcas, 279, con licencia del gobernador de Brasil, en 1671 llegan 13 jesuitas para ser ordenados en Buenos Aires.

[9] AP. SOCG, cód. 518, f. 327.

existían las bellas iglesias de San Pedro de los Clérigos. Tenían que contentarse los integrantes de la hermandad con un simple altar de su devoción en la catedral o en la iglesia parroquial. Era la hermandad, sin embargo, la organización que más y mejor unía a los presbíteros, a punto de hacer que se sintieran casi una familia. El apóstol San Pedro, representado con la tiara y las llaves, era el patrón del clero diocesano. A partir del siglo XV, a imitación de los religiosos que llamaban a su fundador «nuestro Padre», decían «nuestro Padre San Pedro». De ahí viene que en Portugal y en Brasil los padres diocesanos reciban el nombre de presbíteros seglares del hábito de San Pedro. El propio San João de Avila (+1569), apostol del clero, llamaba a San Pedro «nuestro Padre», don João de Oliveira, en la relación *ad limina* de 1695, habla de la «cofradía de los sacerdotes de nuestro Padre San Pedro». La expresión causaba cierto embarazo en aquellos tiempos, cuando era reciente, al igual que en nuestros días, aunque ya esté en desuso. Cuando don João Ribeiro Galo, obispo de Malaca, pidió al Papa que fuese nombrado un vicedelegado para el Oriente, sugirió que fuese de la orden de San Pedro, cosa que extrañó en la curia de Roma, hasta que fue descubierto el sentido merced a una nota al margen en la que se leía que «Orden de San Pedro» significaba «Padres seglares» [10].

[10] AV, SS., Nunz. Port., cód. 6, ff. 330-331.

VIII

LA INQUISICIÓN

Introducción [1]

El Santo Oficio continuó actuando en Brasil también en el siglo xvii, generalmente haciéndolo con sinceridad aunque sus métodos no fueran ajenos a la distorsión y al exceso, tal y como acontecía con otros métodos correctivos de aquel tiempo. No habiéndose implantado en Brasil el temido Tribunal de Santo Oficio, se actuaba a través de los obispos y de los visitadores. La visita que el Santo Oficio hiciera a Brasil, de 1618 a 1619, está bien documentada; de otra visita por la región sur de la colonia, hecha en 1625, hay sin embargo pocos datos. ¿Por qué esa primera visita? Era fama que en Brasil se refugiaron muchos negociantes de etnia hebraica, por lo que era preciso prevenir los perjuicios que podían suponer para el erario público. Además, había descendientes de judíos ocupando cargos eclesiásticos, tolerados por el obispo de Bahía, y se daban también casos de bigamia, de supersticiones, de inmoralidades y desvíos en lo que a la doctrina cristiana se refiere.

La visita de 1618-1619

El rey de España dio aviso al inquisidor mayor de Portugal, don Fernando Martins Mascarenhas, obispo de el Algarve, para que enviase

[1] A. Rubert, o. c., II, pp. 257-261.

un visitador del Santo Oficio a Brasil y Angola. Fue seleccionado para ello el padre Marcos Teixeira [2], hombre íntegro y de probada pericia en estos asuntos. Formado en Coimbra, en 1572 fue diputado de la Inquisición de Évora, después promotor del Santo Oficio en Lisboa, donde fue también vicario general del arzobispo, el cardenal don Henrique, siendo promovido en 1574 al empleo de inquisidor de Lisboa. Visitó todos los tribunales del Reino. El cardenal-archiduque de Austria lo nombró el 9 de junio de 1592, uno de los tres consejeros del Tribunal Supremo de la institución. Fue, igualmente, diputado de la Mesa de Conciencia y Órdenes, teólogo de la delegación apostólica y arceniago de Évora, al transferirse al relator pontificio Ferrante Taverna, de manera interina la delegación apostólica, defendiendo desde ahí los derechos de la Iglesia. Hombre de edad ya provecta, fue digno representante de los cargos que se le encomendaron, incluyendo el de visitador.

Una vez arribado a Brasil, y después de guardar el luto oficial que en aquel tiempo se observaba por la muerte de don Constantino Barradas, ocurrida el 1 de septiembre de 1618, inició su trabajo con la publicación de un edicto de gracia el día 11 de ese mismo mes y año. Actuó hasta el 26 de enero de 1619. Hubo, en este período de tiempo, 52 denuciantes y 135 denunciados [3]. Eran padres y legos, éstos de ambos sexos. Las acusaciones versaban a propósito del hebraísmo, la herejía, el pecado en general, y la sodomía y la bigamia en particular. La tónica general, sin embargo, era la de la sospecha de judaísmo, casi siempre entrelazada con otros delitos. A excepción del padre Baltazar Marinho, capellán de Itapauã, acusado de pedir relaciones sexuales durante una confesión, o del padre Baltazar Ribeiro, consejero del obispo, acusado de leer la Biblia en hebreo, o del padre Jerônimo de Lemos, quien dijo que San Pedro debió de estar de borracho al acuchillar

[2] Algunos historiadores se dejaron engañar por el nombre y por algunas conciencias, identificando al visitador Marcos Teixeira con el obispo de Bahía don Marcos Teixeira, lo que es del todo incorrecto (Cf. A. Rubert, «Don Marcos Teixeira», en *Freguesía da Conceição da Praia*, Salvador de Bahía, 1973, pp. 52-57).

[3] «Livro das Denunciações que se fizeran na Visitação don S. Oficio à cidade do Salvador da Bahía de Todos os Santos do Estado do Brasil no ano de 1618», en *Anais da Biblioteca Nacional*, vol. 49, pp. 7-198; «Segunda Visitação do Santo Oficio às partes do Brasil, Livro das Confissões e Ratificações», en *Anais do Museu Paulista*, t. XVIII, São Paulo, 1963.

a Malco, etc., no hubo acusaciones mayores, salvo las hechas contra el gobernador general don Diogo de Menezes, de quien se dijo que era homosexual. Muchos negociantes hebreos tuvieron miedo y huyeron hacia posesiones españolas, alarmando al comisario del Santo Oficio en Lima, licenciado Francisco de Trejo, que escribió al virrey con fecha del 15 de enero de 1610, pidiéndole que impidiese el desembarco de los judíos en Buenos Aires sin antes haber visitado las naves, además de prevenir al visitador doctor Marcos Teixeira, de la fuga de los sospechosos de la Inquisición en Bahía [4].

El visitador no estuvo más que en Bahía. No consta que fuera enviado al Reino reo alguno. Concluida su visita, volvió a Portugal, falleciendo ya con más de 80 años en Lisboa, el 16 de agosto de 1628. Por las capitanías del sur apareció en 1627 otro visitador, el licenciado Luiz Pires da Veiga [5], tesorero mayor del Santo Oficio de la ciudad de Guarda. El único proceso conocido de esa visita, fue el llevado a término contra el flamenco Cornélio Arzings (Arzão), denunciado por judaísmo y herejía, multado por ello y obligado a trabajar en la conclusión de las obras de la iglesia de São Paulo, luego enviado a Portugal, donde, finalmente, resultó amonestado y absuelto. Hay alguna noticia sobre un visitador que llegara a Río de Janeiro a comienzos del 1537, al que se refiere el prelado don Lourenço de Mendonça diciendo que fue maltratado y perseguido.

Aunque no se produjeran más visitas del Santo Oficio a Brasil, algunos acusados fueron remitidos posteriormente a la Inquisición de Lisboa, como es el caso de Antônio de Vasconcelos, de Bahía, de 30 años de edad, quien, expulsado de una orden religiosa, y no pudiendo por ello ejercer el ministerio sacerdotal, el 8 de agosto de 1683 fue condenado a seis años en galeras [6]. La Inquisición rondó también al célebre jesuita padre Antônio Vieira, a causa de su libro *Clavis Prophetarum*, pero sin consecuencias importantes.

[4] J. T. Medina, *El Tribunal del Santo Oficio de la Inquisición en las provincias del Plata*, Santiago de Chile, 1899, pp. 156-157.

[5] Es probable que se trate del licenciado Rui Pires da Veiga, canónigo de Évora, vicario general de don Henrique, inquisidor en Coimbra y en Évora y después obispo de Elvas.

[6] AV, Nunz. Port., cod. 39, f. 147.

EN DEFENSA DE LOS JUDÍOS

Un presbítero seglar paulista, el padre Cosme Gonçalves, probablemente de etnia hebraica, se levantó contra las discriminaciones que se hacían contra los de su raza. El 9 de febrero de 1687 remitió un memorial del papa Inocencio XI, en latín, adoptando abiertamente la defensa de los judíos:

> Informo a Vuestra Santidad que entre los portugueses no hay más rencor y abyección que los demostrados contra los que descienden de judíos. Basta una leve insinuación para que corra la fama de judío, y en poco tiempo, cualquiera sea tenido por tal. Y se le cierran todas las puertas [7].

Añadía que los sospechosos eran apartados de las órdenes sacras, privados de los beneficios eclesiásticos «bajo el pretexto de preservar la religión». Se quejaba, también, de los largos interrogatorios y de las muchas averiguaciones que se hacían para otorgar matrimonio a los sospechosos, apartando del sacramento, con ello, a muchos jóvenes, con el daño espiritual y material que eso conlleva. Decía así, refiriéndose a quienes pedían castigos: «Caiga su sangre sobre nosotros y sobre nuestros hijos», pues no lo creía conveniente del credo católico, ya que se trataba de un tiempo «en el que cantamos la misericordia del Señor». El valiente testimonio demuestra una visión muy abierta del problema.

[7] AP, SOCç, Amer. Merid., Cod., 1, ff. 312-313.

IX

LA IGLESIA Y LA ESCLAVITUD

Continúa la esclavitud [1]

Durante el xvii no sólo continuó dándose la esclavitud en Brasil, sino que se recrudeció, sobre todo en lo que a los africanos se refiere. Los mayores cazadores de indios fueron los llamados «bandeirantes paulistas», que invadían las aldeas del sur de la colonia y se adentraban incluso en las posesiones españolas para dar caza a los indefensos indígenas, llevándoselos como esclavos a São Paulo, San Vicente y Río de Janeiro. Muchos morían antes de llegar a su destino. De las costas de África arribaban siempre nuevas levas de pobres esclavos, vendidos a todos los rincones del país. Este drama, asaz doloroso, perduró a lo largo del período aquí estudiado. Todos los esfuerzos para cortar de raíz la ganancia de los interesados en el tráfico parecían vanos. Intervino el Estado, la Iglesia, los misioneros, y siempre con escaso éxito. Se procuró, al menos, aliviar el dolor de los esclavos, proporcionándoles mejor trato y oportunidades de participación en los asuntos de la Iglesia.

Como muchos blancos alegaban molestias de los indios, con el permiso de la Corte, se aprobó la llamada «guerra justa» contra los indígenas, con ocasión de levantamientos o asaltos. Pero esa medida no iba sino en total detrimento de los indios, pues había quien provocaba disturbios para justificar la «guerra justa», en la que se les hacía objeto de una gran crueldad. Muchas veces hubo de intervenir el propio Rey en favor de los indios. En 1691, informado de que habían sido escla-

[1] A. Rubert, o. c., II, pp. 303-313.

vizados muchos moradores de Maranhão, otorgó un indulto a los culpables bajo la condición de que dieran la libertad a los indios cautivos, los cuales debían ser entregados a las aldeas de los misioneros o formar con ellos otras reducciones.

La intervención de la Iglesia en la esclavitud de los indios

Informada Roma de que en Brasil se proseguía con la esclavitud de los indígenas, con el consiguiente perjuicio que ello ocasionaba a su evangelización, el 22 de abril de 1639 el papa Urbano VIII publicó el breve *Commissun hobis* [2], en el cual condenaba y prohibía expresamente cualquier forma de esclavitud de la que se hiciera víctima a los indios, amenazando a los traficantes con la excomunión. Al publicarse el texto en Brasil se produjeron grandes tumultos. Pero ya antes de que se hiciera público el breve papal, los obispos de Río de Janeiro, padre doctor Mateus de Costa Aborim y, sobre todo, el padre doctor Lourenço de Mendonça [3], que fuera misionero de los indios en Bolivia, intervinieron con energía contra la esclavitud, ganándose la furia de los traficantes. No obstante, el prelado interino padre Pedro Homen Albernaz hizo que se publicase y ejecutase el breve del papa Urbano VIII, suscitando grandes controversias, especialmente en Santos, donde el párroco llegó a ser amenazado de muerte y asaltada la residencia de los jesuitas. En Maranhão, el primer obispo Gregório dos Anjos, fue obligado a usar de la pena de excomunión contra quienes esclavizaban a los indios, sufriendo por ello injurias y persecuciones. En defensa de los indígenas intervinieron también los obispos de Olinda, don Estevão Brioso de Figueiredo, don Matias de Figueiredo y fray Francisco de Lima. También el arzobispo de Bahía, don João Franco de Oliveira, se interesó por la libertad legítima de los aborígenes.

Los misioneros fueron, en todo momento, los principalmente interesados en la lucha contra la esclavitud. El padre Antônio Vieira cla-

[2] Bull. Rom., ed. Taurin., 1868, XIV, pp. 712-714.

[3] Indignado dice Mendonça que los paulistas, durante 10 años, raptaron de las aldeas de Paraguay, Panamá y Río Grande del sur casi 80.000 indios, de los cuales apenas 1.000 quedaron con vida y fueron vendidos como esclavos. Despoblaron tres ciudades: Guairá, Villa Real y Xerez (AIHGB, 219, doc. 17).

mó contra esa plaga, que amenazaba con arruinar la obra de las misiones. El padre Luiz da Figueira, en Maranhão, se opuso al tráfico de los nativos, tanto como el custodio de los capuchinos franceses, fray Macário de Moyrans, que pidió la pena de excomunión total contra quienes se beneficiaran con el tráfico de esclavos [4]. En la defensa de los indios maltratados se distinguieron igualmente dos misioneros diocesanos, el padre Domingos Ferreira Chaves y el padre Miguel de Carvalho, así como los oratorianos padre João Alvares y el padre João da Costa.

La esclavitud de los negros

Cada año llegaban legiones de esclavos africanos. Una relación de 1681 afirma que eran 12.000 los llegados de Angola y 2.500 los de Guinea, vendidos, a precio medio, por 390 patacas cada uno. La población negra crecía rápidamente. En el arzobispado de Bahía, a finales del siglo xvii, había 90.000 habitantes, de los cuales más de la mitad eran negros. También eran numerosos en Pernambuco, Maranhão y Río de Janeiro. El gran número de ellos se debe, también, a la natural multiplicación procreadora de los mismos. Los señores de esclavos querían que aumentasen, además, porque así tenían más brazos para trabajar en la agricultura y más «mercadería» que poner en venta. Muchos fueron los que se enriquecieron pronto a causa de tan innoble comercio. Si la llegada de los esclavos trajo muchas ventajas temporales, ocasionó también no pocos desmanes morales. Por serles difícil casarse, aparecían por doquier concubinatos e hijos ilegítimos. Blancos casados y solteros tenían hijos con las esclavas. Hijos, las más de las veces, mal alimentados, debiendo procurarse el sustento en las selvas próximas los domingos y festivos, perjudicándose con ello su instrucción religiosa.

En vano se sucedían las provisiones regias en favor de la instrucción religiosa y del bautismo de los esclavos que llegaban [5]. No había

[4] AP. SPCG, Amer. Merid., cod. 1, f. 33.

[5] Una orden regia del 5 de marzo de 1697, exigía a los capitanes de los navíos negreros la entrega de los que habían recibido el bautismo, debiendo, nada más llegar a puerto, presentarlos ante el obispo o el vicario general, que les extendería el correspon-

ocasiones propicias, en realidad, y faltaba el tiempo necesario para proceder a su adoctrinamiento. Muchos se contentaban con hacerlos bautizar sin interesarse por otras cosas relacionadas con el adoctrinamiento religioso. De ahí surgió un sincretismo religioso desconcertante, que aún en nuestros días perdura. Amantes de sus cultos y de sus creencias, favorecían con ello muchas supersticiones y aberraciones del catolicismo. Asimilaban ciertas formas del culto católico como autodefensa de sus propios cultos. Por eso, ya en 1695, el arzobispo de Bahía afirmó que se había encontrado con mujeres negras e «híbridas», dadas a toda suerte de fetichismos.

Lo que la Iglesia hizo por ellos

Donde hubo ocasión no faltó, por lo general, celo en favor de la instrucción religiosa de los esclavos. No obstante, debido a su gran número, fueron pocos los pastores a ellos destinados. De igual manera, muchos de los esclavos se integraban en la hermandad de los Negros, dedicada al culto de Nuestra Señora del Rosario, y también de Nuestra Señora de las Mercedes, o al culto de santos de color como San Elesbão, Santa Ifigênia, y San Benedito el Negro. Con su altar de devociones en la iglesia o en la capilla, podía el cura que allí hubiese, instruirles mejor en la doctrina católica. Muchos de ellos, como escribía el prelado de Río de Janeiro en 1632, fueron bautizados sin recibir instrucción alguna. No pocos jesuitas se encargaban de su adoctrinamiento, sobresaliendo en esa labor el padre Pedro Dias, llamado «Apóstol de los negros», autor de la obra *Arte de la lengua de Angola*. Algunos obispos también se interesaron por la suerte de los esclavos. Don Estevão Brioso de Figueiredo, primer obispo de Olinda, mandó misioneros oratorianos a los negros forajidos de Palmares, a los que él mismo visitó y confirmó. Con el apoyo y el estímulo del arzobispo de Bahía, fray João da Mãe de Deus, en 1686 partía para Roma el negro Pascoal Dias, como procurador de todas las hermandades de los negros de Sal-

diente certificado. Del mismo modo, se obligaba al cura de a bordo a instruir a los negros en la fe cristiana y a bautizarlos; si no lo hacían, en cuanto arribasen tenían que ser visitados por un sacerdote o un lego capacitado para ello, que los catequizara y después bautizase (AU, Cons. ultr., cod. 223, f. 165).

vador, para denunciar ante el Papa «el miserable estado de cosas que reina entre los negros cristianos de ésta y de todas las ciudades de este Reino de América, y los grandes trabajos a que son sometidos, ellos que son hijos de la Iglesia» [6].

El patrón don Pedro II, en 1693, escribió el arzobispo de Bahía don João Franco de Oliveira, indagando si los esclavos eran bien tratados por sus amos, y si eran instruidos en la religión y si se les concedía tiempo suficiente para que se ocuparan de sus necesidades. La Iglesia autorizó a que se hicieran misas los domingos, en favor de los esclavos. Los que recibían el bautismo, cuando estaban a punto de morir, recibían igualmente cristiana sepultura, después de que se les hicieran las honras fúnebres de rigor. Los esclavos de los conventos de las casas religiosas sí recibían buen trato y sí recibían, también, una instrucción religiosa conveniente de las verdades de la fe.

[6] AP, SR, Amer. Merd., cod. 1, f. 309.

X

LA IGLESIA Y LA CIENCIA

Introducción [1]

Sin duda tuvieron gran importancia para el desarrollo de la cultura en Brasil, algunos colegios de los jesuitas y otras escuelas particulares. Además, con la llegada de hombres eruditos se publicaron diversas obras, algunas de gran valor. En los principales puntos del país había buenos maestros. Otros, los más aventajados, iban con destino a la Universidad de Coimbra. El cabildo de Bahía tenía sus propios maestros especialmente enseñantes clérigos, mientras en los monasterios y en los conventos había también escuelas para los componentes de las órdenes. Así, las distintas disciplinas fueron parte activa del Brasil de ese tiempo. Si quedaron sin publicar muchas obras, hay que achacarlo a la pobreza del ambiente y a la falta de imprentas, prohibidas en la colonia. Al no pasar muchas de ellas de manuscritos, se perdieron con el transcurrir de los años. No obstante, hay muestras suficientes del hacer intelectual de la época, a las que nos referiremos en este capítulo.

Los colegios de los jesuitas

Merece destacarse el colegio de Bahía, pues además de dos cursos de Humanidades, ofrecía cuatro cátedras mayores, esto es, una de Filosofía y tres de Teología. Por privilegio pontificio le fue dada la facul-

[1] A. Rubert, o. c., II, pp. 283-286 y 331-336.

tad de conferir el grado de maestro en Artes a los alumnos más aventajados, después de superar un riguroso examen. El 16 de julio de 1675 se reconoció oficialmente el estudio hecho en el colegio de Bahía, facultando a quien lo superase para ingresar en la Universidad de Coimbra. Se llegó a pedir, incluso, la conversión del colegio en Universidad. Mas no corrían tiempos propicios. La mentalidad de la metrópoli, con relación a la colonia, hacía que apareciese como miope.

En esa época acontenció un suceso debido a algunos resabios de racismo que también se dieron en el colegio de Bahía y en otros. Bajo la presión de varias familias acomodadas, los jesuitas decidieron excluir temporalmente de sus aulas a los alumnos de color, esto es, a negros y mulatos. Los segregados se unieron y recibieron del Rey un despacho, el 20 de noviembre de 1686, en el que se ordenaba no excluir a las gentes de color de la enseñanza, «porque las escuelas de las ciencias deben ser igualmente comunes a todo género de personas, sin excepción alguna».

Entre los rectores del colegio, sobresalieron algunos nombres ilustres: el padre Fernão Cardim, el padre Simão de Vasconcelos, el padre Alexandre de Gusmão y el padre João Antônio Andreoni. En la iglesia del colegio recibió sepultura el gran padre Antônio Vieira. Fueron huéspedes del colegio personas ilustres que iban camino de la Inida y de los territorios españoles, entre ellas arzobispos y obispos, misioneros como San João de Brito (+1694), San Afonso Rodriguez y San João de Castillo (+1628), mártires en Río Grande del Sur, diversos gobernadores y otros.

Digno de mención fue también el colegio de Río de Janeiro, que poseía una excelente biblioteca. En 1638 se introdujo el curso de Filosofía y más adelante el de Teología para los jesuitas y clérigos seglares. Tuvo algunos buenos rectores y profesores, entre ellos el padre Eusébio de Matos, el padre Antônio de Sà y el padre Simão de Vasconcelos. Los colegios de Olinda y de São Paulo tuvieron sus benefactores, mas nunca llegaron a los esplendores antes citados. Otros colegios menores ayudaron igualmente a la instrucción pública del pueblo.

La enseñanza paralela a la de los jesuitas

Así y todo, los ignacianos mantuvieron una especie de monopolio de la enseñanza en Brasil; a despecho de ello, hubo otros maestros,

pues los primeros no podían estar presentes ni atender a todas sus tareas. Por eso hay noticias de maestros de gramática y de las primeras letras en muchos rincones de la colonia. En 1642, el obispo de Bahía decía que en su cabildo no faltaban profesores, y que dos de ellos eran los que se dedicaban a la enseñanza de la Teología. De igual manera, en muchos monasterios y conventos, se daba instrucción tanto para los allí acogidos como para muchos alumnos externos. En las ciudades y en las villas había maestros de gramática y de las primeras letras, principalmente padres. Diogo Lopes Santiago, por ejemplo, historiador de la guerra holandesa, era maestro de gramática y de latín en Olinda.

Autores y obras [2]

Serán citados a continuación autores con obra publicada o manuscrita: el padre Antônio de Araujo (+1632), jesuita y profundo conocedor de la lengua indígena, publicó *Catecismo na língua brasílica* (Lisboa, 1618), reedición en Río de Janeiro, 1952; don Marcos Teixeira (+1624), quinto obispo de Bahía, que fuera profesor de Derecho Canónico en Coimbra, dejó diversos comentarios jurídicos en latín: *Ad titulum de Consanguinitate in Clementis, Ad titulum de Capiendis et distribuendis pignoribus tributorum causa, Ad titulum de Fundis, et saltibus rei dominicae libri II*, etc. Otro jurista ilustre fue el padre doctor Manuel Temudo de Fonseca, gobernador del obispado de Bahía (1628-1630), después vicario general y relator eclesiástico en Lisboa, que publicó *Decisiones et quoestiones Senatus Archiepiscopi Metropolitani Ullysipon. Regni Portugalliae*, en tres tomos, Lisboa, 1642, reeditada en 1734. Fray Critóvão de Lisboa OFM (+1656), misionero y comisario en Maranhão y en el Grão-Pará, publicó una obra muy interesante titulada *Relação dos Animais e Plantas de Maranhão* (Lisboa, 1697), con varios grabados. El segundo prelado de Paraíba, padre doctor Bartolomeu Ferreira Lagarto (+1631), dejó manuscrito un trabajo: *A defensa do Estado do Brasil.* Por padre de la Historia de Brasil se tiene a fray Vicente do Salvador (+1636), natural de Bahía, au-

[2] D. Barbosa Machado, *Biblioteca Lusitana*, 4 tomos, reed. Coimbra, 1966, *História da Companhia de Jesus no Brasil*, vol. VIII y IX; I. F. da Silva, y Brito Aranha, *Dicionário Bibliográfico Português*, 7 vols. (Lisboa, 1858-1862), 15 vols. (Lisboa, 1867-1923); A.V. Blacke Sacramento, *Dicionário Bibliográfico Brasileiro*, 7 vols., Río de Janeiro, 1883-1902.

tor de la conocida *História do Brasil*, publicada en Lisboa en 1889 y reeditada varias veces en Brasil. El padre Luiz da Figueira S.J. (+1643), misionero en Maranhão, escribió *Arte de Gramática da língua Brasílica* (Lisboa, 1687). El prelado de Río de Janeiro padre doctor Lourenço de Mendonça también dejó varios trabajos: *Suplicación a Su Majestad el Rey N. S. o defensa de los Portugueses* (Madrid, 1630); *Por la Administración y prelacía Eclesiástica del Río de Janeyro* (Madrid, 1632); *Súplica*, manuscrito que contiene una especie de apología.

De la oratoria sagrada tenemos algunos ejemplos eminentes. En primer lugar aparece el padre Eusébio de Matos, primero jesuita, después carmelita, del cual fueron impresos algunos sermones: *Ecce Homo* (Lisboa, 1676), que es una serie de sermones hechos y dichos en el colegio de Bahía; *Oração fúnebre mas exéquias de don Estevão dos Santos* (Lisboa, 1675), leído en la sede de Bahía en 1672; *Sermão da Soledade* y otros. Buen orador, fue párroco de Recife el conocido padre licenciado Antônio da Silva (+1696), que publicó una serie de *Sermões das tardes dos Domingos da Quaresma*, leídos en la iglesia de Recife en 1673; dejó escritos, también, una serie de sermones fúnebres. Pero el príncipe de los oradores sacros fue, sin duda alguna, el jesuita padre Antônio Vieira (+1697), que predicó en Brasil, en Portugal y en la propia Roma ante el papa Clemente X. Son tan numerosos sus sermones, por no hablar de sus cartas y de sus tratados, que sería imposible citarlos todos. Pongamos, pues, algunos ejemplos *Sermão pelo bom sucesso das armas de Portugal contra as da Holanda*, dicho en 1640 en la iglesia de Nuestra Señora de la Ayuda en Bahía; *Sermão à Irmandade dos Pretos*, dicho en 1633; *Sermão da Primera Dominga da Quaresma*, leído en San Luis de Maranhão en 1653; *Sermao da Epifanía*, dicho en la capilla real de Lisboa, después de la expulsión de los jesuitas de Maranhão, y otros muchos... El benedictino fray Ruperto de Jesús fue otro orador destacado e ilustre, mereciendo mención su *Sermão da gloriosa madre S. Teresa* (Lisboa, 1697), leído con motivo de la inauguración de la iglesia de los carmelitas descalzos de Bahía. Un párroco bahiano, concretamente de Passé, el padre Lourenço Ribeiro (+1724), vio también publicados algunos de sus sermones: *Sermão do Amparo de María Santísima* (Lisboa, 1686), leído durante las fiestas de la presentación de la sede de Bahía; *Sermão de San Antonio* (Lisboa, 1693), dicho en la iglesia de la cárcel de Bahía; «Sermão de S. João da Cruz» (Lisboa, 1693), etc. Desapareció su obra *Arvore de várias famílias brasilienses*.

La historiografía se enriqueció notablemente con diversas crónicas de gran valor, entre las cuales son dignas de mención las siguientes: el padre Simão de Vasconcelos (1671), jesuita, que publicó *Crónica da Companhia de Jesus no Estado do Brasil* (Lisboa, 1663); *Notícias curiosas e necessárias das coisas do Brasil* (Lisboa, 1668); fray Manuel do Salvador (1654), que ejerció su ministerio en el nordeste, durante la dominación holandesa, escribió *Valeroso Lusitano ou Triunfo da Libertade* (Lisboa, 1647), en el que ofrece una historia de la guerra contra los holandeses y de las persecuciones habidas; Bernardo Vieira Ravasco (1697), hermano del padre Antônio Vieira, nacido en Bahía y secretario de Estado y de Guerra de Brasil, que escribió *Descrição Topográfica, Eclesiástica, Civil e natural do Estado do Brasil*; el misionero diocesano padre Miguel de Carvalho dejó también su importante *Descriçãdos Sertões do Piauí*; fray Martinho de Nantes, misionero capuchino francés, escribió *Relation sucinte et sincère de la mission du Père Martin de Nantes* (Quimper, 1707, reeditado en Bahía en 1952).

En el campo jurídico tenemos también algunas obras muy notables. Baste nombrar la del padre Martim de Mesquita, natural de Río de Janeiro, formado en Roma en la Universidad Sapienza en Filosofía y en Derecho, que escribió en latín *Centuvirale porpugnaculum conclusionum canonico civilum* (Roma, 1662); el padre doctor Pedro Cordeiro Espinoza, natural de las Azores, deán del cabildo de Bahía, dejo escrito su *Comentário às Ordenações do Reino*; el padre Baltazar Duarte S. J. (1705) redactó el *Bullarum collectio* sobre el patronazgo; el canónigo João Borges de Barros (1719), natural de Bahía, formado en cánones por la Universidad de Coimbra, cura y canónigo de Bahía, escribió: *Tratado práctico das matérias beneficiais, Tractatus de Praeceptis Decalogi, Práctica judicial com o furmulário do Provisor e Vigário Geral*, etc.

Tanto la catequesis como la lingüística tuvieron excelentes representantes, entre los que merecen especial mención el padre Luiz Vicente Mamiani S. J. (+1730), natural de Pésaro, en Italia, y misionero en la aldea de Jeru, que publicó el *Catecismo da Doutrina Cristã na Língua Brasílica da Nação Kiriri* (Lisboa, 1698); el padre João Filipe Bettendorff S. J. (+1698), misionero del nordeste, autor de un *Compendio da Doutrina Cristã* (Lisboa, 1687); el padre Pedro Dias (+1700), llamdo el apóstol de los negros, que publicó *Arte da Língua de Angola* (Lisboa, 1697).

Hasta nosotros han llegado, igualmente, trabajos bibliográficos y escritos de ascesis cristiana, mereciendo destacarse de entre ellos los si-

guientes: el padre Simão de Vasconcelos S. J. (+1671) escribió *Vida do Padre João de Almedia* (Lisboa, 1658) y *Vida do Venerável Padre José de Anchieta* (Lisboa, 1672); el presbítero padre Martim da Mesquita nos dejó una *Vida do Venerável Padre Antônio da Conceição*, canónigo de la Congregación Evangélica; el padre Salvador de Mesquita publicó en latín *Labores quinquaginta Christi Servatoris* (Roma, 1665) y apuntes sobre la obra de fray Tomé de Jesús *Trabalhos de Jesus*; el padre Alexandre de Gusmão (+1724) publicó *História do Predestinado Peregrino e seru Irmão Orecito* (Évora, 1685), y *Meditações para todos os dias da semana* (Lisboa, 1689); el padre Antônio Maria Bonucci S. J. (+1729), de Arezzo, en Italia, misionero en Natuba, escribió *Escola de Ben morrer* (Lisboa, 1695).

Hubo también poetas, dramaturgos y pedagogos. Éstos son algunos: el ya citado padre Martim da Mesquita, ilustre poeta latinista, publicó *Tela gratiarum* (Roma, 1665), poema épico en honor del cardenal Antônio Barberini, su benefactor; *Estreum fulmen in Batavorum classem* (Roma, 1677), en donde celebra la victoria de Luis XIV sobre la escuadra holandesa; *Elegía,* en 27 dísticos, para enaltecer el sermón de las *Llagas de San Francisco,* del padre Antônio Vieira (Lisboa, 1673). Su hermano, el padre Salvador da Mesquita, publicó *Sacrificium Jephte Sacrum Drama* (Roma, 1682), y *Egistus, Clytemestra, sive soelerum Sepulchrum, Demetrius, sive perfidia triumphans* y *Perseus, sive innocentia vindicata*; Bernardo Vieira Ravasco, autor de muchos poemas en portugués y en castellano, publicó *Tres Décimas à Senhora D. Isabel, Princesa de Portugal,* en el que aplaude a la mentada señora por haber dado muerte en Salvatierra, de un tiro, a un jabalí; el canónigo José Borges de Barros escribió *A Constância com triumfo* y *Conclusões Amorosas.* El padre Alexandre de Gusmão S. J., en su faceta de educador, publicó *Arte de criar bem os filhos no tempo da Puericia* (Lisboa, 1685). Como poeta satírico y mordaz hay que nombrar, sin duda, a Gregório de Matos Guerra (+1696), que nos dejó innumerables epigramas, poesías y sonetos.

XI

VIDA CRISTIANA DEL PUEBLO DE DIOS

Introducción

La fe de un pueblo se mide por la vivencia cristiana de sus miembros. A partir de esta vivencia debe ser analizado todo el trabajo pastoral de los obispos, de los párrocos, de los misioneros, de los sacerdotes, de los religiosos tanto masculinos como femeninos, y, por supuesto, de los legos. Si se dieron muchos pecados y no pocos abusos, omisiones y resistencias al bien, en un clima desfavorable al desarrollo de la fe y de la piedad cristiana, no menos cierto es que hubo infinidad de buenos cristianos que llevaron con suma seriedad su vocación y su misión, haciendo fructificar muchas buenas obras y la práctica de la virtud cristiana. Por sus frutos se conoce al árbol. Y como hubo muchos frutos buenos, ellos fueron precedidos del sembrar buenas semillas y del cultivo de plantas útiles.

Donde hay hombres, hay también, desde luego, faltas y miserias morales. Las circunstancias del país favorecían los abusos en el campo de la moral, la quiebra de la justicia y la dureza del corazón. Bastaría mencionar las muchas mancebías de hombres casados y solteros que por aquí hubo, la esclavitud de los indios, los anhelos de riqueza a corto plazo, la miseria de los esclavos negros y otros excesos que llenaron de preocupación a los obispos, a los párrocos y misioneros, e incluso a las propias autoridades civiles. No olvidemos, sin embargo, que junto a todo ello floreció el bien, como entre los vicios florecen las virtudes.

PRÁCTICA Y VIVENCIA CRISTIANA

La mayor parte de los católicos del siglo XVII, principalmente los que habitaban en las villas y en los poblados, observaban una asidua práctica cristiana. Rezaban, iban a misa los domingos y fiestas de guardar, recibían alguna vez los sacramentos, oían la palabra de Dios, participaban de las devociones populares y muchos se inscribían en las cofradías y en las hermandades. De la práctica religiosa más esencial tenemos una buena muestra documentada del fin del siglo XVI, incluyendo en ellas a las personas de todas las edades que trabajaron por la fe, de todos los estratos sociales, de diferentes lugares y ambos sexos [1]. Vayan aquí algunos datos: Gonçalo Alvares, notario de la capitanía de Espíritu Santo, de 67 años, confesaba y comulgaba siete veces al año; Antonio Cubas, de 57 años, de São Paulo, confesaba y comulgaba en las cuatro festividades principales de cada año; Duarte Nunes de Cunha, de 33, de Río de Janeiro, comulgaba hasta cinco veces al año; María de Oliveira, de 65 años, de Pernambuco, comulgaba cada 15 días; Aleixo Manuel, 50 años, de Río de Janeiro, comulgaba cinco veces al año; Luis Antunes, de 73 años, de Pernambuco, comulgaba todos los meses; Paulo da Cruz, de 60 años, de Espíritu Santo, confesaba y comulgaba todos los meses; Catarina de Espinha, de 70 años, de Ilhéus, confesaba y comulgaba de cinco a seis veces al año; Melquior Ferreiro, de 80 años, de San Vicente, confesaba y comulgaba ocho veces al año; otros declaran comulgar en Cuaresma «por obligación» y más de una vez al año «por devoción».

Se daban muchas conversiones, principalmente con ocasión de la visita pastoral de los obispos y de los prelados, así como en las misiones populares. La vivencia cristiana de muchas gentes resultaba ejemplar. No sólo entre los blancos, sino también entre los indios y entre los negros y los mulatos. Un autor del siglo XVI, que anduvo por Brasil, afirma que los cristianos, en su gran mayoría, se tratan bien entre sí, se ayudan mutuamente y favorecen a los más pobres [2].

[1] Datos tomados del proceso de beatificación del padre José de Anchieta y de 40 mártires de Brasil, AV, SCRiti, cod. 303, 304ss.

[2] P. Magalhaes Gandavo, *História da Província da Santa Cruz*, Lisboa, 1576, reed. 1859, p. 16.

HERMANDADES Y ÓRDENES TERCERAS [3]

Otra característica del catolicismo colonial fue el gusto por la hermandad o la orden tercera. Existían en todas partes. El «hermano» se sentía más seguro, tenía mayor amparo espiritual y hallaba gran solidaridad humana y cristiana. Desde la colonización de Brasil, en sus inicios, aparecieron en las parroquias las cofradías, después llamadas hermandades. A finales de siglo eran numerosas. Las principales cofradías del siglo XVI fueron las del Santísimo Sacramento, que existía en todas las parroquias, la de San Miguel y la de las Almas, la de la Misericordia, la de San Crispín y San Crispiniano, la hermandad de San Pedro de los Clérigos, para el clero, etc. Hasta los esclavos tuvieron su hermandad, como la de Nuestra Señora del Rosario, en varios puntos e iglesias de la colonia.

Cada hermandad tenía su distintivo y su característica, principalmente en lo que al color se refiere, que podía ser el blanco, el rojo, el verde, el azul, el violeta o el negro. Los «hermanos» participaban activamente en las festividades y en las procesiones. Además de eso, los miembros de la hermandad del Santísimo acompañaban al sacerdote que llevaba el viático a los enfermos; las de San Miguel y Almas tomaban parte en los velatorios y en los entierros; las demás, en las fiestas de sus santos patronos. Los hermanos de la Misericordia atendían a los más desfavorecidos en honor a su nombre. Dieron origen a las misericordias.

LAS MISERICORDIAS [4]

Otra faceta del catolicismo del 1500 en Brasil, fue el empeño de muchos en favor de las obras de caridad, sobre todo en favor de los desvalidos y dolientes. Así aparecen, en primer plano, las llamadas misericordias, que eran hospitales. Ya en 1549 había una en Bahía, pequeña, posteriormente sustituida por otra mayor. Allí eran atendidos los enfermos de la tierra y hasta los de fuera. En ese mismo siglo, el

[3] A. Rubert, o. c., I, p. 260-261.
[4] *Idem, ib.*, pp. 260-261.

XVI aparecen ya las misericordias de Olinda, Santos, Río de Janeiro, Espíritu Santo, Ilhéus y São Paulo, todas de carácter benéfico, humanitario y cristiano. Los capellanes de las misericordias atendían prontamente y con dedicación a los enfermos, administrándoles los últimos sacramentos. Luego les ofrecían sufragios por su eterno descanso, con la ayuda de los miembros de la hermandad. Esos hospitales se mantenían, en la mayor parte de los casos, gracias a las donaciones y a la buena administración de quienes los rigieran. Nuestro primer obispo, don Pedro Fernandes, dejó en herencia todos sus bienes a la misericordia de Bahía y a la de Río de Janeiro; cosa semajante hicieron el obispo don Pedro Leitão y el prelado padre doctor Bartolomeu Simões Pereira. Un gran benefactor de la misericordia de Bahía fue el ilustre Simão da Gama Andrade. Todas las misericordias poseían privilegios reales y pontificios.

La vida litúrgica [5]

La vida litúrgica de los fieles ocupaba un lugar destacado. Las principales fiestas del calendario de la Iglesia eran celebradas de buen corazón, devotamente, por el pueblo católico... Ocupaba un lugar de privilegio la Semana Santa. El Domingo de Ramos servía de preparación a los ritos sacros. Igualmente se celebraba la Eucaristía, con extremada piedad y devoción. Mayor atención, empero, merecía la celebración de las procesiones del Santo Entierro, en las que se dejaban a un lado las diferencias sociales, los odios y los rencores, dando así testimonio de una fe común y de un gran remordimiento ante la tragedia del Calvario. Algo que marcó a muchas generaciones. El Sábado de Gloria también dejó su impronta en el catolicismo brasileño, confiriéndole un matiz de alegría y esperanza. La Pascua de Resurrección se celebraba con misa solemne y la procesión en honor de Cristo resucitado. La Navidad, época siempre teñida de poesía, se celebraba igualmente con enorme solemnidad. De la misma forma, fiestas del calendario litúrgico pasaban a convertirse en celebraciones del patronazgo regio.

[5] *Idem, ib.*, pp. 257-258.

FIESTAS Y DEVOCIONES

Además de las fiestas generales, los obispos tenían la facultad de introducir nuevas fiestas en el territorio de su jurisdicción. Así consta que, a comienzos de 1545, el arzobispo de Funchal mandó se creara la festividad de San Jorge y de San Martinho. El obispo de Bahía, don Antônio Barreiro, en 1576, introdujo la festividad de Santa Úrsula y compañeras mártires, por llevar a Brasil los jesuitas, en 1576, reliquias de esa santa y de las mártires [6]. Pero una de las características del catolicismo es la devoción a Nuestra Señora, invocada bajo los más variados títulos, sobresaliendo el de «Nuestra Señora de la Concepción», titular de muchas iglesias desde los comienzos de la colonización; tales son los casos de Nuestra Señora de la Concepción de Praia, en Bahía, Nuestra Señora de la Asunción, patrona de la primera parroquia de Brasil, la de San Vicente, Nuestra Señora de la Vitória, patrona de Vila Velha, en Bahía y en Espíritu Santo, Nuestra Señora del Rosario, patrona de la parroquia de Várzea, Nuestra Señora de la Presentación, en Passé, Nuestra Señora de la Pena, en Bahía y Porto Seguro, Nuestra Señora del Socorro, en Bahía, Nuestra Señora de la Piedad, en Matuin, Nuestra Señora de la Misericordia, en Santos, Nuestra Señora del Monte, en Bahía, Nuestra Señora de la O, en Paripe, etc.

Gran incremento tuvo también la devoción a los santos. Los preferidos por la población fueron San Amaro, variante portuguesa de San Mauro, estimado como patrón de los marineros, San Antonio, de cepa lusitana, muy venerado e invocado, que se convirtió en el patrón de numerosas iglesias, San Gonzalo, San Miguel Arcángel, los apóstoles Pedro y Pablo, San Bartolomé y Santiago, San Cosme y San Damián, y otros muchos.

En honor de los santos patrones había cofradías y hermandades, que celebraban con mucho boato la solemnidad de sus fiestas, precedidas de novena, con procesión y *Te Deum*. Tenían igualmente gran

[6] Según se acredita, las compañeras de Santa Úrsula eran 11.000 vírgenes. Llegaron a Brasil seis de sus cabezas, como reliquias, en el galeón *San Lucas*, enviadas por San Francisco de Borja, general de la Compañía de Jesús. El obispo introdujo su festividad, siendo culto de precepto en los lugares donde se conservaba alguna de las cabezas. Fueron tenidas por las patronas de Brasil. Posteriormente se fundó una cofradía y se representó el auto de las Once Mil Vírgenes.

presencia social, siendo esas festividades ocasión para que los fieles se encontraran juntos en la celebración y en el rezo, hermanándose esos sentimientos que eran comunes a todos.

Instrucción catequética

La catequesis concernía a la familia y al clero. Desde los primeros tiempos de la colonización, hubo buenos catecismos en Brasil. Entre ellos, el *Catecismo*, con preguntas y respuestas, de don Diogo Ortiz de Vilhegas, *Doutrina Cristã*, de fray João Soares, *Compodio de Doutrina Cristã*, de fray Luis de Granada, *Catecismo da Doutrina Cristã* y *Práticas espirituais*, de fray Bartolomeu dos Mártires, el *Catecismo* dialogado, del jesuita padre Marcos Jorge, ampliado y comentado posteriormente por el padre Mestre Inácio Martims, que resultó ser la famosa «cartilla», tan popular. Para uso del clero se tradujo al portugués el *Catecismo Romano*, fruto del Concilio de Trento. Y en favor de los indios se elaboraron diversos catecismo, como *Suma da Doutrina Cristã*, en tupi, del hermano Pedro Correia, el *Diálogo* o *Suma da Fe*, del padre Luiz de Grã.

Otra forma igualmente válida y útil para la instrucción religiosa era la ofrecida por los sermones, principalmente los que adoptaban forma de modesta homilía durante las misas y las fiestas de guardar.

El canto eclesiástico [7]

La tradición de la Iglesia, desde tiempos inmemorables, introdujo el cultivo del canto en las celebraciones litúrgicas y devocionales. En el Brasil colonial se conservó viva tal práctica. Desde la fundación de las primeras parroquias, se dio ese cultivo del canto sacro. El primer lugar era, claro está, para el canto gregoriano. En San Vicente, en Porto Seguro, en Olinda y en Bahía, se formaron prontamente corales. Había padres y hermanos legos con gran instrucción musical, como el padre Francisco da Luz, organista de la sede de Bahía, el párroco de Bahía Manuel Lourenço, el padre Pedro da Fonseca, organista en la

[7] A. Rubert, II, o. c., II, pp. 265-268.

catedral de Bahía, Francisco das Vacas, maestro de la capilla catedralicia de Bahía, tenido por todos como gran músico... Mas uno de los de mayor prestigio y el encargado de la dirección del coro de la catedral en el siglo XVI, fue Bartolomeu Pires. Don Pedro Leitão fue reconocido como hombre «de muy buena voz». Era sobre todo en Semana Santa cuando más lucían las corales, durante la celebración del Corpus Christi y durante las fiestas patronales.

ARTE CRISTIANO

El arte sacro y la expresión de la religiosidad, son patrominio de un pueblo. Debido al ambiente aún pobre, y a las dificultades de toda índole para hacerse con materiales a propósito, durante los siglos XVI y XVII no hubo en Brasil grandes expresiones de arte sacro. No obstante, se llevaron a cabo construcciones de iglesias, como la catedral de Bahía, la iglesia de Olinda, la de San Sebastián de Río de Janeiro, la de San Cosme y San Damián en Igaraçu, así como otras... Algunas, merced a los materiales usados en su construcción, hubieron de sufrir remozamiento al poco de su erección. Mas el arte se presentaba también en las formas propias a los objetos del culto, en las imágenes y en las alfayas en general, habiendo algunas piezas ya históricas. Los religiosos porfiaban con los obispos y con los párrocos, por la construcción de las iglesias, dándose de ello ejemplos de buen arte.

XII

TESTIMONIOS [1]

Siendo misión principal de la Iglesia la de evangelizar al hombre para llevarlo a la perfección, de tal manera que refuljan en él los esplendores de la santidad, nada mejor, para una Historia de la Iglesia, que la de presentar modelos de vida cristiana auténtica, atletas de la fe, que dieron testimonio de Cristo con su vida y hasta con su sangre. Felizmente, en Brasil, en el siglo xvii, hubo modelos de vida cristiana heroica y de mártires invictos, que supieron vencer las seducciones del mundo y testimoniar su fe y su heroismo. Son ellos las letras capitulares de nuestra Historia. Algunos fueron mártires de la fe, otros practicaron grandes virtudes. Son muchos. No hay aquí espacio para que aparezcan todos.

Entre los héroes de la fe hay algunos que se dedicaron a la vida misionera en las tierras brasileñas, entonces bajo la dominación española, como es el caso de los llamados mártires del sur de Río Grande. Otros sólo estuvieron de paso por aquí, como San João Brito (+1693), huésped del colegio de Bahía, misionero jesuita en la India, donde fue martirizado. Era hijo de un gobernador de Río de Jeneiro. Otros murieron en olor de santidad, como el obispo de Bahía don Marcos Teixeira (+1624), héroe y pastor devoto, que mereció la admiración de cuantos lo conocieron en persona; en olor de santidad murió también en Río de Janeiro el jesuita padre João de Almeida (+1653), antiguo apostol de los carijós; el padre licenciado Antônio de Viveiros, párroco de Paraíba a partir de 1677, llamado «Hombre de Dios»; los dos jesuitas martirizados por los indios, padre Antônio Pereira y padre Bernar-

[1] A. Rubert, o. c. II, pp. 345-349.

do Gomes, en el actual territorio de Amapá; el padre Pedro Dias (1700), jesuita, llamado «apóstol de los negros», tenido por un nuevo San Pedro Claver... Podríamos añadir los nombres de algunos sacerdotes y de no pocos legos, hombres y mujeres, de todas las edades, martirizados por los holandeses calvinistas y por los indios incitados por ellos en Río Grande del Norte, en San Lorenço de Mata, en cabo de San Agostinho y en otras partes.

Damos a continuación reseñas de mártires y de confesores. Hay, entre ellos, obispos, presbíteros del clero diocesano y algún representante de los hermanos legos.

Testimonios de sangre

El padre Francisco Pinto (+1608)

Misionero jesuita [2], natural de Angra, en las Azores, que ingresó en la compañía de Jesús en 1568 en Bahía. Dedicado a su ministerio en la misión, en 1607, junto al padre Luis da Figueira, tomó el camino de Ceará para evangelizar a los indios. Sufrió grandes privaciones y pasó por tremendos peligros. Mas el ardor con que procuraba trabar contaco con los indígenas de aquella región, con el fin de adoctrinarlos, le hacía leve todo padecimiento. Andando estaba por la sierra de Ibiapaba, cuando fue asaltado por indios bravíos. Con la disposición de un mártir auténtico, se preparó para morir, sucumbiendo el 11 de enero de 1608. Sus contemporáneos le consideraron, desde entonces, un mártir de la fe.

San Roque González de Santa Cruz (+1628) [3]

Nacido en 1576 en Asunción, Paraguay, fue ordenado el 25 de marzo de 1599. Tuvo otros dos hermanos sacerdotes, uno de los cuales

[2] «Da Missão que fizeram o Padre Francisco Pinto e Padre Luiz Fifueira ao Rio do Maranhão», en Rev. Inst. Hist. do Ceará, 1902, pp. 249-254; S. Leite, «A Companhia de Jesus no Brasil e a missão dos Padres Francisco Pinto e Luiz Figueira à Serra do Ibiapaba (1607-1608)», en *Brotéria*, vol. 31, 1940, pp. 414-424.

[3] Sobre los mártires de Río Grande hay abudante literatura, sobresaliendo la de P. J. Jaeger, *Os três Mártires*, 2.ª edic., Porto Alegre, s/d.

llegó a canónigo de la catedral y presidió sus exequias. Pronto se ofreció a convertir a los guaraníes, aprendiendo su lengua para ello. Fue nombrado párroco de la catedral de Asunción. Cuando ya había sido hecho vicario general y provisor por el nuevo obispo de la diócesis, ingresó en la Compañía de Jesús para mejor dar rienda suelta a su vocación misionera. Después de pasar algún tiempo entre los temibles guaicurus, se dirigió a Guairá para efectuar su ministerio entre los guaraníes. Fundó varias reducciones, sobresaliendo las de San Ignacio Guaçu. En 1626 navegó por el río Uruguay y por su afluente el Ibicuí, llegando hasta el actual terrotorio de Río Grande del Sur, donde igualmente fundó varias reducciones, en donde antes hubiera aldeas destruidas por los bandeirantes paulistas. Con ardiente celo apostólico se dedicaba a catequizar a los indios y les procuraba mayor seguridad y prosperidad.

Hallándose en Caaró, junto al río Ijuí, donde se propusiera establecer una nueva reducción, el día 15 de noviembre de 1628, después de celebrar misa, fue asaltado por un grupo de indios salvajes, conducidos por su hechicero, llamado Nheçu, y lo mataron a hachazos. Aún se conserva su corazón, que fuera arrojado a las llamas por quienes le dieron muerte. Fue beatificado por Pío XI el 29 de enero de 1934 y canonizado por Juan Pablo II el 16 de mayo de 1988, en Asunción. Se celebra su día el 17 de noviembre.

San Alfonso Rodríguez (+1628)

Nacido en Zamora, España, en 1614, se hizo jesuita y marchó hacia Córdoba, Argentina, donde se preparó para ordenarse sacerdote. Era hombre de mucho fervor. Trabajó durante algún tiempo entre los guaicurus de Chaco. En 1628 era compañero de San Roque González en Caaró. Durante la sublevación de los indios paganos recibió martirio junto al anterior, el 15 de noviembre de 1628, siendo beatificado y canonizado en las mismas fechas.

San João del Castillo (+1628)

Nacido en 14 de noviembre de 1956 en Belmonte, Toledo (España), y de familia distinguida, ingresó en la Compañía de Jesús en 1614,

en Madrid. Dos años más tarde vino a América, estudiando en Córdoba (Argentina) y siendo ordenado sacerdote en 1624. Después de instruir en la fe, durante algún tiempo, a los alumnos del colegio de la Concepción, en Chile, se dedicó a la labor misionera y fue enviado como compañero de San Roque González a las misiones entre los guaraníes. En 1628 estaba destinado en la reducción de San Nicolás, para aprender mejor la lengua de los indios. Trasladado a Pirapó en ese mismo año, allí encontró el martirio y la muerte el 17 de noviembre de 1628, siendo beatificado y canonizado junto a los dos mártires antes reseñados.

El padre Gonçalo Ribeiro (+1643)

Nacido en Amarante, archidiócesis de Braga, en Portugal, llegó a Brasil convirtiéndose en celoso párroco de Santa Luisa de Alagoas del Sur (1623), siendo uno de sus primeros pastores. Aún había allí indios a los que adoctrinar. El 25 de noviembre de 1626 fue trasladado a la parroquia de Nuestra Señora de la Concepción de Alagoas del Norte, convirtiéndose en uno de los primeros párrocos de la misma. Por sus méritos, el 12 de febrero de 1628 fue nombrado párroco de San Lourenço da Mata, en Pernambuco. Quince años llevaba dirigiendo su rebaño cuando los holandeses invasores, incitados por sus predicadores calvinistas, comenzaron a perseguirle. Traicioneramente, le dijeron que debería presentarse ante el Consejo holandés de Recife. Acompañado de 15 flamencos se puso en marcha. Entonces le dijeron que iban a matarlo. Pidió que le dejaran confesarse a Dios y prepararse para morir, ya que no había por allí otros sacerdotes católicos. Después de media hora, se lo llevaron entre unos matorrales y allí fue asesinado en abril de 1643 [4].

El padre Ambrósio Francisco Ferro (+1645)

Siervo de Dios, fue párroco encomendado de Río Grande, hoy Natal. Fue una de las más conspicuas víctimas de la persecución desatada

[4] D.L. Santiago, *História da Guerra de Pernambuco*, Recife, 1984, p. 109.

por los holandeses calvinistas. Habiéndose refugiado, junto a su pueblo, en una fortaleza, cuando los invasores tomaban su villa, le fue dicho que podían salir sin temor alguno, pues se les daría protección. No era más que una trampa para entregarlos a la ferocidad de los indios tapuias, aliados de los calvinistas. Obligados a embarcar en canoa, río Uruaçu arriba, al llegar a cierta altura fueron amarrados y se les hizo objeto de una terrible carnicería. Padecieron enormemente esos héroes de la fe. Primero fueron insultados por los predicadores calvinitas, que pretendieron hacerles renegar de su fe católica. Ante la firmeza de los mártires, dieron en enfurecerse y mostraron toda su crueldad, sobre todo contra el padre Ambrósio, que fue empalado, mutilado y flechado por los indios. Tuvieron que pasar varios días hasta que llegaron los portugeses para dar sepultura a los cuerpos de los héroes de la fe.

> Sobre la tumba donde fue enterrado el padre vicario Ambrósio Francisco Ferro, se encontró, quince días después de su muerte, una gota de sangre aún fresca, sin corromperse, como si acabara de ser derramada [5].

Poco después se iniciaba el proceso canónico para obtener su beatificación.

El padre André de Soveral (+1645)

Siervo de Dios, nacido en San Vicente, litoral de São Paulo, ingresó en la Compañía de Jesús. Aprendió prontamente y bien la lengua indígena. En el 1600 era estudiante de latín en el colegio de los jesuitas de Olinda [6]. Fue ordenado, probablemente, en 1605. En 1606 partió con el padre Diogo Nunes, a pie, en misión hacia el Río Grande. Iban a tierras de los potiguares, siendo bien recibidos allá por donde pasaban. Aún en 1606, según consta, residía en Goiana [7]. Poco después dejó la Compañía de Jesús y se hizo miembro del clero seglar. El 13 de octubre de 1627 fue presentado como párroco de Nuestra Señora de la Purifi-

[5] *Idem, ib.*, pp. 345 y 347; M. Calado, *O Valeroso Lucideno*, vol. 2, Recife, 1985, pp. 151-155.

[6] S. Leite, *História da Companhia de Jesus no Brasil*, vol. 1, p. 583.

[7] *Idem, ib.*, vol. V, pp. 342 y 583.

cación de Cunhaú, en Río Grande del Norte [8], parroquia de la cual, con toda seguridad, fue primer titular, después de haber sido capellán en el ingenio azucarero que le diera nombre. El día 16 de julio de 1645, los feroces indios aliados de los holandeses entraron en la iglesia de Cunhaú y mataron al venerable padre André de Soveral, que contaba con más de 70 años de edad, mientras celebraba la Eucaristía. Junto con él fueron masacrados, también, muchos fieles. Al caer, lo hizo sobre una de las paredes del templo, dejando allí la marca su mano ensangrentada, que estuvo en el lugar durante mucho tiempo [9]. Iniciado el proceso canónico hace largos años, aún se espera su beatificación.

Mateus Moreira (+1645)

Siervo de Dios, lego, hombre simple y profundamente religioso, se hizo célebre por su coraje y firmeza en la denfesa de la fe. Llevado por el padre Ambrósio río Uruaçu arriba, como muchos otros católicos, después de ser llamado papista e idólatra por venerar al Santísimo Sacramento, declinó también renegar de su fe, como le exigían los calvinistas, soportando un cruel y doloroso martirio a manos de los indios y de los holandeses. A Mateus Moreira le abrieron el costado y le arrancaron el corazón. El mártir tuvo aún fuerzas para proclamar su fe en la presencia real de Cristo durante la Eucaristía, diciendo: «Alabado sea el Santísimo Sacramento».

[8] ATT, Chanc. P. Cr., L. 12, f. 233v. Aquí el nombre que aparece es el de Simão Soveral, lo cual no debe ser sino un *lapsus* del escribiente, pues tratándose de un sobrenombre poco común, por el que era conocido *(cochilo)*, resulta fácil la identificación. Además, no aparece otro sucesor del fallecido hasta 1645.

[9] D.L. Santiago, o. c., pp. 236-237. En la página 376 dice el autor contemporáneo: «Los que mataron al padre André de Soveral, en Cunhaú, fueron muriendo poco a poco y rabiando». Se cuenta que los potiguares oyeron decir al padre Soveral que si tocaban las imágenes sagradas se les secarían los brazos. Los tapuias, más bárbaros, no hicieron caso y acabaron por matar al sacerdote.

Testimonios de caridad

El padre João Duarte do Sacramento (+1686)

Nacido en Lisboa, en 1630, fue ordenado sacerdote en 1659, sirviendo de capelllán en la Capilla Real. Por sus deseos de mayor perfección, abandonó la Corte, marchó a las Azores y de ahí siguió hasta Brasil, retirándose a una ermita. Se dedicó también a las misiones entre los indios y otros ministerios. Fundó el oratorio de Olinda, que fue aprobado por el Papa el 17 de julio de 1671, y del que fue primer propósito. Fue también nombrado, por la *Propaganda Fide*, prefecto de las misiones. Dando ejemplo a sus congregados, recorrió centenas de leguas a pie para catequizar a los indios. De vuelta a Olinda se dedicó a perfeccionar sus estudios y fue brazo derecho del primer obispo. La fama de sus virtudes llegó a todos los rincones de la capitanía. Destinado el obispo don Estevão a Funchal, en 1684, fue propuesto como segundo obispo de Olinda y confirmado por el papa Inocencio XI el 10 de septiembre de 1685 [10]. El día en que llegaron las bulas a Olinda, las campanas aún tocaban a muerte pues el 10 de enero de 1686, falleció quien, por sus muchas virtudes, fue llamado «el venerable», que pasó a mejor vida «para recibir el premio que merece por sus méritos y buen ejemplo [11].

El padre João Alvares da Encarnação (+1687)

Nacido el 3 de marzo de 1634 en Tracunhaém, Pernambuco, cuando ya era clérigo se afilió al recién formado oratorio de Olinda. Se distinguió por su gran espíritu de mortificación e intenso celo en la tarea de catequizar a los indios. A petición del obispo don Estevão Brioso de Figueiredo, se dirigió a Ceará donde fundó y remozó las siguientes aldeas misioneras: Paupina, Cocaia, Parangaba, Paramirim, Tapeçurama, Queimada y otras. Sin cuidar de sí mismo, devotamente entregado a la evangelización de los nativos, defendió con valor los bienes y las personas de éstos. Negó los sacramentos a un capitán y a

[10] AV, Fcons., Proc., cod. 83, ff. 346-361.

[11] Existe una larga memoria sobre él en el archivo de IHGB, así como una extensa carta del padre Bartolomeu de Quental.

varios soldados que abusaron de las indias. Recorrió grandes extensiones territoriales, levantando un total de 32 iglesias. Una grave dolencia le obligaó a volver temporalmente a Olinda. Ya reestablecido, volvió a las misiones. Y dice así la crónica:

> Pasados más de treinta años en esta grande misión, por orden de sus superiores fue devuelto a casa, no sin pena de los indios que lo veneraban como a un santo y lo amaban como a un padre.

Falleció en Olinda santamente [12].

Don Matías de Figueiredo e Melo (+1694)

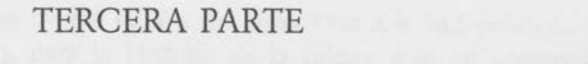
Segundo obispo de Olinda, de acuerdo con todos los testimonios de la época, iba revestido de un halo de santidad. Durante las visitas pastorales, era el misionero que hablaba abrasado por el amor a Dios, el que conmovía a sus oyentes y les hacía llorar lágrimas de penitencia y arrepentimiento... En esas ocasiones, los confesores hallábanse la mar de ocupados. Su vida era, por lo demás, la de un perfecto eclesiástico. Se confesaba a diario, recitaba con extrema piedad el Oficio y celebraba misa con emoción contagiosa. Se mortificaba como un austero asceta. A diario se flagelaba o se inventaba una mortificación especial. Su alimentación era frugalísima, pues apenas tenía tiempo para comer de tanto como se entregaba a las lecturas sagradas, y sólo tomaba agua. Dormía en el suelo, sobre una tosca cubierta hecha de hojas de bambú.

Sintiéndose enfermo, cuando aún no había cumplido los 60 años, preparóse con un fervor grandioso para la muerte. Durante cinco días mandó que se celebraran misas de continuo y recibía la comunión, devotamente, a diario. Después de recibir la unción de los enfermos, repitiendo piadosísimas jaculatorias, con un crucifijo entre las manos, expiró plácidamente asistido por el padre Antônio Maria Bonuci, rector del colegio de los jesuitas, y por sus familiares congregados en torno al enfermo, el 29 de julio de 1694, con fama de santo [13].

[12] También sobre el padre João Alvares hay una memoria en el mentado archivo en la nota anterior.

[13] AP, Miscl. varia, cod. 8, f. 168, donde se encuentra un *Elogium* en latín del padre Antonio Maria Bonucci S. J., que lo asistió en la vida y en muerte, donde dice *Sanctissime in Domino quievit.*

TERCERA PARTE



INTRODUCCIÓN A LA TERCERA PARTE

El período que va de los inicios del siglo XVIII a la independencia de Brasil, en 1822, es, para la Historia de la Iglesia, rico en acontecimientos de especial relevancia. Es un período, bajo muchos aspectos, decisivo. Se dieron en él problemas y tensiones. La Iglesia no pudo tomar iniciativa alguna sin que aparecieran dificultades. Resistió, sin embargo, a las flaquezas internas y a las presiones externas. Hizo grandes progresos, sufrió no pocos embates y logró superar arteras tentaciones.

Entre las principales características de esa época hay que señalar la gran expansión lograda por la Iglesia, la multiplicación de las parroquias y de las nuevas circunscripciones eclesiásticas y, sobre todo, la resistencia ante el absolutismo estatal. Se abrieron para la Iglesia las tierras de la Amazonía, de Goiás, del Mato Grosso, de Minas Gerais, de Paraná, de Santa Catarina y de Río Grande del Sur. En cuanto los misioneros descubrían para la fe regiones amazónicas y otras tierras en el nordeste y en el centro-oeste, los párrocos, además de apacentar a los rebaños de sus anteriores comunidades, iban como pioneros del evangelio a Minas Gerais, Goiás, Paraná, Santa Catarina y Río Grande del Sur. Se crearon los obispados de Belém, de São Paulo y Mariana, más las prelaturas de Guiabá y de Goiás, con los muchos beneficios que eso supuso para los moradores de esos lugares. La fundación de seminarios en Río de Janeiro, Mariana, Belém, Olinda y São Paulo, favoreció la formación de un clero nacional mejor preparado, que contribuyó decisivamente a la independencia del país. Antes de eso, sin embargo, colaboró ese clero como el correo de lugares distantes y aislados. También las órdenes religiosas florecieron por algún tiempo, aumentando el número de sus miembros y de sus obras. Las misiones,

aunque se incrementaron con la llegada de los capuchinos italianos, se resintieron gravemente con la supresión de los jesuitas. Los legos de todas las categorías, incluso los negros y los mulatos, se sumaron a las numerosas hermandades y órdenes terceras.

Hubo, en ese tiempo, construcción de bellas iglesias, ricamente adornadas, gracias al esplendor del ciclo llamado aurífero, o de la explotación de las minas de oro. La enseñanza crecía también y había hombres en las ciudades, de notable cultura. Muchos padres de la Iglesia poseían titulación académica, expedida por la Universidad de Coimbra. Hubo igualmente grandes obispos, sobresaliendo, de entre todos ellos don Sebastião Monteiro da Vide y don José de Matos. Todo parecía llevar a una época próspera. Y a pesar de la realidad de aquel tiempo, ya aparecían, tanto en la sociedad civil como en la religiosa, signos de descomposición y de crisis profunda. Hubo factores externos que influyeron de manera determinante en el proceder de los fieles.

Una de las causas de esa decadencia fue el patronazgo regio mal interpretado y peor aplicado, que desembocó en un absolutismo pleno y estatal. El marqués de Pombal, con su nefasta política, a pesar de las apariencias en sentido contrario, favoreció la decadencia del Estado y de la Iglesia. La expulsión de los jesuitas fue un rudo golpe para la enseñanza en general y para la catequesis de los indios en particular. La forzada retirada de los capuchinos perjudicó igualmente a las misiones, mientras otros religiosos, franciscanos, carmelitas y mercedarios, se adentraban también en un túnel que no conducía sino a la más absoluta decadencia. Hay que destacar, sin embargo, que el clero seglar, mejor formado en los seminarios, que había hecho notables progresos intelectuales, dejó su impronta en Río de Janeiro, Minas Gerais, São Paulo, Santa Catarina y Río Grande del Sur, además de en otros muchos puntos. Fue un siglo de grandes párrocos, de ilustres misioneros y de notables hombres de cultura.

El absolutismo estatal adoptó muchas ínfulas, desanimó a no pocos agentes del Evangelio y favoreció el laicismo. Si ello no es suficiente, cabe señalar que en ese tiempo padeció Brasil los influjos galicanistas y jansenistas. Fue una época difícil para la Iglesia. No obstante, supo superar también ese tiempo, sufriendo pero sin ser abatida.

Entre los años de 1700 a 1822 se derrocharon grandes esfuerzos para la educación espiritual del pueblo brasileño. Fue precisamente en el siglo XVIII cuando quedó inbuido nuestro pueblo de un profundo

sentimiento religioso, merced a las oraciones, y más frecuentemente, a las devociones populares que enraizaban con su índole, llevando a unas celebraciones litúrgicas hechas con gran acento en lo espiritual y con enorme compenetración. También los esclavos negros y los indios aportaron cosas a la formación de algunos aspectos autóctonos brasileños del sentir religioso popular. Hubo mezcla de razas y fusión de sus resquicios religiosos. Al lado de un catolicismo más purificado, se dio también un cierto sincretismo religioso.

A pesar de los percances, se hizo, pues, todo lo posible y lo imposible para que aflorasen las riquezas del espíritu, bien para inspirar nuevos bríos, bien para suprimir los fallos que el tiempo iba dejando.

I

LA ACCIÓN PASTORAL DE LOS OBISPOS DE LAS ANTIGUAS SEDES

El arzobispado de Bahía [1]

Durante el siglo xviii, hasta la independencia del país, el arzobispado de Bahía conoció días de gran brillo y también de clara decadencia, sobre todo en los últimos decenios de la centuria. Después de que pasaran algunos arzobispos, hombres de grandes cualidades espirituales y de notable capacidad para la acción pastoral, vinieron otros menos aptos y menos capaces. Toda la situación político-eclesiástica de Brasil sufrió un considerable desgaste, principalmente a raíz de las medidas absolutistas tomadas por el marqués de Pombal, medidas que se reflejaron en las actividades de la Iglesia y del patronazgo real.

Los esfuerzos de la Iglesia por superar esas crisis no siempre se vieron coronados por el éxito. El propio clero anduvo sujeto a las altas y bajas a que se expuso la colonia hasta 1822. No obstante, en Bahía, única sede metropolitana, se dio una acción que tuvo saludables consecuencias para todo el país. El gran coraje y el espíritu apostólico de dos arzobispos, don Sebastião Monteiro da Vide y don José Botelho de Matos, atenuaron sensiblemente los excesos cometidos por una cierta aplicación del patronazgo e hicieron refulgir el testimonio de fe de muchos miembros del clero, de religiosos de ambos sexos y de legos militantes.

Don Sebastião Monteiro da Vide (1702-1722) [2] nació en Monforte, diócesis de Elvas, en marzo de 1643. En 1659 ingresó en los jesuitas,

[1] A. Rubert, o. c., II, pp. 19-41.
[2] AV, Fcons., Proc., cod., 94, ff. 706-725.

donde estudió durante varios años. Dejó la Compañía de Jesús y siguió durante algún tiempo la carrera militar, que interrumpió para hacer estudios en la Universidad de Coimbra, donde, al menos durante ocho años, cursó Derecho. Fue ordenado presbítero de la diócesis de Oporto el 30 de agosto de 1671. El 4 de marzo de 1673 obtuvo la titulación de doctor en Derecho civil y en Derecho canónico. Era también licenciado en Teología por la Universidad de Évora. Ocupó cargos importantes en la cura de almas y en la administración diocesana. Fue párroco de San Mamede y de Santa Marina en Lisboa, relator eclesiástico y vicario general. Tomó posesión como obispo de Bahía el 10 de mayo de 1701, siendo confirmado por Clemente XI el 8 de agosto de 1701. Tomó posesión de la archidiócesis el 20 de mayo de 1702.

Poco después de tomar posesión de su cargo, partió en visita pastoral por las parroquias de la ciudad y del recodo bahiano, confirmando a más de 9.000 personas. Viendo la necesidad de hacer algunas reformas, y de establecer una pastoral más orgánica, según la sabia tradición de la Iglesia, convocó un concilio provincial, que por falta de *quorum* se transformó en sínodo diocesano (1707). Reclamó, ante el rey don Juan V más parroquias, recibiendo autorización para crear 20 más (en 1718). Construyó el palacio episcopal, cooperó igualmente en la construcción de la iglesia de San Pedro de los Clérigos y ayudó a los colegios de los jesuitas de Bahía y de Cachoeira, puesta la vista, para ello, en la formación del clero diocesano. Recorió, en suma, la práctica totalidad de las parroquias del arzobispado, exactamente 41, administrando la Confirmación a 26.000 personas. En algunas parroquias estuvo hasta tres y cuatro veces. De él se conservan tres relaciones *ad limina*, de 1702, de 1711 y de 1721. Se interesó mucho por las actividades de las religiosas, por la situación de los vaqueros del *sertão*, y por la catequesis de los indios y de los esclavos negros.

Por su apostólico coraje, que le llevó a romper las amarras del patronazgo y a ser amonestado por ello, por el propio don Juan V, llegó a considerársele, ¡una amenaza para el Reino! Era hombre de gran inteligencia y de mucha perspicacia, si bien andaba mal de salud. Después de una larga enfermedad llevada con resignación evangélica, y habiendo recibido los santos sacramentos, entregó su alma a Dios el 7 de septiembre de 1722, siendo sepultado en la catedral metropolitana. Su nombre va íntimamente ligado a las *Constituciones de Bahía*, mereced a las cuales se rigió la Iglesia de Brasil. Durante la vacancia gobernó la

archidiócesis el deán del cabildo, el canónigo doctor Sebastião do Vale Pontes.

Don Luiz Alvares de Figueiredo (1725-1735) [3] fue escogido para suceder a don Sebastião. Nacido en San Martinho de Mateus, Vila Real, en 1670, se doctoró en Cánones por la Universidad de Coimbra el 10 de julio de 1697. Ordenado sacerdote el 26 de diciembre de 1698, ocupó los cargos de párroco de Moncorvo y de San Miguel de Entre Ríos, así como de relator eclesiástico de Braga. Siendo vicario general fue escogido como obispo auxiliar, confirmado el 15 de noviembre de 1716 por Clemente IX como titular de Uranópolis. Consagrado en Lisboa el 30 de noviembre de 1716, ejerció las funciones de rector del seminario y presidente de la Relación Eclesiástica.

Benedicto XIII, después de la presentación regia, lo confirmó como arzobispo de Bahía el 22 de febrero de 1724, con toma de posesión el 27 de noviembre de 1725. Demostró ser un pastor óptimo. En los años siguientes, y en visitas que duraban largos meses, recorrió casi toda la archidiócesis en penosas y sufridas jornadas pastorales, llegando a confirmar, hasta 1733, nada menos que a 61.000 personas. Demostró gran celo en la catequesis y urgió al clero a predicar todos los domingos y fiestas de guardar, además de a enseñar rezos al pueblo, él mismo, en persona. Todos los meses, el clero a su cargo debía reunirse para verificar una serie de conferencias. Tuvo algún que otro disgusto con las órdenes religiosas, siempre prestas a defender sus privilegios. Quebrantado por una serie de enfermedades que padeciera, falleció devotamente el 19 de agosto de 1735, a los 65 años de edad. Éste fue su epitafio: «Primado de América». Esto es, de la América portuguesa.

Fray José Fialho [4] prelado obispo de Olinda, fue trasladado al arzobispado de Bahía tras un período de vacancia de más de tres años. Confirmado el 3 de septiembre de 1738, tomó posesión de su cargo en febrero del año siguiente. Pastor celoso de su ministerio y muy devoto, demostró ser un predicador activo y un visitador incansable, edificando a todos con su modestia y humildad. Por desgracia, su salud hizo que hubiera de ser transferido a la diócesis de Guarda, en 1741, falleciendo

[3] *Idem, ib.*, cod., 105, ff. 668 ss.

[4] Fray J. da A. Campelos, *Epitome histórico da vida do arcebispo da Bahia D. Frei José Fialho*, 1740.

en Lisboa el 18 de marzo de 1841, antes de que tomara posesión de su nueva diócesis. Felizmente, con la toma de posesión el 5 de mayo de 1741, llegaba otro gran obispo, *don José Botelho de Matos* [5], nacido en Lisboa en 1678, alumno de la Universidad de Coimbra, doctor en Filosofía y bachiller en Cánones. Fue ordenado presbítero el 6 de agosto de 1703 por don João Franco de Oliveira, arzobispo que fuera de Bahía y a la sazón obispo de Guarda, donde el electo fue canónigo doctrinal, profesor del seminario, vicario general, gobernador del obispado y vicario capitular en 1715. Fue confirmado por Benedicto XIV el 2 de enero de 1741, siendo consagrado en Lisboa el 5 de febrero siguiente por el cardenal-patriarca don Tomás de Almeida. Tenía entonces 63 años de edad. Veló porque el clero fuera ilustrado y limpio, animó la vida religiosa femenina fundando varios conventos, guardó el culto divino y cuidó mucho de las misiones entre los indios. En 1745 contaba la archidiócesis con 250.000 habitantes, con nueve parroquias en la ciudad y con 59 en el interior, todas dirigidas por padres seglares, además de con 24 aldeas de indios ya cristianizados, dirigidas por las órdenes religiosas, menos unas pocas que estaban a cargo de los padres seglares. Había muchos esclavos. Visitó casi toda la archidiócesis, confirmando a más de 60.000 personas. Se hacía acompañar de valientes misioneros, de padres seglares como el padre doctor Antônio de Oliveira, y por frailes capuchinos, de entre los que cabe señalar al muy piadoso prudentísimo fray Buenaventura de Occimiano. Con el apoyo de los jesuitas consiguió erigir el seminario mayor de Nuestra Señora de la Concepción, que duró poco tiempo habida cuenta de la expulsión de los ignacianos. Mandó visitadores al *sertão* y predicadores populares a las parroquias. Obtuvo grandes facultades de la Santa Sede en favor de su pueblo. Tuvo también diversas conceciones eclesiásticas.

Viéndose obligado a hacer frente al absolutismo del marqués de Pombal, ante la expulsión de los jesuitas, se negó a actuar contra ellos por lo que sufrió persecución y llegó a ser privado de sus emolumentos y llamado a capítulo ante la Corte [6]. Antes de manchar su concien-

[5] *Idem, ib.*, cod., 128, ff. 318-337. A. Rubert, «Dom José Botelho de Matos», en rev. IHGB, n.º 87 (1978), pp. 105-123.

[6] El nuncio de Lisboa, en carta dirigida al secretario de Estado de su santidad (20-XI-1759), dice que el arzobispo «no obedeció las instrucciones del cardenal visitador de suspender a los padres, diciendo que en su conciencia no encontró en su diócesis lo que otros encontraron desde Portugal», AV. Nunz, Port., doc., 202, f. 24 v.

cia, el venerado arzobispo, el 7 de enero de 1760, con gran conmoción entre el clero y sus fieles, renunció a su cargo [7], retirándose a una humilde cabaña junto a la iglesia de Nuestra Señora de la Peña, de Itapagipe, dedicándose a la oración y a la caridad, falleciendo el 22 de noviembre de 1767. Fue, sin duda, un símbolo de la libertad de la Iglesia ante las mordazas del absolutismo estatal.

Fray Manuel de Santa Inés, carmelita descalzo, obispo de Angola, fue rápidamente nombrado sucesor por la Corte. Nacido en Cascais (Lisboa), en 1704, ordenado el 7 de junio de 1728, ocupó diversos cargos en su orden. Fue confirmado por Benedicto XIV el 15 de diciembre de 1745 y consagrado al año siguiente en Lisboa por el cardenal-patriarca. El 21 de noviembre de 1759 fue presentado por el Rey como arzobispo de Bahía. Pero la Santa Sede no le confirmó [8], a pesar de las muchas presiones de Portugal. Tuvo que gobernar la archidiócesis, durante muchos años, por delegación en el cabildo. Al cabo, fue confirmado por Clemente XIV el 6 de agosto de 1770. Adoptó algunas medidas de disciplina contra los religiosos, transfirió a la catedral la magnífica iglesia del colegio de los jesuitas (1765) y falleció el 22 de junio de 1771. Le sucedió *don Joaquim Borges de Figueiroa* (1733-1780), nacido en Lisboa en 1712, doctor en Derecho por la Universidad de Coimbra, teólogo de la nunciatura, ordenado presbítero el 23 de septiembre de 1770 y confirmado por el obispo de Mariana el 17 de junio de 1771. Fue consagrado en Lisboa el 27 de octubre de 1771, tomando posesión por poderes.

Destinado a Bahía, tomó posesión de su cargo el 3 de febreo de 1772. Recorrió largamente la archidiócesis, comenzando por la propia ciudad, y adentrándose luego en zonas más remotas, para dar la confirmación a más de 26.000 personas, cayendo enfermo a causa del mucho calor. Se interesó en la fundación de un seminario, solicitando del Rey la cesión del antiguo colegio de los jesuitas. Obtuvo lo que pedía pero nada más. Empeñado en la reforma de las órdenes religiosas, que mostraban una franca decadencia en Brasil, no cosechó sino amarguras. Ya

[7] Al renunciar, la archidiócesis de Bahía contaba con 78 parroquias, de las cuales 10 habían sido creadas por el arzobispo que renunciaba, así distribuidas: nueve en la ciudad, 22 en el recodo, 13 en las villas y poblados del sur, 18 en el *sertão* De Baixo y 16 en el *sertão* alto. Las comarcas eclesiásticas eran 27. En Sergipe puso el arzobispo a un vicario general.

[8] En Roma se desconfiaba de que el arzobispo anterior fuera obligado a abdicar, AV, FCons., Acta (1760), I, ff. 317-339.

mayor, y a causa de varias enfermedades que tuviera, presentó la renuncia, aceptada por la Santa Sede el 13 de julio de 1778, si bien continuó en Brasil hasta 1780, año en el que el Rey envió como sucesor a *fray Antônio de San José*, un agustino, que fuera anteriormente obispo de Maranhão, y que falleció apenas un año después de la toma de posesión de su cargo. El obispo Figueiroa, consciente de que el cabildo quería asumir el gobierno de la archidiócesis antes de su partida, protestó enérgicamente en carta del 10 de febrero de 1780. Partió poco después, sin embargo, falleciendo en Lisboa el 25 de septiembre de 1786, casi con 75 años. Cada vez se acentuaba más la decadencia en todos los sectores.

Fray Antônio Correa (1781-1802) [9], natural de Oporto (1721), agustino, doctor en Teología, ordenado sacerdote el 19 de junio de 1746 fue el nuevo arzobispo. En su orden fue prior y definidor. Confirmado por el Papa el 13 de diciembre de 1779, fue consagrado el 9 de abril de 1780, tomando posesión de la archidiócesis el 24 de diciembre de 1781. Aunque era hombre pío y celoso de su ministerio, no obtuvo mayores resultados pastorales. Visitó gran parte de la archidiócesis, luchó contra la relajación de las costumbres, fue caritativo para con los pobres y obtuvo, merced a la autorización pertinente de la Santa Sede, la festividad eclesiástica para varios santos. Hubo de asumir temporalmente el gobierno, en ausencia del virrey. Falleció el 12 de julio de 1802, a los 81 años de edad. Le sucedió el benedictino *fray José de Santa Escolástica* (1805-1814) [10], nacido en Oporto (1742), ordenado sacerdote el 21 de abril de 1767, y que fuera profesor de la orden y enemigo acérrimo de las doctrinas jansenitas. Presentado por el obispo de Olinda, al poco fue transferido al arzobispado de Bahía, siendo confirmado el 28 de marzo de 1804 por Pío VII y consagrado en Lisboa el 17 de junio del año siguiente. Tomo posesión personal de la archidiócesis el 12 de junio de 1805. Sin obrar grandes cosas, escribió algunas cartas pastorales, asumió durante algún tiempo el gobierno civil, recibió a don Juan VI, que arribó a Bahía huyendo de Portugal ante la invasión napoleónica, creó y confirmó canónicamente varias parroquias y autorizó la transferencia de sedes parroquiales a lugares más desarrollados económicamente. Falleció el 3 de enero de 1814 y fue sepultado en el monasterio de San Bento.

[9] AV, FCons., Proc., cod. 166, ff. 266-285.
[10] *Idem, ib.*, cod. 207, ff. 509 ss.

Costó mucho encontrar nuevo arzobispo, que no fue otro sino el franciscano *fray Francisco de San Dámaso de Abreu Vieira* (1815-1816), nacido en Guimarães (1767), archidiócesis de Braga, ordenado el 2 de junio de 1792, doctor en Teología por la Universidad de Coimbra (1796), profesor de su orden, que no gozó de mucho reconocimiento. Presentado como obispo de Malaca y consagrado el 27 de enero de 1805 en Lisboa, por don Lourenço Caleppi, nuncio apostólico, nunca fue personalmente a su diócesis, quedándose en Portugal hasta 1813, cuando llegó a Brasil, siendo presentado como arzobispo de Bahía al año siguiente, aunque sin que fuera confirmado por la Santa Sede. Don Juan VI lo introdujo en el gobierno como vicario capitular, no sin las protestas del nuncio. Albergaba ideas jansenitas y galicanistas. Finalmente, Pío VII, mediante un breve del 15 de mayo de 1815, solventó la situación confirmándole. La única cosa de relevancia que hizo fue inaugurar el seminario mayor de San Dámaso de Bahía en 1815, gracias a una donación del canónigo Tales Menezes. Falleció de muerte súbita, luego de un baño en el mar, el 18 de noviembre de 1816. Diez años después el Rey presentó al capellán de la Corte, el oratoriano *padre João Mazoni*, que no aceptó. Finalmente, después de una larga vacancia, el 28 de agosto de 1820, fue confirmado por Pío VII *fray Vicente da Soledade e Castro*, benedictino, natural de Oporto (1763), consagrado el 22 de noviembre de 1820, que tomó posesión de su cargo por poderes el 4 de julio de 1821... Con la independencia nacional dejó Lisboa de hacer nombramientos según sus preferencias políticas. El último obispo de la colonia falleció en 1822.

Fue una pena que, luego de su gran importancia pastoral, el arzobispado de Bahía viera en su sede a una serie de pastores poco preparados para apacentar a las numerosas ovejas de aquel tiempo. La decadencia fue rápida. Cuando el país accedió a su independencia, la situación religiosa de Bahía era desalentadora.

El obispado de Río de Janeiro [11]

Sin lugar a dudas, el extenso obispado de Río de Janeiro, como sede del virreinato, y después de la propia Corte real, tuvo enorme im-

[11] A. Rubert, o. c., II, pp. 41-59.


OCÉANO
OBISPADO DE PARÁ
Cametá
Belém
S. Luis
Fortaleza
OBISPADO DE MARANHÃO
Oeiras
OBISPADO DE PERNAMBUCO
Natal
Paraíba
Olinda
Alagoas
ARZOBISPADO DE BAHÍA
Sergipe
Salvador
S. José do Tocantins
Lapa
Cuiabá
Ilhéus
Paracatú
Porto Seguro
OBISPADO DE RÍO DE JANEIRO
Caravelas
Mariana
Vitória
Campos
Río de Janeiro
S. Paulo
Cabo Frío
Santos
Angra
Paranaguá
S. Francisco
Desterro
Laguna
ATLÁNTICO
Río Grande
Colónia do Sacramento
BUENOS AIRES
OBISPADOS DE BRASIL EN LA ÉPOCA DE CREACIÓN DE NUEVAS DIOCESIS.(1745)
OBISPADOS.
ARZOBISPADOS.

portancia para la Iglesia y para su acción en todo el sur de la colonia. Merced a las cualidades de sus obispos, demostró, en ciertos períodos un vigor inusitado y desconocido en otras partes. Fue el primer obispo de este período que aquí se contempla *don Francisco de San Jerónimo* (1702-1721) [12], natural de Lisboa, canónigo secular de San Juan Evangelista, ordenado el 19 de septiembre de 1671, doctor en Teología, profesor y rector, dos veces general de la congregación... Presentado como obispo de Malaca en 1685, no aceptó el cargo. Presentado como obispo de Río de Janeiro, fue confirmado por Clemente XI el 8 de agosto de 1701 y consagrado el 27 de diciembre siguiente. Tomó posesión de su cargo el 11 de junio de 1702. Fue hombre piadoso y de notable celo apostólico, aunque de salud precaria. Visitó parte de la diócesis, mandando visitadores a otras zonas. Erigió muchas parroquias, veló por la correcta formación del clero y obtuvo la iglesa de Nuestra Señora de la Concepción, que fuera de los capuchinos, como pertenencia de la sede episcopal. Sufrió mucho durante la invasión francesa de 1710 y, como fueran los galos expulsados al fin el 19 de septiembre, introdujo la festividad de San Jerónimo, a quien se atribuyó la victoria. En tres ocasiones hubo de asumir temporalmente el gobierno civil. Falleció santamente el 7 de marzo de 1721, a los 83 años. Fue elegido vicario capitular y deán del cabildo el *padre doctor Gaspar Golçalves Araujo*. Transcurrida una vacancia de cuatro años llegó el nuevo obispo, en la persona de *fray Antônio de Guadalupe* (1725-1740) [13], franciscano, nacido en Amarante, archidiócesis de Braga (1672), formando en Leyes, que ejerciera la magistratura y que había ingresado en los franciscanos en 1701, siendo ordenado en 1705. Se dedicó, fundamentalmente, a las misiones populares. Presentado como obispo de Río de Janeiro, fue confirmado por Benedicto XIII el 23 de enero de 1725 y consagrado el 13 de mayo siguiente en Lisboa por el cardenal don Tomás de Almeida, tomando posesión de su cargo el 4 de agosto siguiente. Empeñóse en conocer personalmente a sus ovejas, visitó las parroquias del recodo y de la altiplanicie, yendo hasta tres veces a Minas, para predicar y fundar nuevas parroquias. Era hombre severo y firme en la administración de la justicia. En la distribución de los cargos eclesiásticos obraba concedién-

[12] AV, FCons., Proc., cod. 94, ff. 726-737.

[13] *Idem*, Dat., cod. 102, ff. 45 ss y 3.122; Pizarro, *Memorias Históricas*, vol. 4, cod. III, pp. 123 ss.

doselos sólo a los más capaces y dignos. Mostraba gran caridad para con todos, se empeñó, también con grandes sinsabores, en la reforma de su propia orden franciscana. Fundó el seminario tridentino de San José de Río de Janeiro (1739) y dos orfelinatos. Publicó varias pastorales y ya cansado, con el amor de su vasta grey fluminense, fue trasladado al obispado de Viseu, en el Reino. Nada más arribar a Lisboa, enfermó gravemente y murió el 30 de agosto de 1740 a los 68 años de edad.

El nuevo obispo fue el carmelita descalzo *fray João da Cruz*, natural de Lisboa (1649), ordenado el 4 de marzo de 1719, ocupando cargos de profesor, de prior y de definidor de la orden. Confirmando el 19 de diciembre de 1740, recibió la ordenación episcopal en Lisboa el 5 de febrero de 1741, de manos del cardenal-patriarca don Tomás de Almeida. Llegó a Río el 19 de mayo, tomando posesión de su cargo inmediatamente después. Mostró gran celo y visitó gran parte de la diócesis, especialmente la región de Minas, erigiendo parroquias y animando a las misiones populares. Construyó el convento de la Ayuda. Por motivos de salud se vio en la obligación de presentar la renuncia de 1745, pasando a la gobernación de la sede el canónigo *don Henrique Moreira de Carvalho*. En 1750, fue nombrado obispo de Miranda [14], donde falleció el 20 de octubre de 1750. El nuevo obispo fue *fray Antônio do Desterro Malheiros* (1746-1773) [15], benedictino de Viana de Lima, ordenado en 1718, doctor en Teología, profesor y abad. El 7 de septiembre de 1748 fue confirmado por el obispo de Angola y consagrado en Lisboa el 25 de enero de 1739, siendo transferido a Río de Janeiro el 15 de diciembre de 1745, con toma de posesión solemne el 1 de enero de 1747 [16]. Dejando a un lado algunas ideas de cuña jansenita que abrigase y su actitud ante la expulsión de los jesuitas, fue, sin duda, un pastor erudito, de gran virtud y clarividencia. Trabajó mucho por el perfeccionamiento del clero y de los fieles, erigió parroquias y curatos en los lugares más distantes, proveyéndoles buenos pastores. Cuidó de la enseñanza del catecismo, de las misiones y de la dignidad del culto divino. Muchas pastorales ayudaron al manteni-

[14] J. de Castro, *Bragança e Miranda*, Oporto, 1947, pp. 317 ss.

[15] AV, FCons., Proc., cod. 124, ff. 27 ss., Consist. Secreta (1745-1746), f. 30, Acta Camer, cod. 32, f. 357.

[16] Relación de entrada que hizo el Excmo. Revmo. fray Antônio de Desterro Malheiros, tomado del doctor L. A. Rosada da Cunha, el primer opúsculo impreso en Brasil.

miento de la disciplina de la diócesis. Al morir, se hallaba en paz en el seno de su rebaño. Fue un gran benefactor, que dio abrigo y alimento a las viudas y a los huérfanos. Fue benefactor, igualmente, de muchas iglesias y conventos. Legó al seminario una propiedad más que notable. Fue excelente orador y participó en el gobierno civil por pura necesidad. Extenuado por las fatigas apostólicas, entregó su alma al Señor el 5 de diciembre de 1773, poco antes de cumplir los 80 años.

Don José Joaquim Mascarenhas Castelo Branco (1773-1805)[17] fue el primer brasileño en ocupar el solio fluminense y el segundo del clero seglar. Nacido en Río de Janeiro el 23 de agosto de 1731, era de familia distinguida. Después de cursar estudios en el colegio de los jesuitas, se matriculó en la Universidad de Coimbra, donde se hizo doctor en Cánones, el 20 de novimebre de 1756. Ordenado sacerdote el 20 de octubre de 1754, fue diputado de la Inquisición de Évora, promotor del mismo Tribunal e inquisidor de Lisboa. Desde 1756 era deán del cabildo de Río de Janeiro. Presentado como obispo coadjutor de Río de Janeiro, fue confirmado por Clemente XIV el 20 de diciembre de 1773 como obsipo titular de Tipasa, siendo consagrado por el cardenal-arzobispo de Évora don João da Cunka el 30 de enero de 1774. Al llegar a Brasil ya había fallecido su antecesor y tomó posesión como obispo diocesano el 29 de mayo de 1774.

Como el anterior, por motivos de salud y por la necesidad de su presencia en Río de Janeiro, sólo visitó las parroquias de la ciudad y del recodo, mas envió visitadores a todos los puntos y rincones de la diócesis, seleccionando para ello a los eclesiásticos más capaces. Sometió a exámenes a todo el clero, hallando mucha resistencia por parte de los sacerdotes. Su mayor mérito fue el de saber reorganizar el seminario diocesano de San José, añadiendo nuevas disciplinas a su plan de estudios: Geografía, Cosmología, Historia natural, Retórica y Filosofía. Dio incentivos al estudio de la Teología moral y de la Liturgia, por lo que, en términos generales, contó con la ayuda de un clero bien preparado que causaba admiración a quienes llegaban de fuera. Presidió los inicios del noviciado y de la profesión de las primeras religiosas del convento de Santa Teresa. Fue nombrado reformador apostólico de los carmelitas observantes, que se hallaban en franca decadencia. Tam-

[17] AV, FCons., Proc., cod. 165, ff. 437 ss.

bién los franciscanos le dieron mucho que hacer. Más de una vez pleiteó contra el ambiguo ejercicio del patronazgo e hizo ver a todos la inconveniencia de ciertas medidas que generaban indisciplina y perjuicios pastorales. Sin alardes, dio muestras de una gran caridad. Erigió innumerables parroquias, remodeló la residencia episcopal y dejó a la diócesis como heredera de cuanto poseía. Pasó los últimos años de su vida enfermo, y falleció el 28 de enero de 1805 a los 74 años de edad.

El nuevo obispo, también perteneciente al clero seglar, fue *don José Caetano da Silva Countinho* (1808-1833) [18], nacido en Caldas da Rainha, Portugal, en 1678 y ordenado el 23 de febrero de 1793, después de haberse doctorado en Derecho Canónico en Coimbra. Aunque no tuviera relevancia especial, vivía estudiando y atendiendo a su parroquia natal, distinguiéndola en la catequesis y como predicador. Ya en 1804 fue presentado por el príncipe regente don Juan VI como arzobispo de Graganor, en la India, mas el 8 de enero de 1806 fue designado para ocupar la sede de Río de Janeiro, recibiendo la ordenación episcopal el 15 de marzo de 1807. Tomó posesión personal el 28 de abril de 1808. Se mostró celoso pastor y gran visitador de su rebaño. Hombre culto y de formación ascética, desarrolló una enorme actividad. Con el traslado de la Corte portuguesa a Río, a la par que algunas ventajas, hubo también inconvenientes, pues el obispo recibió el nombramiento como capellán mayor de la Corte (el 13 de junio de 1808) y hubo de tomar parte en todos los fastos de la misma. Fue presidente del Tribunal de Conciencia y Órdenes, del cual acabó dimitiendo, diputado, senador y presidente del senado en el Primer Imperio. No obstante, se empeñó en la reorganización de los seminarios de San José, de San Joaquín y de Lapa, exigiendo de los ordenados la debida formación científica y la dignidad suficiente en sus vidas. Hasta 1824 creó diversos curatos y 29 parroquias. Hizo largas y penosas visitas pastorales, llegándose hasta Río Grande y Santa Catarina. Aunque sospechoso de albergar también ideas jansenitas, fue él quien sugirió a la Santa Sede no conceder al emperador de Brasil el derecho al patronazgo, además de escribir al Papa una bella carta de adhesión. Habiendo cumplido muchos méritos, falleció el 27 de enero de 1833. A finales de la época colonial, la diócesis de Río de Janeiro contaba con 117 parroquias, de las cuales

[18] *Idem, ib.*, cod. 207, ff. 517-533.

13 estaban en Santa Catarina y 20 en Río Grande del Sur, además de 21 comarcas eclesiásticas. Fue electo vicario capitular *monseñor doctor Francisco Correa Vidigal.*

El obispado de Olinda [19]

Fue una pena que diversas agitaciones político-sociales convulsionaran la vasta región del obispado de Olinda, sufriendo muchos obispos amargos sinsabores. No obstante, hubo también mucho trabajo pastoral que hacer y se dieron loables esfuerzos en aras de la necesaria disciplina de la Iglesia. Después de una prolongada vacancia de seis años, fue presentado como nuevo obispo el presbítero secular *don Manuel Alvares da Costa* (1710-1720) [20] nacido en Lisboa (1651), doctor en Derecho civil y en Derecho canónico, ordenado el 26 de julio de 1674, ocupando posteriormente los cargos de párroco de Santa Justa y de Santa Marina, en Lisboa, juez de la Nunciatura, senador de la Relación eclesiástica y vicario general. Confirmado como obispo de Olinda el 7 de junio de 1706, recibió la ordenación episcopal el 27 de febrero de 1707, de manos del nuncio cardenal Miguel Angelo Conti, futuro papa Inocencio XIII. Tomó posesión de la diócesis el 8 de febrero de 1710. Desgraciadamente, su episcopado coincidió con la llamada «guerra de los Mascates», que neutralizó sus esfuerzos para lograr la paz y desempeñar sus actividades pastorales. Asumió el gobierno civil de la capitanía, en un afán vano de apaciguar los ánimos. El propio clero se apuntó a la guerra. El obispo fue víctima de la complicada situación que se crease, y fue acusado injustamente en muchas ocasiones, llegando a ser desterrado a 100 leguas de la sede episcopal. Volvió en 1714, siendo recibido con gran júbilo por el pueblo. Después fue llamado ante la Corte. Partió en 1715, entregando el gobierno de la diócesis a *fray Manuel de Santa Catarina*, carmelita, y después obispo de Angola. Finalmente, en 1720, fue destinado a Angra, en las Azores, donde falleció el 10 de enero de 1733.

[19] A. Rubert, o. c., II, pp. 59-73.
[20] AV, FCons., Proc., cod. 99, ff. 410-422.

Después de una nueva y prolongada vacancia, arribó *fray José Fialho* (1725-1739) [21] cisterciense de Alcobaça, nacido en Nova Cerveira (1673), archidiócesis de Braga. Confirmado por Benedicto XIII el 21 de febrero de 1725, recibió la ordenación episcopal en Lisboa el 8 de abril de 1725 de manos del cardenal-patriarca don Tomás de Almeida. El 21 de noviembre siguiente tomó posesión de la diócesis. Fue celoso pastor y hombre de vida ejemplar. Procuró mejorar al clero y reformar las costumbres relajadas de los fieles. En 1730 el obispado de Olinda tenía 45 parroquias y 40 aldeas de indios, dirigidas por religiosos y padres diocesanos. Por las visitas pastorales hechas a las villas y al *sertão* llevó mucho bien a los fieles, pues tenía fama de santo. El 3 de septiembre de 1738 fue promovido al empleo de arzobispo de Bahía, dejando con mucho pesar a su rebaño pernambucano.

El carmelita descalzo, *fray Luiz de Santa Teresa* (1739-1757) [22], fue el nuevo obispo de Olinda, nacido en Lisboa (1693), y que hiciera la primera parte de su carrera civil como profesor, corregidor y presidente de la provincia de Coimbra. Tras ingresar en los carmelitas, se ordenó sacerdote el 25 de marzo de 1724, desempeñándose como profesor de Filosofía y como misionero popular. El 3 de septiembre de 1738 Benedicto XIII lo confirmó como obispo de Olinda, recibiendo la consagración el 14 de diciembre siguiente en Lisboa, con toma de posesión el 29 de julio de 1739. Aunque celoso y dinámico, no encontró apoyo por parte del gobierno ni de los diocesanos, con el que hacer frente a los muchos obstáculos que tuvo ante sí, padeciendo no pocos sufrimientos por ello. Después de haber preparado con mil sacrificios un seminario, no alcanzó del Rey la preceptiva autorización para inaugurarlo. Fue molesto para muchas autoridades civiles y también para ciertos religiosos, cuyas órdenes él quería perfeccionar. Visitó gran parte de la diócesis en misión evangélica, predicando y confesando a los fieles. Trajo de Portugal varios y buenos sacerdotes, provocando con ello el resentimiento y las acusaciones más injustas para con su persona por parte del clero de la tierra. Los canónigos, por ejemplo, siempre se opusieron a los planes del obispo, por ser reformadores. Después de haber nombrado un obispo coadjutor, y por causa de las acusaciones

[21] *Idem, ib.*, III, ff. 412-420, Dat. Apost., Proc., cod. 102, ff. 33 ss.
[22] *Idem,* FCons., Proc., cod. 124, ff. 608-627.

de que fue objeto, el Rey lo llamó a Lisboa, en donde falleció tres años más tarde, el 17 de noviembre de 1757. Le sustituyó el presbítero secular *don Francisco Xavier Aranha* (1757-1761)[23], natural de Arrouche, obispado de Portalegre, doctor en Cánones por Coimbra, ordenado el 24 de agosto de 1821. Ocupó muchos e importantes cargos: canónigo, deán del cabildo, relator, provisor, y vicario general y vicario capitular de Miranda. Confirmado como obispo titular de Termópolis por Benedicto XIV el 11 de diciembre de 1754, recibió la ordenación episcopal en Lisboa el 21 de julio de 1754. Tomó posesión de su cargo el 3 de diciembre de 1754, sucediendo al obispo anterior en 1757. Gobernó acertadamente a la grey pernambucana. Organizó las parroquias, instruyó al clero y al pueblo por medio de las pastorales, corrigió abusos e hizo valer en todo momento la justicia eclesiástica, mas, a pesar de no haberse mostrado servil para con las autoridades civiles, se acobardó ante la persecución y posterior expulsión de los jesuitas. Después de que fueran expulsados los ignacianos, erigió en las parroquias muchas aldeas de indios. Empeñado en la formación del clero, construyó una matriz seminarial en 1766 con 50 candidatos al sacerdocio. Ordenó la prédica por las misiones populares. Falleció el 5 de octubre de 1771 a los 79 años de edad. Para sustituirle, el Rey presentó a *fray Francisco da Assunção Brito*, agustino, natural de Ouro Preto (Oro Negro) en Minas, confirmado el 8 de marzo de 1773 y consagrado el 5 de diciembre de ese mismo año. Tomó posesión por poderes pues, casi de inmediato, fue transferido al arzobispado de Goa. Nuevmente era nombrago obispo un brasileño, en la persona de *don Tomás da Encarnação Costa e Lima* (1774-1784)[24], canónigo regular, natural de Bahía (1723), ordenado el 1 de mayo de 1748, doctor en Teología, autor de una Historia eclesiástica de Portugal. Lo confirmó Clemente XIV el 18 de abril de 1774 y se consagró el 29 de mayo de 1774, tomando posesión de la diócesis el 4 de septiembre siguiente. Fue también hombre asaz celoso, creó diversas parroquias, visitó la diócesis, abolió algunas excomuniones anteriormente hechas y adoptó medidas disciplinarias para la regeneración del clero y de los fieles. Lamentablemente, tan ilustre prelado, amigo del marqués de Pombal, poseía fuertes resabios

[23] *Idem, ib.*, cod. 144, ff. 105 ss.
[24] *Idem, ib.*, cod. 165, ff. 144-165.

jansenitas; por ello era enemigo declarado de los jesuitas [25]. Trató bien a los pobres, eso sí, y a los esclavos. Falleció en la sede episcopal el 14 de enero de 1784 a los 60 años de edad.

Dos años más tarde llegaba a la diócesis *don Diogo de Jesus Jardim* (1786-1793) [26], nacido en Sabará, Minas Gerais, religioso de la orden de San Jerónimo, doctor en Teología, ordenado sacerdote el 13 de abril de 1754. Fue prior de monasterios y general de la orden, pasando por persona instruida y prudente. Confirmado por Pío VI el 14 de febrero de 1784, se consagró en Lisboa el 17 de abril siguiente. Tomó posesión de su diócesis el 1 de diciembre de 1786. No pudo hacer mucho. Urgió para que se enseñara el catecismo y se dieran los sermones del domingo. Creó algunas parroquias. A causa de su mala salud, marchó a Portugal, siendo destinado al obispado de Elvas, que dirigió por muy poco tiempo, pues murió el 30 de mayo de 1796. Sería sustituido por otro brasileño perteneciente al credo seglar: *don José Joaquim da Cunha de Azeredo Coutinho* (1795-1806) [27], nacido en Campos (1742), laureándose en Derecho por la Universidad de Coimbra y adquiriendo amplios conocimientos en otras ciencias, por lo que fue todo un erudito. Ordenado sacerdote el 25 de junio de 1776, en 1784 se convirtió en arceniago del cabildo de Río de Janeiro. Electo diputado del Santo Oficio de Lisboa, fue confirmado como obispo de Olinda el 12 de septiembre de 1794 por Pío VI, recibiendo la ordenación episcopal el 25 de enero de 1795. Tras haber tomado posesión como procurador, se quedó en Lisboa para intentar la fundación de un seminario destinado a su diócesis. Tomó posesión de la misma, el 1 de enero de 1799 y ya a los 25 días de hacerlo erigía el seminario de Nuestra Señora de Gracia. Se distinguió también por su actuación en el gobierno civil, del que fue interinamente responsable, mas fue, sobre todo, un gran pastor. Erigió nuevas parroquias, mandó instalar la de San Antonio de Recife contra la rebeldía de la hermandad del mismo nombre, envió visitadores tanto al interior de la diócesis como a todos los puntos de la ciudad, cuyos emo-

[25] En una carta pastoral (13-IX-1774), se muestra contrario a los jesuitas y recomienda al clero la lectura de obras jansenitas y antijesuíticas: *Origen Infecto de la Moral Jesuitica, Deducciones cronológicas con sus pruebas, Compendio histórico de los cismas, Apuntes sobre la extinción de los denominados jesuitas, Catecismo de Montpellier* y *Libros morales el párroco instruido.*

[26] AV. FCons., cod. 207, ff. 440-458.

[27] *Idem, ib.*, cod. 197, ff. 273-287; A.X. Barbosa, «D. José Joaquim da Cunha Azevedo Caoutinho», en Rev. Ecl. Bras., (1950), pp. 880 ss.

lumentos se distribuían entre los pobres y entre las iglesias necesitadas. Escribió diversas obras, algunas de mucha importancia, y fue socio de la Academia Real de las Ciencias de Lisboa. Es falso que perteneciera a la masonería. En 1818 fue nombrado inquisidor mayor del Reino, aunque dimitió en 1820. En 1806 había sido transferido al obispado de Elvas, que vio cómo ejercía su ministerio pastoral mediante visitas y cartas varias. En 1821 fue elegido diputado de las Cortes de Lisboa por la provincia de Río de Janeiro. Murió en Lisboa, de muerte repentina, el 12 de septiembre de 1821, a los 79 años de edad.

El 6 de octubre de 1806 fue confirmado por el papa Pío VII, como nuevo obispo de Olinda, *don José María de Araujo* (1807-1808)[28], de la orden de San Jerónimo, natural de Oporto (1796), bachiller en Teología por Coimbra, ordenado sacerdote el 3 de marzo de 1792. Fue prior del monasterio de Belém, en Lisboa, profesor y predicador regio. Consagrado el 8 de marzo de 1807, tomó posesión de su cargo el 21 de diciembre de ese mismo año. Poco hay que decir de su episcopado, pues murió el 21 de agosto de 1808, sucediéndole, después de una larga vacancia, *fray Antônio de San José Bastos*[29] que fuera administrador de la diócesis como capitular desde 1811. Era benedictino, natural de Río de Janeiro, doctor en Teología, profesor y abad titular de Santa María de York. Confirmado el 5 de marzo de 1815 por Pío VII y consagrado el 28 de octubre de 1816 por el obispo capellán mayor, cuando se dispuso a ir a gobernar personalmente su diócesis, falleció de súbito en Río de Janeiro el 19 de julio de 1819. El Rey presentó, entonces, a *fray Gregório José Viegas*, de la orden tercera regular, capellán de las Infantas, el cual partió hacia Lisboa con la Corte, sin que se hiciera efectivo su nombramiento. Así, durante dos decenios, la desventurada sede de Olinda estuvo mal organizada, mal administrada y sin la presencia de un pastor celoso y clarividente.

El obispado de San Luis de Maranhão[30]

Maranhão, tierra difícil, donde las ambiciones de los colonos no hacían sino aumentar el sufrimiento de los indios y de los negros, vio

[28] AV., FCons., Proc., cod. 207-ff. 440-458.
[29] *Idem., ib.*, cod. 211, ff. 474-484.
[30] A. Rubert, o. c., II, pp. 74-81.

cómo la acción de la Iglesia era cercenada a despecho de las muchas cualidades que atesoraban algunos de los obispos que la rigieron. El clero era poco y no siempre estaba bien preparado. Los religiosos, exceptuados los jesuitas, dejaban mucho que desear en su gran mayoría. Después de largos años de vacancia, sumados a la ausencia del obispo durante más de 15 años, llegó como pastor de Maranhão *fray José Delgarte* (1717-1724) [31], trinitario, oriundo de la diócesis de Coimbra, profesor, confesor real y prior, hombre de excelentes cualidades; presentado por don Juan V, lo confirmó Clemente XI el 5 de octubre de 1716, y fue consagrado el 27 de diciembre de ese mismo año, tomando posesión el 12 de junio de 1717. Cursó largas visitas pastorales, visitó el Grão-Pará, amenazado con ser desmembrado de la diócesis, adoptando provisiones para que ello no aconteciese. Sirviéndose del colegio de los jesuitas y de otros medios, ante la falta de clero, preparó a muchos jóvenes para el sacerdocio, ordenando a 21 padres. A causa de su mala salud, y por la morosidad con que eran atendidos sus reugos, poco pudo hacer, falleciendo el 23 de diciembre de 1724. Le sucedió el ilustre pastor *fray Manuel da Cruz* (1739-1747) [32], cisterciense, que después de 15 años de increíble vacancia, tomó posesión de la sede el 29 de junio de 1739. Nacido en 1690 en el priorato de Crato, se había doctorado en Teología por la Universidad de Coimbra, siendo ordenado sacerdote el 26 de febrero de 1712. Fue, en su orden, maestro de novicios. Resultó confirmado el 3 de septiembre de 1738 y consagrado el 14 de diciembre siguiente por el cardenal-patriarca de Lisboa don Tomás de Almeida. Puede considerársele como el verdadero organizador de la diócesis de Maranhão. Efectuó largas y difíciles visitas pastorales, preparó a candidatos al sacerdocio y ordenó a 110 padres. El 21 de noviembre de 1745 inauguró la catedral de Nuestra Señora de las Victorias e instaló la sede del cabildo. Cuando aún no había concluido su benéfica acción pastoral, fue trasladado a la nueva diócesis de Mariana, el 15 de diciembre de 1746, partiendo al año siguiente por tierra hasta su nuevo destino. Le sustituyó *fray Francisco de Santiago* (1747-1752) [33], franciscano, natural de la comarca de Valença, Portugal (1692), ordenado sacerdote el 14 de junio de 1716. En su orden enseñó, fue guar-

[31] AV, FCons., Proc., cod. 105, ff. 421v.
[32] *Idem, ib.*, cod. 132, ff. 46-62.
[33] *Idem, ib.*, cod. 132, ff. 407-426.

dián y visitador. Confirmado por Benedicto XIV el 15 de diciembre de 1745, tomó posesión de la diócesis el 14 de julio de 1747. Desgraciadamente, debido a su poca salud y la desafección de las autoridades, poco consiguió hacer. Consta que hubo de vérselas en un pleito con los mercedarios, los cuales se negaban a participar en las procesiones alegando estar exentos de la obligación. El Papa, mediante el breve *Tua ad nos* (3 de junio de 1748), ordenó a los religiosos que tomaran parte en todas las procesiones. Falleció el obispo, casi de improviso, durante una visita pastoral a la vega del río Mearim, el 18 de diciembre de 1752, a los 60 años de edad.

Le sustituyó en la sede maranahense un preclaro pastor, víctima de Pombal, como lo fue el agustino *fray Antônio de San José*[34], natural de Viana (1704), ordenado el 27 de septiembre de 1728, doctor en Teología, historiador de su orden, instructor en Letras y secretario provincial. Lo confirmó Benedicto XIV el 18 de julio de 1756, recibiendo la consagración el 26 de septiembre siguiente, con toma de posesión de su cargo el 8 de septiembre de 1757. Con extremado celo inició su acción pastoral en favor de su pueblo. No tardó, por ello, en ser perseguido, ora veladamente, ora de manera abierta, sufriendo grandes humillaciones. Al negarse a pactar con los enemigos de los jesuitas, atrajo para sí las iras de Pombal, que para vengarse de él encargó al obispo de Pará, fray Miguel de Bulhões, sancionar a los jesuitas de Maranhão. Cuando éste llegó para acometer el encargo, el obispo fray Antônio inició una visita al interior de su diócesis. Luchando contra la arbitrariedad y el absolutismo, adoptó medidas ejemplares para corregir los abusos, provocando no pocos despechos. Dejó su cargo con gran pesar de los diocesanos y de los fieles. La reina doña María I, queriendo reparar la injusticia, lo presentó como arzobipso de Bahía, mas falleció el 9 de agosto de 1767. Una nueva y larga vacancia se dejó sentir en Maranhão. Al poco tiempo fue presentado como obispo *don Jacinto Carlos da Silveira* (1779-1780)[35], natural de Évora (1732), formado en Cánones y ordenado presbítero el 18 de febrero de 1735. Escribó varias disertaciones jurídicas. Fue vicario general del priorato de Malta. Confirmado por Pío VI el 21 de septiembre de 1779, fue consagrado

[34] *Idem, ib.*, cod. 146, ff. 229-249.
[35] *Idem, ib.*, cod. 178, ff. 41-45.

en Lisboa el 20 de junio siguiente. A causa de su salud no vino personalmente a apacentar a sus ovejas. Pidió la renuncia, que le fue aceptada por la Santa Sede el 8 de agosto de 1780 [36]. Sirvió de provisor y de vicario general de Évora, donde murió asesinado por los franceses de Napoleón el 29 de julio de 1808, siendo sepultado en el osario de la iglesia de San Francisco. El nuevo obispo fue *fray José do Menino Jesus* (1781-1783), carmelita descalzo, nacido en Jacobina, en Bahía (1735), doctor en Teología y predicador real. Confirmado canónicamente por Pío VI el 18 de septiembre de 1788, no llegó a tomar posesión personal de la diócesis, siendo transferido a Viseu, donde entregó su alma a Dios el 18 de julio de 1791. La infortunada diócesis de Maranhão vio llegar a un nuevo pastor, que fue el franciscano *fray Antônio de Pádua Belas* (1784-1792) [37], nacido en Lisboa y ordenado el 1 de julio de 1759, hombre de letras y profesor de la orden. Confirmado el 18 de julio de 1783, fue consagrado el 14 de diciembre siguiente, tomando posesión de su cargo el 31 de octubre de 1784. Intentó moralizar al clero y al pueblo. Reunió en el palacio espicopal a cierto número de alumnos, a los cuales él mismo enseñaba filosofía y teología, y los ordenó sacerdotes. Tuvo muchos disgustos con las autoridades civiles, retirándose en 1787 a Lisboa, por su casi ceguera, pidiendo la dimisión que le fue concedida por la Santa Sede el 29 de agosto de 1794. Falleció en Lisboa el 21 de enero de 1808.

Llega ahora el primer obispo efectivo del clero seglar, que tomó posesión personal de la diócesis de Maranhão. Se trata de *don Joaquim Ferreira de Carvalho* (1796-1801) [38], natural de Coimbra, ordenado el 20 de septiembre de 1777, doctor en Derecho canónico, párroco de San Romaõ, diócesis de Oporto. Pío VI lo confirmó el 1 de junio de 1795, consagrándose el 13 de septiembre siguiente, con toma de posesión delegada el 27 de febrero de 1796. Llegó personalmente el 8 de julio de 1799. Notando graves abusos introducidos entre su grey, publicó una pastoral a modo de saludo, en la que se contenían muchas reformas. Lamentablemente no tuvo tiempo ni apoyo para llevar a término su empresa, sucumbiendo al cólera morbo el 26 de abril de 1801. Le sucedió otro obispo llegado del clero seglar, *don Luis de Brito Homem*

[36] *Idem*, Acta (1780), ff. 354-359.
[37] *Idem*, DCons., Proc., cod. 183, ff. 366-379.
[38] *Idem*, *ib.*, cod. 199, ff. 112-122.

(1804-1813), nacido en Fundao (1748), diócesis de Guarda, doctor en Cánones por la Universidad de Coimbra, ordenado el 20 de septiembre de 1777. Fue párroco de San Bartolomé, en Coimbra y relator eclesiástico. Presentado como obispo de Angola, recibió la confirmación de Pío VI el 19 de diciembre de 1791 y fue consagrado el 29 de abril de 1792. Llegó a Luanda el 29 de junio de 1794. Administró la diócesis con diversas medidas muy saludables, mas no tardó en caer enfermo. El 24 de mayo de 1802, fue trasladado a Maranhão, tomando posesión el 22 de febrero de 1804. Hizo largas visitas pastorales, erigió algunas parroquias y publicó algunas cartas pastorales y mandamientos. Organizó el cabildo y el servicio de la catedral. En 1811 hubo de asumir interinamente el gobierno. Al agravarse su enfermedad, falleció en la sede episcopal el 10 de diciembre de 1813, «lleno de años y de disgustos». El último obispo maranahense del período colonial fue *fray Joaquim de Nuestra Señora de Nazaré* (1820-1823). Era franciscano, nacido en Nazaré, Portugal. Fue profesor de Teología. Hallándose en Brasil, el 17 de diciembre de 1811, y habiendo sido presentado como obispo de Mozambique, recibió el título de obispo de Leontópolis. Se consagró el 28 de octubre de 1816, de manos del obispo de Río de Janeiro don José Caetano da Silva Coutinho. Fue confirmado como obispo de Maranhão el 23 de agosto de 1819, por Pío VII, tomando posesión el 11 de mayo de 1820. Hizo alguna visita pastoral. Fue víctima de la política de su tiempo. Y por no aceptar la independencia de Brasil, sufrió la persecución de don Pedro I, embarcando en 1823 hacia Lisboa, donde fue hecho obispo de Coimbra. En 1840 volvió a Maranhão y vivió en el convento de San Antonio, falleciendo el 31 de agosto de 1851 [39].

[39] *Idem, ib.*, cod. 206, ff. 377-387; Nuz. Lib., Div. I, Pos. 33, Sz. 1.

II

LAS MISIONES INDÍGENAS [1]

Exposición

Entre los esfuerzos hechos por la Iglesia en Brasil durante el siglo XVII, merece destacarse su acción misionera entre los indígenas. Además de las misiones del patronazgo, tuvieron importancia sobresaliente las misiones que dependían de la *Propaganda Fide*, a cargo de los capuchinos italianos y de los oratorianos de Pernambuco.

El trabajo misionero se produjo en dos etapas. Primera, la dedicada a la conservación y salvaguarda de los indios ya cristianizados; segunda, la dedicada a la evangelización de nuevas almas. De una parte, es preciso reconocer el gran esfuerzo hecho en ese terreno. Pero hay que lamentar, a la vez, el abandono de muchos religiosos, en su relación con los indios. Además, los obispos no consideraban territorio de misión a las aldeas de indios ya cristianizados, si bien y, debido a sus características, debían ser de continuo catequizadas, pues sin una celosa y asidua asistencia no podría obrarse la continuidad en la fe por mucho tiempo. Algunos misioneros se contentaban con mantener de alguna forma esas comunidades, pero sin preocuparse de generar una dinámica que propiciase nuevas conservaciones. Parecía como si el cansancio se hubiera apoderado de ellos, como si el hábito hubiera perdido el valor que años atrás tuviera gracias a misioneros arrojados. Muchas aldeas, bajo el cuidado de los jesuitas y de los capuchinos, adolecían de lo mismo.

[1] A. Rubert, o. c., II, pp. 83-94.

En cuanto a las nuevas iniciativas en el campo misionero propiamente dicho, había diferencias entre los jesuitas y los capuchinos, y entre ellos y los padres seglares.

La decadencia se hizo más acentuada después de que se produjera la expulsión de los jesuitas, a causa de la opresión estatal y de las ambiciones de los blancos, así como por la falta de buenos misioneros. Muchos nativos pasaron a esconderse en el *sertão*, lo que dificultó sobremanera los contactos con ellos. No obstante, hubo misiones y conversiones de indios a través de todo este período. Es lo que veremos en las páginas siguientes.

Los instrumentos para la evangelización

En primer lugar hay que destacar las leyes que favorecieron a las misiones de Brasil. El 23 de noviembre de 1700 se determinó que a cada misión le fuera otorgada una legua cuadrada de tierra para trabajar, asegurando así el sustento del misionero y de los indios a su cargo. Cada aldea, por lo menos, debería tener 100 casas. A cada misionero le fue otorgada una cantidad de dinero. Se dio orden de que los indios de cada aldea fueran gobernados por los que eran mayoría, con la asistencia del misionero y quedando excluidos los capitanes mayores. Igual importancia tuvo la provisión del 12 de abril de 1702, mediante la cual el Rey intervenio en la catequesis de los indios con 16 puntos que resumimos a continuación:

1. El misionero no debe inmiscuirse en los bienes temporales de los indios.
2. Será visitado por su obispo, o por otro superior.
3. Usará la moderación en los castigos, si hubiere lugar a ellos.
4. Los particulares sólo podrán llevarse indios de las aldeas con la debida autorización del gobernador, que presentará al misionero, debiendo pagarles un salario justo y devolverlos a las aldeas en un plazo anteriormente fijado.
5. No se admitirán personas extrañas a la propia aldea, sin el consentimiento del misionero, debiendo ser castigados los que desobedezcan.
6. No se darán los indios a personas que puedan hacer mal uso de ellos.

7. Los mayorales de las aldeas no pueden exigir tributos de los indios sin la autorización expresa del misionero o del gobernador.

8. Los clérigos no podrán ir a las misiones sin haber sido autorizados y sin haber pasado el examen de la Junta de las Misiones; los religiosos sólo podrán hacerlo con la licencia de sus respectivos superiores, que presentarán ante dicha Junta.

9. Se deberá poner fin a los escándalos debidos al concubinato de soldados con indias, procurando casarlos con ellas.

10. Que haya un procurador de los indios para defensa de los intereses de ellos.

11. Los vaqueros del *sertão* y sus familias deben aprender el catecismo en las iglesias más próximas.

12. Se esforzarán los misioneros para que los indios se habitúen al trabajo y al aprendizaje de los oficios.

13. Los que marchen a trabajar en el salitre, no llevarán con ellos indias mozas, y quedarán las aldeas bajo la vigilancia de los mayores.

14. En caso de producirse un levantamiento de los indios, procurarán los misioneros disuadirlos por medios incruentos; sólo después de eso acudirán a las milicias.

15. Se evitará que los indios protesten por el salario escaso, haciendo que quienes los empleen paguen lo justo.

16. Los indios mayores de las aldeas sólo deben recibir las patentes del gobernador, después de haberse visto los informes del misionero.

No había dudas en cuanto a la bondad de esas provisiones aunque, las más de las veces, fueron sólo cumplidas sobre el papel.

Otras medidas harto saludables ayudaron mucho al trabajo misionero. Por ejemplo, la creación de la ya mentada Junta de las Misiones, establecida en Bahía, en Olinda y en Río de Janeiro. Las juntas de Maranhão, Pará y São Paulo surgieron ya en el siglo XVIII. En Mariana no hubo junta porque los párrocos fueron los propios misioneros de la región. El procurador de los indios fue otro elemento positivo para la evangelización de los nativos. Importante fue, igualmente, la colaboración prestada por los propios indios ya cristianizados, como es el caso del cacique Matias Pega y el de su hijo de idéntido nombre, o como lo es el caso de una vieja matrona de cerca de 200 años, la cual murió riñendo a quienes de entre los suyos aún no se habían convertido. El indio Antônio José Paí fue intérprete en la aldea de Guarapuava. En Espíritu Santo destacó como gran cristiano el llamado João da Silva.

El personal misionero

Las misiones se conservaron y fueron llevadas adelante a través de los tiempos gracias a los miembros de las antiguas órdenes y gracias al clero seglar. Los jesuitas, misioneros tradicionales de Brasil, conservaban las antiguas aldeas de Río de Janeiro, algunas en Espíritu Santo y en São Paulo, e incluso en la Amazonía, en Maranhão, en Ceará y en Bahía. Crearon nuevas misiones con éxito irregular. En el actual Estado de Río Grande del Sur, los ignacianos españoles dirigían los famosos Siete Pueblos de los guaraníes. Mas a pesar del crecido número de sus miembros, pocos jesuitas se daban totalmente a la labor misionera. Más aún, luego de su injusta y violenta expulsión de 1759, se hizo un vacío en el campo misionero que jamás pudo volver a llenarse. Los franciscanos, en los inicios de este período, mostraron gran dinamismo, pero contentándose al poco con algunas aldeas de indios ya cristianizados. Los carmelitas observantes no sobresalieron prácticamente en nada en lo que a la tarea misionera se refiere. No tuvieron más que unas pocas aldeas en el norte y en el nordeste de la colonia. Poco hicieron, también, los benedictinos, casi nada los mercedarios y los carmelitas descalzos... Los oratorianos, otrora buenos misioneros, mantuvieron aún algunas misiones, que, sin embargo, no tardaron en cerrarse. Sólo los capuchinos italianos, bajo la dirección de la *Propaganda Fide*, mostraron vigor, conduciendo muchas aldeas de indios ya convertidos y abrieron nuevos frentes entre los indios paganos. Interesante fue el trabajo, muchas veces pionero, de varios padres seglares. Muchos de los que a ello se entregaron —estimulados por sus obispos, por su propia iniciativa o por el consejo del Rey, que les ayudó económicamente— realizaron una tarea en verdad encomiable. También algunos gobernadores y diversas autoridades locales mostraron su ayuda a las misiones en algún tiempo.

La jurisdicción de los obispos y de las misiones

Factor de capital importancia fue el que se dio merced a la falta de entendimiento entre algunos obispos y las órdenes religiosas dedicadas a la tarea misionera. Hubo diócesis en las que la mayor parte de sus súbditos eran indios ya convertidos al cristianismo, como es el caso de Pará. El primer obispo fray Bartolomeu do Pilar, queriendo cursar visita

a las misiones de su obispado, encontró fuerte resistencia de los jesuitas, con los cuales mantuvo una larga polémica, incluyéndose en ella apelaciones ante la propia Corte. Desgraciadamente, el Rey, muchas veces sometido a la presión de las órdenes religiosas, daba la razón a los frailes. Otros obispos de Pará, todos religiosos, tuvieron idénticos problemas. También fray Antônio de Guadalupe quiso hacer valer sus derechos en la visita a las aldeas de indios. Otros obispos, como el arzobispo de Bahía, no reconocían a las aldeas sino como pertenecientes a su jurisdicción y, por ello, susceptibles de recibir su visita pastoral.

Dificultades por parte de los indios

Como en tiempos pretéritos, dos dificultades de suma importancia se presentaron para la catequesis de los indios: su vida nómada y el desconocimiento de la lengua, por parte de muchos misioneros, además de la religión que los selvícolas profesaban. Por vivir aislados desde miles de años atrás, vagando por los bosques y las selvas, poco era su hábito y disposición en aras del mensaje evangélico cristiano. Fue por eso por lo que los misioneros creyeron imprescindible reunirlos en las aldeas y habituarles a algún trabajo. En cuanto a la lengua, procuraban los misioneros, en términos generales, aprenderla, mientras otros se hacían valer de los oficios de un intérprete. En lo que toca a la organización de las aldeas, hubo diversas formas de hacerla. Después de que la Corona dictase leyes acerca de dicha organización, pasó el misionero, por motivos obvios, a ser el administrador temporal de las reducciones. Poco tiempo después, sin embargo, triunfó la idea de una administración civil, que cuando estuvo bien ejecutada dio un buen gobierno, ejercido de manera armoniosa por el misionero, el detentador del régimen espiritual, el indio padre de familia, que cuidaba de las cosas domésticas y el capitán, representante del poder civil, que se encargaba de los asuntos del régimen temporal.

La transformación de las aldeas en parroquias

Después de la expulsión de los jesuitas, por obra del marqués de Pombal, acudieron otros misioneros igualmente aptos para ocupar el

lugar de los ignacianos. Decidió la Corte entonces, que las aldeas de indios cristianos fueran transformadas en parroquias. Algunas aldeas existían como tales desde el siglo XVI. Y, por ello, debían estar ya lo suficientemente maduras como para convertirse en parroquias, para pertenecer al régimen común de los fieles. Si de una parte, la medida, en buena cantidad de casos, no dejaba de tener en sí algún síntoma de decisión abrupta, como cuando, por ejemplo, se obligó a que indios de distinta procedencia lingüística se agruparan bajo el mandato de los que eran mayoría, también es cierto que las nuevas disposiciones ofrecieron una vertiente más positiva, como la de reunir aldeas pequeñas y dispersas, llamadas a extinguirse, o atender a las poblaciones que vivían abandonadas en las proximidades de las dichas aldeas, recuperándose, de paso, la jurisdicción del obispo de la diócesis y estableciéndose villas que dieron origen, al poco tiempo, a muchas ciudades brasileñas del presente. Había misioneros y obispos que creían necesaria una transformación de las aldeas en parroquias. El título de misionero debía ser privativo de quienes, de hecho, estaban en tierras de misión, conquistando nuevas tribus para ofrecerles las máximas del Evangelio. La transformación de las aldeas en parroquias fue, en muchos casos, providencial, si bien hubo que lamentar, lógicamente, la absorción de poblaciones indígenas enteras por parte de poblaciones blancas y negras.

Criterios para la valoración de la labor misionera

En los últimos años se ha escrito mucho a propósito del trabajo misionero de la Iglesia y de su relación con los indios. Ojalá todo hubiera sido correcto y competente... Por desgracia, los juicios, muchas veces apresurados, tendían a defender tesis de todos los matices llevando con ellos a analizar cosas que, las más de las veces, quedaban fuera de lugar. Se ha pretendido juzgar el gran esfuerzo misionero del pasado con criterios más que discutibles, según la mentalidad en boga de las últimas camadas del mundo occidental, influido por el bombardeo de ideas y teorías aparentemente válidas que, sin embargo, en la realidad dejan abiertas muchas interrogantes. Se llegó a decir que el trabajo misionero en Brasil estuvo condicionado, cosa en cierta medida comprensible; pero, lo que es peor, que se dio en connivencia con el sis-

tema colonial en sus aspectos más negativos. En el presente, y bajo el pretexto de que la historiografía no consiste en la reproducción del pasado, es fácil ofrecer una conciencia histórica actualizada de las cosas, considerando erróneo el trabajo de quienes nos precedieron y dudosos sus intereses.

Si muchos misioneros, que no tenían estudios de índole psicologista, llevados a su acción sólo por instinto, no siempre actuaron según debieron hacerlo en nuestro parecer, no por ello merecen ser estigmatizados. No les faltó, ciertamente, amor a la causa y dedicación a sus evangalizados. Esto, sin duda, fue lo mejor de cuanto pudieron ofrecer para transmitir el mensaje, que es, en nuestro caso, un mensaje fundamentalmente de amor. Por eso, todos los misioneros que trabajaron con ardor y procuraron llevar igualmente con amor el Evangelio a los pobres indígenas, independientemente de los métodos usados y de los condicionamientos de la época, son poseedores de nuestra gratitud. Son muchos los caminos que hay para llevar a Cristo a los hombres, como ya lo dijo San Pablo; caminos, muchas veces, condenados por nuestro propio fariseismo. Poco importa, en sí, cómo se transmitiese el mensaje de Cristo; lo que importa es averiguar y comprobar si fue aceptado o no, si produjo buenos frutos o no; esto es, si produjo los frutos que el árbol del Evangelio debe dar infaliblemente.

III

LAS MISIONES DE LOS RELIGIOSOS

En este capítulo examinaremos las misiones indígenas de los religiosos que tuvieron por escenario el Brasil de este período [1].

Las misiones de los jesuitas (1700-1759) [2]

La tradicional orden de los ignacianos continuó su labor en el campo misionero hasta su injusta expulsión en 1759. Mantuvieron muchas aldeas de indios ya convertidos y fundaron nuevas misiones entre los que aún se daban al paganismo. Entre las primeras hay que citar, en el nordeste, las aldeas de San Juan Bautista de los guaraíras; en el Río Grande del Norte la de los indios janduim, con 800 almas cuando se produjo la expulsión. La aldea de San Miguel de Guajuru, también en Río Grande del Norte, de indios paiacus, que fue asaltada por indios sin cristianizar y por las tropas paulistas, tenía en el 1760 más de 1.000 indios. En Bahía seguía en pie la antigua aldea del Espíritu Santo, con una hermosa iglesia y una excelente residencia; la aldea de Nuestra Señora de la Concepción de Natuba, de indios quiriri, de la cual fue gran misionero el padre Antônio de Andrade, que conocía su lengua y les construyó una hermosa iglesia y que contaba, en 1759, con 800 indios. La aldea de Santa Teresa de Canabrava, de indios quiriri, tuvo como misionero al gran padre José de Araujo y contaba con

[1] A. Rubert., o. c., III, pp. 95-106.
[2] S. Leite, *História da Companhia de Jesus no Brasil*, Lisboa-Río, 1938-1950.

470 almas. La aldea de la Asunción de Saco dos Morcegos, de indios igualmente quiriri, tenía 960 almas; la aldea de Nuestra Señora del Socorro de Geru, en Sergipe, de indios cariri, con excelente iglesia, fue obra del misionero italiano padre Luigi Vicenti Mamiani. Su último misionero jesuita fue el padre Domingos de Matos, que al partir en 1760 dejó en ella a 100 familias de indios. En Espíritu Santo dirigían la aldea de Nuestra Señora de la Asunción de Reritibia, célebre por la presencia en ella del beato Anchieta –allí murió–, que contaba, en 1739, con una población de 1.087 indios; la aldea de los Reyes Magos, de indios aimorés y otros varios, tenía en 1739 la elevada población de 2.030 indios. En Río de Janeiro matenían las antiguas aldeas de San Lorenzo, de población mixta, pues muchos blancos se habían ido a vivir a ella; su misionero en 1748 era el padre João Borges y en sus días finales el padre Manuel Sraujo, contando con sólo 113 indios; la aldea de San Bernabé, con buena iglesia, tuvo por cura al ignaciano padre Caetano Dias, que dejó en ella al partir a 250 indios; la aldea de San Pedro de Cabo Frío, de indios goitacazes y guarulhos, también con buena iglesia, tuvo como últimos misioneros a los padres João Veloso y Vito Mariano. En Río Grande del Sur dirigieron por algún tiempo la aldea de Nuestra Señora de la Concepción del Estrecho, de indios guaraníes huidos de los pueblos de las misiones y recogidos en 1753, de los cuales se ocuparon el padre Caetano Dias y el padre Francisco Bernardes. Trasladado el último a la aldea de San Nicolás de Río Pardo, le sucedió el padre Bernardo Lopes. Tuvieron otras aldeas más a su cargo, algunas con mucha población, como la de Ibiapaba en Ceará, otras 10 aldeas en Bahía, entre ellas la de San Antonio dos Naturais y la de Camamu; en Río de Janeiro, la de San Francisco Javier de Taguaí; en Espíritu Santo, las de San Juan y de Guapimerim.

Entre los indios paganos trabajaron los jesuitas con gran celo, fundando la aldea de San Juan Bautista de Apodi, en Río Grande del Norte, a cargo del padre Filipe Bourel, entre los indios paiacus. Tenía cerca de 600 almas. Cuando ya estaba bien desarrollada, fue asaltada por los indios janduins, que mataron a 70 personas y se llevaron como prisioneras a otras 80. En 1701 fundaron, también entre los paiacus, la aldea de Nuestra Señora de la Asunción de Jaguaripe, que pasó por no pocas adversidades, retirándose de ella los ignacianos en 1712; en la región del río San Francisco crearon las aldeas de Curral dos Bois y de los Carurus, entre los indios quiriri, que no prosperaron en demasía; en la

zona de Minas crearon la aldea de Santa Ana del río das Velhas, de indios bororós, fundada en 1750, de la cual fue primer misionero el padre José de Castilhos, indios que fueron traídos del Mato Grosso. Con la expulsión de los misioneros prácticamente se extinguió. En el Mato Grosso fundaron en 1752 dos aldeas de vida efímera, la de Santa Ana de Chapada y la de San José do Guaporé. En 1743 poseían los jesuitas 20 misiones en Pará, donde trabajaban 22 misioneros, y ocho misiones en Maranhão, con 12 misioneros a su cargo.

Fue una pena que todos estos esfuerzos misioneros quedaran en nada por la brutal decisión de Pombal de expulsar de Brasil a los beneméritos ignacianos.

Las misiones de los capuchinos (1700-1822) [3]

Expulsados de Brasil los capuchinos franceses, por razones de Estado, el Rey autorizó en 1709 la venida de los capuchinos italianos. La actitud del Rey no nacía sólo de su defensa de las misiones, sino del espíritu economicista que le animaba, pues así evitaba los pagos debidos a los misioneros de la *Propaganda Fide*. Gran parte de la labor de los barbados misioneros quedó restringida a su hacer entre los indios ya cristianizados, de aldeas en buena parte dirigidas antes por los jesuitas, por los franciscanos, por los padres seglares y por los carmelitas descalzos. Sin embargo hubo otras de su fundación. En 1766, en tiempos de Pombal, fueron igualmente expulsados temporalmente de las misiones de Brasil. En 1710 ya regían la aldea de San Francisco de Aracapá, de indios cariris, fundada por sus colegas franceses. Tuvo los altos y los bajos de las demás aldeas. En ella trabajaron, hasta su expulsión, fray Simpliciano de Borgia, doctor Xavier de Génova y fray Nicolau de Bagnara. La aldea de San Pedro, igualmente fundada por los capuchinos franceses, y que tuvo entre 200 y 410 habitantes, era de

[3] M. da Nembro, «Le Missioni nel Brasile», en S. C. de Propaganda Fide Memoria Rerum, Roma-Friburgo-Viena, 1973, II, pp. 1095-1130; *Idem*, «Storia dell'arrività dei Capuccini nel Brasile», Roma, 1958; Anónimo, «Trabalhos Apostólicos dos Capuchinos italianos», Pernambuco, 1842; A. Rubert, «O Brasil e a Propaganda no Séc. XIX», en S. C. de Propaganda Fide Memoria Rerum, III, pp. 638-674; F. de Primeiro *Os Capuchinos en Terras de Santa Cruz*, São Paulo, 1942.

indios cariris y ramones, contándose entre sus misiones a fray Jacinto Francisco de Génova y a fray Tiago de Levante; la aldea de San Juan Bautista de Rodelas, de indios procases y paleares, tenía, en 1731, 566 criaturas y 370 adultos, bajo la dirección del muy celoso fray Vitaliano de Milán. En Rodelas moraba el temible cacique de la nación mataroá. El último cura fue el dinámico fray Anselmo de Andorno. La aldea de la Inmaculada Concepción de Pambu, de indios cariris, contaba en 1731 con cerca de 220 criaturas y con 192 adultos convertidos al cristianismo, siendo atendida por fray Boaventura de Tedaldo, prefecto de las misiones. El último misionero fue el benemérito fray Bernabe de Génova. La aldea de San Félix de Pacatuba, de indios carapatos, en 1731 contaba con 360 criaturas y con 200 adultos cristianos, dirigidos por fray Anselmo de Andorno. Durante muchos años sería su benemérito cura fray João María de Todi. En 1758 los indios ya eran 460 y estaban bajo el cuidado del misionero fray Marcelo de Carmagnola. Pronto declinó, sin embargo, la aldea de Nuestra Señora de Belém de Acará, de indios procases. En ella sirvieron fray Domingos de Cesena y fray João B. de Caramánico. Poca población tuvo la aldea de San Félix do Cavalo, de indios cariris, siendo 160 el número de ellos en 1731, dirigidos por fray Angelo María de Chiavari, que estuvo allí durante 20 años. La aldea del beato Serafim da Vargem, de indios procases y brancanes, dirigida por fray Tomás de Conversano, tuvo una población, en 1745, de 250.000 almas.

En otras partes también tuvieron los capuchinos diferentes aldeas, entre ellas la del Santo Crucifijo de Araripe, al pie de la sierra del mismo nombre en la capitanía de Pernambuco, de indios ansús y umas, dirigida durante 27 años por cuatro misioneros; la aldea de San Antonio do Irapoá, de indios cariris, llegó a contar con 172 asilados. Uno de sus más notables misioneros fue fray Franco María de Varese. En Paraíba dirigieron los capuchinos la aldea de Nuestra Señora del Pilar de Taipu, de indios cariris, llamada otrora Boldrine y fundada por sus colegas los capuchinos franceses.

Más misiones construyeron los capuchinos italianos en el período que se contempla, entre ellas la de la aldea de Nuestra Señora de los Remedios de Río das Contas, fundada en 1729 por el dinámico fray Bernardino de Milán, de indios gruns y procuruns, altivos y peligrosos, consiguiendo bautizar a 49 familias con 354 almas, hasta 1735; la aldea de San Fidelis de Cairu, en Bahía, fundada en una isla próxima en

1745, por iniciativa del virrey don André de Gálveas, tuvo como responsable primero a fray Anselmo de Andorno. En 1758 contaba con 160 indios cristianizados. Posteriormente sería entregada a los padres dioceanos. En la capitanía de Río de Janeiro tuvieron la aldea de Cabo Frío, fundada por dos misioneros, que en 1753 ya habían bautizado a más de 200 indios; la aldea de San Fidelis de Sigmaringa, en tierras de los indios goitacases y coroados, fundada en 1781 por fray Vitório de Cambisco y por fray Angelo de Luca, quienes bautizaron a muchos indios y les construyeron iglesia, además de darles tierras de labranza. En el 1800, fray Vital de Trascarolo fundó la aldea de Jacaré, junto al río San Francisco, construyendo en ella la iglesia de la Santa Cruz. En 1803, gran parte de los indios, por iniciativa propia, formaron la aldea de Gameleira con fray José María de Cardognano. En 1806, junto al río Parnaíba, fray Tomás de Cittá di Castello levantó la aldea de San José de Leonissa da Pedra; la aldea de San Pedro de Alcántara, en Bahía, quedó fundada en 1812 por el ardoroso misionero fray Ludovico de Livorno, a quien el arzobispo de Bahía comparó con Anchieta y de las Casas, el cual, durante 33 años consiguió recoger a numerosas cantidades de gente. En otras partes, como en Espíritu Santo y en el Matro Grosso, dieron inicio también a algunas misiones que sólo con el paso del tiempo consiguieron prosperar.

Las misiones de los franciscanos (1700-1822)[4]

También los franciscanos, de acuerdo con su antigua tradición, se dedicaron al ministerio de las misiones entre los indios, aunque fuera poca su acción en ese sentido si se compara con el gran número de conventos que abrieron en la colonia. Dirigieron algunas aldeas de indios ya cristianizados, como la de San Miguel de Una, en la que estuvieron hasta 1743; la de Nuestra Señora das Brotas de Jeremoabo, antes con sacerdote seglar, entre los indios cariris y los cachimbés, que dejaron pocos años después; también, por un espacio corto de tiempo estuvieron en las aldeas del río San Francisco, dirigidas anteriormente

[4] Roewer; *A Ordem Franciscana no Brasil*, Petrópolis, 1947; V. Willeke, *Missioes Franciscanas no Brasil*, Petrópolis, 1974.

por los jesuitas, por los capuchinos franceses y por el clero seglar, misiones como las de Aracapá, Coripós, Sorobabé, Pambu, Rodelas y Acarás. En la capitanía de Río de Janeiro tuvieron una aldea, la de San Antonio dos Guarulhos, que antes fuera de responsabilidad capuchina, distinguiéndose en su acción el padre fray Antônio de la Piedad, aldea de la que se retiraron en 1758. En São Paulo tomaron para sí la dirección de las aldeas de San Antonio Peribé y de Nuestra Señora da Escada, ambas fundadas en tiempos de los jesuitas, defendiendo en la primera ardorosamente a los indios contra el afán de lucro de los blancos; por la segunda pasaron hasta 30 misioneros y llegó a tener una media de 200 almas. En Río Grande del Sur aceptaron hacerse cargo de la nueva aldea de Nuestra Señora dos Anjos (1759), así como de la de San Nicolás, ambas pobladas por indios de los Siete Pueblos de las Misiones, de la nación guaraní, ya cristianizados, bajo el amparo de los misioneros fray Rafael da Purificação, fray Domingos da Purificação, fray Valério do Sacramento, fray João de Loreto y Fray João de Santa Catarina... Estuvieron allí hasta 1780. La aldea dos Anjos llegó a tener hasta 2.000 indios y la de San Nicolás apenas 400.

En la Amazonía, los franciscanos del comisariado de la Piedad, de Portugal, dirigieron 10 aldeas de indios, mientras otras 10 estuvieron a cargo del comisariado de la Concepción y del comisariado de San Antonio, hasta congregar un total de 26 aldeas. Citamos, de entre ellas, las siguientes: 1) aldea de San Juan Bautista, de indios y jamundá; 2) aldea de San Antonio, de indios nambiquara; 3) aldea de San Brás, de indios torás, en Matum; 4) aldea de San Juan Bautista, de indios tocantis; 5) aldea de San Francisco de Guarapatuba, de indios manaus y otros; 6) aldea de Santa Ana, de indios pauxis y otros; 7) aldea de Nuestra Señora de la Piedad de Gumbá, de indios de diversas naciones; 8) aldea de Santa Cruz, de indios manaus y aracajus; 9) aldea de San José de Aripipó, de indios capunas; 10) aldea de San Antonio de Sarubuí, de indios manaus y otros; 11) aldea de San Francisco de Caiá, de indios aruas, en la isla de Narajó; 12) aldea de San Buenaventura de Caiá, de indios arunas; 13) aldea de Nuestra Señora de la Concepción de Igarapé, en la isla de Marajó, de indios aruas; 14) aldea de San Francisco, en la foz del río Jari, de indios aroquis; 15) aldea de Nuestra Señora de la Concepción de Marajó, de indios ingaíbas; 16) aldea de Nuestra Señora de la Concepción de Tuaré, de indios tucupus; 17) aldea de San João dos Poçoes, en Maranhão; 18) aldea del Buen Jesús

de Marajá, de indios araus y otros... Las misiones del comisariado de la Piedad se extinguieron en 1757 por obra del marqués de Pombal.

En otras partes de la colonia, los franciscanos dirigieron algunas aldeas más de indios ya cristianizados. A finales del siglo XVII y a comienzos del XVIII, tuvieron a su cargo en Bahía la aldea de Traíra, de la cual era misionero fray Joaquim de Santana; la de Saí, con fray Domingos de San José; la de Cural dos Bois, con fray Antonio de la Presentación; la de Itapicum, con fray Francisco de San José Sousa; la de Maçacará, con fray Manuel de la Purificación. En el último tramo colonial, los franciscanos ya se habían ido extinguiendo poco a poco como misioneros. Pagaron su tributo de sangre, eso sí, como fray José de Santa María y fray Martinho da Conceição, muertos por los indios en la isla de Marajó el 20 de noviembre de 1701; como fray Pedro de Évora y fray Antonio de Vila Viçosa, muertos a manos de los selvícolas piriquis.

Las misiones de los carmelitas (1700-1800) [5]

Los carmelitas observantes tuvieron algunas misiones en las aldeas de Japarutuba y del Río Real, en Bahía; también las aldeas de San Miguel y de Nuestra Señora de la Victoria, de indios caboclos, en la isla de Itamaracá, donde había 12 religiosos en cada una ellas. Pero fue en la región amazónica y en los Solimões donde más y mejor actividad desarrollaron durante el siglo XVIII, con las aldeas de San Juan Bautista, de Nuestra Señora do Carmo, de San Elías, de San Alberto, Santa María Magdalena de Pazzi, San Angelo, Santa Teresa y San José dos Arauxis. En 1720 tenían 15 misiones. Se distinguieron en el campo misionero fray José Alves das Chagas, conocedor de la lengua indígena, que fundó la aldea de los Mandurucus, muy querido por los indios maués, entre los cuales falleció; fray José de Magdalena, que tuvo el mérito de introducir la vacuna contra la viruela; fray Teodosio, que aldeó a los tucumanos; fray Domingos de Santa Teresa, en 1734 misionero de los cambedas, entre los cuales desarrolló una acción muy meritoria.

[5] A. Prat, *Notas históricas sobre as Missoes Carmelitas no Extremo Norte do Brasil*, Recife, 1941.

Lamentablemente, la decadencia de la numerosa orden, principalmente a partir de las restricciones impuestas por el marqués de Pombal, influyó en la pérdida de las misiones por no haber religiosos aptos para continuar el trabajo evangélico.

Las misiones de los oratorianos y de los otros religiosos

De entre los religiosos del tiempo de la colonia tuvieron también misiones, aunque pocas, los mercedarios, que trabajaron entre los selvícolas de la Amazonía, donde sobresalió por su celo y capacidad fray Teodosio da Veiga. Una orden regia del 13 de abril de 1723, sin embargo, mandaba a los mercedarios que dejaran las misiones. Los benedictinos continuaron dirigiendo la misión de Nuestra Señora de la Concepción de Paraíba; además de atender esporádicamente algunos ministerios, se dedicaron a unas cuantas misiones de São Paulo, entre ellas la de Pinheiro, de la cual fue cura en 1779 fray Manuel da Conceição Queiroz, y la de Itaquacetuba, donde fue misionero en 1800 fray Inácio de Santa Mafalda. Los carmelitas descalzos tenían una misión en Ribeira do Cariri de indios airiús, con 330 almas, fundada a finales del siglo XVII, además de dirigir, durante un corto espacio de tiempo, varias aldeas más en el río San Francisco, dejadas por los capuchinos franceses. También en Bahía tuvieron una aldea. Pronto, sin embargo, quedaron sin todas ellas.

Los oratorianos, después de haberse mostrado como grandes misioneros en diversas aldeas del nordeste, conservaron aún en este período cuatro reducciones más; la de Ororobá, de indios xucurús, que se extinguió a comienzos de 1760; la de Araré, en Ceará, de indios paiacus, junto al río Jaguaripe, donde se distinguió por sus luchas el padre João da Costa; la de Nuestra Señora de Montanha y la de Utuguaí, desmanteladas en tiempos del marqués de Pombal o poco después.

IV

LAS MISIONES INDÍGENAS DEL CLERO SECULAR

EXPOSICIÓN

En este último período colonial, el campo misionero tuvo agentes ilustres llegados a la colonia con el clero seglar, algunos de los culaes han de ser tenidos entre los mejores de su época [1]. Después de la supresión de los jesuitas y acabado el trabajo de los capuchinos italianos, fueron los padres diocesanos los más devotos apóstoles de los indios. Es preciso conocer también esta faceta de la Iglesia de Brasil. Algunos de esos padres, que llevaban trabajando desde los últimos tiempos del siglo anterior, siguieron dedicándose celosamente a la conversión de los indios, como es el caso del padre Miguel de Carvalho, del padre Domingos Ferreira Chaves y el padre Tomé Carvalho da Silva. No eran pocos los padres diocesanos dados al ministerio de la fe entre los indígenas. En una relación fray José Fialho, obispo de Olinda, dice que había en su diócesis 55 aldeas de indios, de las cuales la mayor parte, excactamente 30 estaban a cargo de padres seglares, aldeas diseminadas por Pernambuco, Ceará, Río Grande del Norte, Paraíba, Sertão de Rodelas y también en Bahía, en Espíritu Santo, en las Alagoas y en Río de Janeiro. Con gran éxito abrieron nuevas misiones. Es lo que se analizará en este capítulo.

[1] A. Rubert, o. c., III, pp. 107-131.

La conversión de los orises procases [2]

No se puede omitir un hecho de extraordinaria importancia: la conversión de más de 3.000 indios el *sertão* de Bahía. Los temibles orises procases, con fama de guerreros y salteadores vivían emboscados en la sierra de Nhumarama, junto al río San Francisco. En 1713, el párroco de Itapicuru de Cina, padre Eusébio Laços de Lima, salió a visitar la parroquia del *sertão*. Informado de que los caimbés habían hecho prisioneros a 19 indios orises, incluyendo al hijo del cacique, y que iban a celebrar con ellos un banquete antropófago, apareció en medio de ellos y reprobó enérgicamente lo que iban a hacer, consiguiendo apaciguar los ánimos y disuadirles. Tuvo que desembolsar, sin embargo, un rescate de 200.000 escudos. Cumplida la promesa, cortó las cuerdas de los prisioneros y abrazó al hijo del cacique. Después, los llevó consigo a Itapicuru, los vistió, les enseñó el catecismo y los preparó para el bautismo, que ellos mismos le pidieron. Al hijo del cacique le fue dado el nombre de Miguel.

Pasado cerca de un año, sus huéspedes le aseguraron que también sus compatriotas tenían que recibir el bautismo, prometiéndoles que jamás serían esclavizados. El buen padre, animado por las perspectivas que se le presentaban, acompañando a los indios ya cristianizados y junto con un grupo de parroquianos, recorrió 140 leguas en 40 días de periplo, llegando al reducto de la nación india. Allí levantaron los expedicionarios un fortín de madera e izaron la bandera de la paz, tocándose el clarín. Dando grandes alaridos de júbilo enormes gentíos de indios se aproximaron intentando asaltar la empalizada. Entonces Miguel, hijo del cacique, subió al punto más alto y les habló en su lengua. El cacique mandó que se respetara lo que su hijo decía. Después dio orden de que se entregara al padre Eusébio su arco de guerra con 12 flechas envenenadas. Al día siguiente, el sacerdote celebró la misa, ayudado por Miguel, asegurándoles que nunca serían indios esclavos. Muchos pidieron de inmediato el bautismo. Mas el padre les hizo ver la conveniencia de recibir antes una instrucción religiosa. «Cinco meses», dice el cronista, «transcurrieron para que se verificase esa instrucción, no dejando el padre en momento alguno de dedicarse a ella».

[2] J. F. Montarroio Mascarenhas, *Os Orizes Conquistados*, Lisboa, 1716.

Luchó desesperadamente, de igual manera, para que abandonasen la poligamia y la antropofagia.

Finalmente, el 13 de junio de 1714, fiesta de San Antonio, inició el padre Eusébio el acto de dar el bautismo a 3.700 almas, siendo 1.800 los hombres y 1.900 las mujeres y las criaturas. El rito se prolongó durante tres días. El cacique se llamó Rafael y su otro hijo Gabriel. Se verificaron, igualmente, muchos casamientos. Reinó gran alegría entre todos. «No fue menor el consuelo espiritual del padre», añade el cronista. El padre Eusébio Dias Laços de Lima los recogió a todos en una aldea sita en mejores tierras, hizo que fuera con ellos un cura, denominándose acto seguido protector y defensor perpetuo de los orises procases, a los cuales no habían logrado convertir otros misioneros.

La primera mitad del siglo XVIII

Hasta la supresión de los jesuitas y de otros misioneros, trabajaron entre los nativos diferentes padres seglares. En Ceará sobresalió el padre Antônio de Sousa Leal, que llegó a viajar hasta la Corte para exigir justicia contra las vejaciones a que eran sometidos los indios, alcanzando de don Juan V diversas provisiones y ayudas para el culto, «para la jornada de Ceará» [3]. Durante 25 años trabajó también entre los indios de Ceará, el padre José Teixeira de Miranda quien, a partir de 1700, se hizo misionero de los tapuias y de los ararius de la sierra de Baruoca, y visitó a los de la sierra de Ibiapaba, terminando como cura de la aldea de Aracatumirim. Otro devoto misionero de la región fue el padre Ezequiel Gameiro, catequista de los canindés en la sierra de Uruque, junto al río Xoró. Entre los paiacus y los ansus trabajó el padre Luiz Teixeira, el cual se estableció en Taboleiro de Cascaveli, mientras el padre Antônio Nunes Cabral fue encargado de aldear, en los Bastiões, 40 casas de jacases de las cabeceras del Jaguaripe, 18 casas de condendes, 15 casas de guexerens y 12 casas de caraís caretenes. Entre los ansus trabajó intensamente el padre Ventura Dias quien, a comienzos del 1773, se retiró de la misión a causa de los enfrentameintos que

[3] AU, Av., y Decr., cod., 1, f. 147. El Rey determinó «...es por el bien del Consejo Ultramarino por lo que mando dar un altar portátil y todo lo que es necesario para decir misa y para mejor conducirse de las referidas misiones».

tuviera con el capitán João Freire de Barreto y Menezes. En la aldea del Palmar, en Pernambuco, el padre José Domingues se dedicaba al cuidado de 112 casas de indios, divididas en tres aldeas en Orucu. Entre los indios prosés de la aldea de Nuestra Señora de la O, término de Penedo, impartió doctrina el padre Caetano Justo de Santiago. Incluso en las Alagoas hubo padres seglares: el padre Manuel Monteiro da Rocha y, en Pernambuco el padre Manuel de Araujo.

Misioneros que sustituyeron a los jesuitas expulsados [4]

Expulsados los jesuitas en 1759, se abrió para el clero seglar de Brasil un inmenso campo misionero pues, a excepción de los capuchinos también expulsados temporalmente en 1766, los demás religiosos veían languidecer sus antiguas misiones. Dos reales decretos (del 8 de mayo de 1758 y del 29 de septiembre de 1758) ordenaban la entrega de aldeas a los padres seglares, que así pasaban a hacerse cargo de las reducciones jesuíticas [5]. Las aldeas, según las órdenes del Rey, debían ser elevadas a la categoría de villas y debía, igualmente, cambiárseles el nombre. Se trataba de establecer, con ello, pueblos de indios cristianos. Naturalmente, si los religiosos que en esas aldeas sirvieran se llamaban misioneros, de igual manera los padres diocesanos merecían el tratamiento, en tanto se daban para ellos las mismas condiciones de vida. Algunas aldeas, por falta de padres suficientemente capacitados para el ministerio entre los indios, pasaron a depender en un primer estadio de los párrocos vecinos. Muchas, por ello, recibieron su propio cura.

En Bahía, la antigua aldea de San Antonio, así como la del Espíritu Santo, de indios tupinambás y guaianás, que pasó a llamarse Abrantes, tuvo como cura al padre Antônio Rodrigues Nogueira, que dirigía y velaba por 40 casas pobres, no queriendo recibir por ello emolumento alguno. En la antigua aldea de Nuestra Señora de la Concepción dos Grens, en Ilhéus, estaba el padre Francisco Xavier de Azevedo; en la aldea de Santa Teresa de Canabrava, de indios cariri, el cura fue el padre Carlos Antônio de Brito, que reconstruyó la iglesia; en la de Nuestra Señora dos Prazeres de Jequiriça era misionero el padre João Duarte.

[4] *Idem*, Castro e Almeida, Bahía, VI, dc. 6.508 a 6.541.
[5] *Idem*, Río de Janeiro, Cx., 13.

En el obispado de Río de Janeiro las antiguas aldeas de los jesuitas y otras fueron regidas también por el clero diocesano. Entre sus ilustres misioneros hay que nombrar al padre Manuel Luiz Ribeiro, que cuidó en un principio de la aldea de San Bernabé. En esta aldea se distinguió, de igual manera, el padre Antônio Lopes de Amorim, que defendió corajudamente los derechos de los indios a sus propias tierras, falleciendo en 1777 por los muchos disgustos que sufriera; de la aldea de la Sagrada Familia, en el río São João, se encargó en 1757 el padre Francisco da Silva Pereira, a la sazón experimentado misionero entre los indios; en la aldea de San Antonio dos Gurulhos ejerció su ministerio el excelente padre Angelo Peçanha, que redujo a muchos indios, levantándoles iglesia y distribuyendo entre ellos aperos de labranza; en la aldea de Reritibia, en Espíritu Santo, célebre porque en ella vivió y mirió el beato Anchieta, estuvo el padre Antônio Teixeira Cardoso a partir de 1758.

En Minas Gerais [6], por disposición regia, los indios quedaron bajo el amparo del clero seglar, que tuvo misioneros ilustrísimos en el último perído colonial. Entre los más grandes hay que citar al padre Manuel de Jesús María, mulato, misionero del *sertão* de Pomba [7], que se metió en las selvas y recogió a los coropós y a los coroados, haciéndose en 1767 cura de ellos, entre los que vivió 40 años catequizándoles, construyéndoles iglesia, escuelas, y distribuyéndoles herramientas y aperos de labranza para que se ganaran el sustento diario. Fue él quien, como se dice, «llevó la paz a toda la nación de los carapós». Falleció en 1811. Buen misionero de los indios coroados fue el padre Francisco da Silva Campos, que les enseñó a trabajar los campos y que los defendió ante la Corte con denuedo [8]. Benemérito de los indios fue también el padre José Pereira Lidoro, que los defendió siempre y en todo lugar, demostrándoles enorme generosidad; de la misma forma, el padre José Rodrigues Martins Pimenta colaboró con Tomás Marlière en la preservación de las tribus de Minas Gerais y el padre José Luiz Correa que fue otro benefactor de los más grandes que viera Brasil para con los indios. En el Mato Grosso y en Goiás muchas aldeas de indios quedaron a cargo de los respectivos párrocos de las localidades.

[6] *Idem, ib.*, dc. 14.657.
[7] Por mor de la brevedad ofrecemos los datos de manera resumida.
[8] AU, Inventario, Bahía, I, pp. 298-299.

NUEVAS MISIONES INDÍGENAS DE LOS PADRES DIOCESANOS

Es de justicia registrar el trabajo misionero de varios presbíteros seglares de los últimos tiempos del Brasil colonial. En el obispado de Río de Janeiro [9], hay que resaltar el trabajo del padre José das Neves Ribeiro, que en 1765 hizo devotos a los indios de la aldea de Macaé, pasando en 1795 a cuidar de la aldea de Santa Rita, de indios guarulhos, abandonada desde mucho tiempo antes. Pero más aún se distinguió el padre Francisco Xavier de Toledo, que trabajó durante más de 30 años entre los puris, consiguiendo reunirlos en una gran aldea y habituándoles al trabajo racionalmente, hasta su muerte entre ellos, acontecida en 1820; el padre Henrique José de Carvalho, «celoso y lleno de ardor evangélico», acudió a recoger a indios fugitivos y los redujo en la aldea de San Luiz Beltrão; el padre Manuel Gomes Leal se dedicó a los indios coroados, entre los ríos Preto y Pernaíba, fundando en 1803 la aldea de Nuestra Señora de la Gloria de Valencia, en la cual falleció cuando se empeñaba en la construcción de un asilo para los nativos.

Esta síntesis de la colaboración del clero diocesano en el campo misionero de Brasil ya nos ofrece una idea más clara del ingente esfuerzo que hubo de hacerse para atraer a la luz del Evangelio a las numerosas tribus que habitaban las diferentes regiones de Brasil, para así completar mejor la verdadera Historia de las misiones indígenas.

[9] *Idem*, Cons. Ultr. cod. 232, f. 179v.

V

LAS NUEVAS CIRCUNSCRIPCIONES ECLESIÁSTICAS Y LA ACCIÓN PASTORAL DE SUS PRELADOS

Un territorio tan vasto como el de Brasil, una vez se hubo poblado más ampliamente, reclamaba la creación de nuevas circunscripciones eclesiásticas [1]. Desde los inicios del siglo XVIII venían creándose nuevas diócesis. Y con la morosidad que era propia de los asuntos concernientes al Brasil colonial, el país acabó por contemplar una nueva y última división eclesiástica. Empezó por Belém, pues se había proyectado ya en el siglo anterior que ahí se iniciase esa división. Después de un largo espacio de tiempo, cuado el papa Benedicto XIV complació la solicitud de don Juan V con el título de Rey Fidelísimo, se dio inicio sumario a la ansiada división eclesiástica de la colonia, partiéndose el enorme obispado de Río de Janeiro en cuatro nuevas circunscripciones.

El obispado de Belém do Pará

Después de transcurridos cuatro años de proceso fundacional, el 4 de marzo de 1720 Clemente XI, mediante la bula *Copiusus in misericordia*, erigió la diócesis de Santa María de Belém del Grão-Pará, desmembrándola del obispado de Maranhão y sometiéndola a la metrópoli eclesiástica de Lisboa. Posteriormente fue presentado en ella el primer obispo, en la persona del carmelita de las Azores fray Bartolomeu do Pilar (1721-1733), que llevaba muchos años en Brasil distinguiéndose

[1] A. Rubert, o. c., III, pp. 133-180.

como elocuente orador [2] y eximio profesor de Recife. Consagrado en Lisboa el 22 de diciembre de 1720 por el cardenal-patriarca, tomó posesión de su diócesis por poderes el 13 de julio de 1721, arribando a Brasil para pastorear a su rebaño el 21 de septiembre de 1724. Por ser tan grande su obispado, en el que había poco clero y sí enormes distancias y complicadas comunicaciones, su ministerio fue difícil. Con los sacerdotes que se trajera de Portugal y con otros de la tierra, instituyó el cabildo, fundó nuevas parroquias y visitó gran parte de su jurisdicción... Pero encontró las mayores dificultades en la oposición de los religiosos que administraban las aldeas de indios, mayoritarios entre el clero de la zona. Impidieron al obispo que visitara las aldeas, sobre todo los jesuitas, que apelaron a unos más que dudosos derechos y privilegios [3]. Falleció en Belém el 9 de abril de 1733 a los 66 años de edad. Le sucedió el doctor fray Guilhermo de San José (1739-1749) [4], tras una vacante de seis años. Natural de Lisboa, había sido prior de la orden de Cristo, confirmado el 3 de septiembre de 1738 y consagrado el 4 de diciembre siguiente junto a los obispos de Olinda y de Maranhão por el cardenal-patriarca. Tomó posesión de su cargo el 10 de agosto de 1739. La diócesis contaba con 11 parroquias y con 70 aldeas de indios. Visitó gran parte de ella y puso la primera piedra de la iglesia de Nuestra Señora de Gracia de Belém. Al quedarse ciego pidió la dimisión de su cargo [5]. Le fue enviado, entonces, un obispo coadjutor [6] y regresó a Portugal, donde murió el 15 de diciembre de 1751. Fray Miguel de Bulhões y Sousa (1749-1760) fue nombrado nuevo obispo. Natural de Verdemilho, en Aveiro, era fraile dominico, presentado como obispo de Malaca y confirmado el 28 de marzo de 1746, siendo consagrado en Lisboa el 29 de junio de 1746 sin llegar a ir personalmente a su diócesis. Llegó a Belém, el 9 de febrero de 1749, cuando ya fuera aceptada la renuncia de su antecesor. Fue un buen obispo, que se interesó por la construcción de un seminario, que visitó buena

[2] Bibl. Lus., I, pp. 473-474.

[3] Sobre este asunto hay muchos documentos pontificios, v. g., la bula *Inscrutabili* (5-II-1621), de Gregorio XV; la *Immensa Pastorum* (23-XII-1741), y el breve *Quamvis ad confirmandum* (6-III-1745), de Benedicto XIV. Hay también escritos muy polémicos con respecto a la controversia suscitada, especialmente debidos a los ignacianos.

[4] AV, FCons., Proc., cod., 124, ff. 175-196.

[5] *Idem*, Dat., Apost., Proc., cod. 125, f. 95.

[6] BA, cod. 53-IX-2, n.º 123.

parte de su diócesis, si bien se mostró como enemigo de los jesuitas ayudando a su expulsión. Destinado a Leiria en 1760, falleció ahí el 15 de septiembre de 1779 [7].

El nuevo obispo de Belém fue el benedictino doctor João de San José Queiroz (1760-1764) [8], consagrado el 10 de mayo de 1760, tomando posesión de su cargo el 31 de agosto de 1760... Se hizo célebre por la larga visita pastoral que efectuase entre 1761 y 1762, de la cual nos ha dejado una excelente descripción [9]. De vuelta a la Corte en 1763 y siendo injustamente acusado de colaborar con el poderoso marqués de Pombal, quedó confinado en la abadía de Arnoia, donde falleció el 15 de agosto de 1764. Le sucedió fray João Evangelista Pereira da Silva (1772-1778) [10], oriundo del arzobispado de Braga, religioso de la orden Tercera Regular, consagrado en Lisboa el 28 de octubre de 1771 por el obispo de Beja, tomó posesión de su cargo el 17 de noviembre de 1772, después de nueve años de vacancia. Convocó un sínodo diocesano, que se inició el 18 de mayo de 1777. Creó varias parroquias y puso los cimientos de la iglesia de Nuestra Señora de Nazaré, conocida con el nombre de Cirio de Nazaré. Falleció en Belém el 14 de mayo de 1782. Le siguieron varios y grandes obispos, comenzando por fray Caetano da Anunciação Brandão (1783-1790) [11], nacido en el obispado de Oporto, religioso también de la orden Tercera Regular, doctor en Teología, ordenado el 22 de septiembre de 1764 y confirmado por el obispo de Belém el 16 de diciembre de 1782. Después de haber recibido la orden episcopal el 2 de febrero de 1783, embarcó en dirección a su diócesis, de la cual tomó posesión el 26 de diciembre de 1783. Reformó el seminario, urgió a la enseñanza del catecismo, introdujo un compendio del patriarca Mendonça, emprendió cuatro visitas pastorales, creó diversas parroquias y construyó un hospital para los pobres. Destinado al arzobispado de Braga en 1790, continuó desarrollando su acción ministerial, siendo considerado por ello como uno de los

[7] «Vida e Fastos de fray Miguel de Bulhões e Souza», en rev. IHGB, vol. 75 (1877), pp. 143 ss.

[8] AV, FCons., Proc., cod. 149, ff. 411 ss.

[9] Rev. IHGB, vol. 9 (1847), pp. 43 ss; «Visitas Pastorais. Memória», Río de Janeiro, 1961.

[10] AV, FCons., Proc., cod. 160, ff. 52 ss.

[11] *Idem, ib.*, cod. 182, ff. 28-38.

más grandes prelados que jamás tuviera el Reino [12]. Falleció el 15 de diciembre de 1805. Llegó a Belém como primer obispo perteneciente al clero seglar don Manuel de Almeida Carvalho (1794-1818) [13], natural de Viseu, ordenado sacerdote el 8 de setiembre de 1773, doctor en Cánones, párroco de Louriçal, confirmado el 21 de junio de 1790 y consagrado el 15 de agosto de 1791. Tomó posesión de la diócesis el 18 de junio de 1794. Procuró mejorar al clero y al pueblo. Realizó extensas visitas pastorales [14]. Cuidó de los indios y de los pobres [15]. Recorrió más de 619 leguas, hasta llegar al río Negro. Rescató a 25 niños y a varias niñas de las manos de los indios salvajes. Reclamó mejores condiciones para su clero. Hubo de sufrir, por todo lo dicho, las arbitrariedades de la junta gubernamental y la intromisión del poder civil en los asuntos de la Iglesia. De él se dijo que había sido un prelado «docto, sabio, virtuoso, humilde, caritativo y pleno de celo apostólico», digno de compararse con un San Francisco de Sales. Falleció devotamente el 30 de junio de 1818, sucediéndole el primer brasileño que ocupó el solio paraense, que fue el arcipreste de la catedral don Romualdo de Sousa Coelho, consagrado el 1 de abril de 1821 en Río de Janeiro, tomando posesión de su cargo el 5 de julio de ese mismo año. El 22 de julio de 1822 creó la vicaría general de Río Negro, siendo en todo momento un obispo ilustre y benemérito.

El obispado de São Paulo

Creado en 1720, sólo tuvo cauce legal mediannte la bula *Candor Lucis aeternae*, de Benedicto XIV, de fecha 6 de diciembre de 1745, cuando quedó desmembrado de la diócesis de Río de Janeiro. Tuvo como primer obispo al presbítero secular don Bernardo Rodrigues No-

[12] A. C. do Amaral, *Memórias para a História da Vida do Venerával Arcebispo de Braga D. Fr. Caetano Brandão*, 2 vols., Lisboa, 1918.

[13] AV, FCons., Proc., cod. 192, ff. 52-62.

[14] El 28 de marzo de 1804 envió una relación de las visitas al nuncio don Lourenço Caleppi, mientras fray Antônio de Alba Pompeu hizo otro relatorio para sus superiores de Roma.

[15] Llegó a tener en su propia residencia un recogimiento para indios, además de un pequeño hospital para atenderlos.

gueira (1746-1748)[16], nacido en la diócesis de Coimbra y ordenado el 30 de mayo de 1722; al ser electo vicario general de Braga, dio muestras de su gran ciencia cristiana, de su piedad y rectitud de carácter. Fue consagrado por el cardenal-patriarca de Lisboa el 13 de marzo de 1746, tomando posesión de su obispado el 15 de julio siguiente. Arribó el 8 de diciembre y de inmediato se entregó a la tarea de organizar su diócesis, el cabildo, así como de atender a los asuntos más urgentes. Tuvo ciertas divergencias con el obispo de Río de Janeiro, a propósito de los límites de su jurisdicción en el sur y en la zona oeste de Minas. Fue una gran pérdida para la nueva diócesis, pues falleció prematuramente el 7 de noviembre de 1743, con apenas 54 años de edad. Para sucederle se nombró al franciscano fray Antônio da Madre de Deus Galrão (1751-1764)[17], natural de Lisboa, consagrado el 6 de septiembre de 1750 por el cardenal-patriarca de Lisboa, que le ordenó tomara posesión de su cargo el 15 de julio siguiente. Arribó el 8 de diciembre y de inmediato se entregó también a la reorganización de la diócesis, a la del cabildo y a sus funciones como asistente del solio pontificio. Falleció en São Paulo el 19 de marzo de 1754. Un franciscano le sucedería: fray Manuel da Resurreição (1771-1779)[18], natural de Lisboa, confirmado por Clemente XIV el 17 de junio de 1771 y consagrado el 28 de octubre siguiente. Después de haber tomado posesión por poderes, arribó el 19 de marzo de 1774. Tuvo muchas diferencias con el gobernador Martim Lopes Saldanha, haciéndose ambos amargas acusaciones ante la Corte. Visitó la diócesis, estableció un ordenamiento para las parroquias y para el clero (1777), creó diversas parroquias, cuidó de las aldeas para indios y levantó, en un antiguo colegio de los jesuitas, la curia episcopal y una suerte de seminario. Falleció en su sede el 21 de octubre de 1779, sucediéndole el franciscano fray Manuel da Madre de Deus, que tomó posesión por poderes, pues poco después sería nombrado arzobispo de Braga, ciudad en la que falleció, sin mayores méritos, el 20 de octubre de 1827.

El nuevo obispo de São Paulo fue elegido entre el clero seglar: don Mateus de Abreu Pereira (1795-1824)[19], natural de la isla de Ma-

[16] AV, FCons., Proc., cod. 122, ff. 610 ss; J.P. Leite Cordeiro, *O Primeiro Bispo de São Paulo*, São Paulo, 1945.

[17] AV, FCons., Proc., cod. 138, ff. 55 ss.

[18] *Idem, ib.*, cod. 163, ff. 55s s.

[19] *Idem, ib.*, cod. 199, ff. 213 ss.

deira, párroco en la diócesis de Coimbra, consagrado el 3 de septiembre de 1795 por don Luiz de Brito Homem, convirtiéndose posteriormente en obispo de Maranhão asistido por los brasileños don Alexandre da Silva Pedrosa Guimaraes, obispo de Macao que fuera y don José Joaquim da Cunha Azevedo Coutinho, obispo de Olinda. Tomó posesión personal de la diócesis el 31 de mayo de 1797, mostrándose como un prelado capaz. Tuvo gran influjo y visitó asiduamente la diócesis, tomando parte activa en la vida política de la colonia y mostrándose fervoroso partidario de la independencia. Fue acusado de excesiva bondad para admitir a los candidatos a las órdenes sacras y falleció el 5 de mayo de 1824.

El obispado de Mariana

La fiebre del oro hizo que aumentase de manera sobrecogedora la población de Minas, donde se reclamaba la presencia de un obispo. Merced a la bula *Condor lucis aetarnae*, del 6 de diciembre de 1745, se constituyó la primera diócesis de Minas, con sede en Ribeirão do Carmo, que pasó a denominarse Mariana en honor de la reina consorte. Su primer obispo fue transferido de Maranhão, tratándose del celoso cisterciense fray Manuel da Cruz (1748-1764), que organizó bien la diócesis, erigió el cabildo y fundó el seminario diocesano. Sin embargo en lo que a reformar las disolutas costumbres se refiere, tuvo varios contratiempos. Mas el enérgico prelado dejó su impronta, en definitiva, tanto entre el clero como en su pueblo. Falleció el 3 de enero de 1764. Lamentablemente, sus dos sucesores inmediatos no llegaron a dirigir personalmente a su rebaño. El primero, por ser rápidamente nombrado arzobispo de Bahía, don Joaquim Borges de Figueiroa. El segundo don Bartolomeu Manuel Mendes dos Reis [20], obispo de Macao, natural de Cerdosa, diócesis de Coimbra, consagrado el 25 de julio de 1753 a los 33 años de edad, por ser transferido a Mariana en 1773 y por alegar razones de salud, no tomó posesión sino por poderes, el 19 de diciembre de 1773, hasta que dio en renunciar definitivamente en 1779. Falleció en Lisboa al 7 de marzo de 1799 a los 79 años de edad.

[20] *Idem, ib.*, cod. 141, ff. 12 ss.

El siguiente obispo de Mariana fue el dominico fray Domingos da Encarnação Pontével (1779-1795) [21], natural de Santarém, confirmado el 1 de marzo de 1779 y consagrado el 19 de abril de ese mismo año. Tomó posesión personal el 25 de febrero de 1780. Era hombre piadoso y austero. Visitó la diócesis, hizo muchas ordenaciones y se empeñó en la reforma en profundidad de las costumbres, falleciendo en Vila Rica el 16 de junio de 1795. Después de una vacante de cuatro años fue elegido el franciscano don Cipriano de San José (1798-1817) [22], que si bien fue austero no obtuvo mayores éxitos por su poca sociabilidad. Nacido en Lisboa, fue profesor de su orden, siendo confirmado por Pío VI el 4 de julio de 1797. Después de ordenado obispo, el 31 de diciembre de 1797 por el nuncio don Bartolomeu Pacca, mandó tomar posesión de la diócesis en su nombre hasta que personalmente pudo dirigirse a ella. Se opuso tenazmente a la ordenación de sujetos indignos. Visitó gran parte de su feligresía y se mostró contrario, lanzando duras invectivas, a la relajación de las costumbres que a la sazón imperaba. Falleció en Mariana el 14 de agosto de 1817, sucediéndole un franciscano radicado en Brasil desde tiempos atrás, que fue fray José de la Santísima Trinidad [23], uno de los más ilustres obispos que viera este período. Oriundo de Oporto, ingresó en los franciscanos cuando ya residía en Bahía y fue ordenado el 3 de julio de 1785, llegando a provincial de la orden, para ser presentado posteriormente al obispado por don Juan VI y confirmado por Pío VII el 27 de septiembre de 1819. Lo consagró don José Caetano da Silva Coutinho, obispo de Río de Janeiro, el 9 de abril de 1820, tomando posesión de su cargo el 8 de agosto de ese mismo año.

La prelatura de Cuiabá

Creada ya el 6 de diciembre de 1745, continuó dependiendo del obispado de Río de Janeiro, pues sólo en 1783 fue presentado su primer prelado en la persona de fray José Nicolau de Azevedo Coutinho, monje de la orden de Avis, natural de Lisboa. Sin verificarse la consul-

[21] *Idem, ib.*, cod. 141, ff. 12 ss.
[22] *Idem, ib.*, cod. 201, ff. 362-380.
[23] *Idem, ib.*, cod. 216, ff. 503-533; Nunz. Port., Div. I, Sec. 10.


OCÉANO
OBISPADO DE PARÁ
Belém (1719)
S. Luis (1677)
Fortaleza
OBISPADO DE MARANHAO
OBISPADO DE PERNAMBUCO
Natal
Paraíba
Olinda (1676)
PRELATURA DE MATO GROSSO
PRELATURA DE GOIÁS
ARZOBISPADO DE BAHÍA
S. Salvador (1551)
Cuiabá (1745)
Goiás (1745)
OBISPADO DE MARIANA
OBISPADO DE RÍO DE JANEIRO
Mariana (1745)
Vitória
OBISPADO DE S. PAULO
S. Paulo (1745)
Santos
Río de Janeiro (1676)
Paranaguá
OBISPADO DE RÍO DE JANEIRO
Desterro
Porto Alegre
ATLÁNTICO
Río Grande
OBISPADOS Y PRELATURAS DE BRASIL AL FINAL DE LA ÉPOCA COLONIAL
PRELATURAS.
OBISPADOS.
ARZOBISPADOS.

ta preceptiva al obispo de Río de Janeiro, fue nombrado obispo titular de Zoara. Pero no tomó posesión de su cargo ni consta que lo hiciera por poderes. Transferido a la prelatura de Goiás, tampoco acudió, quedándose en el Reino como deán de la capilla real. El primer prelado efectivo y único del tiempo de la colonia fue don Luís Pereira de Castro (1807-1822)[24], nacido en Oporto, de la congregación de los canónigos seculares de San Juan Evangelista, los llamados *loios*. Presentado en 1803 como prelado de Cuiabá, le fue conferido el cargo de obispo titular de Ptolemaida, siendo consagrado por el nuncio don Lourenço Caleppi el 14 de julio de 1805. Tomó posesión personal en 1808, procurando organizar su prelatura y visitando largamente su jurisdicción, levantando parroquias y cuidando de la formación del clero. Pidió y obtuvo de la Santa Sede facultades para reducir los días festivos y las fiestas de guardar, así como para verificar uniones matrimoniales entre los pobres. Después de 14 años de continua labor en aras de recoger los mejores frutos de su viña, fue trasladado al obispado de Bragança, en el Reino, aunque falleció en Cuiabá el 1 de agosto de 1822.

La prelatura de Goiás

Presentado su primer prelado, que fue el obispo de Santo Tomé fray Vicente del Espíritu Santo, nacido en Lisboa y religioso descalzo de San Agustín, consagrado el 30 de marzo de 1779, no llegó a detentar su cargo pues renunció en 1782. Tampoco consta que tomara posesión por poderes. Falleció en Lisboa el 29 de noviembre de 1788. Quien fuera indicado para sustituirle, fray José Nicolau Coutinho Gentil, tampoco llegó, pero sí consta que tomara posesión por poderes, pues en 1795 renunció para convertirse en deán de la capilla real. Falleció en 1820. El nuevo prelado fue, entonces, el presbítero secular brasileño don Vicente Alexandre de Tovar (1805-1808)[25], cura de la catedral de Faro, en el Algarve, párroco de Nuestra Señora del Pilar en Goiás y de Cerro Frío en Minas... Fue confirmado por el obispo titular de Titópolis y por el papa Pío VII el 28 de junio de 1803, siendo pos-

[24] *Idem, ib.*, cod. 207, ff. 493-504; Div. I, Sec.1.
[25] *Idem, ib.*, Div. 1, 21, Sec. 6.

teriormente consagrado por el nuncio, don Lourenço Caleppi, el 28 de agosto de 1803 en Lisboa. Tomó posesión por poderes el 20 de marzo de 1805. Mas durante su viaje para tomar posesión personal de su cargo, enfermó y falleció en Paracatu el 8 de octubre de 1808. Para sucederle se escogió a otro brasileño, don Antônio Rodrigues de Aguiar (1811-1818) [26], natural de Río de Janeiro, rector del seminario y canónigo de la capilla imperial. Doctor en Derecho canónico, fue presentado en 1810 y confirmado como obispo titular de Azoto por Pío VII el 22 de noviembre de 1810. Tomó posesión por poderes el 13 de enero de 1811 y fue consagrado el 29 de septiembre de 1816 por don José Caetano Silva Coutinho... Mas, igualmente, cuando se disponía a tomar posesión de su prelatura, falleció en Iguaçu el 3 de octubre de 1818. Le sucedió entonces don Francisco Ferreira de Azevedo, natural de Bahía, párroco de Macucu, elegido posteriormente obispo de Meliapor. Tomó posesión por poderes el 29 de agosto de 1819 y Pío VII lo nombró el 29 de mayo de 1820 obispo de Castórica, partiendo en 1824 para ser consagrado y dirigir personalmente la prelatura. Pero no sería consagrado hasta 1833, en Goiás, por el obispo de Cuiabá, don José Antônio dos Reis. Quedó ciego poco después, mas siguió en el gobierno de la prelatura, dando gran ejemplo de pastor devoto y pío.

[26] AV, FCons., cod. 211, ff. 264-273.

VI

LA VIDA PARROQUIAL

Exposición [1]

En el Brasil colonial fue decisiva la implantación de las parroquias en todos los puntos y extremos de su territorio, dando así a los fieles, con ello, una asistencia permanente mediante la presencia de los párrocos y, las más de las veces, de los coadjutores y de los capellanes. En ese particular, los obispos y los prelados se esforzaron en la creación de curatos y de parroquias sin esperar del patronazgo real la autorización para hacerlo. Se debe, pues, a la iniciativa del clero y del pueblo la erección de un gran número de parroquias. Hay varias estadísticas a propósito de las parroquias brasileñas de ese tiempo, el último tramo de la época colonial. Conviene extraer una media para dar cuenta, en suma, del elevado número de las mismas. Una estadística del año de 1779 [2], sin embargo, no resulta exacta en todos sus extremos. Pero más por defecto que por exceso, como se observará oportunamente.

Comencemos por el obispo de Río de Janeiro, que contaba con un total de 102 parroquias, si bien, en la realidad, eran 111, ya que se olvidaron de dar cuenta de siete que había en Santa Catarina: la parroquia catedralicia y otras tres en la ciudad; 49 en el recodo; 11 en la capitanía de Porto Seguro; siete en la de Espíritu Santo; 11 en la capitanía de Goiás; tres en la capitanía del Mato Grosso y 17 en la capitanía de Río Grande de San Pedro. En el arzobispado de Bahía se

[1] A. Rubert., o. c., III, pp. 161-175.
[2] BA, cod., 52-X-2, número 56-61.

alzaban 94 parroquias, nueve de ellas en la ciudad, 24 en el recodo, 18 al sur de la ciudad, 28 en el *sertão* de Baixo y 15 en el *sertão* de arriba. El obispado de Pará tenía 104 parroquias, 69 en la capitanía de Pará y 35 en la de Río Negro. El obispado de Mariana tenía 51 parroquias siendo 13 las de la comarca de Mariana, nueve de la comarca de Vila Rica, 14 las de Río das Mortes, una en la comarca de Río de Velhas y cuatro en la comarca del Cerro Frío. En el obispado de São Paulo había 63 parroquias, de las cuales 51 estaban en São Paulo y 12 en la comarca de Santos. En el obispado de Olinda había 111 parroquias, 20 de ellas en la capitanía de Ceará, nueve en la capitanía de Río Grande del Norte, trece en la capitanía de Paraíba y 69 en la capitanía de Pernambuco. No hay estadística alguna a propósito del obispado de Maranhão, aunque se cuenta que tuvo más de 20 parroquias. A finales del período colonial, pues, eran más de 550 las parroquias.

La necesidad de más parroquias

Debido a la morosidad con que el patronazgo hacía frente al problema parroquial de Brasil, por iniciativa de los obispos, del clero y de los fieles, se erigieron muchas parroquias de naturaleza apenas eclesiástica, mediante un tipo de acuerdo especial con los moradores de las localidades respectivas, para que garantizaran el sustento del párroco y se cubrieran las necesidades de la Iglesia. Las más de las veces los obispos no se entregaban con el entusiasmo debido a ello, no por faltarles el celo sino porque sabían mucho de las promesas incumplidas, es decir, de la reducción del número de vicarios y de la miseria consustancial a buena parte del clero y a sus iglesias. Además, consideraban injusto que el pueblo, después de haber pagado sus décimos, debiera ayudar aún más al sustendo de las iglesias y del clero.

No obstante, muchísimas parroquias de Brasil surgieron gracias al interés demostrado para ello por los fieles y al celo clerical, siempre en la esperanza de que, al poco tiempo, el patronazgo regio las reconociera y aportase las dotes debidas. En ocasiones, transcurrido poco tiempo, quedaban reconocidas, como aconteció en Oeiras, Rodelas, Barra y otros lugares, que apenas dos años después de erigirse su parroquia ya contaron con el reconocimiento del Rey. Otras, sin embargo, tuvieron que esperar hasta 90 años.

A comienzos del 1713, para evitar lo antes señalado, el gran arzobispo de Bahía que fue don Sebastião da Vide, envió un memorial al don Juan V, haciéndole ver la enorme escasez de parroquias. Clamaba, como buen pastor, porque se pusiera pronto remedio al asunto, pidiendo que la contribución de los décimos se destinara a estos menesteres [3]. Debido al gran número de habitantes de su archidiócesis, que superaba los 90.000, y con sólo 44 parroquias, pedía más y mejores medios para atender a las tantas ovejas.

La enorme extensión de muchas parroquias

Muchas parroquias, erigidas en el siglo xviii, poseían una enorme extensión pues situadas en puntos poco poblados habían de dar consuelo espiritual a muchas gentes de los alrededores. Algunas eran verdaderas prelaturas, principalmente las de la Amazonía, Mato Grosso, Goiás y en el sur del país. El párroco que las atendía tenía que demostrar gran brío: por una parte, alma de santo; por otra, sangre de bandido. Estas parroquias eran temidas por el clero, pues suponían una especie de confinamiento. Conviene señalar algunos ejemplos: la parroquia de Itapicuru de Cima, en el *sertão* de Bahía, se extendía a lo largo de 150 leguas, *sertão* adentro. La parroquia de San Antônio de Laguna, en Santa Catarina, tenía feligreses en 80 leguas a la redonda; la de San Pedro de Río Grande, primera erigida en Río Grande del Sur, tenía cerca de 100 leguas a su cargo... El párroco de Jacuipé, en 1757, escribe:

> Aquí no hay un rebaño junto porque todas son ovejas descarriadas por la distancia en que moran las unas de las otras. Es menester que el párroco viaje de un lugar a otro, continuamente, llevando consigo el viático, afrontando muchos peligros, como se puede colegir de la situación del país y de su intemperancia... [4].

El obispo de Río de Janeiro, en su relación *ad limina*, de 1779 [5], habla de las enormes extensiones de muchas parroquias, donde sus

[3] Noticias del arzobispado de Bahía, a propósito de las súplicas en favor del culto de la salvación de las almas (Biblioteca de Évora).

[4] APB, Religión, cod. 609: Relatorio de las parroquias de Bahía.

[5] AV, SCC, dioc. Flum. Jan., Relación *ad limina*.

ovejas viven privadas de la Eucaristía. Los párrocos, para cumplir con su deber, sufrían días de calor y noches de frío; sufrían la amenaza de las fieras de la selva, pues dormían en las ramas de los árboles.

Tipos de parroquias y de parroquianos

Como ya se ha dicho repetidamente, las parroquias del interior estaban muy poco pobladas. Tenían poca población blanca, componiéndose el resto de ella de esclavos y de foragidos. Gentes, en suma, de poca instrucción y de mucho peligro y mala fama. Algunos, según llegó a decir el propio obispo de Río de Janeiro, más que hombres parencían fieras salvajes. Era tarea fundamental del párroco la de reunir al rebaño y enseñarles las más elementales normas de vida de comunidad, así como mostrarles cuál era la conducta a seguir, desde una perspectiva cristiana y humana. Es increíble lo mucho que padecieron tantos párrocos del *sertão* y del sur... Veamos algunos ejemplos: el párroco de Keromoabo, en Bahía, afirmaba que en todo Brasil no había parroquia de peor fama que la suya, «así que su nombre es oído con temor en todas partes». Sus habitantes, cuando viajaban, tenían que rodear otras localidades debido a eso, a su mala fama. El vicario de Poxim habla de los robos y asaltos que sufren muchos de sus moradores. La parroquia de Jaguaripe, en 1756, contaba con 1.051 personas libres y con 1.510 esclavos; Cairu, que tenía una población de 2.210 habitantes, estaba habitada casi en su totalidad por esclavos; Cotegipe, con 1.356 almas, con apenas 46 hombres de raza blanca y 58 mujeres igualmente blancas, era también una población fundamentalmente de esclavos negros; Jacuipé, con 1.350 almas, sólo tenía 20 blancos; su párroco, después de hacer la conveniente descripción del cultivo del tabaco y del mijo, afirma:

> Aquí también muere la simiente divina, pues no se produce la fertilidad del Evangelio, pues sus habitantes viven dejados de la mano de Dios y entregados a lo que es contrario al dogma de la fe católica [6].

[6] APB, Religión, cod. 609, en «Anais do 5.º Congresso Brasileiro de Geografía», vil. I, Bahía, 1916.

La pobreza de muchas parroquias

Si por una parte había parroquias bien dotadas, no es menos cierto, que sobre todo lejos de las villas y de las ciudades, había otras cuyas iglesias casi se caían por estar hechas de barro. Muchos párrocos no tenían ni presupuesto ni gobierno, viviendo en la más grande pobreza. El obispo de Río de Janeiro, don Francisco de San Jerónimo, en 1714, decía que había contado hasta 10 iglesias caídas y otras muchas deterioradas gravemente. Su sucesor, don Justiniano José habla de 20 iglesias pobres, sin dote para el párraco, cubiertas de matas y hechas de barro, en las que no podía conservarse con bien la Eucaristía. Dice, no sin gracia, el obispo mentado, que tales parroquias no podían considerarse como «beneficio eclesiástico» sino como «confinamiento y exilio para sus párrocos».

Otro asunto de capital importancia radica en la falta de medios de transporte y de locomoción que padecían muchos párrocos del interior, lo cual les impedía atender a su ministerio. Muchas veces se veían obligados a ir a pie, recorriendo larguísimas distancias. Expuesto al Rey este problema, poco tiempo después recibieron muchos párrocos caballos y canoas para que pudieran atender con bien a sus obligaciones. El obispo de Río de Janeiro, en 1785, refiriéndose a las parroquias de Río Grande del Sur, escribe: «Es casi del todo imposible que los párrocos puedan subsistir». Y añade el obispo que los candidatos al sacerdocio, cuando son enviados a «lugares remotísimos en los que corren toda clase de peligros, para pastorear entre las selvas, se asustan y hasta reniegan de las órdenes recibidas».

La difícil situación de muchos párrocos

Al estar muchas parroquias en lugares aislados, es natural que sus pastores sufriesen enormes dificultades, siendo lícito convenir en que hubo entre ellos una cantidad grande de auténticos héroes anónimos, si no santos, que supieron superar las adversidades más crudas. Por lo demás, era edificante comprobar cómo muchos párrocos, en tal ambiente, cuidaban de mantener limpias sus conciencias. Así, los párrocos de Desterro y de Laguna, aun afrontando peligros sin cuento, iban en canoa para encontrarse el uno con el otro y confesarse mutuamente;

el párroco de Lages hacía hasta cinco días de viaje a caballo, entre la ida y la vuelta, también para que lo confesara el párroco de Vacaria... No pocos párrocos sufrieron malos tratos. El padre José de Sobral Miranda, párroco de San Sebastián, en Minas y, sólo y por dar cumplimiento a su deber, fue asaltado por un grupo de esclavos, los cuales le violaron y lo dejaron malherido... De la parroquia de Jeromoabo, de tan mala fama, nos llegó una tétrica descripción de su párroco, ofrecida en 1757. Dice que estuvo allí un mes y que no se quedaría otro mes aunque, por ello, lo nombraran sumo pontífice. Otro párroco que pasó por allí, fue montado en un asno y expulsado de la localidad entre grandes muestras de burlas... Otro más, el padre Januário de Sousa, según sus propias vivencias escribe:

> Son enormes los trabajos, y no pocas las vejaciones, que en este tiempo hemos sufrido, sin que nos valgan la prudencia y la paciencia y a pesar de que nada hemos pedido a ningún parroquiano.

El obispo de Pará [7] refiere cómo el padre Manuel Gaspar, párroco en el *sertão* de Mangues, para escapar de los indios del río Tapajós, hubo de vagar un mes «sin ropas, sustentándose de lo que le daban los árboles, cuidando de comer las mismas que los monos». El párroco de Igarapés, padre Matías de Sousa Coelho, fue avisado cierto día para que acudiese a confortar a un enfermo. Nada más llegar, fue atado a una estaca, ultrajado y posteriormente empalado por tres esclavos... Son apenas unos pocos ejemplos de lo mucho que hubieron de sufrir una enorme cantidad de párrocos y de la sacrificada vida del clero parroquial del Brasil, durante el tiempo de la colonia.

Algunos párrocos ilustres

Si hemos de lamentar que también hubiera párrocos que sólo miraron por su propio bien, o que se significaran por su incontinencia y malos modos, hay que oponer, sin embargo, a esos desafueros, a los excelentes párrocos que en su gran mayoría tuvieron las regiones de

[7] «Viagem e visita ao Sertao», en Rev. IHGB, vol. 9, 1847, pp. 43 y ss.

nuestro vasto país... El propio obispo de Pernambuco, en 1730, escribe: «No faltan, especialmente entre los clérigos, hombres de vida ejemplar y de gran responsabilidad en el cumplimiento de sus funciones» [8]. En 1741, el superior de los capuchinos, misioneros de la Propaganda, afirma a propósito de las iglesias de Río de Janeiro, que «todas ellas tienen mejor mantenimiento que las de Europa, merced al esfuerzo de los párrocos nombrados por el obispo» [9]. En 1805, el vicario capitular de Río de Janeiro, padre Francisco Gomes Vilasboas, debiendo satisfacer cierta petición, afirmaba que en sus 40 años de ministerio en dicho obispado conoció a muchos párrocos cumplidores de sus deberes, los cuales, si no obtenían mayores frutos de su acción pastoral, era debido a la índole de algunos y a la prepontencia de otros, pues negándose a prestar el consuelo de los sacramentos a quienes vivían en concubinato, no hacían sino concitar para sí las iras del pueblo que daba en perseguirlos [10]. En 1815 don José Caetano da Silva Coutinho habla de párrocos excelentes, a los cuales conociera en sus visitas pastorales.

Entre el gran número de párrocos ejemplares de ese tiempo, algunos merecen ser especialmente recordados. El padre Tomé Carvalho da Silva (1736), desde 1698 párroco de Vila Moxa, después de Deiras, en Piauí, por el ejemplo de su vida y por el celo demostrado en la salvación de las almas, era conocido, ya en 1732, con el sobrenombre de «santo clérigo» [11]; el padre Francisco de Barros Rego, párroco de Muribeca, en 1751 oyó cómo de él se dijo que era «sacerdote virtuoso y muy digno por su nobleza y buenas costumbres que gime con su parroquia» [12]; el padre Manuel Menriques, párroco de la villa de San Pedro del Río Grande (1747-1750), empeñado en lavar los escándalos de su parroquia, escribe al obispo lo siguiente: «Espero la ayuda de Cristo, pues fue a él a quien me entregué antes de tomar posesión de esta parroquia» [13]. De su inmediato sucesor, el padre Manuel Francisco da Silva, lamentando el obispo la pérdida de su documentación y credenciales durante el terremoto de Lisboa, escribe en carta dirigida al Rey:

[8] AV, SCC, visita *ad limina* de 1730, diocec. Olinda.
[9] AP. Amer. Merd., cod. 2, ff. 576 y ss.
[10] Arqu. IHGB, 1 t. 108, dc. 19.
[11] AV, cons., ultr., cod. 209, f. 55.
[12] ATT, Brasil, vol. 35, cap. 25.
[13] AU, Río de Janeiro, dc. 1689.

Es el párroco más digno de cuantos hayan nacido en ese continente, que en Brasil ha creado numerosas parroquias sin esperar más remuneración que la de Nuestro Señor, a quien sirve [14].

Del padre Antônio Xavier de Salas, párroco y vicario de Lages (SC), se dijo que «sufrió mil peligros, sirviendo de ejemplo a todos por su buena conducta, moderación y vida irreprochable» [15]; del padre João Conçalves de Lima, párroco paulista, ha quedado escrito que fue «buen pastor, amigo de los pobres y padre de ellos» [16]; del padre João Diniz Alvares de Luna, primer sacerdote gaucho, párroco de Viamão (1782-1798), donde levantó una bellísima iglesia barroca, se escribió que «su memoria nos acompañará siempre pues hizo el bien en su ejercicio sacerdotal» [17], siendo «clérigo virtuoso y como tal reconocido entre su pueblo, que lo veneró»; el obispo de Río de Janeiro, en una visita pastoral al sur, en 1815, dijo del vicario de Caçapáva, padre Fidêncio Ortiz da Silva: «Este padre me agrada en todo». El padre Francisco José de Araujo Bernardes, párroco de Santa Ana de Laguna, recibió de entre las gentes el título de «perfectísimo clérigo, ejemplar y excelente párroco»; mayores elogios, aún, obtuvo el padre Manuel José Furtado de Mendonça, párroco de la Ensenada do Brito, en la isla de Santa Catarina, «por su celoso y ejemplar comportamiento», pues «se entrega a la santa doctrina y a las máximas que le son debidas en honor del Evangelio, mostrándose como un religioso ejemplar» [18], además de «satisfacer los deberes del perfecto párroco»... Bastan estos pocos ejemplos para darnos cuenta del elevado número de párrocos excelentes que hubo por todo el territorio de Brasil durante la colonia.

[14] *Idem. Carta do Bispo à Corte*, 10-I-1778.

[15] ATT, MCO, L. 1.º Port., cod. 101, f. 1v.

[16] AU, São Paulo, doc. 4.048.

[17] ACur. Río de Janeiro, *Livro de Atas da Visita ao Continente do Sul e Santa Catarina en 1779*, f. 10.

[18] ANac., MCO, cod. 248, dc. 4.

VII

LA FORMACIÓN DEL CLERO

Exposición

Era la mayor preocupación de los obispos y prelados la referida a la formación del clero [1]. En las poblaciones más importantes sólo había, como centros de formación, los colegios de los jesuitas; en ellos, por otra parte, no se impartían las materias necesarias para la conveniente formación de los sacerdotes diocesanos [2]. Donde no había tales colegios, se trataba de solucionar el asunto acudiendo a las aulas catedralicias, en las cuales se creó una suerte de seminarios para la instrucción fundamental [3]. Algunos obispos se comprometieron seriamente en la fundación de un seminario tridentino [4], mas encontraron enormes dificultades debido a la poca disposición que mostró la Corte. El obispo de Coimbra, con delegaciones en Brasil, construyó un seminario

[1] A.Rubert, o. c., III, pp. 273-281.

[2] En São Paulo, algunos obispos mantuvieron aulas donde se enseñaban materias eclesiásticas. El obispo y prelado de Cuiabá, don Luiz da Castro Pereira abrió una en su propia residencia que funcionaba como seminario.

[3] Así, en Desterro (Florianópolis), a finales del siglo XVIII, hubo maestros de Latín, Retórica, Moral, Historia, etc.; en Taubaté, el vicario padre Bento Cortés de Toledo, vicerrector del seminario de San José de Río de Janeiro, en 1803 fue llamado por el obispo de São Paulo para que enseñara a los clérigos.

[4] El obispo de Olinda, fray Luiz de Santa Teresa, llegó a construir un edificio propio para el seminario (1746), sin obtener de la Corte, sin embargo, el permiso de apertura; el arzobispo de Bahía, don Joaquim Borges Figueiroa, en 1777, pidió la construcción de un seminario en el antiguo colegio de los jesuitas; de igual manera el obispo de São Paulo don Mateus de Abreu Pereira, solicitó a la Corte la concesión del convento de Carmo para transformarlo en seminario.

que se destinaría a esa instrucción que faltaba, abierto a los alumnos que en él quisieran matricularse.

Los seminarios tridentinos

Después de la fundación del seminario de Bahía, en el siglo XVI, y de su cierre por falta de medios, el primer seminario puramente tridentino fue el de San José de Río de Janeiro, erigido el 5 de septiembre de 1739 por el dinámico fray Antônio de Guadalupe, después de superar numerosos problemas [5]. Fue confiado a la dirección del clero seglar. En 1766, fray Antônio do Desterro lo dotó con una sustanciosa cantidad para el mantenimiento debido. Inicialmente, tuvo aulas en las que se impartían clases de latín, canto sacro, ceremonias litúrgicas, teología moral y sagrada, además de escritura. Fue posteriormente remodelado por don José Joaquim Mascarenhas Castello Branco, que le añadió aulas dedicadas a la enseñanza de la geografía, de la cosmología, de la historia natural, de la retórica y de la filosofía. Tuvo varios rectores excelentes [6]. También el obispo don José Caetano da Silva Countinho se comprometió en el mantenimiento del seminario y en la disciplina y estudios del mismo. De allí saldrían sacerdotes cultos y celosos de su ministerio para regir parroquias, así como ilustres miembros de los cabildos y auxiliares de la administración diocesana.

El segundo seminario que se fundara cronológicamente hablando, fue el de Nuestra Señora de las Misiones, después de San Alexandre, en Belém do Pará, inaugurado por el jesuita padre Gabriel Malagrida y bendecido por el obispo fray Miguel de Bulhões el 17 de abril de 1749. Dirigido inicialmente por los jesuitas, cuando fueron expulsados éstos en 1760, pasó a la jurisdicción del clero diocesano. Tenía, en ese tiempo, 26 alumnos que pagaban una pensión de 25.000 escudos [7]. Aún

[5] Mons. Pizarro, *Memórias Históricas*, vol. III, pp. 174 y ss; J. H. de Freitas, *Aplicação no Brasil do Decreto Tridentino sobre os Seminários*, Belo Horizonte, 1979; M.C. de Lima, *O Seminário Arquidiocesano de Río de Janeiro*, Río de Janeiro, 1946.

[6] Basta nombrar al canónigo Manuel de Andrade Vernek (1752-1762), al canónigo José de Sousa Marmelo (1779-1790), y al canónigo Joaquim José Mascarenhas (1790-1800), luego obispo de Angola.

[7] BE, cod., 51-VI-46, n.° 8.

rige su reglamento. Fray Caetano Brandão lo remodeló posteriormente. En él se formaron algunos sacerdotes de gran virtud y valor. Le siguió el seminario de Nuestra Señora de la Buena Muerte, de Mariana, fundado por el obispo fray Manuel da Cruz, inaugurado el 12 de septiembre de 1748, quedando inicialmente bajo la dirección de los jesuitas hasta la supresión de la orden, y pasando entonces al clero seglar [8]. Tuvo rectores y profesores igualmente ilustres. Fueron beneméritos del seminario el vicario capitular padre doctor Alexandre Nunes Cardoso, que incentivó los estudios de teología moral y dogmática, y quien fuera gobernador de la diócesis y rector del centro de estudios, padre doctor Francisco Xavier Rua, que reabrió los cursos de filosofía y adquirió una hacienda para el mantenimiento del seminario. Por desgracia, no tardaría mucho en llegarle la decadencia, cerrando sus puertas, para ser reabierto y reformado por fray José de la Santísima Trinidad en 1820. Le dio un nuevo reglamento, le añadió rentas, y nombró como rector magnífico al excelente canónigo João Antônio de Oliveira.

El seminario de Nuestra Señora de Gracia, de Olinda, fundado por el obispo don José Joaquim de Cunha Azevedo Countinho el 25 de enero de 1799, inició sus actividades con 33 seminaristas internos y 100 externos, dándose preferencia a los alumnos pobres [9]. Fue dirigido por el clero seglar. Poseía unos estatutos muy bien elaborados y se impartían clases de gramática latina, retórica, filosofía, historia eclesiástica y materias teológicas varias. Fundado bajo el signo del iluminismo, sus rectores alimentaron ideas liberales, llevando su nivel a la baja, por lo que durante la revolución de Pernambuco, en 1817, se cerraron sus puertas para reabrirlas sólo a finales de 1822. Así y todo, dio ilustres sacerdotes y ciudadanos conspicuos.

En Bahía, por iniciativa del arzobispo don José Botelho de Matos, y con la ayuda de los jesuitas, se fundó en 1747 el seminario mayor de Nuesta Señora de la Concepción, que en 1756 tuvo edificio propio. Pero al darse la expulsión de los ignacianos, cerró. Ya en 1815, el 15 de agosto, se inauguró el seminario de San Dámaso de Bahía, gracias a una donación del canónigo Teles Menezes y después de la aproba-

[8] R. Trindade, *Breve Notícia do Seminário de Mariana*, São Paulo, 1953.

[9] S. L. Nogueira, *O Seminário de Olinda e seu fundador o Bispo Azevedo Coutinho*, Recife, 1985.

ción del arzobispo fray Francisco de San Dámaso. Después de algunos años fue cerrado, para reabrirse con mayor fuerza posteriormente, gracias al afán del arzobispo don Romualdo Antônio de Seixas. También en São Paulo hubo una especie de seminario tridentino, por iniciativa del provincial de la Compañía de Jesús, padre João Honorato, y después de que lo aprobara el obispo, que en 1759, año de la expulsión de los jesuitas, contaba con 23 alumnos. Restaurado por el obispo fray Manuel da Ressurreição, se introdujeron en él nuevas disposiciones y reglamentos, impartiendo sus cursos hasta 1789. Nos han llegado noticias acerca de un seminario en Maranhão, en 1752, establecido por iniciativa del padre Maladriga.

Otros seminarios

Hubo varios seminarios más, debidos a la iniciativa particular; entre ellos hay que destacar el de San Pedro de los Huérfanos, de Río de Janeiro, erigido junto a la iglesia de San Pedro de los Clérigos y provisionado por el obispo el 8 de junio de 1739. Perduró hasta la independencia del país, bajo los auspicios del clero diocesano [10]; el de Nuestra Señora de Lapa, fundado el 2 de febrero de 1751 por el gran misionero popular que fue el padre Angelo de Siqueira, dirigido también por padres seglares hasta 1821 [11]; el mismo misionero estableció las bases para la fundación del seminario de Nuestra Señora de Lapa, en Campos, en 1751, el cual impartió enseñanzas durante varios años. En São Paulo, anexo a la catedral, hubo una especie de seminario, con aulas de filosofía y de teología para los candidatos al sacerdocio, con algunos maestros excelentes que contribuyeron a la formación de buenos sacerdotes. Hasta en Paraíba, merced a la iniciativa del padre Maladriga, se inauguró otro seminario en 1745, dotado económicamente por el Rey, que cerró sus puertas, sin embargo, al ser expulsados los jesuitas. En otras partes de la colonia se dieron intentos de establecer seminarios, o, al menos, se crearon centros de formación para el clero.

[10] Mons. Pizarro, *Memórias Históricas*, VII, pp. 175-177 y nota 184.

[11] A. Rubert, «O Missionário do Brasil: Pe. Angelo de Siqueira», en rev. IHGB, vol. 320, 1978, pp. 136-161.

Padres de color

Con la fundación de los seminarios fue posible recoger un mayor número de vocaciones de la propia tierra, sin excluir a los negros, a los mulatos y a los indios. Consta, en efecto, que hubo una buena cantidad de padres negros, principalmente en la diócesis de Mariana y también en las de Río de Janeiro y de Bahía. Muchos recibían las órdenes luego de una dispensa especial, a pesar de su color. Otros candidatos al sacerdocio de Mariana, debido a la larga ausencia de los titulares de la diócesis, y para mejor alcanzar la licencia debida, se dirigían a Roma para ser allí ordenados [12]. Así, el 18 de septiembre de 1779 fueron ordenados sacerdotes el padre Joaquim José Ferreira y el padre Francisco dos Santos Lisboa; el 5 de abril de 1783 es ordenado en Roma el padre Francisco Pereira de Carvalho; el 10 de junio de 1787, el padre José Teixeira Romao; el 15 de julio de 1787, los padres João Moura Pinto de Sousa, Antônio da Silva Sousa y Antônio Gomes Ferreira, de Río de Janeiro; el 30 de diciembre de 1787, el padre José Gonçalves Correa; el 16 de febrero de 1788, el profesor y antiguo sacristán José Crisóstomo de Mendonça, discípulo del padre Manuel de Jesús María; de esa misma fecha data la ordenación del padre Joaquim Correa Ramos, de la archidiócesis de Bahía; el 19 de abril de 1788, dos negros de Mariana son ordenados en Roma: el padre Joaquim da Costa Cardoso y Bernardino de Sousa Correa Dias. Naturalmente, otros padres negros recibieron las órdenes en Brasil, como el padre doctor, André de Couto Godinho, que luego sería misionero en el Congo; el padre Bernardo da Cruz e Oliveira, llegado de Angola, secretario del obispo de Maranhão, y otros muchos. También hubo numerosos sacerdotes mulatos. Citemos al misionero del *sertão* da Pomba, en Minas, padre Manuel de Jesús María, al padre Maurício José Nunes García, y al gran músico brasileño, padre João Ribeiro Montenegro, profesor y también botánico, así como al padre Luiz Inácio de Pina llamado *Chamusca*, primer párroco de Santa Ana da Lombras.

Ni siquiera faltaron sacerdotes de pura raigambre india. Recordemos a los siguientes: el padre Antônio Alvares da Cunha, natural de Extremoz, en Pernambuco, que fue coadjutor de San Amaro, y el pa-

[12] Arq. Vicar. Roma, Lib. de Ord., 1779-1789, ff. 3, 58, 199, 419, 420v., 442, 447.

dre Antônio Dias da Fonseca, igualmente de Pernambuco; dos indios guaraníes de Río Grande del Sur, el padre José Inácio da Silva Pereira, ordenado en Río el 20 de septiembre de 1783, y el padre Antônio José de Araujo Silva, ordenado el 12 de marzo de 1785; en 1790 era ordenado en Mariana el indio padre Filipe de Jesús, discípulo del padre Manuel de Jesús María, misionero entre los indios coroados. Hubo también gran cantidad de sacerdotes mestizos de india y blanco, como es el caso del padre Antônio Bicudo da Siqueira, párroco de Guaratinguetá (1722-1725), de madre india, y dos hermanos, padres Custódio Alvarado y Lourenço Roxo Potfilis, de Belém de Pará, llegando el primero a vicario general y el segundo a sochantre del cabildo.

Como se ha visto, el racismo legal recibió contestación mediante la práctica de la Iglesia y la comprensión de los obispos, que procuraban arracimar su clero entre todas las etnias, sin excluir a los de ascendencia hebraica.

VIII

LOS RELIGIOSOS

Las órdenes masculinas [1]

Presupuestos

Durante su último período colonial conoció Brasil una gran expansión de la vida religiosa de ambos sexos, merced a la fundación de nuevos conventos y al significativo aumento de sus miembros. Pero ese mismo crecimiento, por diferentes circunstancias, favoreció el declive merced a la relajación de las costumbres entre los religiosos, llegándose a una situación, en la época de la independencia, de colapso casi total. Las causas fueron muchas; entre ellas, el exceso de bienes atesorados, la ausencia de una selección adecuada de los elementos destinados a profesar, las no siempre correctas disposiciones del patronazgo, el abandono del espíritu misionero y las concentraciones de casas religiosas en las ciudades. La expulsión de los jesuitas pareció acelerar el declive de las otras órdenes religiosas de Brasil. Hubo esfuerzos claros por parte de la Santa Sede y de los obispos locales para reformar a los religiosos; no tuvieron mayor éxito acaso porque tales reformas hubieran debido llevarse a término desde el interior de las propias órdenes. En general, mantuvieron su buen tono los jesuitas, los capuchinos italianos y los carmelitas descalzos. También los benedictinos se distinguieron por su observancia monástica... Menos, sin embargo, los franciscanos, los carmelitas observantes, los mercedarios y los agustinos... En

[1] A. Rubert, o. c., III, pp. 197-206.

lo que a las religiosas se refiere, hubo gran variedad, dándose por una parte vidas austeras y por otra lamentables relajamientos.

Los jesuitas [2]

La orden se hallaba muy extendida, entregándose a diferentes ministerios, pero sobre todo a la enseñanza y a las misiones. Fundaron los ignacianos nuevas casas en Paraguaná (1708), Fortaleza (1723), Parnaíba (1749) y otras, tales como los colegios de Desterro (1751) y de Paraguaná (1752). Desarrollaron una gran actividad, levantando bellos colegios, suntuosas iglesias y expandiendo sus haciendas y granjas por doquier, dedicadas a la cría de ganado y al cultivo de la caña. Además de las misiones indígenas, a petición de muchos párrocos, se hicieron misiones populares con gran éxito. Se empeñaron en la formación del clero en los seminarios de Mariana y de Nuestra Señora de la Concepción, de Bahía, aunque por un breve espacio de tiempo. En medio de sus múltiples actividades estaban cuando les llegó la orden de expulsión, a causa del odio que les tenía el marqués de Pombal, ministro todopoderoso del pusilánime rey don José. La presión que se ejerció sobre los ignacianos fue tan grande, y tan inmensas las calumnias de que fueron objeto, que un decreto del 3 de septiembre de 1759, barría a la Compañía de Jesús de Portugal y de todas sus colonias. Por aquel tiempo, tenía la orden en Brasil 670 miembros, de los cuales 218 eran nativos. En el año 1760, sin misericordia y sin apelación posible, 417 jesuitas fueron embarcados a la fuerza, en situación lamentable, y puestos rumbo al Reino, para ser encerrados en las mazmorras de San Julián, Junqueira y Azeitão, unos, y enviados otros a los Estados Pontificios. Sólo quedaron los viejos, los enfermos y los que decidieron pasar al clero diocesano. La Compañía de Jesús fue suprimida el 21 de julio de 1773, mediante un breve de Clemente XIV (el *Dominus ac Redemptor*), siendo restablecida en 1814 por Pío VII, y regresando a Brasil en 1842.

[2] S. Leite, *História da Companhia de Jesús no Brasil*, 10 vols., Lisboa-Río, 1938-1950; J. Caeiro, *Os jesuitas do Brasil e da India na perseguição do Marqués do Pombal*, Bahía, 1936; A. Cardoso, «Os jesuitas», en DHIP, vol. 3, pp. 273-302.

Los franciscanos [3]

Fueron muy numerosos y tuvieron cierta expansión en los inicios de este período, fundando conventos en Bom Jesus da Ilha (1705), en Río de Janeiro, Nuestra Señora del Buen Viaje (1712), en Salvador y en Colonia de Sacramento (1728). En 1705, Clemente XI, erigió la provincia de San Antonio, separándola de la provincia portuguesa de Beira y de Minho. Contaba con cinco misiones y varios conventos. Más próspera era la provincia de la Inmaculada Concepción, que en 1734 tenía tres conventos, cuatro hospicios, tres residencias para estudiantes, con dos aulas de filosofía y una de teología, con 11 profesores y con un total de 416 frailes. No podían pasar, sin embargo, y por orden regia, de los 350 frailes. En 1797 sólo contaba con 219. Varios obispos de la reforma de la orden fueron consagrados, dándose quejas de los franciscanos en varios puntos, como en Bahía, donde se les reprochaba su indisciplinado proceder, pues muchos moraban fuera de sus conventos entregándose a los negocios. No obstante, y por aquel tiempo, dio la orden buenos ejemplares de fraile franciscano, como fray José de la Santísima Trinidad, obispo de Mariana, el gran misionero fray Antônio do Extremo, el virtuoso fray Antônio de Santa Ana Galvao y los insignes oradores sacros fray Francisco de Santa Teresa Sampio y fray Francisco de San Carlos.

Los benedictinos [4]

La venerable orden de San Bento mantenía sus antiguos monasterios, prácticamente sin nuevas funciones, a no ser en el monasterio de Nuestra Señora dos Prazeres (1723), en Pernambuco, poco después suprimido. Sin embargo, fue elevada a abadía la residencia de Nuestra Señora das Brotas (1703), en Bahía, mientras quedaba reducida a sim-

[3] A. de S. María Jaboatão, *Novo Orde Seráfico,* 2 vols., Río de Janeiro, 1858-1862; B. Roewer, *Páginas de História franciscana do Brasil,* 2.ª edic., Petrópolis, 1947; V. Willeke, *Franciscanos na História do Brasil,* Petrópolis, 1977; H. Pinto Rema, «Os Franciscanos», en DHIP, vol. 3, pp. 266-273.

[4] J. G. de Luna, *Os Monges Beneditinos no Brasil,* Río de Janeiro, 1947; L. Endres, *Catálogo dos Bispos...* (1582-1975), Salvador-Bahía, 1976; A. Wheling «Os Beneditinos», en DHIP, vol. 3, pp. 302-312.

ple residencia lo que fuera abadía de Nuestra Señora de Gracia (1720), igualmente en Bahía. En el interior de algunos monasterios se daba una auténtica vida benedictina, dedicándose los monjes a las celebraciones litúrgicas, al canto sacro, a la enseñanza de la filosofía y de la teología, a la práctica del ascetismo cristiano y monacal, a la oratoria sagrada, a la escultura, a la pintura, a la fabricación de licores, a los trabajos de cerámica y tallas en madera, a la organización de los archivos y bibliotecas, etc... Sin embargo, y debido a los muchos bienes que atesoraba la orden, hubo pleitos, relajación de la disciplina, disensiones internas y cansancio. Los más disciplinados eran los mendicantes. Dieron hombres de gran valor, como el teólogo fray Mateus de Encarnação Pina, el filósofo fray Antônio de San Bernardo, los oradores sacros fray João da Candelaria y fray José da Natividade, el historiador y filósofo, fray Gaspar da Madre de Deus, y el poeta y orador fray Francisco de Santa Gertrudis.

Los carmelitas de la observancia [5]

Eran numerosos y tenían muchos conventos, siete de ellos en la vicaría de Bahía y seis en la de Río de Janeiro. El 20 de abril de 1720, Clemente XI, legalizó las dos provincias de la orden en Brasil, la de Bahía y la de Río. Construyeron bellas iglesias, nuevos y grandes conventos y aceptaron a muchos candidatos, mal seleccionados, que iniciaron la decadencia de la orden. Poseyeron grandes haciendas y gran número de esclavos, vivieron muchos frailes lejos de los conventos, dedicados a los negocios y a la mercadería con los latifundistas, por lo que su actitud levantó clamores contra la relajación de sus costumbres y la mala vida que hacían muchos religiosos carmelitas, que eran, por ello, los religiosos menos apreciados de la colonia. Don José Justiniano Mascarenhas Castello Branco quedó encargado por la Santa Sede de la reforma de los carmelitas observantes, no alcanzando mayores frutos. Así y todo, no faltaron, lógicamente, buenos religiosos en la orden, algunos de ellos de mérito excepcional. En 1808, al trasladarse la Corte

[5] J. P. de Santana, *Crônica dos Carmelitas da Antiga a Regular Observância nestes Reinos de Portugal...*, Lisboa, 1745; C. Wlonn y J. Trindade «Carmelitas Calçados», en DHIP, vol. 3, pp. 312-318.

portuguesa a Brasil, –a Río de Janeiro en concreto–, les fueron requisados el convento y la iglesia de Carmo, que pasaron a convertirse, respectivamente, en residencia real y en catedral. Los frailes fueron trasladados al seminario y a la iglesia de Lapa.

Los carmelitas descalzos

Poco numerosos, dieron, en términos generales, buen ejemplo. Durante un tiempo se dedicaron a las misiones indígenas del río San Francisco (1701-1710), siendo llamados a menudo para la dirección espiritual de las parroquias. A finales de la época colonial quedaban apenas 13 religiosos de la orden en su residencia de Bahía, en Olinda y en Río de Janeiro.

Los mercedarios

Poseían un convento en Belém, en San Luis de Maranhão y en Cametá. Después se dedicarían a la educación y a las misiones en la Amazonía... Pero menguó su celo religioso y se relajaron también sus costumbres, al punto de que el obispo de Belém, fray Cetano Brandão, pidió a la Santa Sede la supresión de los conventos que la orden tenía en su obispado. En 1787, Pío VI suprimió el convento de Belém [6], pasando sus religiosos al de San Luis, sin que con ello mejorase en algo la actuación del instituto, que poco después prácticamente cesaba en sus funciones.

Los agustinos

Si nunca tuvieron mayor influjo a causa del reducido número de sus miembros y de sus poco relevantes cualidades, los agustinos descalzos de Bahía, que no pasaban de cinco o de seis religiosos, vieron cómo su convento pasaba a convertirse en hospital militar, si bien después les era devuelto merced a las reclamaciones hechas por su prior,

[6] J. S. Abranches, *Suma do Bulário Português*, n.º 1.620, Coimbra, 1895, p. 220.

fray Bento de Trinidades, en 1778. Poco después cesaron también en sus funciones, y fueron sus bienes confiscados después de la independencia del país.

Los capuchinos italianos [7]

Fue ciertamente una corporación religiosa digna del tiempo de la colonia la de la orden de los capuchinos, dependientes de la S. C. *Propaganda Fide*. En su mayor parte se dedicaron a las misiones indígenas. Sustitutos de los capuchinos franceses, se organizaron en diversas prefecturas en Bahía (1712), en Pernambuco (1725) y en Río de Janeiro (1737). La región del río San Francisco fue su principal feudo de acción misionera. Además de a los ministerios ordinarios en sus iglesias, se dedicaron también a la catequesis en las misiones populares de las parroquias. Maltratados por Pombal, rehabilitados por doña María I, fueron menguando en su número y cualidades, si bien no faltaron entre ellos, tampoco, hombres de mucha virtud y prestigio, como Benedito de Rovigo, Barnabé de Tebaldi, Apolônio de Todi, Vitaliano de Milán, Carlos José de la Spezia, Antônio de Módena, Ludovicio de Livorno y José María de Macerata.

Las órdenes femeninas [8]

A excepción del monasterio de Santa Clara, en Bahía, fundado en el siglo anterior, las demás fundaciones se dieron en el XVIII, demostrando gran pujanza y vida consagrada. Daremos una relación de esas fundaciones, pero antes nos referiremos a la situación en que se hallaba el monasterio de Santa Clara, que pertenecía a los dominios del obispado. Más de una vez hubo que pedir observancia de los estatutos. En 1745 contaba con 100 monjas profesas, dos conversas, 30 novicias y postulantes, algunas viudas, no pocas solteras recogidas y hasta 28 criadas que, junto a las esclavas, arrojaban la suma total de 300 mujeres. Habiéndose

[7] F. de Primeiro, *Os capuchinos em Terras de Santa Cruz*, 2.ª edic., São Paulo, 1942; M.C. Nembro, *Storia dell'attività missionaria dei Cappuccini nel Brasile*, Roma, 1958.
[8] A. Rubert, o. c., III, pp. 206-214.

cometido más que notables abusos, sobre todo con las esclavas, a las que reclamaban las monjas para su atención particular, don José Botelho de Matos intervino con firmeza y reformó muchas casas, confiriéndoles buenos directores espirituales. Con eso, en 1759, las religiosas quedaron reducidas a 65 profesas, si bien en 1770 ya eran 95. Del siglo anterior databan, igualmente, los recogimientos de Santa Teresa, en São Paulo, y de Nuestra Señora de la Concepción, de Olinda. El primero, en 1729, apenas tenía tres recogidas. Posteriormente, una criada del recogimiento, la célebre María Helena do Sacramento, fundó el no menos famoso convento de la Luz. En 1797, en los dos recogimientos de São Paulo había 54 recogidas, tres educandas, cuatro sirvientas y cinco esclavas... El de Olinda fue reformado por el obispo y tuvo días mejores.

El monasterio de las ursulinas de las Mercedes, de Bahía, fue aprobado por la Santa Sede el 25 de enero de 1739, fundado por Ursula Luisa de Montserrat junto a otras matronas. Instalado por el arzobispo en 1744, tuvo por director espiritual al jesuita padre Manuel Ribeiro. Tenía 20 religiosas, entre novicias y profesas, que se distinguían por su gran celo y fervor, así como por la fiel observancia de los estatutos. En 1770 contaba con 50 religiosas.

El monasterio de Nuestra Señora de la Concepción, inaugurado por el arzobispo don José Botelho de Matos el 8 de diciembre de 1744, se estableció como casa con dos profesas del monasterio de Santa Clara, llegando a un máximo de 20 profesas, que seguían la regla de las franciscanas concepcionistas. En 1770 tenía 21 religiosas.

El monasterio de Nuestra Señora de la Ayuda [9], en Río de Janeiro, fundado el 30 de mayo de 1750 con el auxilio de las clarisas de Bahía, fue poblado por las hermanas concepcionistas, de observancia franciscana. Tuvo grandes éxitos en lo que al seguimiento de la vida religiosa se refiere, sustentándose con dotes debidamente administradas.

En Río de Janeiro, el convento de Santa Teresa, de las religiosas de Carmo, pertenecientes a la reforma de Santa Teresa, después de no pocos obstáculos inició sus actividades en 1750, si bien cerró sus puertas en 1780... En Bahía hubo, además, el Conservatorio de la Recogida del Sagrado Corazón de Jesús de la Soledad, fundado el 25 de febrero de 1741 por el misionero jesuita padre Malagrida, con unos estatutos se-

[9] B. Roewer, *O Mosteiro da Ajuda*, Petrópolis, 1960.

mejantes a los de las ursulinas. Tuvo como superiora excelentísima a la hermana Arcángela dos Anjos, y como capellán competente al padre Francisco Xavier Camelo, compañero del fundador. También en Bahía se estableció, en 1729, el recogimiento del Señor de Buen Jesús de los Perdones, por el esfuerzo de la pecadora arrepentida que fue Francisca de las Llagas de Cristo, observándose allí las normas de la orden franciscana, y dando recogimiento a mozas descarriadas ya convertidas, así como a pías muchachas de buenas familias. Ejemplo de austeridad y de fe fue el dado por el recogimiento de Santa Ana del Valle de Lágrimas, fundado por la pía Isabel María Guimarães y por el padre Manuel dos Santos, que tuvieron dificultades para que se aprobara su empeño por construirlo en el *sertão* de Minas. Igualmente en Minas, se fundó, merced a los afanes de un lego, el recogimiento de Nuestra Señora de la Concepción de Macaúbas, con 12 mozas, de las cuales siete pertenecían a una misma familia, emigrada del río San Francisco. El recogimiento de Nuestra Señora de la Gloria, fundado en el barrio de Boa Vista, de Olinda, por los sacerdotes y hermanos doctor Manuel de Araujo Carvalho Gondim y Francisco de Araujo en 1794, se destinó a mozas pobres, convirtiéndose en una especie de escuela para la enseñanza de los oficios domésticos. En Bahía se alzó también el recogimiento de San Raimundo, iniciado en 1752 por un laico llamado Raimundo Maciel Soares, que le legó su patrimonio. En 1761 el arzobispo le dio los estatutos. Gracias al virtuoso fray Antônio de Santana Galvão y a la hermana María Helena do Sacramento, el 2 de febrero de 1774 se inauguró el convento de Nuestra Señora de la Luz, en São Paulo, regido por las normas de las clarisas, en el que reinó un absoluto fervor. En ese tiempo se fundaron otros recogimientos así como diversos beaterios. Baste nombrar el recogimiento del Sagrado Corazón de Jesús, en San Luis de Maranhão, establecido en 1752 con 13 mozas, por iniciativa del célebre padre Malagriga; el recogimiento de Niño Dios, en Desterro (Florianópolis), fundado por doña Joana Gomes de Gusmão, viuda, con hábito de la orden tercera franciscana; el recogimiento de Itu, en São Paulo, fundado antes de 1743; así como el beaterio de Sorocoaba de María Paz de Jesús, después, en 1811, recogimiento de Santa Clara.

Finalizado este capítulo, tenemos un repaso general de las muchas fundaciones que se hicieron, para el mundo femenino, algunas de gran prosapia y duración, otras más efímeras... Pero dando siempre ejemplo de virtud y de espíritu religioso.

IX

INFLUENCIAS ILUMINISTAS, JANSENITAS Y GALICANISTAS

NUEVOS SISTEMAS FILOSÓFICOS [1]

A partir del siglo XVII, y con mayor insistencia en el XVIII, surgieron nuevos sistemas filosóficos, que rompieron una larga tradición, representada por la Escolástica. Se sucedieron varios descubrimientos en el campo de las ciencias, que lógicamente tuvieron claras repercusiones en los sistemas filosóficos. Al tiempo, aparecían movimientos heterodoxos de índole anticlerical y ofensas contra la Iglesia. No pocos pensadores católicos quedaron atrapados por las nuevas ideas, o sintieron su atracción. El Iluminismo, corriente espiritualista que pretende explicar todo merced a la luz de la razón, se propuso recobrar la verdadera libertad y preconizó una era de felicidad. Las teorías iluministas, algunas muy extremistas y otras más moderadas, se expandieron por toda Europa, principalmente por Inglaterra, Francia y Alemania.

El nuevo sistema filosófico, substancialmente racionalista, desembocó en el Ontologismo (Malebranche), ya preconizado por Descartes, en el Panteísmo (Spinoza) y en el Idealismo (Leibniz, Kant y Hegel). El Enciclopedismo francés se empeñó en condensar todo cuanto fuese producto del pensamiento heterodoxo de los dos últimos siglos [2]. La masonería comienza a tener influencia notable en todos los sectores de la sociedad.

[1] A. Rubert, o. c., III, pp. 235-245.

[2] Diderot (+1784) y D'Alembert (+1783), fueron los principales artífices de la *Enciclopedia*, en 28 vols., que tuvo diversas ediciones y traducciones, y que no fue sino una gran Babel del confusionismo.

Penetración en Portugal y en Brasil

Portugal, principalmente por obra del marqués de Pombal, no quedó al margen de las nuevas ideas, que al poco pasaron a sus dominios, llegando también a Brasil. Si no eran suficientes los ataques externos, la Iglesia sufría ahora las doctrinas jansenitas, galicanistas y febronianas surgidas en su propio seno. El absolutismo estatal no hizo sino agravar la situación, limitando la acción pastoral de la Iglesia. La oposición a Roma, la supresión de la Compañía de Jesús y la persecución, ora soterrada, ora abierta, a la Iglesia, consiguieron devastar las cristiandades de las naciones tradicionalmente católicas. Fueron los amargos frutos que trajeron las corrientes heterodoxas.

En Brasil, aunque con mayor lentitud, la Iglesia también sufrió las mordazas de aquel tiempo y del absolutismo estatal, las influencias del Filosofismo, las penetraciones del Jansenismo, la expulsión de los jesuitas, la decadencia de las demás órdenes y el enflaquecimiento de la fe en todas las capas sociales. Se salvó, esa es la verdad, la apariencia del credo católico; mas lo que importa es el espíritu. El patronazgo regio era cada vez más instrumentalizado por la Corte, y se hizo mayor cuando la Corte portuguesa se trasladó a Brasil, persistiendo después con la declaración de la independencia nacional.

El absolutismo estatal y la Iglesia de Brasil

Para mayor honra de la Iglesia de Brasil, tenemos, a pesar de lo expuesto, ejemplos luminosos de obispos y de sacerdotes fieles a la ortodoxia católica, que supieron dar al césar lo que es del césar y a Dios lo que es de Dios. El cuarto obispo de Brasil, don Constantino Barradas (1603-1618), se opuso ya a la intromisión del poder civil en las cosas de la Iglesia; su sucesor, don Marcos Teixeira, no le fue a la zaga; de la misma forma, don Pedro da Silva Sampaio (1634-1649) se mostró valiente ante la violencia de las autoridades locales. Más adelante, don José de Barros Alarcão (1683-1700), obispo de Río de Janeiro, sufrió la arbitrariedad de la Corte de Portugal, padeciendo 10 años de apartamiento de su diócesis por un proceso injusto. También se mostró corajudo el insigne arzobispo de Bahía don Sebastião Monteiro da Vide (1701-1722), que llegó a ser reprendido por don Juan V y hubo de re-

currir a la Santa Sede para mostrar sus quejas contra el Reino. Cuando el absolutismo estatal llegó a su punto culminante, durante el tiempo de Pombal, el ínclito arzobispo de Bahía, don José Botelho de Matos (1741-1760), rehusó condenar a los jesuitas y prefirió renunciar a su cargo y vivir pobremente. Muchos otros obispos despreciaron igualmente las medidas del absolutismo, sufriendo las iras y venganzas del poderoso ministro Pombal, como fue el caso de fray Antônio de San José, obispo de Maranhão.

Pero cuando cesaron los poderes del marqués de Pombal, apareció en la Corte el espíritu galicanista. Afortunadamente, en la Iglesia de Brasil se dio siempre la oposición a las teorías y prácticas del absolutismo. Incluso en el más modesto clero parroquial se dieron ejemplos de resistencia al Estado, como los ofrecidos por el párroco de San Juan de Praia, en Río de Janeiro que, por su valerosa denuncia, llegó a ir preso; o el del obispo de Río don José Justiniano Mascarenhas Castelo Branco (1774-1805), que hizo corajudas demostraciones contra la rigidez de la Corte y contra ciertos oficiales regios de Brasil [3].

La influencia del Jansenismo

También el Jansenismo que cobró vigor en Europa merced a la publicación, en Holanda, de la obra condenada por la Iglesia *Augustinus*, de Cornelio Jansenio (+1638), obispo de Ypres, tuvo su importancia en la Iglesia de Brasil, cobrando muchos adeptos, aunque acaso más moderados que los del viejo continente. No escaparon a su influjo los obispos fray Antônio do Desterro y don José Caetano da Silva Coutinho, ambos de Río de Janeiro; ni fray Miguel de Bulhões, obispo de Pará; don Tomás de Encarnaçao Costa e Lima, obispo de Olinda y fray Francisco de San Dámaso, arzobispo de Bahía. El *Catecismo de Montpellier*, de cuño jansenita, llegó a introducirse en la diócesis de Río, así como en las de Pará y Olinda; en algunas partes los estudios eclesiásticos se debían, en sus pautas, a autores jansenitas. La *Teología da Lião* servía como texto para la formación del clero de Río de Janeiro,

[3] Valiente se mostró también el obispo de Pará, don Manuel de Almeida Carvalho (1794-1818), que se enfrentó a las exigencias de la Corte de don Juan VI.

São Paulo, y Olinda, por lo menos en algunos períodos. En las bibliotecas eclesiásticas había obras jansenitas, galicanistas y febronianas de Van Espen, Febronio [4], Dupin, Natal Alexandre, Tamburini, el padre Nicole, Pascal, Aranauld, Antônio Pereira de Figueiredo y otros. Pero hubo obispos, como don José Justiniano Mascarenhas Castelo Branco, que mandaron retirar la teología lugdunense del seminario y el *Catecismo de Montpellier* de la diócesis, o como fray Caetano Brandão, que mandó sustituir dicho catecismo por el del patriarca Mendoza.

Debido al influjo jansenita en diversas corporaciones religiosas de Portugal, y gracias a los obispos de dichas órdenes que pasaban a Brasil o de religiosos que venían a los conventos de la Colonia, el Jansenismo permaneció durante un largo período, así como el Galicanismo y el Febronianismo, que enseñados en la Univerversidad de Coimbra, llegaban a Brasil por medio de los padres formados en ella. Sin embargo, la influencia jansenista y de otras teorías heterodoxas no fue tan grande como pretenden algunos autores. Cuando llegaban aquí, ya se habían pasado de moda en sus países de origen. Además, los problemass pastorales de Brasil eran diferentes de los problemas europeos. Lo peor de todo fue el absolutismo estatal, que asfixió gran parte de las actuaciones de la Iglesia. El galicanismo acentuado de la Corte de Juan VI, incluso entre los componentes de la Mesa de Conciencia y Órdenes, llegó a enojar a los propios obispos, que no perdían su presencia de ánimo ante el monarca. A finales del período colonial, el Estado había acentuado, aún más, la prepotencia con que se trataba a la Iglesia.

[4] Justiniano Febronio era el pseudónimo de Nicolau de Honthein, obispo auxiliar de Tréveris (Alemania), que publicó *De statu Ecclesiae et legitima autoritate Summi Pontificis* (1763), obra condenada por la Iglesia.

X

EL SANTO OFICIO DE LA INQUISICIÓN

Exposición

En el último tramo del período colonial de Brasil [1], resurgió discretamente, a pesar de haber sido reprimido el Santo Oficio en tiempos del marqués de Pombal. Asimismo, hubo brasileños juzgados en Lisboa, cuyo número parece elevado. En muchos casos las penas no pasaron de la confiscación de bienes y alguna otra condena leve. Fueron excepción, sin embargo, los condenados a la pena capital. Durante todo este período hubo sólo una visita del Santo Oficio, que no tuvo mayor trascendencia. Mayor importancia tienen las nominaciones a títulos ya casi honorarios de la antigua institución, que podían recomendar a alguna persona. Estaban, en primer lugar, los comisarios, cuyo oficio consistía en la investigación del territorio de su jurisdicción, en busca de herejes y de judíos. En el siglo XVIII fueron nombrados muchos comisarios en Brasil, tanto pertenecientes al clero seglar como a las órdenes mendicantes. Los notarios tenían por oficio levantar acta y llevar a término el proceso inquisitorial, cosa que rara vez aconteció en la colonia. Los familiares eran una especie de meritorios, u oficiales de las diligencias, encargados de tomar declaración a los procesados. En Brasil fueron pocos y casi todos clérigos o legos. Los calificadores del Santo Oficio eran una especie de consejeros y examinadores de las actas y de los testimonios, sobre los cuales debían emitir su parecer. Solían ser religiosos pertenecientes a las órdenes mendicantes.

[1] A. Rubert, o. c., III, pp. 247-256.

BRASILEÑOS EN LOS AUTOS DE FE [2]

Durante las visitas que el Santo Oficio hiciera a Brasil, no faltaron denuncias remitidas, posteriormente, a Lisboa. Citemos los siguientes hechos y personas: Ventura Ferreira, de 27 años, natural y residente en Río de Janeiro, en el auto de fe del 1 de octubre de 1704 fue condenado por bigamia a siete años de destierro en Castro Marim; en esa misma fecha, y en Rocío, Lisboa, fueron condenados por judaísmo João Lopes Nunes, de 28 años y Alexandre Henriques, de 31 años, a penas de cárcel; a Brasil fue desterrada, durante cinco años, María Socorro Pereira, de 44 años, de Lisboa, obligada a llevar hábito perpetuo; también fue condenada Ventura Isabel Henrique, natural de Río, cristiana conversa, a cárcel y a llevar hábito perpetuo [3]. En el auto de fe de 13 de noviembre de 1726 en la iglesia de Santo Domingo, de Lisboa, fue acusado el padre Manuel Lopes de Carvalho, de 44 años de edad, natural de Bahía, por el pecado de «relajación de la carne», así como por predicar la ley de Moisés, siendo quemado vivo ante la presencia de la Corte, pero no del nuncio de su santidad, que rehusó presenciar «tan doloroso espectáculo» [4]. Poco después, el clérigo João Rodrigues de Moraes, fue condenado a galeras [5]. En el auto de fe del 18 de junio de 1741, fue sentenciado fray Januário de San Pedro, natural de Quito, el cual, siendo hermano lego, ejerció en Brasil funciones sacerdotales: 10 años de galeras [6]. En 1781, en Évora, fray Francisco do Rosarío, natural de Río de Janeiro y franciscano en el convento de Praia, en Madeira, fue privado de las órdenes sacras, destarrado durante cinco años a Cabo Verde, por blasfemar contra la Santísima Trinidad, los ángeles y los santos, así como por adorar al diablo, y por escribir en lugares públicos.

Hubo, sin duda, muchos más procesos, como el del padre Antônio Alvares de Puga, residente en Sabará, quien, el 15 de diciembre de 1742 fue enviado preso al Santo Oficio de Lisboa, donde fue acusado

[2] Según la costumbre barroca, y para causar mayor impresión, se extrema la solemnidad de los autos de fe.

[3] AV, Nunz, Port., cod. 39, f. 147.

[4] *Idem,* cod. 68, f. 323.

[5] Varnhagen, Rev. IHGB, vol. 7, pp. 69 ss.

[6] *Idem, ib.,* «Excerptos», pp. 52 ss.

de judío, suspendido de las órdenes sacras y desterrado durante ocho años del obispado de Río de Janeiro. Otra víctima de la Inquisición fue el padre doctor Bartolomeu Lourenço de Gusmão, el padre volador, quien, por sus inventos, se hizo acreedor de la sospecha de brujería y de pactos con el demonio [7]. Sabedor de lo que le podía acontencer, huyó a España y acabó sus días, pobremente, en las cárceles de Toledo.

La última visita del Santo Oficio (1763-1769) [8]

Por provisión del inquisidor mayor, del 21 de junio de 1763, fue nombrado visitador del Santo Oficio en los llamados Estados del Grão-Pará, Maranhão y Río Negro, el padre doctor Giraldo José de Abrantes, anteriormente vicario general y arcipreste de São Paulo, y después vicario general y arceniago de Mariana. Era ya diputado de la Inquisición de Évora y hombre de mucha experiencia jurídica. El 25 de septiembre de 1763, con la solemnidad acostumbrada, hizo proclama del edicto de gracia en la catedral de Belém. Se celebraron las audiencias en el hospicio de San Boaventura, después en el colegio de San Alexandre y sirvió de notario el paraense padre Inácio José Pestana. Las acusaciones más comunes a verse en la causa, eran las de bigamia, judaísmo e inmoralidad. La institución, sin embargo, hallábase ya en declive. Quedó abolida en 1821, un año antes de la proclamación de la independencia de Brasil.

Conclusión

No obstante las faltas que se puedan apuntar contra cualquier tribunal o sistema operativo, no es lícito ni honesto acusar a la Inquisición de aspectos únicamente negativos. Debe reconocerse, al menos en lo que a Brasil se refiere, que hubo moderación, no dándose excesos notables. Es cierto, por lo demás, que el Santo Oficio prefería hacer

[7] AV, Nunz, Port., cod. 87, f. 30

[8] J. R. Amaral Lapa, *Livros da Visitação do S. Ofício da Inquisição ao Estado do Grão-Pará*, Petrópolis, 1978.

uso de la persuasión y que sólo en los casos de pertinaz pecado y de recusación de los perdones concedidos a un reo, se le trataba con rigor, según la gravedad de su delito. Consta, igualmente, que los judíos no siempre fueron perseguidos, pues incluso un buen número de padres católicos tenía ascendencia hebraica y algunos ocuparon puestos de relevancia.

Por eso, si la Inquisición, contemplando siempre la mentalidad de aquel tiempo, no merece loas, tampoco debe ser estigmatizada como hacen ciertos autores mal informados. Hoy se esconden farisaicamente episodios del pasado que nos parecen monstruosos, y se disfrazan fenómenos históricos en ediciones contemporáneas, presentando crueldades como cosas legítimas, o en nombre de las leyes sociales, que las hacen parecer aceptables. ¡Bastaría con pensar en el aborto! Es preciso reflexionar y extraer conclusiones.

XI

LA IGLESIA Y LA ESCLAVITUD

La esclavitud continúa [1]

También durante el siglo XVIII siguió dándose un intenso tráfico de esclavos indios y negros, principalmente a consecuenica de la eclosión del llamado «ciclo del oro», cuando grandes levas de esclavos eran llevados a las minas, al margen de los que se destinaban al corte de la caña de azúcar y a la cría del ganado. Las naves negreras arribaban abarrotadas desde las costas de África, y su mercancía humana era vendida en los puertos de Brasil, sin ningún tipo de escrúpulos. De la misma forma, los indios eran obligados a trabajar a la fuerza en ingratas labores y trasladados a los mercados de Río y de São Paulo. Muchas misiones fueron, en aquel tiempo, destruidas. Pocos eran los que demostraban el coraje suficiente para levantar su voz contra tal estado de cosas. Y los que osaban hacerlo, eran perseguidos. No obstante, la Iglesia adoptó medidas para paliar el sufrimiento de los esclavos y protestó contra la esclavitud misma. Pero pocos oían su voz. Sin embargo, no cayó en saco roto la protesta, pues tenemos grandes ejemplos de cómo se iba creando una nueva conciencia con respecto al grave problema, protesta capitalizada posteriormente por otras corrientes, pareciendo ignorar lo que hiciera la Iglesia en ese particular. Lo que importa es que la esclavitud comenzaba a decaer, al fin, sobre todo en lo que a los indios, como víctimas de ella, se refiere.

[1] A. Rubert, o. c., III, pp. 257-261; J.G. Vidigal de Carvalho, *A Igreja e a Escravidao*, Río de Janeiro, 1985.

La intervención de la Iglesia

Ya en los inicios del siglo xviii, mostró la Santa Sede su preocupación a propósito de la esclavitud, instando al nuncio en Portugal para que se obtuviera un trato más humano para con los esclavos, e incluso para que se acabase con la esclavitud misma. Pero como la felonía siguiera, el papa Benedicto XIV, mediante la bula *Inmensa Pastorum*, del 23 de diciembre de 1741 [2], condenó toda esclavitud que se hiciera de los amerindios, así como de cualesquiera otros seres humanos, aunque fueran infieles. Lamentablemente, la bula fue contestada por la Corte de Portugal, cuyo Rey no le dio el *placet* necesario, además de no tomarse en serio ni estudiar su contenido. No obstante, para las gentes de la Iglesia quedó fijada tal bula como norma a seguir. En Brasil, el arzobispo de Bahía don Sebastião Monteiro da Vide, cuidó mucho de que en las constituciones se reflejase lo que el Papa pedía para los esclavos, fundamentalmente aquello que se refería al trato a recibir y a la catequesis de ellos [3]. Otros obispos intervinieron, igualmente, en favor de los esclavos. Entre ellos, cabe destacar a fray Antônio de Guadalupe, y a fray João da Cruz, ambos obispos de Río de Janeiro que, durante sus prolongadas y respectivas visitas pastorales a Minas, dictaron providencias en favor de los cautivos, apelando a la justicia de los patrones y al celo del clero. Don Tomás da Encarnação Lima, obispo de Olinda, defendió el derecho de los esclavos al matrimonio. En los comienzos del siglo xix, otro obispo fluminense, don José Caetano da Silva Coutinho, hizo concesiones de Cuaresma en favor de los esclavos, «que ante Dios no se diferencian en nada del resto de los hombres libres».

Las numerosas hermandades de Nuestra Señora del Rosario, o de santos de color, privativas de los negros tanto libres como esclavos, se multiplicaron en todo Brasil dando amparo y consuelo a sus asociados. En sus estatutos contemplaban la colecta de dineros para comprar libertades de hombres esclavizados.

Diversos autores de aquel tiempo intervinieron también en favor de los esclavos, algunos de manera tan incisiva como el presbítero seglar

[2] *Magnum Bull.* Rom., XVI, pp. 58-60.

[3] En varios libros (I, II, IV) y títulos se trata de la pastoral de los esclavos.

bahiano padre licenciado Manuel Ribeiro da Rocha, que escribió un importante opúsculo titulado *O Etíope Resgatado* (Lisboa, 1758), en el que declaraba: «Todo este tráfico... es ilegal y debería ser condenado como un crimen contra el amor cristiano y el derecho común». Ya antes habían intervenido en favor de los esclavos dos jesuitas de Brasil, el padre Jorge Benci, en su ensayo *Economia cristã dos senhores no governo dos escravos* (Lisboa, 1704), y el padre João Antônio Andreoni, en su obra *Cultura e Opulência do Brasil por suas Drogas e Minas* (Lisboa, 1711). El presbítero padre Nuno Marques Pereira, en su muy interesante libro *O Peregrino da Amércia*, se muestra como otro gran defensor de los esclavos y llama contra los señores que los maltratan y que después los abandonan en su vejez y en la enfermedad. El capuchino fray José de Barbarolo, apóstol de los esclavos de Bahía (1779-1794), luchó vehementemente contra la esclavitud y clamó por su abolición. Mas fue repatriado ya que resultaba incómodo para los intereses de los traficantes.

La catequesis de los esclavos

Obedeciendo a las disposiciones del arzobispo don João Franco de Oliveira y, sobre todo, a partir de las constituciones de Bahía, muchos vicarios y capellanes de los ingenios azucareros pusieron un mayor interés en la instrucción religiosa de los esclavos africanos. Hubo que salvar, empero, muchas dificultades. O bien había que enfrentarse para ello a los patrones, o bien había que hacer frente a las dificultades que las lenguas habladas por los negros planteaban. Muchos jesuitas, franciscanos, capuchinos y padres seglares, se dieron a ello devotamente. El jesuita padre Manuel de Lima escribió un *Catecismo na Língua dos Ardas*, por ejemplo. En 1719, el rey don Juan V encargó al presbítero seglar padre João Gonçalves, natural de Angola, que catequizara a los esclavos llegados a los puertos de Brasil [4]. Con la mayor instrucción religiosa de los negros, los buenos frutos de la evangelización no se hicieron esperar. De las diócesis de Mariana, de Bahía y de Río de Janeiro, salieron pronto ordenados sacerdotes negros, mulatos y hasta indios.

[4] BA, 52-X-2, n.° 39, f. 40.

La liberación de los esclavos

No siempre negro fue sinónimo de esclavo, sin embargo, pues desde los tiempos más remotos de la colonización hubo negros libertos por voluntad de sus señores que, así, en aras de la libertad de quienes fueran sus esclavos, lo disponían en sus testamentos. Sería prolija la enumeración de los ejemplos. Y si en otros casos no se les concedía la libertad plena, cuidaban al menos los benefactores de la manutención futura de los negros. A comienzos del año 1790, el padre Luiz Manuel de Sousa Freire, párroco de Nazaré, en São Paulo, dio la libertad a sus 90 esclavos, haciéndoles igualmente donación de una hacienda [5]. En Río Grande del Sur, el padre Pedro Rodrigues Tourem, párroco de Canguçu, fallecido el 10 de marzo de 1819, dio también la libertad a sus esclavos, dos negros, legándoles herramientas para trabajar la tierra [6].

La esclavitud de los indios

En las primeras décadas del siglo xviii, las llamadas *bandeiras paulistas* siguieron invadiendo aldeas de indios cristianizados en el sur, llevándose como esclavos a muchos de ellos, ya bautizados, a pesar de las vehementes protestas de los misioneros. Ni siquiera respetaron las misiones indígenas españolas. Igualmente, en Río de Janeiro, en Bahía, en el nordeste, y sobre todo en Minas, muchos indios fueron forzados a trabajar en régimen de esclavitud, perjudicándose con ello su plena evangelización. Por fortuna, poco después iría cayendo en desuso la esclavitud de los indios, que, sin embargo, habían disminuido asombrosamente en su número, pues en 1815 su población era, según cálculos aproximados, de 600.000 almas, de las que apenas 100.000 eran cristianas.

[5] P. F. da Silveira Camargo, *A Igreja na História de S. Paulo*, São Paulo, 1953, vol. V., p. 174.

[6] L. 1.º de *Obitos de Canguçu*, f. 85.

XII

LA IGLESIA Y LA CIENCIA

Los colegios

En el siglo XVIII siguió la Iglesia en cabeza de la enseñanza en la colonia [1], principalmente a través de los colegios de los jesuitas y también de otras escuelas de gramática, por ejemplo, y varias más... El llamado seminario de Cachoeira, en Bahía, siguió funcionando con bastante brillantez, llegando a contar con hasta 100 alumnos y preparando las más variadas vocaciones. De tal seminario fue alumno el célebre padre Bartolomeu de Gusmão. Más próspero aún resultaba el colegio de Bahía, que además de los cursos de humanidades, tuvo cuatro cátedras llamadas mayores, esto es, una de Filosofía y tres de Teología. También el seminario de Río de Janeiro tuvo gran cantidad de alumnos y demostró gran rigor en las materias que allí se enseñaban. En Recife, en Maranhão, en Paraíba y en São Paulo, los colegios de los jesuitas siguieron siendo centros de excelente formación para sus respectivas poblaciones. También en Pará, el colegio de San Alexandre ejerció una actividad intensa, hasta que fueron expulsados los jesuitas. Los alumnos más preparados, después de seguir los cursos en Brasil, eran enviados a Portugal y se matriculaban en la Universidad de Coimbra. Lamentablemente, todos esos centros educativos y, merced a la nefasta política del marqués de Pombal, fueron cerrados cuando aconteció la expulsión de los jesuitas, suponiendo ello un duro golpe para la cultura en Brasil.

[1] A. Rubert, o. c., III, pp. 307-322.

Junto a los jesuitas, hubo otros padres, tanto seglares como religiosos, que demostraron enorme capacidad como profesores de las distintas disciplinas. Los monasterios benedictinos, bien dotados, y los conventos de los franciscanos y de los carmelitas, albergaban aulas para la enseñanza de la filosofía y de la teología, destinadas a los allí internos y también a muchos alumnos externos. Los padres seglares enseñaban en el seminario de San José, y también en el de San Pedro de los Huérfanos, de Río de Janeiro, así como en el seminario de Lapa, en Río, y en el Campo dos Goitacases. Los oratorianos tuvieron una escuela en la casa de Madre de Dios, de Recife, abierta igualmente a los alumnos externos, donde se enseñaba filosofía y teología. Tuvo insignes maestros, entre ellos el profesor de Teología, Antônio da Costa, padre seglar, y fray Bartolomeu do Pilar, carmelita, que enseñó durante 12 años, hasta convertirse en 1720 en primer obispo de Belém. En 1748 aparece como profesor de Gramática en Mariana el padre Antônio Maciel de Araujo, y en Recife los padres Manuel Félix da Cunha y Manuel Ribeiro Pereira. En 1755 el Rey autorizó a que los alumnos de los oratorianos ingresaran en la Universidad de Coimbra, sin tener que satisfacer exámenes previos.

Padres y maestros

Expulsados los jesuitas, cuidaron gobierno y obispos de que la enseñanza continuara de la mejor manera posible. Acaso con menor profundidad, pero con mayor descentralización, llegó la enseñanza a todos los rincones de la colonia, bajo la impronta de los padres, aunque no faltaran legos como maestros. Numerosos padres seglares asumieron la tarea de enseñar, ya en centros de carácter público, ya en centros construidos merced a la iniciativa privada. Fray Antônio do Desterro, obispo de Río de Janeiro, y don Mateus de Abreu Pereira, obispo de São Paulo, incentivaron los estudios y recibieron autorización para nombrar profesores públicos de Gramática y de Filosofía. Así, el 8 de noviembre de 1759 fue nombrado profesor de Gramática latina, en Desterro, el padre Francisco de Lima Pinto, y en Colonia de Sacramento (el 2 de febrero de 1760), el padre Manuel Fernandes da Silva, que se hizo cargo del colegio de los jesuitas. En 1799 inició sus clases de gramática en Porto Alegre el padre Tomás Luis de Sousa, célebre

latinista, que allí estuvo enseñando durante 30 años [2]. En Mariana fue también un excelente profesor de latín, el conocido autor padre Antônio Rodrigues Dantas; incluso en el interior, en Paracatu, hubo un gran maestro de Gramática: el padre Francisco Moreira Rebordões.

También en el nordeste brillaron con luz propia los padres maestros. En Bahía podemos citar al padre Francisco Martinho Sampio, maestro de Gramática latina en Salvador, y al padre João Alves, jubilado en 1810; en Pernambuco demostró ser gran profesor el padre Manuel Rodrigues Portela; en Itamaracá, el padre Inácio de Almeida Fortuna; en Penedo, Alagoas, el padre Gabriel José Pereira de Sampaio... Sería larguísima la lista de nombres... Pero conviene destacar la existencia de notables profesores de Retórica y de Filosofía, en los principales centros de la colonia. En Río de Janeiro, se distinguieron el padre Francisco Xabier Prates y el padre Luis Gonçalves dos Santos; en São Paulo, los padres Roque Soares de Campos y Francisco de Paula Oliveira; en Olinda, el padre Alenxandre Bernardino dos Reis; en Porto Alegre, el padre João de Santa Bárbara.

Tampoco faltaron padres dados a la inventiva. En primer lugar hay que nombrar al célebre padre doctor Bartolomeu Lourenço Gusmão, sacerdote seglar, que fue llamado el padre volador, por haber hecho un ensayo, en Brasil, de globo aerostático; el padre Clemente Martins de Matos, canónigo de Río de Janeiro, que se ofreció para fabricar añil, ofrecimiento aceptado por la Corte; el padre João de Castro Ramalho, capellán militar de Río Grande del Sur, que inventó un aparejo para hilvanar lino, pero que no se aprobó so pretexto de que mostraba los mismos defectos que los ya existentes.

Autores y obras [3]

En el Brasil colonial florecieron las ciencias y las letras, especialmente la literatura eclesiástica, dándose autores y obras de gran valor.

[2] *Idem, Os Padres-Mestres e o Ensino Sul-riograndense*, Santa María, 1980.

[3] D. Barbosa Machado, *Biblioteca Lusitana*, 4 tomos, Lisboa, 1741-1759 y Coimbra, 1965-1967; S. Leite, *História da Companhia de Jesus no Brasil*; A. V. Sacramento Blacke, *Dicionário bibliográfico brasileiro*, 7 vols., Río de Janeiro, 1883-1895; I. F. da Silva, *Dicionário bibliográfico português*, 21 vols., Lisboa, 1858-1914; F. A. Pereira da Costa, *Dicionário*

Se cultivó aquí la teología dogmática, moral y eclesiástica; el derecho canónico; la Historia de la Iglesia; la filosofía, la lingüística, la oratoria sacra, la poesía, las ciencias naturales, la economía, la sociología, etc. Fue una pena que no hubiera imprentas, pues ello dificultó sobremanera la publicación de muchas obras y sermones que fueron manuscritos y que se perdieron con el paso de los años.

La teología dogmática tuvo grandes autores. Sobresalen, de entre ellos, fray Mateus da Encarnação, profesor del monasterior de Río de Janeiro, O.S.B., abad y provincial, que publicó contra los jansenitas su *Defensio purissimae et integerrimae doctrinae* (Lisboa, 1729), además de dejar manuscrita, en seis tomos, la *Theologia Scholastica et Dogmatica.* El canónigo doctor Pedro José Flávio de Faria e Lemos (1803), deán de Río de Janeiro, dejó un manuscrito: *Compêndio de Teologia Dogmático-Histórico.* Sobre moral y derecho canónigo, escribieron los siguientes autores: padre João Rodrigues S.J. (1738), que escribió *Dubia orta ex novo Compendio Indico*; el canónigo doctor João Borges de Barros (1719), que escribió *Tractatus de Praeceptis Decalogi*; el padre Manuel da Fonseca S. J., que publicó *Expositio Bullae Benedicti XIV* y *Sacramentum Poenitentiae* (Lisboa, 1751); sobre teología ascética, igualmente, hay que citar al padre Francisco de Matos S. J., que publicó *Manual de Meditaçoes para todos os dias do ano* (Évora, 1717); al padre Bento Marques, que escribió *Chave de Consciência para os que tratam do exercício das virtudes e caminho de perfeição*; el padre Nuno Marques Pereira, que legó un interesante *Compêndio narrativo do Peregrino na América* (Lisboa, 1718); el gran misionero diocesano padre Angelo da Siqueira (1776), publicó *Botica Preciosa ou Tesouro Precioso da Lapa* (Lisboa, 1754), *Penitente arrepentido* (Lisboa, 1756) y *Exercícios Devotos* (Oporto, 1759).

El derecho canónico se enriqueció notablemente gracias a las siguientes obras: del padre Baltazar Duarte S. J., *Bullarum Collectio,* sobre el patronazgo regio (Lisboa, 1707); del canónigo doctor João Borges de Barros, *Tratado prático das matérias beneficiais, Prática judicial com o Formulário do-Provisor e Vigário Geral*; del ignaciano padre Simão Marques, *Brasilia Pontificia* (Lisboa, 1749); y de fray José da Natividades O.S.B. (1714), *Consultas Canônicas, Regulares e Moraes.*

de pernambucanos célebres, Recife, 1882 y *Anais Pernambucanos*, 8 vols., Recife, 1951-1962; A de S. M. Jaboatão OFM, *Novo Orbe Seráfico Brasílico*, 3 vols., Río de Janeiro, 1858-1862; *Diccionário de História da Igreja de Portugal*, Lisboa, 1979 ss; F. de Azevedo, *A Cultura Brasileira*, 5.ª edic., São Paulo, 1971.

La oratoria sacra fue grandemente cultivada. Hablamos de la época barroca. Y si hay sermones que son verdaderos tratados teológicos que abordan asuntos concernientes a la moral, al dogma y a la ascesis, no es menos cierto que también tenemos sermones pastorales, o puramente literarios, que si no poseen un claro valor eclesiástico, sí lo tienen como piezas eruditas. Hay, igualmente, hermosos sermones funerarios, bellas biografías y glosarios bíblicos... Fray Ruperto de Jesús O.S.B. (1709), dejó impresos los siguientes sermones: *Sermão do glorioso S. Bento* (Lisboa, 1700), *Sermão do Ssmo. Sacramento,* dado en Bahía (Lisboa, 1700), y *Três Sermões Panegíricos* (Lisboa, 1700). Orador vehemente y piadoso fue también el canónigo doctor don Sebastião do Vale Pontes (1736), deán del cabildo de Bahía, del cual nos han llegado los siguientes sermones: *Sermão do segundo dia do Sínodo Diocesano* (Lisboa, 1709), *Sermão de ação de graças* (Lisboa, 1729), *Oração Fúnebre* (Lisboa, 1730) y *Oração Fúnebre has Exéquias do Ssmo. Padre Benedicto XIII* (Lisboa, 1732). También el padre volador, esto es, padre doctor Bartolomeu Lourenço de Gusmão, se distinguió como orador notabilísimo. Éstos son algunos de sus sermones: *Sermão da Virgem María Nossa Senhora* (Lisboa, 1712), *Sermão na última tarde do Tríduo* (Lisboa, 1718) y *Sermão do Corpo de Deus* (Lisboa, 1721), leído en la iglesia parroquial de San Nicolau de Lisboa.

Orador no menos interesante fue también el padre João Nunes de Cunha, párroco de diversas feligresías, que dejó escrito su *Sermão do grande Patriarca e Doutor da Igreja S. Agostinho* (Lisboa, 1703) y algunos otros. Orador fecundo fue el carmelita fray Manuel da Madre de Deus Bulhoes, natural de Bahía, del cual se conservan dos sermones impresos: *Sermões vários* (Lisboa, 1737), colección de 13 sermones, y *Sermões da Soledade,* dichos en la catedral de Bahía en 1701, 1702, y 1709. Fray Luís Botelho do Rosário O.C., dejó impresos, igualmente, sus *Sermão Panegírico da Invenção da Cruz* (Bahía, 1738), *Sermão Funeral* (Lisboa, 1741), *Sermão moral, histórico e panegírico* (Lisboa, 1741) y *Sermão Panegírico* (Lisboa, 1741), dicho durante la fiesta por la canonización de San João Francisco Regis.

De los últimos tiempos de la colonización deben ser citados, entre otros, oradores como el padre Duarte Mendes de Sampaio, canónigo y monseñor de la capilla real, que escribió la célebre *Oração Sagrada pelo feliz trânsito de Sua Alteza Real a Sua Sereníssima Família da Europa Portuguesa para os seus Estados do Brasil* (Río de Janeiro, 1808).

Fray Francisco de Santa Teresa Sampaio O.F.M., natural de Río, fue otro orador envolvente, como se demuestra merced a su discurso *Oração Fúnebre do Excmo. e Revmo. D. Lourenço Caleppi, Núncio Apostólico e Cardenal* (Río, 1817). Finalmente, ya destacaba como orador el canónigo Janúario da Cunha Barbosa, natural de Río de Janeiro, del cual nos han quedado impresas varias piezas oratorias: *Sermão da acão da graças* (Río, 1809), *Oração da ação da graças* (Río, 1813) y algunas otras piezas fechadas en 1818... Si hubiera espacio, mentaríamos también a otros oradores dignos de ello.

También hubo grandes historiadores y cronistas durante el período que se contempla. La colaboración de la Iglesia, en lo que a las investigaciones históricas se refiere, se dio igualmente en los puntos en que no se trataba estrictamente de asuntos eclesiásticos. Don Tomás de Encarnação Costa (+1784), natural de Bahía y posterior obispo de Olinda, escribió en cuatro tomos una *História Ecclesiae Lusitanae* (Coimbra, 1759-1763); fray Cristóvão da Madre de Deus O.F.M. (+1720), escribió *Cartórico da Pronvíncia da Inmaculada Conceiçao do Estado do Brasil*; Sebastião da Rocha Pita (+1738), es el autor de la estimable *História da América Portuguesa*; Simão Pereira de Sá, publicó *Notícias Cronológicas do Bispado do Río de Janeiro*; el padre doctor Pedro Pereira Fernandes da Mesquita (+1813), párroco y vicario de Río Grande, escribió *Relacão da Conquista da Colônia do Sacramento* y *Descrição da ciudade da Buenos Aires*. A finales del período colonial, el padre José Aires do Casal publicó la preciosa *Corografía Brasílica*, 2 vols. (Río de Janeiro, 1817).

Por supuesto, la biografía religiosa dio excelentes obras, tales como la del padre Antônio Bonucci S. J., titulada *Vida de Santa Rosália* (Lisboa, 1701); el padre doctor Antônio de Oliveira es el autor de *Novena da Bem-Aventurada Virgen Santa Ifigênia* (Lisboa, 1722); el padre Alexandre de Gusmão S. J., es otro de los autores más destacados en esta literatura; entre sus obras destacan *Eleição entre o bem e o mal eterno* (Lisboa, 1720) y *Árvore da Vida* (Lisboa, 1734); el oratoriano padre José de Góis es el autor feliz de *Cantigas em louvor ao Santíssimo Coração de Jesús* (Río, 1811); el presbítero bahiano padre João Alvares Soares es autor de *Tesouro de erudição sagrada e humana* (Lisboa, 1737); fray Lourenço da Ressurreição O.F.M., publicó *Ceremonial dos Religiosus Capuchos da Província de San Antônio do Brasil* (Lisboa, 1708).

Hay que destacar también el esfurzo que se hizo en Brasil por ofrecer catecismos adaptados a la índole de nuestro pueblo, sobre todo

de los indios y de los negros venidos de África. El capuchino francés, fray Bernardino de Nantes, misionero del nordeste, publicó *Catecismo índico da Língua Kariri* (Lisboa, 1709); el padre Manuel Lima S.J. (1718), catequista de negros, escribió un *Catecismo na Língua dos Ardas*, y el padre Antônio Pereira S.J. fue el autor feliz de un *Catecismo para instrução dos meninos nos rudimentos da fé.*

De igual manera, se cultivó la poesía en aquel tiempo ofreciéndonos nombres y obras dignos de aprecio. Unas veces en portugués, otras en latín y hasta en tupi y en castellano. Monseñor Antônio de Oliveira publicó *Romance heróico* (Lisboa, 1742), compuesto con ocasión de la llegada del arzobispo don José Botelho de Matos; el clérigo de la confederación minera, Cláudio Manuel da Costa, publicó *Munúsculo Métrico* (Coimbra, 1751), *Laberinto de Amor* (Coimbra, 1753) y *Numeros harmônicos temperados em heróica e lírica consonância* (Coimbra, 1753); el presbítero bahiano João Alvares Soares publicó *Sonetos castelhanos à lamentável morte do agustíssimo Rei de Portugal D. Pedro II* (Lisboa, 1704); otro sacerdote de Bahía, el padre Gonçalo Soares, fue el autor de *Breve Compêndio*; el obispo titular don fray João Seixas da Fonseca O.S.B., natural de Río de Janeiro, publicó en italiano un libro de sonetos titulado *Giro do Mundo*; elegante poeta fue también el pernambucano padre Manuel Rodrigues Correa de Lacerda, autor de *Genetliaco ou Natalício* (Lisboa, 1741), dedicado a la condesa de Valadares; José Basílio da Gama, jesuita y escolástico, publicó el poema *O Uruguai* (Lisboa, 1769); y el presbítero seglar carioca padre Antônio Pereira de Sousa Caldas (1814), debe ser tenido entre los mejores poetas líricos de Brasil, merced a sus *Salmos de David* y *Poesias*, 2 tomos, París, 1821-1822.

La gramática y la lingüística, por otra parte, deben mucho a los autores católicos de aquel tiempo. El padre João Antunes de Brito, presbítero de Bahía, publicó *Mapa de Gramática Latina* (Lisboa, 1714), obra muy apreciada; el padre Manuel Rodrigues Portela, natural de Paraíba, publicó *Cartapácio de Sílaba* (Lisboa, 1738); el padre Antônio Alvares, párroco y canónigo de Pará, escribió *Vocabulário da língua geralmente falada no Maranhão*; el padre João Duarte da Costa (1786), arcipreste de San Luis, publicó *Gramática da Língua Portuguesa*, la primera editada en Maranhão; el padre Antônio Rodrigues Dantas, rector del seminario de Mariana, publicó las excelentes obras *Explicação da Sintaxe Latina* (3.ª edic., Lisboa, 1781) y *Arte Latina* (4.ª edic., Lisboa, 1794).

Las ciencias físicas, la filosofía, las ciencias naturales, la sociología y la economía también tuvieron su importancia. El padre Domingos Ramos S.J. (+1728), dejó un *Cursus Philosophicus*; el padre doctor Bartolomeu Lõrenço de Gusmão escribió *Varios modos de esgotar sem gente as Naus que fazen água* (Lisboa, 1710) y, en latín, *Variae rationes Antlias pro navibus Automatas construendi* (Lisboa, 1710), con ilustraciones; el jesuita João Daniel (+1776), escribió *Inventos de mecânica e hidráulica*; dos jesuitas italianos, misioneros en Brasil, publicaron obras de gran importancia: el padre Jorge Benci (+1716), escribió *Economia Cristã dos Senhores no governo dos Escravos* (Lisboa, 1704), y el padre João Antônio Andreoni (+1716), bajo el pseudónimo de André João Antonil, publicó *Cultura e Opulência do Brasil por suas Drogas e Minas* (Lisboa, 1711). Don José Joaquim da Cunha Azevedo Countinho, obispo de Olinda y de Elvas, natural de Río de Janeiro, publicó *Memória sobre o preço do açucar* (Lisboa, 1791), y *Ensaio económico sobre o comércio de Portugal e suas Colônias* (Lisboa, 1794). Fray José Mariano da Conceição Veloso O.F.M. publicó *Flora Fluminensis* (París, 1790) y *Fazendeiro do Brasil*, 2 vols. (Lisboa, 1798 y 1806).

Así, pues, hemos visto cómo hubo clérigos seglares, religiosos y legos, que porfiaron por cultivar las ciencias y enriquecer la literatura brasileña.

XIII

LA IGLESIA Y LOS MOVIMIENTOS SOCIO-POLÍTICOS

Exposición

En tiempos del patronazgo, la acción de la Iglesia en el campo socio-político, como es obvio, fue limitada. Más aún, con la penetración de las ideas liberales, clero y legos de Brasil comenzaron a fermentar la masa informe de la socidad colonial, pues sentía la opresión de la metrópoli en todos los órganos de la vida cotidiana. Había un deseo generalizado de cambiar la situación, sin que se supiera cómo hacerlo. La vigilancia que ejercía la Corte sobre la colonia era constante y, la más de las veces, sutil. No se consentía la creación de cursos académicos de carácter universitario; estaba prohibida la imprenta; se nombraba para gobernar la colonia, e incluso los obispados, a personas de la confianza de la metrópoli. Las riquezas del país iban a parar en su mayor parte al Reino. Y la dureza mostrada por algunas autoridades coloniales, exasperaba al pueblo. Poco a poco, pues, fue haciéndose un malestar generalizado hacia el gobierno real. El pueblo suspiraba por una mayor libertad. Muchos líderes populares esperaban la ocasión de manifestar sus justas reivindicaciones. Fue precisamente en este último período colonial cuando tuvieron lugar varios movimientos de tendencia separatista, que culminarían en la independencia de 1822.

La guerra de los Mascates

El primer movimiento separatista se dio a partir de la rivalidad existente entre dos ciudades: Recife y Olinda; y fue, al tiempo, un avi-

so de la futura independencia. Si se trató en un principio de un episodio circunscrito a lo puramente local, la idea que lo inspiraba era universalista. La Iglesia se vio envuelta en los hechos. Olinda representaba la aristocracia de la tierra; Recife, los intereses comerciales de la metrópoli. Olinda no tenía intención de aceptar las ciudadanías de Recife. De ahí la explosión. Los recifenses fueron llamados Mascates [*]. El 19 de noviembre de 1703 obtuvieron la emancipación del Rey, si bien sólo les fue ratificada por el gobernador el 3 de marzo de 1711, para ser posteriormente violada por los olindenses. Se llegó a pensar en la proclamación de una república independiente. Pasado el gobierno de don Manuel Alvares da Costa, obispo diocesano, tuvo el prelado que sufrir muchos sinsabores durante la contienda. Tampoco el gobierno civil logró apaciguar a los Mascates. Algunos sacerdotes y religiosos tomaron parte activa en las confrontaciones, entre ellos el canónigo doctor Nicolau Pais Sarmento, deán del cabildo y vicario general, quien fuera nombrado coronel del «Batallón Sagrado», organizado por los padres Domingos Dias y Antônio Jorge Guerra, que se componía de 10 eclesiásticos para la defensa del obispo.

Varios padres murieron en los enfrentamientos, como el padre João Alvares da Conceição; otros, a causa de las tensiones y disgutos, como el padre Manuel Lopes. Algunos de los sacerdotes y religiosos comprometidos eran gente cultivada, como el padre doctor Pedro Ferreira Brandão, el padre José de Medeiros Furtado y el padre Antônio Gonçalves Leitão, cronista de la guerra de los Mascates; otros se distinguieron por sus virtudes y mucha caridad, como el padre Manuel Rodrigues Neto, después canónigo y vicario general, y el padre Apolinário Moreira, virtuoso párroco de Luz de Mata [1].

* Despectivo: vendedores callejeros (N. del T.).

[1] Sobre la guerra de los Mascates hay dos crónicas contemporáneas escritas por dos eclesiásticos que tomaron parte en los sucesos, uno por cada bando: el canónigo doctor Nicolau Pais Sarmiento dejó escritas las *Memórias da guerra dos Mascates* y el padre Cipriano da Silva, oratoriano, escribió su *Narrativa Histórica das calamidades de Pernambuco, sucedidas desde o ano a 1707 até o de 1715* (Cf. Rev. IHGB, n.° 53).

El levantamiento minero

El primer grito serio y profundo en aras de la libertad de Brasil fue, sin embargo, el que se diera merced al levantamiento minero. El héroe de aquellas jornadas fue el alférez José da Silva Xavier, conocido por el sobrenombre de *Tiradentes* [**]. Era hombre religioso, tenía dos hermanos sacerdotes, se hallaba imbuido de ideas iluministas y liberales, y suspiraba por la emancipación de Brasil. Los «inconfidentes», como se llamaba a los conspiradores en reducidos círculos de estudio y de reflexión, muñían contra la metrópoli dando muestras de gran solidaridad entre ellos. Un grupo de sacerdotes, que convivía con su pueblo y sufría los abusos de que era víctima, ayudó a *Tirandentes* a propalar sus ideas liberlaes.

Los padres «inconfidentes» se empañron, pues, en la defensa de los derechos humanos violados por la prepotencia, enfrentándose a peligros y a sufrimientos de toda especie. Tomaron parte activa en el levantamiento los siguientes: el padre Carlos Correa de Toledo, nacido en Taubaté en 1730, ordenado en Río el 19 de enero de 1766 [2]; era párroco de Vila de San José do Río das Mortes. Fue, sin lugar a dudas, de los más activos y brillantes mentores del levantamiento. Después de la derrota, fue hecho prisionero y pasó 11 años y medio en la cárcel, falleciendo en Lisboa en 1803, despreciado por sus propios compatriotas; el padre José da Silva e Oliveira Rolim, hombre de mucho prestigio y mando, demostró gran valor, convirtiéndose en uno de los cabecillas de la conjura. Pasó 11 años en la cárcel de Lisboa. Regresó a su tierra, a Diamantina, donde falleció el 20 de septiembre de 1835; el padre Manuel Rodrigues da Costa, nacido en 1754 en Ibitipoca, fue ordenado en 1780 y vivió en la hacienda de Registro Velho (Barbacena). Eclesiástico bien fundamentado y hombre de noble espíritu, tenía ideas progresistas en lo que a la política se refiere y también en lo so-

** En Brasil, *Sacamuelas* (N. del T.).

[2] ACúr. Río de Janeiro, L. 4 Ord. f. 116. Se ordenó con el permiso del obispado de Mariana. Era hijo de Timóteo Correa y Ursula Isabel de Melo. El padre, viudo, también se ordenó sacerdote. Era hermano del padre Carlos y del padre Bento Cortes de Toledo, que fuera vicerrector del seminario de Río, visitador en el sur y párroco de Taubaté, así como de fray Antônio de Santa Ursula Rodovalho, franciscano y profesor, obispo electo de Angola.

cial, además de ser un notable poeta. Participó del levantamiento y sufrió la pena de 10 años de presidio en Lisboa, donde se interesó en llevar a Brasil industrias y una agricultura más desarrollada. A su regreso, luchó en pos de la independencia, fue visitado por Saint-Hilaire y gozó de la amistad de don Pedro I. Formó parte de la Cámara de los Diputados y murió en 1844 a los 90 años de edad. El padre José Lopes de Oliveira, capellán en las proximidades de Barbacena, colaboró activamente en la sublevación, mereciendo ser degradado y la cárcel, cumpliendo pena en la prisión de San Julián, en Lisboa, donde murió en 1795. El canónigo Luiz Vieira da Silva, profesor de Filosofía en el seminario de Mariana, fue, sin duda, el más culto de los conjurados, hombre bien informado y activo. Fue un notable orador [3]. Su biblioteca, compuesta por numerosos volúmenes con los más variados títulos, es prueba elocuente del amor que tuvo por la cultura. Después de un tiempo pasado en el exilio, regresó a Brasil en 1801, muriendo en un lugar sin precisar en la provincia de Río de Janeiro. Otros padres, sin pertenecer formalmente a la conjura, favorecieron su marcha. Todo acabó, por culpa de unos traidores, con la ejecución de *Tiradentes* en Río de Janeiro, el 21 de abril de 1792, asistido en sus últimos instantes por fray Raimundo de Penaforte, siendo el único conjurado que fuera condenado a muerte, pues la reina doña María conmutó la pena capital a los otros procesados [4].

La revolución de Pernambuco

En 1817 tuvo lugar la llamada revolución de Pernambuco, también conocida como «La revolución de los sacerdotes», ya que en ella tomaron parte, más o menos activa, más de 50 padres y una decena de frailes, identificados todos ellos con los sufrimientos de su pueblo. Fue un grito de libertad y de independencia contra la opresión ejercida por la Corte, que no deseaba más que explotar las riquezas de la colonia sin preocuparse de su pueblo. La situación era especialmente in-

[3] De él ha quedado impresa la *Oração Fúnebre*, leída en las exequias del padre doctor Lourenço José de Queiroz Coimbra, párroco de Sabará.

[4] J. G. Vidigal de Carvalho, *Ideología e Raízes Sociais do Clero da Conjuração*, Viçosa, MG, 1978.

justa en Pernambuco donde ninguna autoridad reconoció el papel de capital importancia que tuvieron las gentes de la región en la lucha contra los holandeses.

El seminario de Olinda, desde sus inicios, fue un foco de ideas liberales independentistas. Sus profesores supieron transmitir a los alumnos el ardor patriótico y la sed de emancipación; por eso, no es de extrañar que tantos padres salidos de sus umbrales abrazasen la revolución. El 31 de marzo de 1817, el propio cabildo de Olinda, dictó una pastoral, justificando las razones del levantamiento. Tras una efímera victoria de la revolución, que no duró más de 75 días, se proclamó el Gobierno Provisional de la República de Pernambuco, con la publicación de una ley orgánica y la creación de una Asamblea Constituyente. Naturalmente, la Corte, la nobleza portuguesa, y el ejército, se aprestaron de inmediato a reprimir el movimiento separatista, anegando en sangre y en terror los justos clamores de un pueblo empecinado en acabar con la opresión. La violenta represión que siguiera, causa espanto, sobre todo porque bien se sabe que los padres comprometidos cuidaron en todo momento de que no se produjesen excesos por parte de los revolucionarios, manteniendo una justicia y equidad reconcida por sus propios adversarios.

Entre los padres que más se destacaron en aquellos episodios, citamos a los siguientes: padre Miguel Joaquim de Almeida e Castro, conocido como el padre Migelinho, nacido en Natal, profesor de Retórica en el seminario de Olinda, que posteriormente ingresaría en la orden carmelita. Terminó preso y fusilado en Bahía; el padre José Inácio Ribeiro de Abreu Lima, conocido con el sobrenombre de *padre Roma*, y que también ingresara en los carmelitas, igualmente preso y fusilado en Bahía; el padre Pedro de Sousa Tenório, párroco de Itamaracá, ardoroso combatiente, que fue ahorcado en Bahía; el padre João Ribeiro de Melo Montenegro, mulato, sabio botánico, y que fue uno de los ideólogos de la revolución; el padre Antônio Pereira de Alburquerque, de Paraíba, que promovió el levantamiento, tomó la capital y fue proclamado gobernador, acabó preso en Recife, siendo posteriormente ahorcado y descuartizado; el padre João Damasceno Xavier Carneiro, ordenado sacerdote cuando se quedó viudo, párroco de Una, llevó la revolución hasta las tierras de Río Grande del Norte, donde fue hecho prisionero, falleciendo cuando iba a ser embarcado con dirección a Bahía... En Ceará se distinguió el padre José Martiniano de

Alencar, entonces subdiácono, que procuró sublevar la provincia, siendo hecho prisionero. Amnistiado años después, llegó a diputado... Muchos otros nombres, que sería prolijo enumerar, entre ellos el del célebre fray Caneca, que en 1824 tomó parte en la llamada conferencia de Ecuador y acabó siendo fusilado en Bahía. Los que tuvieron parte activa en el movimiento, acabaron todos presos, llevados a Bahía y amnistiados los más en 1821, salvo aquellos que murieron en las cárceles o por aplicación de la pena capital [5].

La independencia de Brasil

Varias figuras importantes del clero nacional tomaron parte en las Cortes de Lisboa, defendiendo denodadamente la causa de la independencia de Brasil. Nada menos que 18 eclesiásticos, junto a otros brasileños identificados con la causa de la independencia, defendieron con ardor a su tierra. Así, la independencia de Brasil, proclamada por don Pedro I el 7 de septiembre de 1822, fue apoyada por don Mateus de Abreu y Pereira, obispo de São Paulo, y por eminentes personalidades del cabildo y del clero. Ello prueba que el clero no permanecía en la ignorancia de las necesidades más ciertas de su pueblo. Por el contrario, se convirtió en vanguardia, junto a muchos otros, de la emancipación política de la colonia. Ciertamente, no fue lo más deseable ese compromiso del clero en las luchas socio-políticas que precedieron a la proclamación de la independencia de Brasil, mas se comprende su participación ante el fraude de muchos políticos y por el anhelo de ver al pueblo libre. La libertad y el patriotismo bien entendido no se oponen al Evangelio. Es un deber de todos. Hoy día, nadie podrá decir que la Iglesia se escondió en momentos determinantes para la nación. El clero supo secundar las aspiraciones de sus fieles, asumiendo, en muchas partes, la vanguardia de la liberación. Colaboró eficazmente, mereciendo el reconocimiento de los historiadores y de los ciudadanos honestos [6].

[5] G. A. Vilar de Carvalho, *A Liderança do Clero nas Revoluções Republicanas, 1817-1824*, Petrópolis, 1980; Dias Martins, *Mártires de Pernambuco*, 1853; Loreto Couto, *Desagravos do Brasil e Glórias de Pernambuco*, Río de Janeiro, 1904.

[6] D. L Duarte e Silva, *O clero e a Independência*, São Paulo, 1972.

XIV

LA VIDA CRISTIANA DEL PUEBLO DE DIOS

La vida cristiana del pueblo siempre ha sido el mejor termómetro para medir los frutos del ingente esfuerzo de la Iglesia en su vertiente pastoral. Si estudiamos con atención las manifestaciones de la piedad popular, veremos que no fue en vano el trabajo desarrollado por el clero, por los misioneros y por otros agentes pastorales, pues muchos frutos hemos recolectado en la vasta viña brasileña. Hay que recordar, en primer término, las numerosas hermandades hechas por los fieles, algunas de ellas creadoras de buenos ejemplares de cristiano. Las órdenes terceras fueron, igualmente, otro instrumento para llevar a muchos cristianos a una vida de perfección, dedicándose a obras benéficas. Se hallaban en todas las iglesias y también en el interior florecían las hermandades. La hermandad del Santísimo, que exitía prácticamente en todas las iglesias, ayudó sobremanera al culto de Santísimo Sacramento, procurando a todos el viático. Otras hermandades fueron pioneras en el impulso dado a nuevas obras de caridad y de misericordia. Además una de las características de la piedad cristiana del siglo XVIII fue la multiplicación de obras de caridad y de asistencia a hospitales, lazaretos, orfanatos, recogimientos y asilos. Bastaría citar el lazareto de San Cristóbal, en Río de Janeiro, el hospital de Santa Ana, en Mariana, el asilo para criaturas expósitas en Río, el hospital de los Lázaros, en Itu, las misericordias de Florianópolis y de Porto Alegre, el recogimiento de San Amaro, en Bahía, y muchos otros...

Los cristianos de aquel tiempo celebraban fiestas y devociones de lo más variadas. Se dieron, naturalmente, cambios notables en el calendario litúrigico. Fiestas antiguas, caídas en el olvido, fueron sustituidas por otras. El 24 de noviembre de 1756, San Pedro de Alcántara fue

proclamado patrón de Portugal y sus dominios; don Francisco de San Jerônimo, obispo de Río de Janeiro, declaró feriadas las fiestas de San Sebastián y de San Januário.

En 1760, Santa Ana fue declarada patrona de las diócesis de Río de Janeiro. A finales del siglo XVIII y a comienzos del XIX, algunos obispos, autorizados por la Santa Sede, quitaron varios días de fiesta. En ese período creció, sin embargo, la devoción a la Pasión de Nuestro Señor, con sentidas celebraciones durante la Semana Santa y en otras vísperas. También la devoción a Nuestra Señora cobró un notable incremento, al igual que la dedicada a Nuestra Señora de la Bien Aparecida, cuya capilla fue inaugurada en 1745, continuándose así la devoción a los santos más populares.

El canto sacro, que había sido cultivado antes en los monasterios, en los conventos y en las catedrales, pasó así a ser de dominio popular, apareciendo corales en todas las iglesias. También la polifonía hizo grandes progresos. Aparecieron músicos de gran valor, pero, desgraciadamente, ya en pleno barroco, se introdujeron modalidades cantoras de mal gusto y de poca piedad cristiana. Tuvieron que intervenir, entonces, algunos obispos, como don Sebastião Monteiro da Vide, arzobispo de Bahía, que exigió la presentación previa de las partituras al maestro de la capilla, antes de su ejecución... Gran mérito hay que atribuir, en lo que a la música se refiere, por lo demás, al misionero popular padre Angelo de Siqueira, que era también músico y poeta, y que compuso muchos cantos en vernáculo.

En ese tiempo, floreció como nunca el arte cristinao. Todo se daban con fervor al embellecimiento de las iglesias y a la adquisición de imágenes sagradas. Los artistas se dedicaban a la talla de retablos y de altares, así como al ornato de imágenes y a la pintura de cuadros. También a la escultura en piedra, en madera y otros materiales, dejándonos con ello un patrimonio artístico digno de aprecio. Impresiona el elevado número de imágenes bellísimas y de no menos hermosas iglesias construidas durante el siglo XVIII, sobre todo a raíz del aumento del nivel económico de la colonia merced al descubrimiento y explotación de las minas de oro. Lógicamente, el lugar más beneficiado, fue Minas Gerais, que dio también renombrados artistas como Francisco Antônio Lisboa, llamado *O Aleijadinho* *. Hoy en día, muchas igle-

* *El Tullidito.* (N. del T.).

sias se vanaglorian de poseer obras debidas a tan insigne autor. En Sabará, Tiradentes, Ouro Preto, Mariana, Congonhas do Campo y otras ciudades, se conservarn con orgullo las expresiones del genio brasileño. En Minas se levantaron las iglesias barrocas de Nuestra Señora del Pilar, de San Francisco y del Carmo, en Ouro Preto; la de Nuestra Señora del Rosario, de Mariana; la de Nuestra Señora de la Concepción, de Congonhas, donde se hallan las estatuas de los profetas y las estaciones de la Vía Sacra del famoso *Alejaidinho*. Bellas iglesias son, igualmente, las de Sabará, San Juan del Rey, y otras... En Bahía merecen ser destacadas la catedral, antigua iglesia del colegio de los jesuitas, la iglesia de San Antonio del convento de San Francisco, la basílica de la Concepción, de Praia, la basílica de Bomfin, la iglesia de San Pedro de los Clérigos y otras más. También en Río de Janeiro se levantaron bellas iglesias con finas tallas y mucho y buen gusto artístico, siendo dignas de consideración la iglesia de San Francisco de la Penitencia, la de Nuestra Señora del Buen Suceso, la de Nuestra Señora de la Candelaria, etc... En otras ciudades, tanto del interior como de la costa, hay bellísimas obras barrocas, como la de la basílica de Nazaré, en Belém, las iglesias de Nuestra Señora de la Candelaria, en Itu, la iglesia de Nuestra Señora de la Concepción de Viamão, y muchas otras, de norte a sur, además de museos dedicados al arte sacro, en donde se guardan auténticas preciosidades de las usadas en el pasado.

A través de este acervo artístico, expresión de fe y de piedad, no puede negarse al catolicismo brasileño una vida de espiritualidad religiosa, pues todo ello trasluce desprendimiento, generosiad, fidelidad a los votos y a las promesas, reconocimiento a Dios y a sus siervos, por las mercedes recibidas, y otros gestos que denotan elevación de los sentimientos y deseo de manifestar explícitamente la religiosidad.

Otra faceta más del catolicismo de ese tiempo es la de las numerosas vocaciones sacerdotales y religiosas que poblaron los conventos y las diócesis. Y otra riqueza de la Iglesia de Brasil son las personas que llevaron una vida sacrificada y heroica, que murieron en olor de santidad.

Asimismo, un aspecto importante de la Iglesia de Brasil fue el de procurar siempre la instrucción del pueblo. Nunca hubo tantas misiones populares y tran grandes misioneros como en aquel tiempo. Además, numerosos oradores sacros, en la menor oportunidad, se aprestaban a predicar con entusiasmo a los fieles. Hubo gran celo en la

publicación y difusión de los catecismos. Don Sebastião Monteiro da Vide y fray Antônio de Guadalupe, mandaron imprimir y distribuir entre sus diocesanos numerosos ejemplares. En diócesis como las de Pará, Olinda y Río de Janeiro, se aceptó el llamado Catecismo de Montpellier, de cuño jansenita. Más tarde, fray Caetano Brandão, obispo de Pará, obligó a que fuera sustituido por el catecismo del cardenal Mendonça. Se hicieron igualmente catecismos propios. Don José Caetano da Silva Coutinho es autor de uno, muy estimado. Muchas eran las familias que, no contentas con instruir a sus hijos en la fe, lo hacían también con los esclavos [1].

En resumen, durante este último período del tiempo colonial, fue grande el esfuerzo hecho en pro de las poblaciones y de su instrucción religiosa, si bien, lógicamente, a pesar de las lagunas inevitables y propias de un territorio vasto y poco poblado, aislados sus núcleos de población en muchas ocasiones. Pero así y todo, no dejó de darse el testimonio cristiano y una impresionante fidelidad del pueblo de Dios a su fe católica.

[1] A. Rubert, o. c., III, pp. 263-271.

XV

TESTIMONIOS

Introducción

El período comprendido entre 1700 y el 1822 fue rico en testimonios de una vivencia cristiana auténtica, llegando, no pocos, al más alto grado de virtud, de modo y manera que algunos merecieron, con el paso del tiempo, los honores de la beatificación y de la canonización. Hemos recogido aquí los más insignes.

Sin duda, muy bien podrían figurar aquí otros nombres, como el de don Francisco de San Jerônimo (+1721), canónigo selgar, obispo de Río de Janeiro, fallecido en olor de santidad; o el de don Sabastião Monteiro da Vide (+1722), arzobispo de Bahía, varón de excepcionales virtudes y de grandes méritos pastorales; o el del padre Tomé de Carvalho e Silva (+1736), primer párroco de Oeiras, de espíritu misionero y pionero, fundador de diversos curatos, llamado «santo clérigo»; o el del presbítero seglar Cipriano Pacheco, de la ciudad de Cabo (Pernambuco), eminente por su castidad y otras virtudes, fallecido con fama de santo; o el del célebre jesuita padre Gabriel Malagrida (+1761), gran misionero popular y fundador de seminarios en Brasil, ridículamente entregado por el odio de Pombal a la Inquisición de Lisboa; el de padres seglar Simão Nunes Coelho, (+1741), de Ipojuca, sacerdote humilde, austero y penitente, muerto en Recife del 20 de diciembre; el padre Manuel Francisco da Silva (+1783), pároco de Río Grande, después de Estreito, hombre benemérito... También tuvo fama de virtud y austeridad, en sus costumbres, el padre fray Domingos da Encarnação Pontével (+1793), obispo de Mariana... Hubos muchos otros en el estado clerical, en los claustros y entre los legos, que dieron testimonio

por su vida heroica y por su entrega al Evangelio, o, mejor dicho, a Cristo.

BELQUIOR DE PONTES (+1719)

Misionero jesuita, nacido en 1644 en São Paulo. En 1670 ingresó en la Compañía de Jesús. Ordenado sacerdote, se dedicó a las misiones. Conocedor de la lengua indígena, predicó en diversas aldeas para indios, recorriendo haciendas y parroquias. Le fueron atribuidos muchos hechos extraordinarios. Consumido por las fatigas apostólicas, falleció en São Paulo el 22 de septiembre de 1719, con fama de santo [1].

ALEXANDRE DE GUSMÃO (+1724)

Jesuita, nacido en Lisboa el 14 de agosto de 1629. A los 10 años llegó a Brasil con su familia, entrando en la Compañía de Jesús, en Río, en 1646. Se distinguió muy pronto por su mucha ciencia de insignes virtudes. Ocupó varios e importantes cargos. Fue profesor, maestro de novicios, rector de los colegios de Espíritu Santo y de Bahía y, por dos veces, provincial de los jesuitas en Brasil. Uno de sus mayores méritos fue el de fundar el seminario de Nuestra Señora de Belém en Cachoeira da Bahía (1687), del cual fue rector. Fue un buen orador y un brillante escritor, sobre todo de cosas referidas a la ascesis y cuestiones pedagógicas. Hombre benevolente y virtuoso, gozó en vida de gran crédito.

Murió el 15 de marzo de 1724, a la provecta y venerable edad de 95 años, con fama de santo. Se dieron varias tentativas de elevar la causa de su canonización. Un autor contemporáneo escribió de él lo siguiente:

> Fue adornado de insignes virtudes, siendo exactísimo en la observancia religiosa de la evangélica pobreza, constante y denodado en la adversidad e incansable en su conducción de las almas al cielo, usando para ello de tanta misericordia, que muchos pecadores de las tierras

[1] M. da Fonseca *Vida do Venerável Belchior de Pontes*, Lisboa, 1752.

más remotas, movidos por su fama de santo, se llegaban ante él para confesar sus culpas inveteradas [2].

FILIPE DA CRUZ (+1731)

Presbítero secular, oriundo de Portugal, mas llegado a Brasil de niño, ingresó aquí en la congregación del Oratorio de Olinda, dedicándose a las misiones en la aldea de Ararobá. Ante la controversia ocasionada por el cambio de estatutos de los oratorios de Roma, en virtud de lo dispuesto por los oratorios de Lisboa, se afilió a los primeros, y después de no pocas peripecias dejó la congregación del Oratorio de Pernambuco, se dirigió a Bahía y ejerció allí como simple sacerdote. En 1702, al abandonar Brasil los capuchinos franceses, se encargó a la pequeña iglesia de Nuestra Señora de la Piedad. Durante los años siguientes ofició sobre todo como confesor, demostrando gran humildad, caridad y devoción a María Santísima. Conservó siempre su virginidad y cuentan que era hombre dotado por su espíritu profético. Luego de una larga y santa vida falleció el 14 de agosto de 1731, a la edad de 94 años. Por su fama de virtuoso, y por los milagros que se le atribuyen, sus funerales fueron apoteósicos [3].

ANTÔNIO DE SAN GREGORIO (+1732)

Hermano franciscano, nacido en 1651 en Couto de Capareiras, Braga, Portugal. A comienzos de 1676 ingresó en la orden como hermano lego. Llegado a Brasil se estableció en el convento de San Antonio de Río de Janeiro, demostrando muchas virtudes. Con estigmas de predestinado falleció el 24 de junio de 1732 a los 81 años de edad y con 56 de ejercicio religioso... Tal era la fama de santidad que se le atribuía, que el pueblo acudió al convento y cortó su mortaja para hacer de ella reliquias. Hubo de ser nuevamente vestido y sepultado a toda prisa [4].

[2] Barbosa Machado, *Biblioteca Lusitana*, I, pp. 95-96; Serafim Leite, *História da Companhia de Jesus no Brasil*, Río de Janeiro, 1949, vol. VIII, pp. 289-298.

[3] A, SC Amer., Merid., III, ff. 54 ss.; A. Rubert, *A Igreja no Brasil*, II, pp. 341-343; E. de A. Lima, *Congregação do Oratório no Brasil*, Petrópolis, 1980, pp. 53-73.

[4] Bibl. Nac. de Lisboa, Co. Pombal, 672, f. 116.

SEBASTIÃO DO VALE PONTES (+1736)

Presbítero seglar, nacido en la ciudad de Bahía el 20 de enero de 1663, bachiller en Filosofía por el colegio de Bahía, se matriculó en la facultad de Cánones de la Universidad de Coimbra, en la que se doctoró con grandes notas. De vuelta a Bahía, y atraído por la vida sacerdotal, se ordenó ante fray Manuel da Resurreição, que lo nombró provisor, vicario general y embajador de la Relación Eclesiástica. Desempeñose con tan alta competencia y rectitud en sus cargos, que en ellos fue mantenido por los tres arzobispos que se sucedieron. Incorporado al cabildo de Bahía, llegó a deán del mismo. Tras la muerte del gran arzobispo don Sebastião Monteiro da Vide, en 1722, fue elegido vicario capitular. Siempre se distinguió como orador sublime; no le faltaron virtudes ni ciencias para ocupar digna y frutíferamente el púlpito sagrado. Predicó durante el sínodo de Bahía, así como en otras ocasiones solemnes. A propósito de su persona se escribió lo siguiente:

> Fue ejemplar en su actuación eclesiástica, descubriéndose en su semblante las mortificaciones con que maceraba su cuerpo. Rezaba con grandísimo fervor, siendo todo su afán el de extirpar los vicios e implantar las virtudes [5].

Falleció en Bahía el 10 de abril de 1736, a los 72 años de edad.

FRAY FABIANO DE CRISTO (+1747)

Hermano franciscano, llamado en verdad João Barbosa, después de haber sido comerciante en Parati, el 11 de noviembre de 1704 tomó el hábito de los franciscanos en el convento de San Buenaventura de Angra dos Reis, pasando posteriormente al de San Antonio de Río de Janeiro. Pasó 38 años como lego, ocupando el cargo de hermano enfermero del convento. Mas también curó los males del espíritu, aparte de los físicos. Fiel a la regla de San Francisco, se distinguió por el espíritu de pobreza, de mortificación y de oración, que siempre le acompañaron. Merced a su caridad, siempre estaba presto a otorgar consue-

[5] Barbosa Machado, Bibli. Lus., III, ed. Coimbra, 1966, p. 703.

lo y gracias. Felleció en olor de santidad el 17 de octubre de 1747. Aún perdura su fama de santo [6].

LEANDRO FERREIRA DE AZEVEDO (+1756)

Presbítero secular, nacido en 1673 en Góiana, Pernambuco, fue sacerdote de vida ejemplar, devoto y entregado a los pobres y a los dolientes. Fundó en su propia casa un hospital para indigentes. Nombrado capellán mayor de la misericordia de Olinda durante muchos años, por su abnegación, vida austera y enorme caridad, conquistó la general veneración. Fue también comisario del Santo Oficio. Falleció en Olinda, con fama de santo, el 7 de julio de 1756, a los 83 años de edad. Los devotos también le destrozaron la mortaja para conservar reliquias.

PAULO TEIXEIRA (+1756)

Jesuita, nacido en Igaraçu en 1697, se hizo luego sacerdote seglar llegando a párroco de su terruño natal. En 1732 ingresó en la Compañía de Jesús. Con facultades extraordinarias, conferidas en 1746 por don Bernardo Rodrigues Nogueira, primer obispo de São Paulo, predicó en las misiones de Parati. Falleció en Río de Janeiro el 26 de noviembre de 1756, en olor de santidad [7].

DON JOSÉ BOTELHO DE MATTOS (+1767)

Arzobispo de Bahía, nacido en 1678 en la ciudad de Lisboa. En la Universidad de Coimbra se doctoró en Filosofía y se hizo también bachiller en Cánones. Ordenado sacerdote en 1703, ocupó cargos de gran importancia, entre ellos el de profesor de Teología moral en el seminario diocesano, vicario general y visitador... Fue un asiduo visitante de su

[6] A. da Conceisao, *Pequenos na terra, grandes no Céu*, V, Lisboa, 1754 pp. 588-610.

[7] J. de Azevedo, *Vita Servi Dei Pauli Teixeira*; Jabatoão, *Novo Orbe Seráfico*, edic. 1859, pp. 387 y 794; H. Pires, *A Paisagem espiritual do Brasil no Século XVIII*, São Paulo, 1937, p. 54; S. Leite, o. c., VI, p. 471.

inmenso rebaño, confirmando personalmente a más de 80.000 personas. Creó parroquias y curatos, veló por la dignidad de las celebraciones litúrgicas y él, personalmente, rezaba en las grandes solemnidades, así como ejerciendo de recitador de las Horas en la catedral. Amigo personal de los capuchinos y de los jesuitas, cuando los ignacianos fueron perseguidos por Pombal, se negó a secundar al ministro, renunciando a sus cargos ante la emoción de todos. Murió, con fama bien ganada de santo, el 22 de noviembre de 1767. El nuncio en Lisboa habló del «santo obispo». No menos preciosa es la carta que el marqués de Lavradio dirigiese al rey don José (el 25 de marzo de 1760) en la que decía:

> Me consta que fue un gran ejemplo a seguir, reservándose sólo lo que era imprescindible para su mantenimiento. Todo lo repartía en limosnas, de modo que siempre hubo de mendigar él mismo... Me aseguran que todas sus pertenencias no superaban el valor de 10 monedas [8].

Boaventura de Occimiano (+1772)

Capuchino, siervo de Dios, de la familia Caretti, nació en Occimiano no Piemonte (Italia) en 1708. En 1724 ingresó en la orden de los capuchinos. Ordenado sacerdote se dedicó a la pastoral entre los judíos, cuya lengua aprendió a la perfección. En 1741 partió hacia las misiones de Brasil. Aquí fue enviado a las misiones de río San Francisco, junto al virtuoso fray Vitalino de Milán. En 1745 acompañó al apostólico arzobipso don José Botelho de Mattos en una de sus visitas pastorales, recibiendo amplísimas facultades, rezando, predicando y confesando a un gran número de fieles. Al cabo de 10 años en Brasil, volvió a su patria, donde llevó una ejemplar vida de ascetismo y entrega. Falleció en olor de santidad de Casale Monferrato el 17 de noviembre de 1772. El 23 de noviembre de 1890 le fue abierto proceso para su beatifición, aún ante la Santa Sede [9].

[8] AP, SC Amer. Merid. (1745-1766), III, ff. 59 ss., n.° 45 y n.° 4.811; AU, Bahía I, pp. 371-374; A. Rubert, «D. José Botelho de Matos, 8° arcebispo da Bahía», en Rev. IHGB, n.° 87, 1978, pp. 105-123.

[9] I. da Calliano, *Vita del P. Bonaventura da Occimiano*, Casale, 1791; C. Novarese, *Vita del P. Bonaventura de Occimiano*, Turín, 1888; *Lexicom Cappuccinum*, Roma, 1951, col. 244; SRC, Index, 1962, p. 56.

ANGELO DE SIQUEIRA (+1776)

Presbítero secular, nacido y bautizado en São Paulo el 12 de mayo de 1707. De familia con buena posición social, fue ordenado presbítero, seguramente durante las Témporas de 1733, por fray Antônio de Guadalupe, obispo de Río. Era poeta y músico, además de hábil jurista. Inscrito en la hermandad de San Pedro de los Clérigos, posteriormente se esforzó en la reforma del recogimiento de Santa Teresa, en el monasterio de las clarisas, quedando encargado de la construccion de la iglesia de San Pedro. Gran devoto de María Santísima, a la que invocaba bajo el nombre de Santa María de Lapa, llevó su vocación por doquier, construyendo en honor de la Virgen muchas iglesias y hasta 153 imágenes de su devoción, que repartió por distintos puntos. Otro de su acervos fue su carismático hacer como confesor, empeño al que se dedicaba tanto de día como de noche. Tenía una mesa giratoria en la que los ladrones, sin ser vistos, acudían a devolver lo robado. El 2 de febrero de 1751 puso la primera piedra para la construcción del seminario de Río. Predicó en las misiones populares de la ciudad y en las parroquias del interior, obteniendo ubérrimos frutos. Siempre iba a pie, de un lado a otro. Fue llamado por todos «el misionero de Brasil». Sus contemporáneos exaltaron con unanimidad sus virtudes y méritos, expresándose siempre en los términos más elogiosos. Anduvo predicando también en Tuy (España). Fue, sin duda, un profeta de su tiempo [10].

JOANA DE GUSMÃO (+1780)

Viuda, nacida en Santos, tenía dos hermanas religiosas y era hermana del padre Bartolemeu Lourenço de Gusmão, el padre volador... Desde niña mostró gran pasión por la virtud. Llegada a su edad núbil, contrajo sagrado matrimonio con Antônio Ferreira Gamboa, rico agricultor, que no tardó en morir. Se hizo entonces peregrina llevando a hombros una pequeña imagen del Niño Dios, con la que recorrió va-

[10] A. Rubert, «O Missionário do Brasil: Pe. Angelo de Sequeira (1707-1776)» en Rev. IHGB, vol. 20, 1978, pp. 136-161; M.E. Altenfelder da Silva, *Brasileiros Heróis da Fé*, Petrópolis, 1949, pp. 42-62; P.F. Silveira Camargo, *A Igreja na História de São Paulo*, vol. 3°, São Paulo, 1953.

rias regiones hasta arribar a la feligresía de Nuestra Señora de la Concepción de Lagoa, en Santa Catarina. Allí obutuvo del obispo de Río de Janeiro el pertinente permiso para construir una capilla. Posteriormente, en Desterro, hoy Florianópolis, ingresó en la orden Tercera y pasó a llevar el hábito franciscano con el títutlo de beata. Gracias a una donación, pudo construir la capilla de sus sueños, la dedicada al Niño Dios. Allí pasó, en total recogimiento, el resto de sus días, falleciendo el 15 de noviembre de 1780, a los 92 años de edad [11].

ANTONIO DE SANTANA GALVÃO (+1822)

Franciscano, nacido en Guaratinguetá, en São Paulo, en 1739, llegó de niño a Bahía para cursar estudios con la intención de ordenarse sacerdote. A los 22 años ingresó en los franciscanos, en el convento de San Buenaventura de Macacu (el 15 de abril de 1760). Se ordenó en Río de Janeiro en 1763, entregándose de inmediato a la oración y a la predicación, así como a la confesión, tarea en la que fue muy apreciado. Su nombre ha quedado ligado, de por vida, al convento de la Luz. Fue también confesor del recogimiento de Santa Teresa, ayudando a la hermana Helena del Espíritu Santo a una nueva fundación. El 8 de diciembre de 1774, la hermana Helena y ocho compañeras más recibieron el hábito de las concepcionistas, creándose así una nueva comunidad, a la que se entregó este siervo de Dios con gran arrojo y espíritu. Se cuentan de él hechos prodigiosos. Después de una larga enfermedad, falleció el 23 de diciembre de 1822. Muchas veces se intentó la causa de su beatificación [12], que en el presente, felizmente, ya se ha recibido a trámite.

JOAQUIM FRANCISCO DO LIVRAMENTO (+1829)

El lego llamado hermano Joaquim Francisco do Livramento, fue probablemente fundador. Figura extraña y carismática, nació el 23 de

[11] A. Pompeu, *Os paulistas e a Igreja*, I, São Paulo, 1929, pp. 211-212; W. Piazza *A Igreja en S. Catarina*, Florianópolis, 1977, pp. 86-87.

[12] B. Rower, *Páginas de História Franciscana no Brasil*, Petrópolis, 1941, pp. 28-131; A. da Silva, *Brisileiros Heróis da Fé*, I, São Paulo, 1927, pp. 241 y ss.

marzo de 1761 en Desterro (Florianópolis). Toda su vida fue un continuo peregrinar. Tres veces atravesó el océano para buscar recursos en favor de sus fundaciones, que fueron numerosas y que estuvieron diseminadas por todo Brasil. En Desterro fundó el hospital de la Caridad; en Bahía, el seminario de San Joaquín de los Huérfanos; en Río, el asilo para los Niños Huérfanos y la iglesia de Santa Ana; en Angra dos Reis, el seminario de Jacuecanga; en São Paulo, el seminario de Itu; en 1788, en Porto Alegre, una enfermería... Y el 13 de abril de 1802 partió con las credenciales oportunas de la Cámara de Porto Alegre, para fundar la Santa Casa de la Misericordia, autorizado por el príncipe regente el 14 de abril de 1803. En muchas otras partes animó la fundación de obras de caridad, dando ejemplo de desprendimiento, de vida abnegada y pobreza, sufriendo por ello incompresiones y soportando las fatigas de largas y penosas jornadas... Este héroe de la caridad y del amor al prójimo, sufrió mucho y murió entre el cariño de quienes le conocieron, en la ciudad de Marsella (Francia), a los 78 años de edad, tras escribir con su vida una hermosa página de amor destinada a sus hermanos más necesitados, lo cual no era sino reflejo de su amor a Dios [13].

CONCLUSIÓN

Hemos visto desfilar ante nosotros a algunos héroes de los más conspicuos y pertenecientes a la Iglesia de Brasil, los cuales son las letras mayúsculas de la verdadera evangelización y de la auténtica vivencia cristiana. No son sólo nuestros, sino patrimonio de la Iglesia y de la propia humanidad. Son también prueba del clima que se vivió entre el clero, en los conventos y en las comunidades legas, así como en las familias. Hubo otros héroes anónimos, sólo conocidos por Dios, para dar siempre testimonio de la presencia de Cristo, ejemplo de virtud y hacedores del bien de la Iglesia. Nuestra manía de ver casi siempre sólo lo negativo, nos hace olvidar con frecuencia tantos ejemplos de virtud y misericordia. ¡Ojalá encontremos quienes sigan su ejemplo!

[13] Noticias biográficas, tomadas de A. da Silva, *Brasileiros Heróis da Fé*, I, São Paulo, 1928; J. M. de Macedo, *Ano Biográfico*, etc.

APÉNDICES

FUENTES Y BIBLIOGRAFÍA

Fuentes impresas

Se trata de documentos recopilados en archivos y luego publicados, con los cuales podría trabajarse, sin mayores investigaciones, de no ser por la necesidad de rigor, y a fin de no incurrir en inexactitudes y errores de bulto, al interpretar el sentido original de los documentos. Son, en cualquier caso, colecciones de gran entidad.

Arquivo Histórico Português, 10 vols., Lisboa, 1903-1916.

Brasilia Pontificia, colección de bulas y breves referencias a Ultramar, recopilada y publicada por el padre Simão Marques S. J., Lisboa, 1749.

Bullarium Patronatus Portugalliae Regum, 4 vols., recopilación por L.M. Jordão e Graça Barreto, Lisboa, 1868-1879.

Bullarium Romanum, ed. Taurinense de L. Tomassetti, 24 vols., Turín, 1857-1872.

Codex Diplomaticus Lusitanus ou Corop Diplomático Português, 15 vol., recopilación por L.A. Rabelo da Silva y otros, Lisboa, 1862-1936.

Colección de Bulas y Breves y otros documentos relativos a la Iglesia de America y Filipinas, 2 vols., Bruselas, 1895, por F. Hernáez S.J.

Documentação Ultramarina Porguguesa, Lisboa, 1962 ss.

Documentação para a História das Missões do Padroado Português do Oriente, 12 vols., por el padre doctor A. da Silva Rego, Lisboa, 1947-1958.

Magnum Bullarium Romanum, ed. Romana, 1733-1762.

Monumenta Brasiliae, 5 vols., documentos recopilados por el padre S. Leite S.J., Roma, 1956 ss.

Monumenta Historica Societatis Iesu, 100 vols., Madrid, 1894 ss.

Monumenta Missionaria Africana, 16 vols., padre Brasio CSPS, Lisboa, 1958 ss.

Os Manuscritos do Arquivo da Casa de Cadaval respeitantes ao Brasil, I, por V. Rau e M.F. Gomes da Silva, Lisboa, 1956.

Suma do Bulário Português, por J.S. Abranches, Coimbra, 1895.

Otras fuentes impresas

Anais da Biblioteca Nacional do Rio de Janeiro — Documentos Históricos, vols. 35-38.

Alguns documentos do Arquivo da Torres do Tombo, Lisboa, 1892.

Cartas, Informações, Fragmentos Históricos e Sermões do Pe. Anchieta, Río de Janeiro, 1933.

Cartas Jesuíticas: Cartas do Brasil (1549-1560) e Cartas Avulsas (1550-1568), Río de Janeiro, 1931, con introducción de A. Peixoto, Vale Cabral y R. Garcia.

Documentos para a História do Brasil especialmente do Ceará, 4 vols., Fortaleza, 1904-1921, por el barón de Studart.

Livro da Visitação do S. Ofício da Inquisição ao Estado do Grão-Pará (1763-1769), por J.F. Amaral Lapa, Petrópolis, 1978.

«Livro das denunciações que se fizeram na Visitação do S. Oficio à Cidade do Salvador da Bahia de Todos os Santos do Estado do Brasil», en *Anais da Biblioteca Nacional,* vol. 49, pp. 76-198.

Livro Primeiro do Governo do Brasil (1607-1633), Río de Janeiro, 1958.

Livro que dá razão do Estado do Brasil (1612), por H. Viana, Recife, 1955.

Livro Velho do Tombo do Mosteiro de S. Bento da Cidade do Salvador, por fray C. Silva Nigra OSB, Bahía, 1945.

Nações Ultramarinas, t. VII, Lisboa, 1841.

Os Sete únicos Documentos de 1500 referentes à viagem de Pedro Álvares Cabral, Lisboa, 1968.

Primeira Visitação do S. Oficio — Confissões de Pernambuco (1594-1595), Recife, 1970.

Primeira Visitação do S. Ofício às partes do Brasil — Denunciações da Bahia (1591-1593), São Paulo, 1925.

BIBLIOGRAFÍA FUNDAMENTAL

Accioli, I. Cerqueira e Silva, *Memórias Históricas e Políticas da Província da Bahia*, 6 vols., Bahía, 1835 ss.

Aires do Casal, padre José, *Corografía Brasílica*, 2 vols., Río de Janeiro, 1817, reed. 1947.

Almeida, Candido Mendes de, *Direito Civil Eclesiástico Antigo e Moderno a suas Relações com o Direito Canônico*, 4 vols., Río de Janeiro, 1866-1873.

Almeida, Fortunato de, *História da Igreja em Portugal*, 4 vols., Coimbra, 1910-1922, reed. Barcelos, 1968-1971.

Alveranga, Manuel, *O Episcopado Brasileiro — Subsídio para a Igreja Católica no Brasil*, São Paulo, 1915.

Andrade Veiga, Mons. Dr. Eugênio de, *Os Párocos no Brasil no período colonial (1500-1822)*, Cidade do Salvador, 1977.

Azevedo Marques, M. Eufrásio de, *Apontamentos Históricos, Geográficos, Bibliográficos, Estatísticos e Noticiosos da Província de São Paulo*, 2 vols., São Paulo, 1952.

Barbosa Machado, Diogo, *Bilioteca Lusitana*, 4 vols., Lisboa, 1741-1759, reed. Coimbra, 1965-1967.

Camargo, Mons. Paulo Florêncio da Silveira, *A Igreja na História de São Paulo*, 6 vols., São Paulo, 1952-1953.

Dicionário de História da Igreja em Portugal, 3 vols., Lisboa, 1979 ss.

Enciclopédia Luso-Brasileira de Cultura (Verbo), 20 vols., Lisboa, 1963-1980.

Ferreira, H. de Campos e Soares E., *Dicionário de Iconografia Portuguesa*, 5 vols., Lisboa, 1963-1980.

História da Colonização Portuguesa, varios autores, 3 vols., Porto, 1922-1924.

Leite, S.J., padre Serafim, *História da Companhia de Jesus no Brasil*, 10 vols., Lisboa-Río de Janeiro, 1938-1950.

Lusitânia Sacra, 10 vols., Lisboa, 1956-1978.

Pizarro, Mons. José de Sousa Araujo, *Memórias Históricas do Rio de Janeiro*, 9 vols., Río de Janeiro, 1820-1822, reed. 1942-1948.

Soares de Sousa, Gabriel, *Roteiro Geral do Brasil*, 1587, diversas ediciones con títulos varios.

BIBLIOGRAFÍA SECUNDARIA

Andrade, Francisco de, *Crônica do muito alto e muito poderoso Rei destes Reinos de Portugal D. João 3.° deste nome*, 4 vols., Coimbra, 1796.

Azevedo, F. de, *A Cultura Brasileira*, 5.ª ed., São Paulo, 1971.

Barão de Studart, *Ephemerides Cearenses*, Revista do Inst. Hist. do Ceará, vol. 22, Fortaleza, 1908.

Barata do Carmo, J., *Apontamentos para a história eclesiástica de Pernambuco*, Recife, 1922.

Barbosa, padre Manuel de Aquino, *A Igreja no Brasil*, Río de Janeiro, 1945.

Barros, João de, *Décadas*, Lisboa, 1778.

Bazin, G., *L'Architeture religieuse au Brésil*, 2 t., París, 1956.

Borba, R., *Bibliografia Brasileira*, 2 vols., Río de Janeiro, 1958.

Bornas, J., *O Padroado e a Igreja Brasileira*, São Paulo, 1988.

Borromeu, C., *Contribuição a histôria das Paroquias do Amazonas*, Niterói, 1946.

Bruno C.S., padre Cayetano, *El aborigen americano en las leyes de Indias*, Buenos Aires, 1987.

Calado, fray Manuel, *O Valeroso Lucideno e Triunfo da LIberdade*, Lisboa, 1647, 2 t., reed. Recife, 1942.

Caldas, J. A., *Notícia Geral desta Capitania da Bahia (1759)*, cf. Rev. Inst. Hist. e Geográfico Brasileiro, vol. 57.

Cardoso, padre Jorge, *Agiológico Lusitano dos Santos e Varões Ilustres em virtude do Reino de Portugal e suas Conquistas*, 3 vols., Lisboa, 1652-1666.

Castro S.J., fray Pedreira de, *Crônica da Igreja do Brasil*, Río de Janeiro, 1938.

Castro, padre João Batista de, *Mapa de Portugal*, 5 vols., Lisboa, 1745-1758.

Castro, padre José de, *Portugal no Concílio de Trento*, 6 vols., Lisboa, 1944-1946.

—*Portugal em Roma*, Lisboa, 1939.

Chaves e Castro, M. de Oliveira, *O Beneplácito Régio em Portugal*, Coimbra, 1885.

Carvalho, Dagoberto, *História Episcopal do Piauí*, s/1, 1980.

Coelho, R., *O Beneplácito*, Braga, 1884.

Conceição OFM, fray Apolinário da, *Claustro franciscano ereto no domínio de Coroa Portuguesa*, 1740.

Conceição, fray Cláudio da, *Gabinete Histórico*, 17 vols., Lisboa, 1818-1831.

Conduru Pacheco, Francisco de, *História Eclesiástica do Maranhão*, S. Luís do Maranhão, 1968.

Cortesão, Jorge, *Jesuítas e Bandeirantes no Guairá (1549-1640)*, Río de Janeiro, 1951.

—*Tratado de Madrid-Colônia do Sacramento (1669-1749)*, Río de Janeiro, 1954.

Cunha, Euclides da, *Os Sertões*, 19ª ed., Río de Janeiro, 1946.

De Luna OSB, Joaquim, *Os Monges Beneditinos no Brasil*, Río de Janeiro, 1947.

Drumond, F. Ferreira, *Anais da Ilha Terceira*, Angra do Heroismo, 1850 ss.

Endres OSB, D. J. Luiz, *Catálogo dos Bispos, Gerais, provinciais, Abades e mais cargos da Ordem de S. Bento do Brasil (1582-1975)*, Salvador-Bahía, 1976.

Escobar, M., *Ordini e Congregazioni Religiose*, Turín-Roma, 1951.

Etzel, E., *O Barroco no Brasil*, São Paulo, 1947.

Farinha, padre Antônio L., *A expansão da Fé na África e no Brasil*, vol. I, Lisboa, 1942.

Fliche-Martin, *Histoire de l'Eglise*, vols. 15-18, Blond et Gay, París, 1948-1960.

Freire, Gilberto, *Casa Grande e Senzala*, 10ª ed., São Paulo, 1958.

Fonseca S.J., padre Francisco, *Évora Gloriosa*, Roma, 1728.

Galanti S.J., padre Rafael, *História do Brasil*, 5 vols., São Paulo, 1902-1911.

Gams, Pio B., *Series Epicoporum Ecclesiae Catholicae-Suplementum*, Ratisbona, 1873.

Gandavo, Pero Magalhães de, *Tratado da terra do Brasil*, I; *História da Província de S. Cruz*, II, Río de Janeiro, 1924.

García, Rodolfo, *Ensaio sobre a História Política e Administrativa do Brasil (1500-1810)*, Río de Janeiro, 1956.

Gardel, Luiz, *Les armoires ecclésiastiques du Brésil*, Río de Janeiro, 1966.

Géo, Ch., *L'art barroque au Brésil*, París, 1656.

Góis, Damião de, *Crônica do Felicíssimo Rei D. Manuel*, Coimbra, 1926.

Hans Staden, *Viagem ao Brasil*, Río de Janeiro, 1930.

Jaboatão OFM, fray A. de S. María, *Novo Orbe Seráfico Brasileiro*, 3 vols., Río de Janeiro, 1858-1862.

Jacobina Lacombe, Américo, *A Obra Histórica do Padre Hoornaert*, Río de Janeiro, 1983.

Lamego, A., *A Terra Goitacá*, 3 vols., Bruselas, 1913-1925.

Leite de Faria OFMCap., E., *Os Barbadinhos Franceses e a restauração de Pernambuco*, Coimbra, 1954.

Leturia, P. de, *Hispania Sacra*, I, Roma, 1948, pp. 351-385.

Lima, M.C. de, *Lourenço Caleppi, primeiro Núncio no Brasil*, Río de Janeiro, 1977.

Lorca B., *Manual de Historia Eclesiástica*, editorial Labor S.A., 3.ª ed., 1951.

Loretó Couto OSB, fray Domingos de, *Desagravos do Brasil e Glórias de Pernambuco*, 2 vols., Río de Janeiro, 1904.

Lortz, J., *Storia della Chiesa*, versión italiana, 2.º vol., Edizioni Paoline, 1967.

Macedo S.J., padre Fernando, *O Brasil religioso*, Bahía, 1920.

Macedo Soares, J. Carlos de, *Fontes da História da Igreja Católica no Brasil*, São Paulo, 1954.

Madre de Deus OSB, fray G. da, *Memórias para a História da Capitania de São Vicente*, 3ª ed., São Paulo-Río de Janeiro, 1920.

Malheiro, A. Marques Perdigão, *A escravatura no Brasil*, 3 vols., Río de Janeiro, 1861-1866, reed. Petrópolis, 1976.

Mariz, padre licenciado Pedro de, *Diálogos de História Varia*, Coimbra, 1594, 1597, Lisboa, 1758.

Mendes, C., *Direito Civil e Eclesiástico*, 4 vols., Río de Janeiro, 1873-1876.

Monteiro, O.P., fray Pedro, *Catálogo dos Deputados do Conselho Geral da Santa Inquisição*, Lisboa, 1729.

—*Claustro Dominicano*, I, Lisboa, 1729.

Muller OSB, D.G., *Histórico da Abadia de S. Sebastião da Cidade do Salvador*, Bahía, 1947.

Membro OFMCap., fray Metódio Caróbio de, *Storia dell'attività missionaria dei Cappuccini nel Brasile*, Roma, 1958.

—«Le Missioni nel Brasile», en *S.C. de Propaganda Fide Memoria Rerum*, II, pp. 1095-1130.

Nunes, A. Duarte, *Almanac Histórico do Rio de Janeiro*, Río de Janeiro, 1799.

Nunes Gabriel, Manuel, *Angola-Cinco Séculos de Cristianismo*, Queluz, 1978.

Oliam, J., Malière, *O Civilizador*, Belo Horizonte, 1958.

Oliveira, padre Miguel de, *História Eclesiástica de Portugal*, 4ª ed., Lisboa, 1968.

Oliveira, Oscar de, *Os dizimos eclesiásticos do Brasil nos períodos da Colônia e do Império*, 2.ª ed., Belo Horizonte, 1964.

Osório, Jerônimo, *Da vida e feitos de D. Manuel*, 2 vols., Lisboa, 1944.

Pacca, Cardeal Bartolomeu, *Notizie sul Portogallo e sulla Nunziatura di Lisbona*, Velletri, 1853.

Paiva Manso, vizconde de, *História Eclesiástica Ultramarina*, Lisboa, 1872.

Palazzolo OFMCap., fray J. de, *Crônica dos Capuchinhos do Río de Janeiro*, Petrópolis, 1966.

Paula e Silva, Francisco de, *Apontamentos para a história eclesiástica do Maranhão*, Bahía, 1922.

Pianzola, M., *Brésil Baroque*, Ginebra, 1974.

Piazza, W., *A Igreja em Santa Catarina*, Florianópolis, 1977.

Pires, padre Heliodoro, *Temas de História Eclesiástica do Brasil*, Recife, 1946

—*A fisionomia espiritual do Brasil no século* XVIII, Recife, 1947.

Pompeu, A., *Os Paulistas e a Igreja*, 2 vols., São Paulo, 1929.

Porto, Aurélio, *História das Missões Orientais do Uruguai*, Río de Janeiro, 1943.

Porto Seguro, vizconde de, *História Geral do Brasil*, 5 t., São Paulo, 1936.

Prat O.C., fray André, *Notas históricas sobre as Missões Carmelitanas no Extremo Norte do Brasil*, Recife, 1941.

Primério OFMCap., fray F. de, *Os Capuchinhos em Terra de Santa Cruz*, 2.ª ed., São Paulo, 1942.

Ramos, Alberto G., *Cronologia Eclesiástica da Amazõnia*, Manaus, 1952.

Rio Branco, Barão do, *Efemérides Brasileiras*, Río de Janeiro, 1946.

Rocha Pita, Sebastião da, *História da América Portuguesa*, 3.ª ed., Bahía, 1950.

Rocha Pombo, J.F. da, *História do Brasil*, 9 vols., Río de Janeiro, s/d; São Paulo, 5 vols., 1967.

Romag OFM, fray D., *História dos Franciscanos no Brasil (1500-1659)*, Curitiba, 1940.

Rower OFM, fray Basilio, *Páginas de História Franciscana no Brasil*, Petrópolis, 1941.

Rubert, A., *A Igreja no Brasil*, I, Santa María, 1981, pp. 47-52.

—*A Ordem Franciscana no Brasil*, 2.ª ed., Petrópolis, 1947.

Sá O.C., fray Manuel de, *Memórias Históricas dos Arcebispos, Bispos e Escritores Portugueses da Ordem da Na. Sa. do Carmo*, Lisboa, 1724.

Sacramento Blacke, A.V., *Dicionário Bibliográfico Brasileiro*, 7 vols., Río de Janeiro, 1883-1902.

Salvador, J. Gonçalves, *Cristãoes-novos, Jesuitas e Inquisição*, São Paulo, 1969.

Salvador OFM, fray Vicente do, *História do Brasil*, São Paulo, 1965.

San Ramón OSB, fray Antônio de, *Historia General de la India Oriental, los descubrimientos y conquistas que han hecho las armas de Portugal en Brasil,... desde el principio hasta el año de 1557*, Valladolid, 1603.

Santa María OFM, fray Paulo, *Conquista Espiritual do Oriente*, 3 vols., notas de fray Felix Lopes, Lisboa, 1962-1967.

Santa María OSA, fray Agostinho de, *Santuário Mariano*, vol. IX, Lisboa, 1722.

Santini C., *De rege iure patronatus in Brasilia*, Porto Alegre, 1934.

Schmidlim, G., *Manuale di Storia delle Missioni*, Milán, 1928.

Silva, Inocêncio Francisco da, *Dicionário Bibliográfico Português*, 7 vols., Lisboa, 1858-1862; Brito Aranha, 15 vols., Lisboa, 1867-1923.

Silva Lisboa, G. da, *Anais do Rio de Janeiro*, 7 vols., Río de Janeiro, 1834-1835.

Silva Nigra OSB, Clemente de, *Museu de Arte Sacra da Bahia*, Río de Janeiro, 1972.

Silva Rego, A. da, *O Ultramar Português no Século* XVIII, Lisboa, 1967.

Solórzano Pereira, J., *De Indiarum Iure*, Lião, 1672.

Southey, Roberto, *História do Brasil*, 6 vols., Río de Janeiro, 1962, 3.ª ed., São Paulo, 1965.

S. Theresia OCD, fray Ambrosius a, *Nomenclator Missionariorum Ordinis Carmelitarum Discalceatorum*, Roma, 1944.

Streit, Ricardo, *Biblioteca Missionum*, II – Amerikannische Missions literatur (1493-1699), Aquisgrán, 1924.

Teixeira de Oliveira, J., *Dicionário Brasileiro de Datas Históricas*, 2ª ed., Río de Janeiro, 1950.

Trindade, Côn,. Raimundo, *Arquidiocese de Mariana*, 3 vols., São Paulo 1928-1929.

—*Instituções das Igrejas do Bispado de Mariana*, Río de Janeiro, 1945.

Tüchle, G., *Nova História da Igreja*, Petrópolis, 1971.

Van der Vat OFM, fray Odulfo, *Principios da Igreja no Brasil*, Petrópolis, 1952.

Vargas, Tamoyo de, *Restauración de la Ciudad del Salvador*, Madrid, 1628.

Vasconcelos, S.J., padre Simão de, *Crônica da Companhia de Jesus no Estado do Brasil*, Lisboa, 1662, reed. Río de Janeiro, 1864.

Vidigal de Carvalho, Côn. José G., *Ideologia e Raízes do Clero da Conjuração*, Viçosa-MG, 1978.

Vilar de Carvalho, Gilberto, *A Liderança do Clero nas Revoluções Republicanas 1817-1824*, Petrópolis, 1980.

Vilhena, L. dos Santos, *Recopilação de Noticias Soteropolitanas e Brasílicas*, 3 vols., Bahía, 1921.

Viseo J.B., *Advertencia para los confessores de los naturales*, 2 vols., México, 1600.

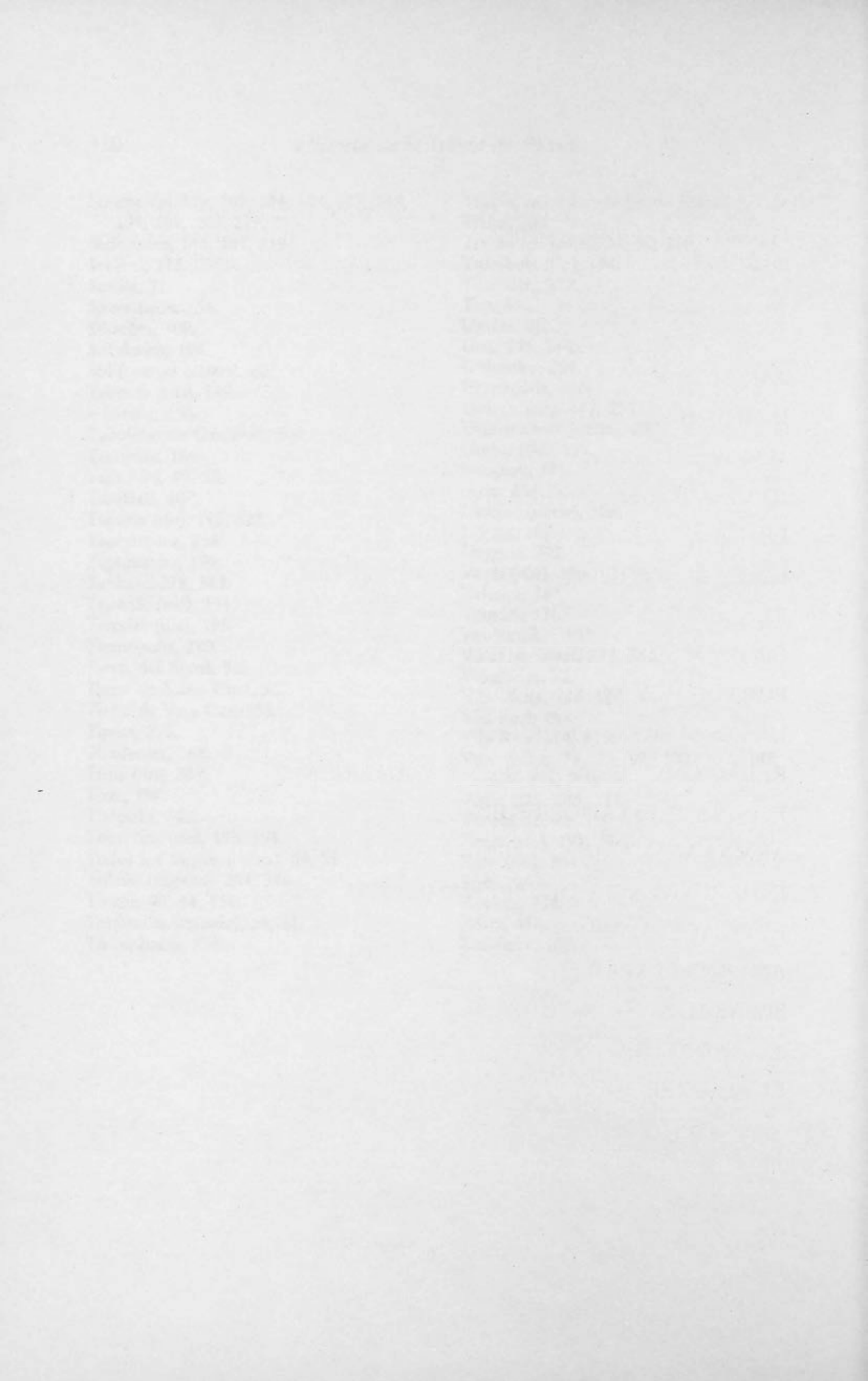
Watjen, H., *O Domínio Colonial holandês no Brasil*, São Paulo, 1938.

Wetzel, S.J., Herbert E., *Mem de Sá*, Río de Janeiro, 1972.

Willeke OFM, fray Venâncio, *Missões Franciscanas no Brasil (1500-1975)*, Petrópolis, 1974 (!).

ÍNDICE ONOMÁSTICO

ÍNDICE TOPONÍMICO



Las Colecciones MAPFRE 1492 constituyen el principal proyecto de la Fundación MAPFRE AMÉRICA. Formado por 19 colecciones, recoge más de 270 obras. Los títulos de las Colecciones son los siguientes:

AMÉRICA 92

INDIOS DE AMÉRICA

MAR Y AMÉRICA

IDIOMA E IBEROAMÉRICA

LENGUAS Y LITERATURAS INDÍGENAS

IGLESIA CATÓLICA EN EL NUEVO MUNDO

REALIDADES AMERICANAS

CIUDADES DE IBEROAMÉRICA

PORTUGAL Y EL MUNDO

LAS ESPAÑAS Y AMÉRICA

RELACIONES ENTRE ESPAÑA Y AMÉRICA

ESPAÑA Y ESTADOS UNIDOS

ARMAS Y AMÉRICA

INDEPENDENCIA DE IBEROAMÉRICA

EUROPA Y AMÉRICA

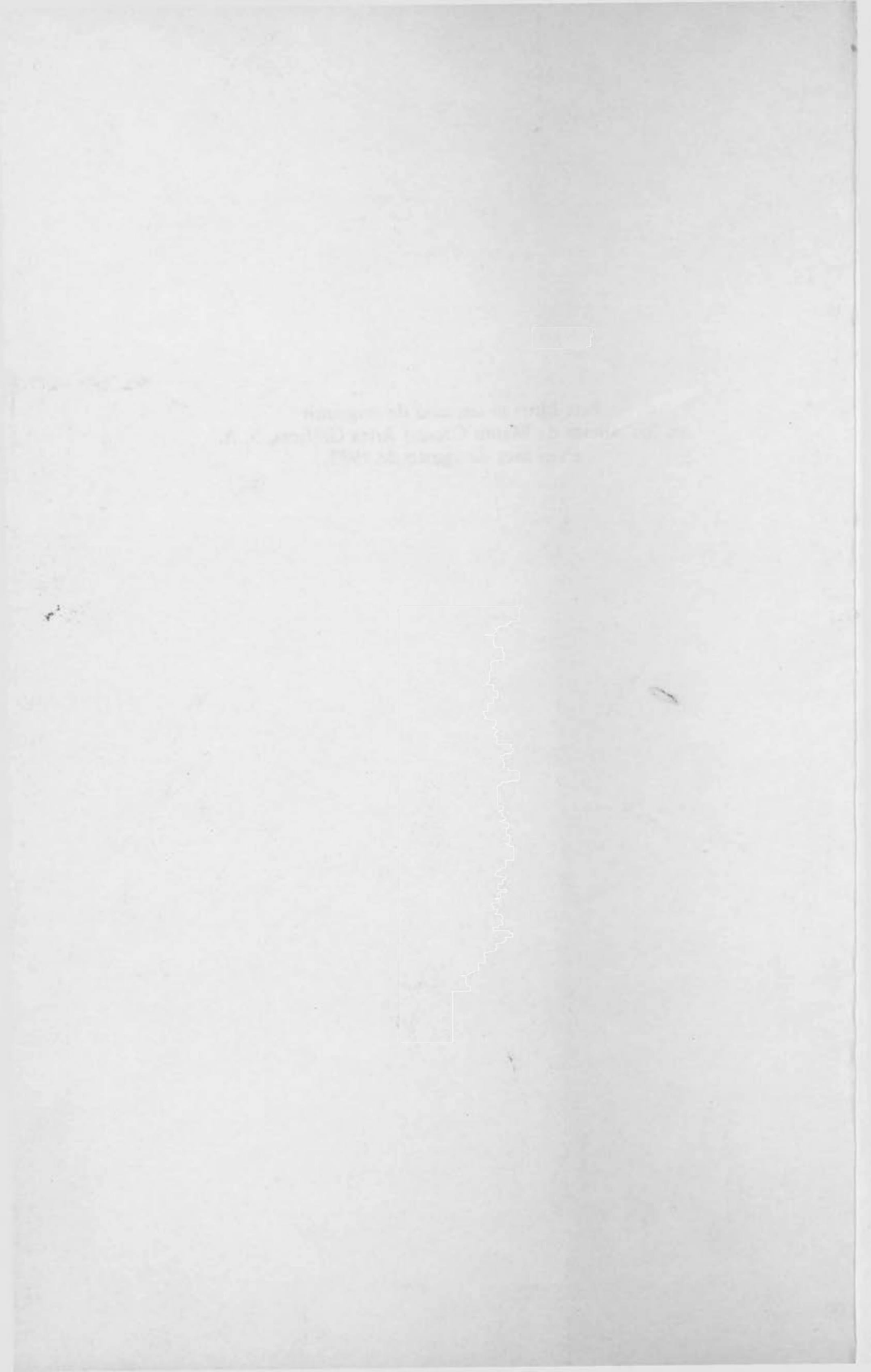
AMÉRICA, CRISOL

SEFARAD

AL-ANDALUS

EL MAGREB

Este libro se terminó de imprimir
en los talleres de Mateu Cromo Artes Gráficas, S. A.
en el mes de agosto de 1992.



Este libro se acabó de imprimir
en los talleres de Manuel Casas, Artes Gráficas, S. A.
el día 25 de agosto de 1965.

El libro *Historia de la Iglesia en Brasil,* de Arlindo Rubert, forma parte de la Colección «Iglesia Católica en el Nuevo Mundo», dirigida por el Profesor Alberto de la Hera, Catedrático de Historia de América de la Universidad Complutense de Madrid.

COLECCIÓN IGLESIA CATÓLICA EN EL NUEVO MUNDO

- Los dominicos en América.
- Religiosos en Hispanoamérica.
- Iglesia y religión en los Estados Unidos y Canadá.
- Historia de la Iglesia en Filipinas.
- Los jesuitas en América.
- La Iglesia hispanoamericana en el siglo XX.
- Historia de la Iglesia en Brasil.

En preparación:

- Los franciscanos en América.
- Jerarquía eclesiástica americana.
- Estado e Iglesia.
- La Iglesia en la América del IV Centenario.
- La Iglesia Católica y América.
- El siglo XIX: la Iglesia en la América independiente.

DISEÑO GRÁFICO: JOSÉ CRESPO

La Fundación MAPFRE América, creada en 1988, tiene como objeto el desarrollo de actividades científicas y culturales que contribuyan a las siguientes finalidades de interés general:

Promoción del sentido de solidaridad entre los pueblos y culturas ibéricos y americanos y establecimiento entre ellos de vínculos de hermandad.

Defensa y divulgación del legado histórico, sociológico y documental de España, Portugal y países americanos en sus etapas pre y post-colombina.

Promoción de relaciones e intercambios culturales, técnicos y científicos entre España, Portugal y otros países europeos y los países americanos.

MAPFRE, con voluntad de estar presente institucional y culturalmente en América, ha promovido la Fundación MAPFRE América para devolver a la sociedad americana una parte de lo que de ésta ha recibido.

Las *Colecciones MAPFRE 1492,* de las que forma parte este volumen, son el principal proyecto editorial de la Fundación, integrado por más de 250 libros y en cuya realización han colaborado 330 historiadores de 40 países. Los diferentes títulos están relacionados con las efemérides de 1492: descubrimiento e historia de América, sus relaciones con diferentes países y etnias, y fin de la presencia de árabes y judíos en España. La dirección científica corresponde al profesor José Andrés-Gallego, del Consejo Superior de Investigaciones Científicas.



EDITORIAL
MAPFRE